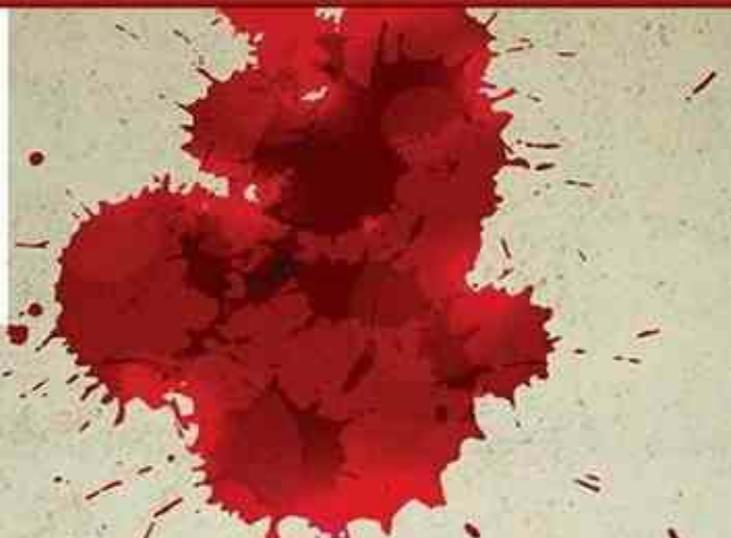


LOS DISCÍPULOS DE BACO

DANIEL GARCÍA GIMÉNEZ

**PERSEGUIR EL MEJOR DE
LOS VINOS SE CONVIERTE
EN EL PEOR VENENO**



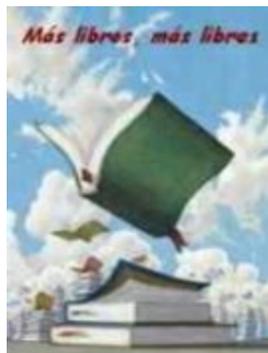
LOS DISCÍPULOS DE BACO

DANIEL GARCÍA GIMÉNEZ

**PERSEGUIR EL MEJOR DE
LOS VINOS SE CONVIERTE
EN EL PEOR VENENO**

LOS DISCÍPULOS DE BACO

DANIEL GARCÍA GIMÉNEZ

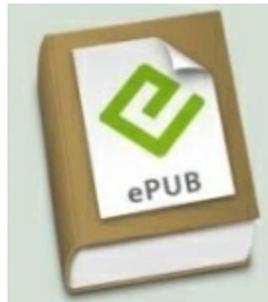


Maquetación ePub: El ratón librero (tereftalico)



Agradecimientos: a Monipenny y LTC por el Escaneo y corrección del doc original

Monipenny & LTC



Este fichero ePub cumple y supera las pruebas
epubcheck 3.0b4 y FlightCrew v0.7.2.

Si deseas validar un ePub On Line antes de
cargarlo en tu lector puedes hacerlo en

<http://validator.idpf.org/>

A Eva, por hacer que todo sea mejor.

Vilafranca del Penedès, Fira del Gall, diciembre de 2009

Aquel a quien no le guste el vino no merece vivir. Qué va. Como mínimo, no en un lugar tan espléndido, de veranos suaves con mañanas soleadas al verde de las viñas e inviernos de cielos azules y escarcha sobre los sarmientos despoblados. La verdad es esa y no hay más que hablar. Quien no se haya dejado engañar alguna vez por los encantos de un buen tinto envejecido simplemente no ha gozado. Hay pocas cosas comparables a un trago largo, de aquellos que evolucionan suntuosos en contacto con la lengua y se deslizan con deleite bajando desde el paladar. He acabado mil veces contemplando al trasluz la intensidad del color teja sobre un horizonte impreciso, con el plácido estupor y la contradictoria melancolía del que sabe que vive algo irrepetible. Cuando después de un sorbo se suelta el aire contenido dejando una huella de vaho en la limpidez de la copa, se sabe que el vino ha dejado memoria para siempre y que su capacidad para el *carpe diem* no podrá ignorarse jamás. Antes de que la lágrima de vino sobre el cristal resbale hasta fundirse de nuevo con el cuerpo líquido que espera al fondo, se suspilará de puro placer ante el recuerdo olfativo de las notas que se han ido. Ese es el espíritu de Baco, al desnudo.

Y, aunque resulte difícil de creer, todo puede mejorarse. Mientras la acidez se evade a ambos lados de la lengua, es el momento perfecto para pasar la punta de esta por los senos de una mujer ansiosa, acabando en un movimiento circular sobre un pezón erguido. Sí. La rubia de la primera fila responde a las expectativas. No pienso perderla de vista. No. Cuando esto termine, me acercaré, buscaré el ángulo adecuado para la caza y me tiraré a degüello. Acostumbra a funcionar con las de su especie. Hay pocas mujeres que se resistan a un hombre atractivo que sabe hacer juegos de manos con una copa y encontrarle la poesía al vino. Para nada. Ciencia cierta, sobre todo si sabes no cortarte un pelo cuando toca, faltando al respeto en el momento preciso. El secreto es, y que nadie lo dude, cuanto más a saco mejor. Cuando acabe la charla, me prometo poner a prueba esta teoría. La seguridad siempre triunfa y yo no tengo nada que perder.

—Señores, la degustación del vino alberga dos fases esenciales. En la primera, leeremos el código encriptado del vino con nuestros sentidos, descifrando cada matiz de sus características visuales, olfativas y gustativas. En la segunda, traduciremos los mensajes recibidos por sensibilidad subjetiva a un lenguaje universal. El lenguaje del placer.

Me paseo por delante de la mesa, mido los tiempos al soltar frases estudiadas, que se desgranán sobradamente ensayadas a lo largo de un currículum amplio de sesiones como esta. Catas, ponencias, cursos. Paso la mano por el mantel de la mesa donde están dispuestas las copas y busco a la rubia con la mirada. Sigo hablando; conservar el ritmo sereno es lo fundamental. Cuando seduces, y da igual a cuánta gente a la vez, hay que mostrarse templado. La conclusión es que importa más cómo dices las cosas que aquello que realmente dices. Y este es un buen momento para lucirse. Invoco a Baco, me recojo hacia arriba las mangas de la camisa e inevitablemente empiezo a gustarme.

—Normalmente, en primer lugar, se catan los blancos, luego los rosados y, por último, los tintos. Es de esta manera como acostumbramos a escalar por los grados de complejidad de los vinos, dejando como epílogo estratégico aquellos de cuerpo potente y buena presencia de taninos. Sin embargo, como habrán advertido los más introducidos en esta cultura, este razonamiento no siempre sirve. Un blanco con madera o un rosado tánico pueden estropear una cata si se sirven al principio. Pero permítanme ponerlo fácil en este comienzo...

Empiezan a aparecer los gestos de concentración en el auditorio, más de una cara de admiración, cejas prietas, algunas manos sobre las caderas, brazos cruzados. Me permito soltar algún chascarrillo. Ya son míos.

—Afortunadamente, sobre la mesa de catas, alguien, con buen gusto y mejor criterio, ha dispuesto solo tintos envejecidos. Cuando salgan de esta sesión, créanme, dejarán de pedir el segundo vino más barato de las cartas. La cata de un vino, señoras y caballeros, comienza ni más ni menos que con la elección de la copa. Como pueden comprobar, una copa apta para un buen vino difiere bastante de la que acostumbran a poner en los restaurantes de carretera. Pueden ver que es muy amplia y alta, y está especialmente diseñada para oxigenar los vinos tintos que hoy catamos. Son vinos muy elaborados, *coupage* de variedades Cabernet Sauvignon y merlot. La apertura de un buen cáliz es siempre superior a cinco centímetros de diámetro, para permitir acercar la nariz con facilidad y apreciar el aroma al mismo tiempo que se degusta el vino. Fíjense en que el diseño permite el balanceo para decantar el caldo de forma conveniente en la lengua, multiplicando la complejidad de sabores y limitando un posible exceso de amargor tánica.

Levanto la vista acariciando la copa y allí está ella. Me mira y no disimula. Debería haberme doctorado en sonrisas receptivas y cremalleras con abrefácil.

—Cuando estén servidos, tomen la copa por el pie. Inclinen ligeramente el cristal y observen, antes que nada, la limpidez del vino a la luz natural. Ahora, contrasten, por favor, lo que ven con el blanco del mantel. Los colores usuales en un vino tinto evolucionan desde el rojo violeta de un vino joven, tornándose rubí o púrpura en su maduración, y acabando en matices naranja teja al envejecer.

Todos miran la copa al trasluz, todos menos ella. He realizado la misma operación varias veces. Me refiero, por supuesto, a la de ligar mientras me exhibo profesionalmente. Cuando termino, acostumbro a acercarme y las invito a quedarse. Nos quedaremos aquí, en este mismo local. «Un lugar acogedor en un entorno mágico», me gusta observar. Y es que soy un tipo más bien práctico.

Aquí, en esta ciudad recogida que me ha visto crecer, el gótico se junta con el modernismo, y eso siempre ayuda. Un paseo por las angostas calles del centro bajo la luna relaja esa absurda voluntad que tienen muchas mujeres de fingirse difíciles. Conozco el discurso. Ecos medievales configurando plazas, palacios e iglesias, la huella que dejó el majestuoso gótico catalán en la villa, el palau Baltà, la basílica de Santa Maria, todo ahí enfrente. A pocos metros está mi verdadero hogar. El museo del vino. Allí, siempre puedo acudir en busca de refugio fuera y dentro del trabajo. Se encuentra en la plaza Jaume I, en el antiguo palacio medieval de la corona catalanoaragonesa. Una obra de arte construida entre los siglos XII y XIII que siempre me interesó por su funcionalidad viva y sus quehaceres contemporáneos. Una noche más, siento que juego en casa. Poseo el arte de una poesía de postal, puesto que, a fuerza de mucho intentarlo, he aprendido a no menospreciar el efecto hipnótico que, inexplicablemente, ejercen sobre algunas personas las piedras gastadas. Historia útil para satisfacer la terca inclinación de la especie humana hacia el romanticismo.

—Dejen reposar la copa sobre sus manos. Un poco más. Ahora, por favor, metan la nariz con cariño. E inspiren. Observen rotando la copa como lo hago yo. Este movimiento..., al aumentar la superficie de evaporación del caldo, consigue sacar de los aromas su mejor lustre.

La miro a través del cristal mientras ladeo mi copa a modo de ejemplo. Típica rubia angelical de cabello largo y liso, ojos claros. Hasta aquí bien. De esas con las que disfrutas descubriendo un interior morbosamente sucio, que rompe en mil pedazos, tan rápido como se deja quitar las bragas, la idealización que sobre ella construyeron sus maestros de primaria. Tomaremos algo y le mentiré, la primera vez de unas cuantas durante el breve tiempo en que nos relacionemos. Dos o tres citas a lo sumo. Le contaré, si me parece tontita, que busco a la mujer de mi vida. No deja de ser cierto, lo es en todos los casos que conozco, aunque, si hablamos de mí, repasando mentalmente y ya por pura estadística, he descartado la posibilidad de hallarla durante más de unas pocas semanas.

—Y llegó el momento. Llévense, por favor, a la boca un pequeño sorbo de vino.

Aseguraré que la profesión me obliga corrientemente a conducir con un par de copas en el cuerpo. Lo hago con solvencia y conozco los riesgos. Además, estoy orgulloso de mi moto y en todas las cuevas taberneras que me resultan habituales guardan para mí un segundo casco. Tengo una Naked negra, lo justo de clásica para tener personalidad de sobra, pero sin empalague. Me encanta ceñirme la chaqueta de doble forro y protecciones, lo hago con chulería estudiada. Me ajusto visiblemente los guantes de cuero y me pongo el casco a tiempo de seguir mentalmente el perfil de los tubos y las ruedas. Respiro y disfruto del momento cuando monto en ella, me siento vivo cuando giro la llave en el contacto y, al oír el rugido del motor y el clac de la primera entrando, sé que soy libre por completo.

—Ya en boca, entreabriendo ligeramente los labios, paladeen con un ligero burbujeo que circule por toda la cavidad bucal, mojando las papilas y los laterales de la lengua. Es en este instante cuando podrán apreciar debidamente las cualidades del vino, no solo gustativas, sino también retronasales.

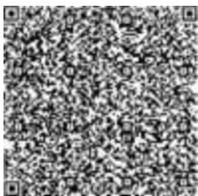
La rubia apura la copa, me mira y, para mi sorpresa, me brinda un guiño. Intuyo que de cerca puede verse el azul de un cielo polar en sus ojos. Me intriga. Transmite una profundidad eterna pese a su juventud, tiene la mirada de una bruja vieja y mala que hubiera vivido muchos años en el cuerpo de una frágil doncella. A primera vista, no parece de esas a las que les van las pollas, pero he conocido demasiadas mujeres que fingen, motivadas por extrañas tradiciones autoimpuestas, no saber dónde está la bragueta. Y esas no suelen ser tan explícitas cuando van de finas, así que el hecho de que quiera llamar mi atención me indica que algo se sale del guión previsto. Luce un vestido corto pero elegante, negro, de tirantes, marcando curvas pero sin escotes extremados. Saca una carpeta del bolso; solo ellas saben cómo lo hacen para que les quepa todo ahí dentro. Piel blanca, rasgos germánicos. Pese a que por lo general prefiero a las morenas, reconozco que es muy atractiva. La veo escribir algo. No he terminado mi charla, al contrario, me falta la parte técnica más interesante y los más finos de mis chistes. Pero se levanta blandiendo un pedazo de cartulina. Se acerca y sonrío. Cuando llega a la mesa desde la que expongo, con seguridad pasmosa, deja un tarjetón a mi alcance. Lleva impreso un código QR, esos estúpidos mosaicos de cuadraditos que pueden leerse con los móviles de última generación, y una sola palabra garabateada en el espacio en blanco: «Léelo».

Cuando levanto la vista, la veo enfilarse, sin mirar atrás, el camino de salida, al ritmo cadencioso de unas caderas de dibujos animados. Me asaltan demasiadas dudas para un

momento tan breve. Se mueve dándome la espalda, diseñando un perfecto bamboleo. Ni un poquito más ni un poquito menos de lo justo y necesario. Me inclino sobre el micrófono e intento darle un tono diferencial a mi voz que merezca una respuesta antes de que desaparezca.

—Quiero pensar que esa preciosidad que huye es debido a que prefiere los blancos del Mosela a los tintos catalanes...

Hace una ligera pausa, tiene la mano ya agarrando el pomo de la puerta de salida. Se mira los pies un instante, gira el cuello hacia mí y me dedica en la distancia una mirada breve y fría, con la que me hace saber, del todo, que no va a dejarme nada más que una carta codificada y escueta, desde la absoluta indiferencia que me muestra y nos separa.



Señor Borau:

Me complace hacerle llegar, a través de la lectura de este código, la invitación a una pequeña cata privada en la que habrá ocasión de exponerle los planes que tenemos para usted.

El propósito de tal evento no es otro que el de presentarle una oferta laboral. Me permito avanzarle que, si decide aceptar, estará ante un trabajo acorde a su acostumbrada praxis profesional, de obligada discreción y muy bien remunerado.

Estoy seguro de haber captado su atención y confío en verlo muy pronto. A lo largo de los próximos días, uno de nuestros contactos se comunicará con usted para darle los detalles del encuentro.

MW ∴

2

Barcelona, Ciutat Vella, febrero de 2013

Podría dejarle al gordo de la barra la marca del cañón de la pipa justo encima de su única ceja. Sería la manera más rápida de saber si hay algo por lo que debo temer en una noche de gatos tan pardos. Tal vez, incluso, conocería de antemano qué coño hago aquí, en una vinatería retro de la Barcelona más ajada, y descartaría de un plumazo, plis plas, más de una elucubración pueril de esas que acostumbran a pasárseme sin más remedio, de vez en cuando, por mi inquieta quijotera. No. Por ahora voy a descartar esa posibilidad. De hecho, me conozco bien y sé que dejarme llevar acostumbra a ser la opción menos inteligente de cuantas tengo a mano. Mejor pido un vino. «Tinto, por favor.» Y me siento en una de las pequeñas sillas que hay en la mesa que cae más cercana a la barra. El local es largo y estrecho. Al recorrerlo con la vista, dejo atrás la sinuosidad de las calles del Call, que juntan los tejados cerrando el cielo nocturno, huérfano de luna. La oscuridad, rota por las farolas antiguas de ahí fuera, ahora me inquieta. Es un mal pálpito. El camarero traga saliva y gruñe mientras se vuelve con desgana usando un sacacorchos de dos tiempos. Puedo atisbar desde aquí el hedor a manchego que desprende, y me repugna. No me faltan ganas de hacerlo sudar un poco más, esta vez de miedo, hasta que pague cada gota de saliva que

ha malgastado mientras me pasaba el escáner, desde los tobillos hasta la barbilla, deteniéndose concienzudamente en el área de mis tetas. Chicas, creedme, no hay mayor espectáculo que un baboso asustado. Pero no estoy ahora para perder el tiempo adoctrinando por vía expeditiva. Así que me centro en mi objetivo. Evito seguirlo con la mirada mientras me percató de la evolución de este tipo de locales. Hace unos años, calibrabas la posibilidad de que el vidrio de los vasos se adhiriera por contacto a la suciedad incrustada de la barra. Y, a la hora de pedir, elegías entre las dos únicas opciones disponibles. Blanco o tinto. Nada más. Ahora te sirven copas finas y grandes, con posavasos, y te examinas de cultura general, jugándote el prestigio social, al escoger una denominación de origen descrita en una carta forrada en piel. Me siento, busco los papeles y me dedico a repasar la situación. Me noto estremecer ante el crujir de la puerta cuando se cierra con inercia cansina. Súbitamente, caigo en la cuenta de que la ubicación que he escogido va contra la lógica elemental de la más mínima seguridad. Estoy en medio del paso, más o menos cercana a la entrada que queda tras pasar una barra alargada, pero de espaldas a ella. Cualquier colega en su sano juicio habría preferido un buen sitio donde recostar la espalda contra la pared, la profesión obliga, y tener la vista despejada ante la eventual llegada de improvisados enemigos perversos con ganas de joder la marrana. Pienso en cambiar de sitio, pero desde aquí tengo buena perspectiva de todo lo que ocurre dentro del local y eso es lo que en este momento me conviene. Me llevo la mano a las costillas, de donde me cuelga, suspendida en la funda, el arma reglamentaria. La he sacado sin avisar porque soy de las que prefiere susurrar un «¡ups!, lo siento» o soltar un «que te jodan», dependiendo de a quién y cuándo, antes que pedir permiso. Hay una instrucción de septiembre de 2004 que insta a dejar las armas en el armero al finalizar el servicio, aunque en la práctica, y bajo responsabilidad de cada uno, los derechos adquiridos de los policías respecto a

la tenencia de juguetes de hierro y fuego se hacen valer.

Es una P99, una pistola semiautomática. Nos contaron en la formación que fue diseñada por una compañía alemana para fuerzas policiales. Tiene cuerpo de polímero y corredera de acero tratado. Dicen que, durante la producción, la dotan de un proceso inhibitor que la previene de la corrosión. Será por eso que es preciosa y se mantiene joven. Presenta cuatro seguros internos, como quien no quiere la cosa, dispone de miras ajustables en deriva y en elevación, puede instalarse una mira láser o linterna y hay botón retén ambidiestro del cargador, cerca del arco guardamonte y a resguardo del gatillo. Es segura y fiable, una chica mala en la que puedes confiar. Un detalle de gentileza: la parte posterior de la empuñadura puede adaptarse para favorecer el agarre de acuerdo con las preferencias del sujeto que haya de esgrimirla. La conozco, me encanta y se me ajusta como un guante. En su interior, la aguja percutora, cual caballo de Troya aliado, ejerce de martillo. Es completa y exhaustiva. En su parte posterior, por el contrario, la aguja presenta un punto rojo a modo de chivato que es visible cuando el arma está montada; de esta forma, alguien del oficio sabe si lo está o no. Me gusta cómo suena eso de «llevarla montada». A la vez, posee un indicador que muestra si hay bala en la recámara, pero este detalle nunca me ha interesado demasiado y, por ahora, no me ha hecho ni puta falta.

De mi mochila negra de excursionista saco una carpeta de cartón medio destrozada que rebosa fotocopias dobladas. Me dispongo a ordenarlas sobre la pequeña mesa cuadrada mientras espero a mi anónimo contacto. Aparto las sobras de comida de un antiguo cliente y desalojo con el dorso de la mano los restos de picadura de tabaco que hay sobre el usadísimo mármol. Plas, plas. Alguien debió de liarse un cigarrillo antes de salir a fumar. Saco el teléfono móvil para revisar de nuevo la pista que me ha llevado hasta este local. En la misma funda del teléfono guardo mi identificación.

«Henar Martínez, agente de la policía científica de los Mossos d'Esquadra.» Enciendo el aparato y accedo a la información.

Me llegó un *e-mail* a mi dirección de correo electrónico en el trabajo. En el cuerpo del mensaje *no había* texto, tan solo un código QR, esos códigos de barras bidimensionales que almacenan información. Empiezan a estar en todas partes y se leen desde los teléfonos móviles inteligentes, que ahora maneja mal que bien todo el mundo. Me bajé un lector para sistema operativo Android y lo leí. Aún ahora no entiendo por qué me enviaron un QR y no metieron el mensaje directamente en el *e-mail*. Era una frase que me citaba esta noche en este lugar.

De Londres a Moscú, te llevo la parte que te falta, en la noche sin luna allá donde se esconde el espíritu de Baco en la Jerusalén más cercana.

Hay varios locales donde sirven vino, pero, si se trata de un enigma al estilo de las películas, tiene que ser esta vinatería. Hoy es noche de luna nueva. Este, aunque parezca una estupidez del tamaño de un piano, *a priori*, es el sitio. Sobre la mesa hay ahora un sinfín de cabos sueltos, tantos como papeles. Sumarios policiales, fichas de la Interpol, recortes de prensa en varios idiomas. A ver. Una botella de más de doscientos años de antigüedad debió exponerse en Londres a finales de 2010, pero Michael Abordman, el hombre responsable de certificarla, cayó por un balcón. A ver, aquí está.

Fuentes cercanas a la investigación han revelado que resultaría posible que la víctima hubiera sufrido un infarto antes del impacto contra el suelo. Sin embargo, la investigación continúa

bajo secreto de sumario...

Y, al año siguiente, en Moscú, se cargan de un tiro en el cráneo al propietario de la pieza a exponer, una botella que supuestamente peinaba canas, de más de doscientos años de solera. Vamos a ver...

... Karpov se negó siempre a relatar de dónde sacó la botella de vino, sobre la cual afirmaba abiertamente que era un Château Bel de tiempos de la Revolución francesa, mientras que a través de círculos privados convenientemente escogidos se dedicaba a difundir que el vino fue adquirido en su momento por Thomas Jefferson para su consumo personal.

En el cuerpo del ruso hallaron también restos de sustancias tóxicas que pudieron causarle por sí mismas la muerte. Pese a ello, le revientan la cabeza usando un revólver. No es trigo limpio. Qué va.

Cruje de nuevo la puerta. Giro el cuello sin poder contener un ligero sobresalto y levanto la vista ante un tipo que entra. Me concentro en mantener cara de póquer pese a que su presencia me incomoda... por llamativa. Viste pantalones blancos holgados, rematados en un cinturón de cuero negro muy ajustado, y la camisa fucsia no acierta a disimular su opulento sobrepeso, que se evidencia por la prominente tripa y los abultados carrillos que rodean un mostacho a la antigua. Sobre su camisa, dibujada mediante una composición de cuadrados violeta intenso que contrastan con el fucsia más claro, hay una gallina estampada que llamaría la atención de cualquiera. Su gusto para el vestuario es arriesgado y sin duda discutible. También por su corbata, negra, decorada con franjas horizontales en morado oscuro,

se podría afirmar con bastante seguridad que no desea pasar desapercibido. Comparte una mirada cómplice con el otro gordo, el seboso de la barra, quien, levantando el mentón, le indica mi posición en el lugar menos discreto, si es que hay alguno que lo sea, de este pequeño antro.

Viene y se sienta sin mirarme a la cara. Empezamos bien. Se quita el sombrero, que es blanco, a juego con los pantalones, y lo deja descansar justo encima de mis papeles. Ya me está cabreando. Tercia su bastón de empuñadura plateada y lo apoya contra la pared. La piel, como la leche, le contrasta con los rizos negros. Tiene un aire gitano, pero le sobra glamur forzado. Sin embargo, cabe decir que su lenguaje corporal muestra cuajo y decisión en las maneras, un *modus operandi* aristocrático.

—¡Un blanco de esos que tienes para mí ahí detrás! —le pide, alzando la voz, al camarero, al tiempo que mueve una mano con el índice extendido de manera circular.

Cuando lo observo de cerca veo que es más joven de lo que hubiera imaginado a media distancia. Está en la cuarentena.

—Odio los batalleros de barril —prosigue, y, ahora sí, me busca la mirada y sonrío—. Los mejores blancos del planeta se hacen en el Penedès, ¿no le parece? Lo sé, lo sé, no me mire así, es un criterio muy personal y discutible, lo reconozco, pero me muero de ganas de hablar de esa región y ponerla en situación. En lo que a vinificar se refiere, el Penedès ha estado asociado desde hace ya unos cuantos años a la innovación. Por cierto, soy Quiroga, Ramón Quiroga. Como le decía, es fácil extraer lo bueno que tiene un terruño por naturaleza, pero crear... eso, señorita, es otra cosa. Más allá de la búsqueda de nuevos mercados y consumidores, que también importa, claro está, crear tiene que ver con el arte.

—¿Has venido a hablarme de vinos? Vamos al grano, por

favor. No me he apuntado a ninguna conferencia.

—Desde que se convirtió en la primera región vinícola del Estado... —continúa sin inmutarse—, sí, en efecto, la primera en utilizar equipos de acero inoxidable y fermentación en frío, déjeme decirle que se han elaborado excelentes vinos modernos procedentes de la mezcla de variedades de uvas originarias y variedades extranjeras... Ahora las cavas tienen investigadores en nómina con la finalidad de recuperar variedades autóctonas, y otras cosas, como, por ejemplo, desarrollar cultivos de tipo ecológico, ensayar técnicas novedosas aplicables a variedades nuevas, experimentar con distintas densidades de plantación... Sí, se están buscando fórmulas de excelencia en la elaboración, incorporando barricas que proporcionen al vino mayor profundidad y complejidad de aromas, mejor untuosidad, textura y cuerpo, profundidad en el paladar... He aquí un ejemplo... pruebe, por favor, pruebe.

Me sonrío generosamente y me alarga la copa que acaban de servirle. Lo hace con seguridad y descaro. Me acerco a cogerla, pero, ¡zas!, la aparta ligera pero firmemente con la mano derecha, al tiempo que con la zurda esboza un gesto de reprobación mientras niega con la cabeza. Chasquea los labios. *Nchts, nchts*. Retira la copa hacia atrás. La suspende en el aire y, desde el pie, la rota con un golpe firme haciendo circular el vino en el sentido contrario al de las agujas del reloj. Me mira firmemente mientras inclina la copa hacia mí, ladeándola el ángulo necesario para dejarla justo debajo de mi nariz.

—Inspire. —Obedezco mirándolo a los ojos—. Ahora sí.

Tomo la copa por el pie como me indica, miro el contenido del cristal fino y, finalmente, pruebo el vino. ¡Bruuuutal! Me niego a decir nada, pero noto el regocijo en su mirada cuando lee el placer en mi rostro. Un movimiento reflejo de las cejas me ha delatado. Bien, no puedo

esconderme: el puto *freaky* ha tenido su minuto de gloria. Lo miro a la cara, esbozo una mueca a modo de sonrisa torcida y le concedo la posibilidad de impresionarme.

—Creía que el Penedès era coto exclusivo de cavas. —Sé de sobra que estoy entrando al trapo.

—Un error común. —Se le escapa una risa franca, ligeramente ácida—. Los romanos trajeron el cultivo de distintas variedades tintas y la infraestructura para transportar sus frutos, la Vía Augusta, que atravesaba el Penedès y que era una arteria necesaria, imprescindible diría yo, para la exportación y el comercio. Se producían tintos y blancos, aunque estos últimos en la Antigüedad no valían para gran cosa, se mezclaban con miel para hacer vinos dulces; eso sí... las condiciones higiénicas de la producción de entonces no eran como las de ahora, y los blancos se avinagraban y pudrían con facilidad, su transporte era prácticamente inviable. Los tintos, por el contrario, se exportaban saliendo al mar desde la zona del Garraf, Vilanova i la Geltrú, Sitges... Curiosamente, fueron los monasterios cistercienses y benedictinos quienes se encargaron gustosamente de mantener la sabia tradición de rendir culto a Baco. Lo que son las cosas. Hacia el siglo XIV empezó a destilarse *brandy*, más o menos tal como se hace ahora. Será a finales del XIX, momento de auge para la burguesía local, cuando vea la luz el bendito espumoso del Penedès. El maravilloso cava. La renovación en los planteles que hubo que afrontar debido a la filoxera, seguro que ha oído hablar de tal plaga, motivó una evolución obligatoria por la vía de experimentar con plantas originarias de otros lugares. Cepas americanas, ya sabe. Hubo que innovar; les salió mejor que a nadie esa jugada y no han abandonado nunca esa baza de éxito.

—Bueno, venga, basta de charla. ¿Qué has venido a contarme?

—He venido a compartir con usted la parte que le falta en la historia que nos trae a ambos de cabeza, por supuesto. ¿A qué ha venido usted? —Hace una pausa, parece controlar los tempos, como si se hubiera adueñado de la situación. Pone cara de interesante y continúa teatralmente—. Ha venido a completar el puzle. Pues bien, me dispongo a relatar una historia esencial sobre el arte de crear, de crear vino, lógicamente. Incluso cuando este no existe. Voy a contarle la historia de la botella que le quita el sueño, señorita. Hablo, como ya habrá imaginado, del tinto embotellado más antiguo del mundo. Si no está interesada en lo que puedo aportar, apuraré la copa y me marcharé a otra bodega, donde seguiré desafiando mi entereza en busca del lugar donde Baco se esconde esta noche.

Hago una pausa estudiada, sonrío a medias y pongo cara de muy poquita broma. Puede valer, este hijo de puta sabe de qué habla. Eso está claro. De hecho, acepté la invitación a venir por una intuición. He venido a buscar la punta del ovillo con la que desenredar la madeja. Doy la entonación exacta a mis pensamientos y la calma necesaria para que suene una amenaza velada a través de mi mirada.

—Cuéntame, ¡ahora!

Piedra Salmedina, julio de 2008

Desde el fondo del Atlántico, frente a la costa andaluza, asciende serpenteando a través del agua una mujer enfundada en un traje de buceo. Mueve acompasadamente las aletas y dibuja un bamboleo en el agua con las caderas. Lleva los brazos levantados apuntando hacia la luz de la mañana que luce en la superficie, y sube con ella, agarrada con cuidado por su mano derecha, una botella de vino antigua. «Ahí queda para la historia.» Echa un último vistazo abajo a través del visor de vidrio templado. Allá en el fondo marino que abandona, yacen los restos de un buque hundido. Desde fuera, puede verse aflorar primero el vidrio asido por una mano enguantada, después, los dos brazos enteros, y, por último, el resto del cuerpo que queda a flote. Al salir a la superficie, parpadea intentando adaptarse a la oblicuidad de los rayos del sol, que la deslumbran. Puede ver, con dificultad por el resol, el casco de un pequeño velero que la espera sobre el crepitar del océano. Detrás de la moderna vela, muy cercana al arrecife, se ve la línea de playa de Chipiona.

«Este es un lugar ideal para naufragar», piensa mientras recorre a nado los escasos cincuenta metros que la separan de la escalenta que da acceso a cubierta. Según la tradición

oral, antiguamente esa roca había formado parte de tierra firme y, sobre ella, aún hoy quedan restos de tumbas de época romana. Se supone que allí los viejos moradores levantaron oportunamente un faro. Cerca del golfo de Cádiz y situado en la entrada de la desembocadura del Guadalquivir, era punto de paso obligado y embudo garantizado para el denso tráfico marítimo que se dirigía a Sevilla. El comercio con las Indias estuvo, hasta la entrada en funcionamiento del Reglamento de Libre Comercio de 1778, bajo la gestión centralista y monopolizadora de la Casa de la Contratación del puerto fluvial más influyente del mundo. Los criollos participaron del tráfico comercial a través de los consulados de Cargadores a Indias, ya que el mencionado reglamento buscaba el fomento del comercio entre los súbditos del rey y favorecer los productos españoles, tanto peninsulares como indianos, siempre y cuando estos últimos no compitieran con los primeros. Además, se pretendía proteger el comercio hispánico gravando las mercancías extranjeras y atacando el contrabando a sangre y fuego de cañón. Diplomacia, guerra, tempestades, piratas y corsarios de todas las nacionalidades, incluida la española, fueron factores que trataron de aguar la fiesta al Imperio. La práctica de modalidades comerciales fuera del sistema era considerada un peligro y a los agentes implicados se los tenía por subversivos, peligrosos y delincuentes en tan alto grado como efectivas fueran sus acciones. El torpedeo constante al monopolio español y la inconformidad de las élites de las colonias pusieron en jaque la estabilidad del sistema y, como intento exiguo de arreglarlo todo, se presentó, a bote pronto, tarde y mal, un corpus legal que incluía bajada de las tarifas arancelarias y reunificación de impuestos, apertura de diversos puertos españoles y americanos al comercio y, aunque parezca una broma de mal gusto, ampliación del permiso para la libre trata de esclavos en 1789, año de la Revolución francesa y la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano.

—Lo hemos conseguido —le dice un hombre vestido de corto con camisa blanca y el rostro oculto detrás de unas carísimas gafas de sol—. La tenemos.

La chica del traje de buzo lo mira en silencio mientras acaba de subir al barco y deposita la botella en la mesita que hay frente a él. Este la toma entre las manos, con cuidado reverencial y ansia canina. Ella se quita la máscara y las aletas y contempla con una extraña seriedad desdeñosa al hombre que sonríe complacido escudriñando el objeto como al rey a quien le han traído un tesoro escondido. Se llama Basili Karpov, es calvo, entrado en la cincuentena, y controla más de la mitad de las importaciones de vinos caros a Rusia y al este de Europa. La chica deja a un lado la botella de oxígeno, sobre la que cuelga el tubo para la respiración. Se sienta en un banquito apartado en la popa, se despoja del ordenador de buceo, el regulador y el cinturón de lastre, y empieza a quitarse el chaleco hidrostático, haciendo visible, por debajo de este, un llamativo bikini a franjas lilas y verdes.

—¡Con esto voy a ser el rey de la red! Nadie podrá discutírmelo, ¿entiendes? Los judíos tampoco.

—Entiendo —contesta ella, sin mirarlo a la cara mientras se quita los escaupines y deja ver las uñas pintadas de verde chillón de sus pies desnudos.

Al levantar la vista, se fija en la trampa mortal para barcos que hay en ese lugar. El arrecife del antiguo faro. Queda cubierto con la pleamar y hace siglos que es un peligro para el tráfico marítimo de la zona. Hoy, sin embargo, nada parecido a un faro hace falta. El pequeño velero está equipado con sistemas de posicionamiento vía satélite que actúan sobre cartas náuticas digitalizadas. Es posible acceder a cualquier sitio coordinado previamente o iniciar una prospección programada por avanzado, con rutas ya trazadas, a través de las que un buque moderno puede

navegar gracias al piloto automático.

—Vamos, ¿a qué viene esa cara? Ambos tenemos lo que buscábamos —dice el ruso chiscando un mechero antes de abrir los brazos y encender un habano—. ¿Has visto algo nuevo?

La mujer se toma un tiempo para escurrir su pelo negro mojado con una toalla pequeña y se inclina abriendo un baúl en la popa del que extrae un ordenador portátil. Parece querer contestar en silencio con ese gesto mientras conecta los cables a una estación de trabajo digital. A través de un escáner tridimensional y técnicas de fotogrametría puede obtenerse un estudio estratigráfico que se visualiza en la pantalla del ordenador y una base de datos relacional con la orografía del terreno, diferentes detalles geográficos, la toponimia, el perímetro del yacimiento y el mapa de sus estructuras, hasta llegar a la pieza concreta que se busca, que aguarda a ser estudiada o rescatada en su posición original. Ella se mueve como pez en el agua en ese tipo de trabajos. Minimiza con el cursor y abre en el escritorio del terminal una carpeta, hace clic sobre un icono y se abre la imagen de un buque dibujado en tres dimensiones inserto en una cuadrícula de excavación.

—Un bergantín —dice al fin, mientras gira la pantalla para que el ruso pueda verla. Tiene un marcado acento francés y habla muy rápido—, doscientas toneladas, más o menos, treinta metros de eslora, ocho de manga y algo más de cuatro de calado. Más pequeño que un navío de su época, pero más rápido y ligero que los galeones de guerra del siglo XVIII, aunque no tanto como los clíperes de principios del XIX. Catorce cañones y un enorme agujero en el casco por debajo de la línea de flotación. Hay barras de justicia y anclajes, así que seguramente ejercía como barco negrero bajo pabellón francés.

—¿Nacionalidad francesa? —pregunta el ruso

interesándose sobre el plano del naufragio que va señalando ella con un bolígrafo barato sobre la pantalla.

—Sabemos que en España, en 1765, se funda la Compañía Gaditana de Negros —dibuja una sonrisa amplia, complacida por el interés del otro, y sigue, si cabe, hablando más rápido todavía—, que en la práctica era una empresa que pretendía participar en el tráfico negrero sin la intervención de las compañías extranjeras que monopolizaban *de facto* el negocio. Está documentado que en su primer viaje se utilizó una fragata de bandera española que solo obtuvo doscientos cincuenta esclavos, menos de la mitad de lo previsto. Pero, entre 1770 y el final de la década, esta compañía gaditana utilizó buques con bandera y tripulación francesa e inglesa, aumentando la carga. El buque que tenemos ahí abajo podría haberse hecho con el doble. Por la época, apostarí a que posiblemente navegando hasta el río Congo y de allí hasta las Antillas o Cartagena de Indias. En este caso, los tripulantes no conocían bien la zona, seguramente era su primer viaje a Sevilla y se dieron de bruces con esta trampa para buques. En la bodega de popa, junto a tu vino, hay restos de un par de cadáveres y varias botellas vacías más. Las tripulaciones inglesas preferían el ron porque no proceden de un país productor de uva con tradición vinícola. Pero este razonamiento no es más que una intuición.

—Entonces, ¿la botella es de finales del siglo XVIII? ¡Magnífico!

—Esto no se hace así —contesta la chica desviando la mirada hacia una lancha motora que se acerca.

Pese a los sistemas de teledetección, como la sonda multihaz para esquematizar en tres dimensiones los posibles restos arqueológicos, el magnetómetro de protones para la localización de material metálico, el sónar o el penetrador de lodos, capaz de dibujar en el interior del fondo marino

estructuras u objetos, se sigue trabajando con el método científico tradicional que consiste en documentar cada uno de los estratos, cotas y localizaciones. Para un arqueólogo, la pieza no tiene ningún sentido desprovista de la información que genera el contexto en el que se encuentra, y un yacimiento es como un libro que se destruye a cada página que pasamos al leer. A la dificultad que supone tener que adaptarse al medio subacuático, se suma que, además, los materiales evolucionan de una forma diferente a como lo habrían hecho de haber permanecido en tierra o al aire libre. El ruso se quita las gafas de sol frunciendo el ceño mientras escruta la pequeña embarcación que pasa cerca de ellos. Ve que manejando con soltura el volante del timón se yergue una mujer rubia que los observa por unos momentos con sus gélidos ojos azules.

—Vamos, Mégane, no pretenderías que trajéramos picos, paletines, palas y legones —se dirige Basili a la arqueóloga francesa sin quitar ojo a la mujer de la lancha—. Además, está la Guardia Civil; había que hacerlo rápido y con sigilo.

Bajo el mar, se usan mangas de succión conectadas con un compresor que expulsa agua o aire a presión de manera útil para dispersar arenas y abrir sondeos previos a la excavación. Los objetos se extraen con un tratamiento especial con ayuda de camas y moldes fabricados sobre la misma pieza, dentro del agua, mediante poliuretano expandido o resinas epoxi, y después se izan hasta la superficie con ayuda de globos hinchados en el mismo fondo.

—Te preocupa más ella que la Guardia Civil —contesta Mégane, mientras observa cómo se aleja la lancha motora—. El vidrio se degrada al contacto con el agua salada, la botella está deteriorada, pero la diosa de la química ha querido que se conserve especialmente joven para su edad. Hemos tenido suerte, estamos muy cerca de la costa, hay poca presión y la botella estaba tumbada y enterrada por el cuello, conserva el tapón y el líquido dentro.

—Aquí no hay oro. Siento decepcionarte, pero lo que me importa no es el recipiente sino lo que hay dentro. Te felicito, tu trabajo ha terminado.

—Puede que no. Hay un par de muertos junto a unas botellas vino. Estaban bebiendo en la bodega cuando colisionaron. —Reflexiona cabizbaja antes de levantar de nuevo la cabeza y sostenerle la mirada al ruso—. No hay carga en el barco. He visto calderos para el rancho, menaje, alambiques y filtros por si escaseaba el agua, sirenas de mano, jarras de pólvora, bombas, badiles y palanquetas, sacos de metralla, lámparas de aceite, y hasta las carracas que usaban los capataces africanos. Hay toneles para agua, dulces, conservas, cecinas, ahumados y salazones, encurtidos, galletas, mermeladas, vinos y licores para una tripulación muy corta, treinta hombres a lo sumo, que debieron de saltar por la borda en dirección a la playa dejando dos muertos a bordo. Para la estibación de la carga de los viajes a Europa, un carpintero solía tomar la contrata para construir un piso falso a base de tablas de quita y pon sobre las barricas de la aguada, bajo cubierta. No hay restos de tales tablas, ni de carga comercial. Tan solo unas pocas botellas de vino. A ver si me explico. Costaba bastante tiempo prepararlo todo, un viaje así era muy caro y se aprovechaba al máximo. Pagar a la tripulación, la comida... además, el vino por lo general se vendía en barriles, el embotellado era un lujo al alcance de contados elegidos. No tenemos documentación escrita sobre este viaje, pero sabemos que llevaban vino muy caro con urgencia a una persona con mucho poder.

—¿Quieres decir que esta botella podía estar destinada al paladar de alguien importante? —pregunta Karpov exaltado, con una sonrisa abierta, ávido de información—, ¿un pez gordo de la época?

—Hay algo más —responde la francesa con voz profunda

—. Este era un viaje a África en busca de esclavos, que se descargaron en América según costumbre, y que meses más tarde naufraga delante de la costa andaluza, llevando como única carga unas botellas de vino exquisito. América estaba, por aquel entonces, empezando en el cultivo de la vid. Los vinos caros del momento se producían en Europa. Solo en Europa, ¿entiendes? Se embarcaban únicamente en el caso de querer llevarlos a América a personajes importantes. No hubiera sido lógico hacerlo al revés. Y este, guapito, era un viaje de vuelta.

Barcelona, Ciutat Vella, febrero de 2013

Fixa sus ojos negros en mí. Toma con dos dedos el sombrero blanco chillón de encima de la mesa y, sin desviar la mirada, con un gesto resuelto lo deja con cadencia inusitada apoyado sobre la cabeza del bastón. Adopta un aire entre inquisitivo y preocupado. A juzgar por las apariencias, le resbala mi agresividad. Contra pronóstico, parece haberme adoptado. Me dedica una sonrisa cálida que me hace saber que le caigo bien. Calibra la necesidad de seguir, como si quisiera escrutar hasta dónde es prudente dejarse llevar. Hace una pausa y se estira el cuello de la camisa fucsia. Se encoge de hombros, como si finalmente hubiera resuelto un dilema. Al fin y al cabo, está aquí para contármelo. Se le escapa un vistazo al horizonte de la vinatería, momento en el que puedo ver en sus ojos el reflejo de la botella que tenemos delante y, más allá, como si se me revelara una metáfora, el infinito por completo. Aprieta los labios, deja ir sonoramente el aire de los pulmones y se decide a continuar.

—Muy bien... escúcheme con atención. Recapitulemos. Basili Karpov, hombre de negocios brillante para algunos y peligroso mafioso ruso para otros, fue asesinado hace un par de años tras haberse presentado formalmente como el poseedor del tinto embotellado más viejo del mundo.

—La botella debió exponerse a finales de 2010 en Londres, pero nunca se hizo.

—Exacto. Karpov era un tiburón en el mundillo. Un auténtico pez gordo. Estaba afincado en el Penedès, aunque, como ya sabrá, tenía fincas declaradas en el Priorat y en La Rioja. Se sospecha que controlaba bodegas y terruños en medio Mediterráneo, Chile, California y Sudáfrica. Bien, respecto a la famosa botella, todo parecía en orden hasta que un alemán, Meinhard Wechsler, saltó a la palestra. Otro tiburón e importante peso pesado de la exportación de vinos, quien acusó formalmente y ante los medios al ruso de estar engañando a la opinión pública. Wechsler tiene una finca enorme en Jerez, aunque pasa los meses de verano, salvo alguna escapada a su país, en la Costa Brava. Como puede ver, a todo el mundo le gusta vivir por aquí cerca, pero el vino que ocasionó el enfrentamiento entre ambos magnates se supone que es francés.

—Sí, Wechsler estaba enormemente interesado en ese vino, según mis fuentes. Es un coleccionista voraz de vinos antiguos y una eminencia en ese campo. Además, parece que odiaba al ruso, no tanto por competidor sino por mentiroso. Lo había acusado con anterioridad en más de una ocasión por devaluar el prestigio del mundillo. En este caso, no pudo denunciar una estafa exactamente, ya que no se había producido, pero destapó toda una lista de falsificaciones menores que atribuyó al ruso, algunas perpetradas en nuestro país. Ante el aluvión de denuncias presentadas y la presión de los medios y la opinión pública, tuvimos que intervenir. Todo eso —clavo la mirada en él—, antes de que el ruso acabara amortajado en una carísima caja de madera.

—De acuerdo, pero no se impaciente señorita, vayamos por partes. Posiblemente, todo habría quedado en un caso más de duda razonable si no hubiera sido porque el Museo Británico se mostró interesado en exhibir la pieza. Karpov se negó a revelar su origen, hecho por el cual el museo solicitó

una opinión independiente. Una autenticación, y aquí empezaron los problemas para la botella de Karpov.

Balancea la copa con la diestra, se echa para atrás en la silla, comprueba que conozco la historia y deja que sea yo quien continúe.

—La pieza tenía grabadas las iniciales Th. J. en el vidrio y Karpov insinuó, según fuentes del museo, que, pese a no poder dar más detalles, la botella pudo pertenecer a Thomas Jefferson, dando salida así a uno de los mitos del coleccionismo de vinos. No es la primera vez que intentan falsificar vinos atribuidos a Jefferson. Se pidió asesoría a un importante museo del cristal de los Estados Unidos. Y bien, en resumen, los resultados de la auditoría de los peritos especialistas concluyeron que las iniciales que llevaba la botella habían sido grabadas con un perforador de diamante fabricado para limpiar caries dentales. Esta técnica tampoco es nueva, hecho por el que se deduce que algún deslucido intentó ir de listo.

—Veo que ha hecho los deberes a conciencia. Efectivamente, un utensilio desagradable de esos que usan los dentistas. Una barbaridad, ya me entiende. Qué duda cabe de que ese tipo de herramienta no existía en el siglo XVIII.

Un silencio breve me da tiempo para procesar el contenido de la conversación. No me revela nada nuevo, pero me sorprende, aunque cada vez menos, que alguien ajeno a la policía pueda saber tanto sobre una investigación. Internet, las redes sociales y demás sirven en bandeja información, a veces imposible de confidencializar. Ni siquiera me da lástima que funcione así. Al contrario, me contagia una profunda tranquilidad el hecho de que alguien más esté tan interesado en este tema, delante del cual me he sentido rematadamente sola. Cuando percibe en mi rostro que la concesión del tiempo prudencial ha dado sus frutos, se

decide a continuar tras una mueca burlona.

—Bien. Hace unos años, coincidiendo *grosso modo* con las fechas de estos sucesos, Joan Borau, un catalán doctorado en la Universidad de Burdeos, descubrió una sutileza sin precedentes... que los vinos de menos de medio siglo de antigüedad pueden ser fechados con precisión de cirujano, ya que presentan restos de cesio-137, un isótopo radioactivo artificial que sale de los ensayos nucleares. Feo, muy feo. La datación se obtiene a través de un proceso complicado que no puedo reproducirle. Borau es un genio, créame. Aunque, como ocurre a veces, ser un experto científico no exime a uno de carecer de ética. Requerido como especialista ocasional por algunos clientes con mala fama en el mundillo, el nombre de Borau va asociado a más de un caso dudoso de dataciones de botellas antiguas. Curioso resulta por ello que el informe positivo que avalaba la antigüedad y procedencia del vino inserto en la famosa botella llevara la firma de Joan Borau. De hecho, nadie se percató de que el vino era falso. Recuerde que el presunto fraude se descubrió debido a la imperfección de un envoltorio. —Levanta las manos y sonrío, concediendo que todo el asunto parece una locura—. Personalmente, tampoco acepté jamás que la botella fuera verdadera y publiqué algunos artículos en revistas especializadas denunciando la impostura.

—Un momento, un momento. No conozco tus artículos. ¿Cómo sabes todo esto? Y, lo más importante, ¿qué pintas tú en esta historia?

—Señorita, por razones personales, que, créame, no vienen al caso, los firmé con seudónimo. Soy un aficionado al vino que ha atado algunos cabos; usted es una aficionada a las falsificaciones y ha hecho lo propio, o eso creo.

—No te equivoques. Soy policía. Es mi trabajo investigar los casos que se me asignan.

Se le ilumina la cara y a duras penas puede contener una carcajada que lo asalta, irrefrenable.

—Fuera de servicio. No se ofenda, señorita, pero indaga de manera enfermiza un caso que estaría más enterrado que Manolete. No soy jurista, pero una denuncia ahora no creo que vaya a ningún sitio. Créame —hace una pausa intencionada y, poniendo las manos cruzadas sobre la mesa, continúa intensamente—, puedo ayudarla.

Una sonrisa maliciosa se abre en su cara. Vista desde fuera parecería una provocación en toda regla, pero sé que no lo es. Se incorpora aún más sobre la mesa acercándose a mí.

Puedo oler su perfume. No es que sea casi femenino; es rematadamente gay.

—Concédame el privilegio de no negarme la evidencia. Le encargaron la investigación a la especialista en casos perdidos. Usted, querida. Documentoscopia, creo que lo llaman. Montones de papeles sobre la mesa, expedientes irresolubles a porrillo, archivos de casos olvidados por falta de personal o desinterés organizativo. Corríjame si me equivoco. Le pasan falsificaciones menores en textos históricos, cuestiones heráldicas, lo típico, nobles inéditos que compran sus títulos, a veces tesis que se amañan, ninguna sorpresa, nada nuevo, ese tipo de cosas... ¡Oh, sí! Y casi va dando las gracias a diario por esquivar parte de las pesquisas habituales a las que acostumbran los GRD, Grup de Recerca i Documentado, ya sabe, querida, billetes falsos, pasaportes, tarjetas de crédito, incluso matrículas. Pero esta vez es diferente, ¿no cree? Hay mucho dinero en juego, aunque no lo parezca, y el caso tiene el glamur del burdeos añejo...

Evito la sorna y trato de volver a centrar la atención en el caso. Me sube una punzada de orgullo por la espalda, pero no puedo evitar empatizar con él. No sé cómo sabe tanto

sobre mi trabajo, pero siempre he admirado a quien sabe informarse. Está claro, me ha calado. Me rindo y, lo que es peor, empieza a caerme bien.

—Escucha, no hemos venido a hablar de mí.

—Lo sé. Discúlpeme, por favor. Como era de esperar, el ruso rechazó las acusaciones y mantuvo que era prácticamente imposible falsificar con éxito un vino antiguo. Y es en este punto donde a nuestras prestigiosas fuerzas de seguridad se les va el asunto de las manos. Vamos a ver. El impacto que está teniendo el caso en el círculo exclusivo del mundo del vino ya se ha hecho visible y global. Confío en que se haga cargo: los consumidores de vinos caros son de una extravagancia grandilocuente, gente de rizar el rizo del lujo hasta el empalague. Glamur y coleccionismo. Por mí, fantástico, facilita mi trabajo, pero comprenda que es un mercado sensible que se basa en consensos efímeros.

—Explícate.

—Se abren investigaciones, se interroga a gente de la industria y el consumidor duda primero y pierde la confianza después. Ahora, según insisten algunos medios, asistimos a un crecimiento exponencial de las ventas de vinos falsificados a lo largo y ancho del planeta. De los mejores tintos de Burdeos, la sospecha salta a vinos de Chile, Sudáfrica, California, Portugal, Italia y, por supuesto, a riojas, riberas, priorats, Penedès... los nuevos ricos son ahora inversores de este nuevo concepto de arte, y para ellos ya no es ajeno ni extraño invertir medio millón de euros largos en iniciar una bodega, tengan o no algún conocimiento previo o sobrevenido sobre el mundo del vino. Compruebe usted que el asunto se extiende más allá de una simple botella, por muy añeja que sea.

Debo reconocer que el tipo tiene poso; aparte de mostrar aplomo, sabe de qué habla. Me animo a colaborar en el discurso.

—Y está cabreando muchísimo al sector. Te sigo. La credibilidad de productores, intermediarios, subastadores, chantajistas y especuladores está en juego.

Le complace lo que escucha y se apresura a corroborarlo.

—Exacto, querida. Hablamos entonces de un caso que destapa un tenderete entero. Hay riesgo de provocar una crisis de confianza en el valor del producto y que los precios caigan en picado, haciendo mucho daño a la industria.

—Y el valor del producto está hoy por hoy hinchado...

—En absoluto, señorita. Está, digamos que... mal equilibrado. Me explicaré. Mientras que las botellas de lujo tienen precios astronómicos, la producción de grandes vinos asequibles al consumo de la gente corriente no resulta rentable porque no puede pedirse el valor real del trabajo que cuesta sacarlos al mercado. Veamos, para quienes disponen de fortunas potentes, genitales cuadrados y asesoría sólida y contrastada, hay inversiones en vino que el especulador profesional no puede dejar pasar. El mercado está muy fuerte porque se están buscando valores refugio; el arte y el oro son un clásico en este sentido. Y, en el presente, en la categoría de arte aparece de manera cada vez más descarada un nuevo género, ¿adivina usted cuál?

—El vino...

—Bingo —dice chasqueando con una sonrisa dos dedos de la derecha—. Si lo piensa fríamente, no tiene nada de descabellado. En Europa estamos en plena crisis económica, el euro puede romperse o incluso desaparecer, y hay quien tiene muy presente el corralito de Argentina.

—Aquello fue otra cosa, otro tipo de crisis.

—Los bancos y las grandes fortunas se están recapitalizando en libras, llevándose capitales a naciones seguras y buscando alternativas fiables de inversión. Piénselo. Se compran picassos por millones de dólares, así

que pagar unos miles por una caja de un famoso burdeos es un auténtico chollo que se revaloriza con el tiempo. Hay incluso quien invierte por Internet en botellas excelsas que nunca verá antes de volver a ponerlas en circulación. Al fin y al cabo, ambas obras de arte tocan el mismo material sensible, el ego del coleccionista de lujo. Aunque estos inversores tienen más idea de finanzas que de vinos. El mito es el valor que tiene el vino antiguo, aunque su valor como inversión es ficticio, sometido como está a consensos que toman algunos gurús de este mercado, una especie de druidas del vino. Para aquellos que juegan más de lo que pueden permitirse perder, o bien se fían demasiado de lo que les dicen sus agentes, los resultados pueden ser desastrosos. Pero para otros más avispados la especulación o la estafa pueden dar mucho rédito.

—Una estupidez consumada que se convierte en negocio. Leí que en la mayoría de los países emergentes los nuevos magnates súbitamente enriquecidos quieren que se los vea bebiendo lo mejor, incluso aunque no sepan apreciarlo o ni siquiera les guste. Pero, a ver... falsificar una botella y engañar a unos cuantos especialistas en la materia, comprar a quien corresponda para certificarlo y pasar todo el proceso de mercado y autenticaciones, no debe de resultar sencillo. Y... estamos nosotros, la policía científica, quiero decir.

Abre mucho los ojos. Su sorpresa ante mi inocencia es real. Se echa hacia atrás en el respaldo y apoya la diestra con cadencia femenina sobre la empuñadura de plata del bastón apoyado en la pared.

—No quisiera ofenderla, señorita, pero no se ha puesto demasiado empeño en arreglar este asunto. La colocaron a usted al frente de la investigación. No me malinterprete, por favor. Me refiero a que se halla usted al frente de una investigación en la que está sola, sin medios ni recursos. Es una investigación condenada a cerrarse en blanco y eso es lo que a todas luces parece convenir a todos. No tirar de la

manta. Sabe a qué me refiero, ¿verdad? Mire, falsificar una botella es difícil, para qué negarlo, pero la verdad es que podría estar hasta mañana citando ejemplos de memoria sobre casos de éxito en este sentido. Busque en Internet...

—Dos auténticos tiburones peleando por la misma carnaza, Wechsler y Karpov, alemán y ruso. Pero, en este caso, no había dinero en juego.

—No directamente, pero sí lo hay. Aunque no le niego que esto es algo más que dinero. Son dos aristócratas del vino que cruzaron aceros por una cuestión de honor. Wechsler es un hombre con posibles, de los ricos de verdad, ya me entiende. Presume de obras de Cézanne, Gauguin o Dalí, aparte de la que posiblemente sea la mejor colección de vinos antiguos del mundo. Le explicaré dónde está el dinero. ¿Ha oído hablar de Bakcheia? —Hace una pausa serena y me mira expectante hasta que dilucida una evidencia. No tengo ni idea de qué me está hablando—. Es una red social. Muy exclusiva, completamente vertical. Hace poco tiempo que existe. Los miembros son la élite de los merodeadores del mundo de los vinos caros y antiguos. Bakcheia, en griego clásico, remite al frenesí que provocaban las virtudes de Baco.

—La borrachera...

—No simplifique, por favor. De Bakcheia surge toda la trama que llevamos entre manos. A través de ella se establecen los contactos. Se pactan ventas y precios, se obtiene información, se gana prestigio, se subasta glamur para determinadas bodegas, se consensúa quién organiza eventos, y, muy importante, surgen rivalidades, retos y también competiciones encubiertas. El prestigio se suda allí dentro, obteniendo posiciones ventajosas en un *ranking* ni escrito, ni publicado, pero que decide qué botellas valdrán auténticas fortunas. Hay catas y demostraciones, todo para dilucidar quién consigue la botella más rara, con más solera,

más añeja. El hecho de que una botella esté relacionada con un acontecimiento histórico o perteneciera a un determinado personaje da muchos puntos.

—¿Cómo puedo acceder a esa red?

—Bajo rigurosa invitación. Los miembros son muy globales. Internacionales, vaya. Funciona por Internet, como cualquier red social, estilo Facebook, ya sabe. Hay quien se ha colado en algún evento, los llaman antesterias, pero no se lo aconsejo. Se afirma que son muy rígidos y contundentes con los intrusos.

—Eso mejor deja que lo decida yo misma.

—No es una red de delincuentes, no me malinterprete, pero la cara más oscura de este negocio se ha metido allí. Me gustaría poder aportar pruebas y nombres, pero me temo que solo puedo alumbrarla modestamente en estos palos a ciegas a través de un camino tortuoso. La mayoría de los agentes del sector, productores, distribuidores, y el resto, son honrados y de fiar. Es un negocio limpio, pero siempre hay manzanas podridas. Veamos, a nivel práctico, para los estafadores hay unas cien firmas propicias para la falsificación, aunque son especialmente atractivas, peritas en dulce, unas veinte bodegas de élite. Pero, a diferencia del resto del arte, con el vino no hay un registro oficial. Un vino no es lo mismo que un cuadro o un libro. Es imposible autentificar el líquido una vez embotellado a menos que se descorche la botella, y las reservas disminuyen al tiempo que el vino se va bebiendo y las añadas más prestigiosas y antiguas pasan a la historia. La consecuencia lógica de ello ha sido un repunte espectacular de los precios.

En franco interés por contribuir al relato voy ordenando mis papeles sobre la mesa mientras me esfuerzo por corroborar datos y encajar el puzle de nombres y fechas.

—Estoy familiarizada con el resto de la historia. Karpov, antes de que lo mataran, nunca reveló quién le informó ni

tampoco dónde halló la misteriosa botella. El museo encargó un informe a Michael Abordman, responsable de vinos de la casa de subastas más importante del mundo, quien hasta el día de su caída desde un balcón, a los ochenta y dos años de edad, continuaba en su consejo de dirección. He tenido acceso a la firma del documento original de certificación. Grafológicamente está más claro que el agua que ese hombre mentía al certificar, yo diría que bajo mucha presión. —Levanto la vista antes de continuar—. Por cierto, sabes mucho sobre esa botella, va siendo hora de que me expliques por qué, cómo me encontraste, la razón por la que me llamaste y para qué me cuentas todo esto.

—Porque querría ayudarla.

—¿Por qué? —Elevo el tono de voz, me noto acelerada.

—Porque la esencia de esa botella en cierto modo me pertenece.

—¡Vamos, te pertenece! ¿Un fraude te pertenece?

—Esa botella posiblemente sea una impostura tosca. No voy a negárselo. Pero piense una cosa, señorita. Hay quien está matando por ella. —Fija sus ojos en mí y le cambia la expresión de la cara, asiente levemente un par de veces y continúa—. Está bien, hablando de mitos, déjeme que le cuente el mío. Viene al caso. A principios de los noventa viajé a los Estados Unidos, yo era un polluelo que acababa de cumplir dieciocho años y estaba loco por James Dean, el actor, claro está. Por aquellas cosas de la mitomanía adolescente, guardaba fotos del personaje, recortes de revista, y forraba la carpeta escolar con aquellas imágenes en las que aparecía más atractivo. Por aquel entonces, me llamaron a filas, cosas de aquellos tiempos, ya sabe, el servicio militar era obligatorio. No logré librarme alegando nada, así que pensé en hacerme objetor de conciencia, una opción cada vez más despenalizada en ese momento, pero mi padre provenía de familia militar. No me alargaré con los

detalles, baste decir que le propuse un trato en virtud del cual me pagaba el viaje para visitar las huellas de mi ídolo y yo acudiría a mi cita con la patria.

—Entiendo...

—Allí, me acerqué en transporte público hasta Cholame, donde hay un memorial al actor, en el lugar donde ocurrió el accidente de coche que lo mató. A mi lado, aparecido de la nada, un hombre mayor empezó a llorar. Se llamaba Donald Turnupseed y acababan de diagnosticarle un cáncer de pulmón que iba a matarlo tres años más tarde. En aquel momento, me informó de que él era el causante de los hechos. Fue el chico que conducía el vehículo que chocó contra el Porsche de Dean. Hablamos un rato y me confesó que siempre había vivido atemorizado ante la posibilidad de que los fans del actor atentaran contra él, hasta que un día, sin esperarlo, se presentó en su casa un hombre que llevaba consigo una botella de vino. No supo negarse y le abrió la puerta de su casa. Ese hombre era Ceferino Carrión, más conocido como Jean Leon, y su visita le cambió la vida. El padre de Turnupseed tenía un negocio relacionado con la energía eléctrica que heredó e hizo crecer hasta convertirse en millonario. Le pregunté cómo se las compuso y me contestó que aquel hombre fue, por mera empatía, a compartir, dijo literalmente, una parte del secreto al que él mismo debía todo.

—¿Quién era Jean Leon?

—Un hombre en la sombra del poder, de glamur oscuro, cuya herencia de memoria ahora da nombre a un vino. No hay mucha información sobre él, pero sí sobre sus hazañas de película. Yo por aquel entonces no sabía nada de vinos, pero el caso me intrigó. Jean Leon emigró a Barcelona tras un incendio que dejó sin casa a su familia en Santander. De allí, en 1941, en medio de los momentos más duros de la posguerra española, pasó andando a Francia, llevando

consigo lo que Turnupseed llamó «el espíritu de Baco».

—Un cuento de hadas —aseguro rotunda.

—Cabe decir —continúa tras apretar los labios unos segundos— que, en cualquier caso, Jean Leon gozaba de cierta credibilidad para hacer creer en pócimas secretas de cualquier tipo. Revise cuando tenga un minuto su entrada en Wikipedia, allí obtendrá fácilmente un extracto simple de su vida. Llegó sin saber una palabra de inglés hasta Beverly Hills, pasando antes por París y Nueva York. Con una mano delante y otra detrás, trabajó como taxista hasta que entró como camarero en el restaurante de Frank Sinatra y Joe DiMaggio. Allí conoció a Dean, con quien se asoció para abrir un local, proyecto que quedó aparcado por la muerte del actor. A pesar de esto, y en poco tiempo, abrió su propio restaurante y produjo su propio vino. Gente como Paul Newman afirmaba que tenía un encanto especial, una seducción que lo convertía en estrella por encima de las estrellas del cine que frecuentaban su local, al que acudía lo mejorcito de la sociedad norteamericana. Elizabeth Taylor le pidió que le mandara canelones por avión a París. ¡Se codeó con Kennedy, hasta el punto de servir el vino en la última cena de Marilyn Monroe! En 1964 viajó al Penedès y compró unos terrenos en Torrelavit. Lo primero que hizo fue arrancar las cepas y plantar variedades francesas: *cabernet sauvignon*, merlot y *chardonnay*. El Penedès nunca volvió a ser como antes, y su éxito se disparó. Hágase una idea, Ronald Reagan eligió un vino Jean Leon para su investidura. No voy a extenderme más, pero déjeme decirle una última cosa. Antes de despedirme de aquel hombre que había matado a James Dean, eché, impulsado por una energía extraña, un último vistazo al memorial y me percaté de que en él hay una única frase escrita en inglés, extraída de *El Principito*, de Antoine de Saint-Exupéry, que traducida dice: «Lo esencial es invisible a los ojos».

Hace una pausa y dibuja una sonrisa triste mirando a la

mesa. Cruza los dedos de ambas manos y me suelta melancólicamente una frase que intuyo que va a costarme olvidar.

—Las respuestas suelen estar ahí, señorita, a la vista de todos, solo hay que saber leer el código adecuado —Hace una pausa breve y sigue hablando—. Alguien, le parezca a usted lo que le parezca, está dispuesto a todo, óigame bien, a todo, por lo que cree un secreto muy añejo y, créame, no va a detenerse en una sola botella antigua, perteneciera esta a quien perteneciera. Busque al enólogo, hágame el favor. No puedo demostrarle nada, pero sé que Borau tiene la clave.

Quiroga dibuja una nueva sonrisa, esta vez amplia, desprovista de malicia e ironía. Muestra irreflexión. Absolutamente nada más. Noto una punzada de angustia que empieza debajo de los pulmones y sube como un gusano de calor hacia la tráquea, y cuando desaparece me deja una sensación conocida de mareo y una canica indigesta en el estómago. Es la sombra de una duda. Meto la cabeza entre los papeles. «Y si... —Me sobreviene un pensamiento—. Y si... hubiera algo más que una puta falsificación.» Calibro posibilidades brevemente porque no se me va a permitir pensar más. Noto un nuevo crujir de la puerta. El tiempo se acelera. Fugazmente veo cómo las manos de Quiroga se abren sobre la mesa. Palmas hacia arriba. No le da tiempo material a levantarlas demasiado en actitud defensiva cuando oigo el estrépito de un disparo, ipam!, seguido de otro y otro. iPam, pam! Levanto la cabeza sobresaltada para ver cómo el primer tiro le ha reventado la cara, entrando por el ojo izquierdo y saliendo por la parte occipital del cráneo, dejando un reguero grana en la pared de madera. Al fondo de la vinatería hay un espejo por el que veo difuminado en negro un cuerpo que se acerca a mí. El segundo y el tercer disparo han ido al pecho y la sangre me ha saltado sobre el jersey ceñido y la cara. El chorro caliente me hiela el alma y

me eriza hasta el último pelo del cuerpo. Cojo aire por la boca al tiempo que la silla de Quiroga cae hacia atrás por la fuerza del impacto, dando con el cuerpo inerte en el suelo. Me cago en mi puta vida, ino lo he visto venir! Calibro la certeza de que ahora me toque a mí. Me giro hacia la puerta. Está ahí. El hijo de puta está ahí, a cara descubierta. Chupa de cuero marrón muy gastada y tejanos, treinta y largos, pelo castaño, tirando a largo y despeinado, guapo, mirada vidriosa y una horrible cicatriz en el lado izquierdo del cuello. Unos pocos segundos se me hacen eternos. ¿Quién cojones es ese tío? Apunta al camarero al tiempo que repasa con la mirada al resto del personal presente. Caras de pánico entre la concurrencia, cuerpos a medio levantar que han detenido su huida en seco. Tres balas, ha disparado tres putas balas. Deben de quedarle otras tres en el tambor. Lleva un revólver de calibre grande, capaz de tumbar a una vaca, creo que es un Smith & Wesson. No puede dispararnos a todos y no sabe si alguien va a perseguirlo. Tipo listo. Sabe lo que hace y va por objetivos, un revólver no dispone de tantas balas como una semiautomática cuando el arma está cargada. Conoce bien la diferencia. También es más lento de recargar, pero puedes usar munición más potente e irte convencido de que has terminado el trabajo, es fácil de usar y ayuda a la puntería, hecho que lo hace un arma pensada más para el ataque que para la defensa, y nunca se encasquilla. Este cabrón ha venido aquí a matar. Respira furioso, aprieta los labios y los tuerce en una mueca hacia la derecha antes de detener la mirada sobre mí. Una mirada extrañamente tierna. Permanezco inmóvil mientras un escalofrío me recorre la columna vertebral para siempre. Levanta la pipa, se sube el cuello de la chupa tapando la cicatriz y sale a la calle dispuesto a perderse en la noche. Veo chiribitas fugaces. Intento controlar el temblor de las piernas. Mierda. Ahora sí reacciono. Mierda, mierda. Le doy una patada a la mesa para apartarla. ¡Coño ya! Y me resigno a mi suerte. Sé que voy a perseguir a ese cabrón. Con la izquierda saco la identificación

y con la derecha la P99. Me levanto y, dejando salir la adrenalina que me empuja a luchar, le grito al personal:

—¡Tranquilo todo el mundo, soy policía, joder!

París, 13 de julio de 1789

Sentado en una elegante butaca de madera de brazos amplios y respaldo decorado con filigranas, Thomas Jefferson, representante del pueblo de los Estados Unidos de América ante el rey de Francia, muestra un distraído aire de suficiencia mientras muerde el extremo superior de su pluma de escritura. Relee una carta de su puño y letra escrita poco tiempo atrás: *Carta de derechos establecida solemnemente por el rey y la nación*. El destinatario inicial del documento había sido su estimado compañero Lafayette, quien a su vez decidió devolverle la presente con comentarios y correcciones. Un pretexto noble para abrir el debate en la velada prevista para esa noche. Los une una relación de amistad, joven pero bien cimentada en el respeto intelectual. Ambos han sentido el olor a sangre en la dura batalla que supone consensuar cuáles son los derechos universales de los hombres, no ya como súbditos o personas, sino en tanto que ciudadanos, que es, no cabe dudarlo, un estamento superior.

El propio Lafayette le había pedido por escrito que organizara una cena. Pretendían analizar en un ambiente distendido algunas cuestiones jurídicas fundamentales y el curso que estaba tomando la actualidad de aquel París cada

día más agitado. Iban a hacerlo, no podía ser de otro modo, en compañía de buenas viandas, mejores vinos y algunos de los amigos ilustrados mejor reputados. Esa noche, además, se sumaría a la mesa un invitado exótico, don Pedro Pablo Abarca de Bolea, décimo conde de Aranda.

Jefferson levanta la vista hacia el techo y suspira levemente. «París, en estos momentos, es un jarrón de porcelana en manos de un niño inocente —piensa agrídicamente mientras decide continuar con sus anotaciones al margen—. Y ese jarrón contiene la esencia y el futuro de los fundamentos de la humanidad.» Son tiempos convulsos y el americano es consciente de las dificultades que entraña la coyuntura actual. Hace poco menos de un mes, los diputados franceses de la Asamblea Nacional se han conjurado para dotar por primera vez al país de una constitución. Y tal eventualidad, sin precedentes en el país, conlleva una espiral de sucesos peligrosos para todos. La voluntad de cambiar la base del sistema acarrea consecuencias lógicas a partir del hecho en sí mismo, a modo de causa y efecto. El embajador lo sabe muy bien. Y pese a no poder evitar mirar la problemática francesa desde la superioridad moral que le otorga al extranjero la distancia, siente una empatía complaciente. Sabe de primera mano que los Estados Unidos había nacido como nación libre y soberana revolucionando su sistema político y desembarazándose del yugo imperialista de un rey demasiado lejano y foráneo. Ahora, trataba de colaborar con el pueblo de Francia dando cobertura a unas ideas que unían a ambos espíritus nacionales, el americano y el francés, pero que contradecían el sentido común de cualquier misión diplomática, más aún la que le estaba encomendada.

«Pero Lafayette... la France es otra cosa.» Dejando la pluma en el tintero se reitera en que ciertamente Francia tiene en esos momentos un contexto único. Se lleva ambas manos a la cara y se alisa las bolsas de los ojos con sendos

dedos corazón. El análisis de la situación se le revela sencillo. Francia mantiene un régimen monárquico absolutista que se tambalea mientras corta la rama sobre la que se sostiene, haciendo equilibrios en la cuerda floja de un mundo que está cambiando de base. Y lo hace con celeridad inusitada. El auge de la burguesía, que tiene cada vez más peso económico y reclama el poder político para rehacer las reglas de juego a su imagen e interés, parece inevitable. Pero, para que la nueva clase dirigente sea estable, debe, cuando menos, aparentar que ostenta el poder de manera legítima. De lo contrario, se convertirán rápidamente en el nuevo enemigo de las masas que ahora instrumentalizan en beneficio propio, pero que reaccionan irascibles cuando se sienten traicionadas. A modo de cobertura intelectual disfrazada de principios éticos, tienen a su servicio una herramienta muy útil: las nuevas ideas liberales.

«Me agota ver la repetición continua de los mismos procesos», susurra Jefferson torciendo el morro absorto. Tal como están las cosas en la calle, la situación solo puede acabar en violencia. A la disputa por el poder, se suma el descontento creciente de las clases populares, que sufren como nadie la carestía de la crisis económica que azota el país. A estas clases se les pide orden y colaboración a cambio de prácticamente nada, como peones a sacrificar en una partida que siempre han perdido de antemano. De este modo, el odio al absolutismo monárquico se alimenta con el resentimiento contra el sistema feudal que encarna la figura del rey. «Su cabeza está lista para servir en bandeja de plata», concluye llevándose las manos a la cabeza mientras repasa mentalmente las ideas expuestas por Voltaire, Rousseau y Montesquieu, entre otros. Sus obras han dotado al imaginario político de conceptos nuevos: libertad política, fraternidad, igualdad, separación de poderes del Estado. «Habrá sangre y será pronto», murmura de nuevo.

El embajador se siente clarividente mientras pierde la

mirada entre la decoración barroca. «Las instituciones del Antiguo Régimen tienen los días contados también en la vieja Europa.» Melancólico pero sereno, consciente del precio a pagar, altivo por saberse conocedor del futuro inmediato que le espera a un país entero, Thomas Jefferson siente la lucidez de un cirujano ante una pierna gangrenada que se debe cercenar. El sistema sigue sosteniéndose sobre la extrema desigualdad real. Los estamentos privilegiados, nobleza y clero, no tienen obligación de pagar los altísimos impuestos que sufragan los lujos de la corte. Este es el tipo de cosas que los revolucionarios se empeñan en creer que pueden erradicar.

A todo diplomático que se precie, esta situación le importa, por supuesto que sí, pero la formación ilustrada de la que mama su oficio le aconseja tomarse las cosas con calma y distancia. Observar, debatir, y actuar como último recurso, con templanza y reflexión, empleando la razón y el método científico, también en lo social, para que las acciones a emprender, dado el caso, sirvan para ayudar a encauzar los eventos venideros y no para embrollar, aún más, unos procesos que van a sucederse de todos modos.

Al oír un murmullo se le escapa un gruñido leve y sordo de enojo. Cuando se halla imbuido en reflexiones políticas o filosóficas no le agrada que lo interrumpen. Piensa, en primera instancia, en reprender la perturbadora conducta que lo ha sacado bruscamente de sus complacientes cavilaciones, pero, al ver quién es la persona que ha entrado, cambia de opinión con celeridad. «Nunca conviene ser demasiado rígido en cuanto a planteamientos», piensa con sorna. Se fija primero en la botella de burdeos que ha traído la chica para mostrarle. Afirma con la cabeza, dando su consentimiento a la elección del vino propuesto para la cena. Mira a la cara a la muchacha y, acto seguido, la imaginación lo transporta hasta dentro de su escote. Curioso resulta que siempre es un buen motivo para la dispersión aquel que se mueve al compás del

vaivén de una falda.

6

Polvorín de Cadrete, febrero de 1992

|| Había dejado de leer y perdía la mirada entre las ||
montañas peladas que se extendían más allá de la
alambrada del cuartel. El sol, desdibujado ya a esas horas,
caía dejando sus últimos rayos oblicuos sobre la tarde que
moría, helada y somnolienta. Debajo del puente que unía la
batería de artillería con el pueblo, pasaba yerma la autovía
de Zaragoza, partiendo en dos el paisaje onírico y ondulante
de montículos polvorientos salpicados de romero.

—Ahí vienen los *cucos*.

Una ordenadísima manada de elefantes. Sí, señor. Patosos hasta decir basta, pero disciplinados como bien mandados soldaditos españoles. Jodiendo el espectáculo, dilapidando el breve momento de paz y aniquilando de un plumazo la posibilidad de continuar con la lectura. Al Profe, lo que más le irritaba de la vida militar era la falta de un lugar recogido y tranquilo. Una biblioteca. Al resto, uno podía irse acostumbrando, ya que no había más remedio. Echó un nuevo vistazo a la tropa que subía y buscó en el bolsillo de la guerrera un paquete de tabaco negro que guardaba siempre a mano. A buen seguro, los novatos estaban trabajándose alguna de esas ampollas que dejaban de recuerdo las botas nuevas, hecho que no les estaba mal empleado por romper

con acústica ascendente uno de los escasos silencios efímeros que había detrás de la maldita valla que los separaba del mundo real. Eran la definición exacta de un batallón de perfectos inútiles. Marcando el paso, con celo profesional los mandaba el cabo Alberto Cuartero. Y allí, esperándolos, Martí Novell, bautizado por sus compañeros como el Profe. Un chico de barrio al que le gustaba leer libros. Se relacionaba bien con los demás, pero lo hacía algo menos que el resto, sabiendo que no perdía por ello el colegio de sus compañeros. Tenía cierta madera de líder y sabía hacerse respetar. Quien lo conocía sabía que gastaba una conversación afable, era de fiar y tenía la templanza necesaria para saber utilizar los cinco minutos de ventaja que la cultura siempre les dio a los curiosos sobre el resto de los mortales, sin hacerse fusilar socialmente por ello. Mantenía aún el libro abierto en equilibrio sobre sus piernas. Recostado en el banco de madera roída que daba a la pared encalada del cuerpo de guardia, las manos dentro del cinturón y la gorra caladísima, empezó a silbar una canción triste que detuvo cuando Cuartero llegó hasta él. Perezoso y ensimismado, apretó los labios, torció el morro y asintió, repetida pero lentamente, mientras miraba a su amigo al mando de sus novatos.

—Fumas demasiado —dijo Cuartero, ya junto a él, calándose más la gorra de visera ondulada a juego con el uniforme de color verde mimetizado, gastadísimo—. Te presento a la nueva hornada de *balubas*. Acabados de llegar, recién saliditos de la gloriosa charla de acogida del teniente.

El teniente Márquez acostumbraba a fumar en los recintos cerrados, especialmente en aquellos en los que las nuevas normativas establecían prohibiciones al respecto. Si caías dentro de su radio de alcance, te tiraba el humo a la cara. Lo hacía para demostrar que él sí podía saltarse las normas y dejaba, por si no quedaba claro, las colillas de pie sobre el filtro en la esquina de la mesa. Llevaba la insignia de

ingenieros pese a estar en un polvorín de artillería y, dado que el capitán del cuartel siempre permanecía ausente, él era allí la cruda ley y el jodido orden. Fascista declarado, hombre de prejuicios e ideas fijas, parecía saberse de memoria el manual ilustrado del perfecto hijo de puta.

—¿Para qué los has traído? —El Profe ladeó la cabeza, chasqueó los labios y dejó ir un rítmico y suave silbido—. ¿No pretenderás que se sumen al refuerzo? Están sin jurar, no pueden llevar armas.

Apeó el libro en una esquina del banco. *Así habló Zaratustra* de Friedrich Nietzsche. Alberto era casi su hermano en aquella pocilga, compañeros de armas unidos en lo circunstancial, y alguna chorrada más de esas que uno llega a creerse cuando reconoce a un compañero en un contexto desfavorable. Y este lo era. Rematadamente desfavorable y rotundamente agresivo. Al llegar, todo había empezado como una aventura que se había convertido en un reto a los diez minutos de bajar del camión y tornado en auténtica putada sin remedio a las pocas horas de haber visto el palo de la bandera. Los ignorantes que tan solo tenían noticias a distancia de tal secuestro orquestado por el Estado lo llamaban eufemísticamente servicio militar, aunque para todo hijo de vecino que lo sufrió en carne propia aquello era, simplemente, la puta mili. Un mundillo casoso y despoblado de vida inteligente. Corrupto, rudo, sórdido y cruel. Endogámico en el perfeccionamiento del paroxismo y desprovisto de lógica evolutiva. La mili le parecía la burla de la civilización para con su presente más salvaje, en un cuerpo que se había convertido por propia voluntad en parodia de sí mismo. Juntos, Alberto y él habían compartido camareta durante los meses de instrucción. Justo aquellos en que la desubicación puede unir mucho a los hombres secretamente asustados. Debido a que aquello, más allá de una pérdida de tiempo, también era un riesgo de contraer oligofrenia por contagio, una conversación agradable se agradecía por

partida doble. Ambos habían heredado de la misma pandilla de veteranos, conocidos como *wisas*, alguna de las prendas que los identificaban como artilleros. Y es que aquello del ejército por obligación era una escuela antisistémica con reglas propias y paralelas de conducta. Cordones rojos para miembros de la guardia, botas capadas a navaja, uniformes desgastados, hebillas viejas, esas cosas.

—Ya ves... para que vean la bajada de bandera. — Alberto dejó ir una mueca al tiempo que taconeaba con el pie derecho sobre el empeine de la bota izquierda—. Rutina, parte de la comedura de tarro iniciática. Necesitaré tu ayuda, señor instructor.

—Tendrás que apañarte solo, cabo. Me toca puente — contestó el Profe al ver a lo lejos las señas del soldado muerto de frío que esperaba el relevo sobre la autovía.

—Pues estás de suerte, capullo, empieza a llover...

—Sí, no hay como tener el día —ironizó el Profe levantándose, culata del fusil contra el suelo en un golpe seco y arriba con las dos piernas a la vez. Ya erguido, recostado sobre el mástil del chopo en vertical que se aguantaba contra el firme, guiñó un ojo y esbozó una sonrisa—. ¿Tienes para un canuto?

Los amigos que se hacen en tales circunstancias valen prácticamente lo que uno mismo. De hecho, en buena medida, se tiene la falsa sensación de depender de ellos. Tocaba guardia. Había llegado la hora de marchar para el Profe, no podía saber en ese momento que tardaría mucho tiempo en volver a ver a su amigo. Se alejó sin despedirse. El sol desapareció del todo tras el horizonte de lomas peladas al tiempo que se cruzaba con su relevo en el puente. Bajaron ambos artilleros el arma al suelo, el uno frente al otro, en movimiento mecánico desde la derecha a la izquierda, acompañando el chopo hasta el suelo con la zurda para dejarlo cañón arriba en vertical. El cuerpo erguido, sacando

pecho en saludo oficial de pose aguileña. La cabeza alta, que no se note lo hasta los huevos que se puede llegar a estar del ejército y de todo en general. Sin embargo, tanto allí como en el mundo real, nunca delante de los novatos que observan el ritual. Estiró el brazo derecho con la palma de la mano abierta, primero hacia el frente hasta formar un ángulo de noventa grados y después, y rapidito, llevó la punta de los dedos hasta el hombro contrario, levantando el codo hasta quedar a la altura de la nariz. El relevo en el puente estaba hecho. Le dio tiempo a observar el panorama mientras el compañero que salía de turno regresaba al cuerpo de guardia. Desde el puente se veía una buena parte del recinto. Se colocó la braga en el cuello, terció la fusa sobre el pecho, se puso los mitones de lana y ajustó las correas. Vestía a la moda del lugar, pelo rapado al dos por los lados y al cuatro por arriba, uniforme de camuflaje con correajes que aguantan los cargadores ceñidos a la espalda y botas altas negras.

El último rayo de sol contemplaba, resistente a largarse, el ritual que se avecinaba. Los novatos, también conocidos como *bultos*, *cucos* o *balubas*, enfundados también en ropa mimetizada, empezaron a formar delante del cuerpo de guardia para la bajada de bandera, que ondeaba en lo alto, más cutre que orgullosa sobre un mástil metálico pintado de blanco a medio oxidar. Los *cucos* se agolpaban torpes, absorbiendo confusos los gritos proferidos por mandos y compañeros veteranos que de vez en cuando iban recolocándolos en la fila, como ovejas. Llevaban muy poco tiempo en el cuartel, les quedaba mucha mili y se asustaban con apremiante facilidad.

Más allá de ellos, el cuerpo de guardia, una casucha blanca donde se cobijaban los soldados, se mantenía igual de roído que hacía generaciones, tras miles de capas de cal, desconchadas una a una. Era una edificación sencilla como pocas, dividida en dos partes: dormitorio compartido y sala

de estar para reclutas que esperaban de noche su turno para hacer el refuerzo. Una vuelta de dos horas al perímetro vallado del polvorín de artillería. Oficiosamente, se jugaba apostando, se bebía de todo, se fumaba, se discutía y se acordaba uno de la madre de los mandos. Nada que no debiera esperarse. La cosa iba así: dos horas de puente, dos horas de descanso y dos de refuerzo.

Todos se hacían los duros, risas encorsetadas, guiños de ojos entre colegas. Empezó a llover poco antes de que sonara la corneta para la bajada de bandera. El oficial de guardia apareció por allí justo para despedirse. Este al menos lo hacía, pero, como todos los demás, nunca dormía con la tropa.

Esa noche iba a despachar un par de botellas de fino; tanto él como el teniente eran unos expertos y podían catar manzanilla durante horas hasta caer sabiamente de culo. Sobre las dos de la madrugada vendría una de las putas más sobadas del Rollo a verlo y se presentaría como su sobrina. A eso estaban todos tan acostumbrados que ni se cachondeaban. «Aligérello, cabo», le dijo a Cuartero como solía, quien se plantó como un profesional delante de sus compañeros con cara de «venga, coño, que nos mojamos». «A la bandera... ¡presenten armas!» Todos al unísono levantaron los fusiles pretendiendo solemnidad para un trozo de tela de colores que bajaba de un palo. Al trasluz se podían ver con facilidad en ella los agujeros trazados por las navajas de los soldados que la capaban cuando la encontraban sola y al despiste.

El Profe no iba a dormir nada antes de salir de refuerzo. Sumaban cinco kilómetros de perímetro, más o menos, a lo largo de la valla que protegía de manera irrisoria el territorio que abarcaba todo el polvorín de artillería. Un recinto que estaba a reventar de pepinos que podrían dejar la geografía española hecha un solar. Había un conjunto de naves adonde se llevaba a los soldados a municionar, hecho que equivalía a

dejarse la piel y las costillas en la cuerda de las cajas sobre las que se podía leer, fundido en negro: «Peligro, contiene explosivos». Más de uno juraba haber visto agujeros practicados en la valla del perímetro, pero nunca se sabía nada sobre ellos.

Martí Novell compartía ese año de vida que no iba a acabar jamás con una pandilla de indeseables que eran sus compañeros. Nueves meses y a tomar por culo, largo, pensaba, pero tarde o temprano acabará. Jamás creyó en la posibilidad de que la cosa fuera a salirse de esos márgenes, jodidos pero asumibles. Si todo el mundo aguantaba, él también iba a hacerlo. No podía saber que el tiempo no iba a cicatrizarle las heridas. Llegó a darse cuenta *in situ* de lo cotidiano que podía ser el lenguaje de las armas cuando el cabo Ordoñez se encaró con Juárez y sustituyó el clásico «te doy dos hostias» por un innovador «te pego dos tiros», fusil en mano, cargador puesto y seguro quitado, apoyando la punta del cañón bajo la barbilla de su compañero, que lo miraba con los ojos vidriosos del rojo que solo puede dejar la grifa. Esa cercanía de trato con las armas, esa naturalidad con la que puede manejarse una fusa de asalto cuando es herramienta de trabajo no iba a abandonarlo jamás.

«¡Vamos!», oyó decir a Juanillo a su espalda. Juanillo del Corral, natural de El Puerto de Santa María, se había calzado las botas, llevaba la tres cuartos puesta y la braga verde al cuello. Era su compañero de vuelta esa noche. Todos lo preferían a él por su talante divertido y amigable, un poco guasón. Como de costumbre, había dormido vestido justo después de granjearse un par de amigos más de los de para siempre invitando a vino dulce de Málaga. Un clic de cargador entrando en el fusil se oía siempre sobre los ronquidos quedos cuando los soldaditos salían a la hora convenida. Esa noche tocaba a las dos de la madrugada. Nunca pasaba nada, vuelta al perímetro del polvorín para comprobar de manera rutinaria que el cercado de alambre

siguiera intacto, que a los perros se los continuaran comiendo las garrapatas a un ritmo aceptable y que la noche estuviera tan estrellada como cualquier otra, ni más ni menos. Lluvia, frío, barro, mierda y aburrimiento era lo más que se podía encontrar uno.

—Papa Cero, Papa Cero... aquí Papa Víctor Uno. Cambio.

Gggggss, gggggsss. El sonido de la señal de los *walkies* era horroroso cuando caían cuatro gotas. Cuartero, tras un rato de espera, finalmente cogió el aparato. Él era sin duda quien más se parecía a alguien sensato en toda la batería.

—Aquí Papa Cero. Adelante, Papa Víctor Uno. Cambio.

—Posición Foxtrot Uno y sin novedad. Cambio.

Salía una patrulla cada hora a hacer la ronda por la valla perimetral, y las patrullas se alternaban el sentido de la marcha. Papa Víctor Uno y Papa Víctor Dos. P de patrulla y V de vuelta, así de original. Noche estrellada, una luna preciosa, todo en orden. Los soldaditos iban a distraerse un rato charlando de nimiedades.

—Los finos de Jerez son los mejores del mundo, *pisha*. Aunque los de Málaga no le van a la zaga...

—¿Otra vez con la misma historia?

—A ver, catalanufo, ¿no te suena el toro de Osborne o la botella de Tío Pepe? Símbolos nacionales, ¿entiendes? Cultura de masas, cretino —dijo, mientras el Profe lo miraba divertido pero con respeto—. Que el sargento y el teniente serán unos cabrones, pero pueden escoger con qué pillan la taja y la pillan con lo que la pillan, que por algo será, compadre.

Juanillo se desembarazó presto del fusil que colgaba de su espalda por un momento y lo apoyó contra la valla. La lluvia empezó a arreciar. El andaluz echó mano del tópico e hizo un gesto castizo con la mano al Profe para que aguantara un momento quieto. Todo el mundo sabía que su

familia tenía bodegas y dinero. Se concentró muy brevemente y empezó a dar palmas.

—Por si no te sabes la letra de *Las Corsarias*, también conocida como «La del soldadito español», ahí va... — Compungido, empezó a entonar—: «Como el vino de Jerez y el vinillo de Rioja son los colores que tiene la banderita española».

Martí sonreía abiertamente hasta que la visión de algo llamativamente fuera de lugar cortó la diversión por completo.

—¿Qué coño es eso?

—¿El qué?

—Esa luz dentro de la nave; no debería estar encendida. No entramos a municionar allí desde hace meses.

—Alguien habrá entrado.

—Nadie debería haberlo hecho.

La luz salía por uno de los respiraderos que se hacían invisibles entre los muros grises de las naves del polvorín. Dentro se escondían túneles oscuros con explosivos y proyectiles de artillería para aburrir, telarañas a mansalva y fauna diversa. Ambos intuyeron que, dependiendo de cómo cayeran los naipes al barajar, la noche podía ser muy larga. Y, en realidad, si al Profe le hubieran dicho que tendría un momento de honor, de celo por el trabajo bien hecho para el ejército, para esa fantochada que le parecía tan absurda y ajena, no lo habría creído. Pero, en función de las predisposiciones de cada uno, las lógicas pueden ser flexibles y los acontecimientos iban a precipitarse en cuanto una segunda luz dejara a la vista un nuevo respiradero en la nave. Acababa de encenderse, y las bombillas eléctricas no lo hacen solas.

—Me cago en mi puta vida.

Juanillo pronunció el juramento al tiempo que agarraba el fusil por instinto para encañonar irreflexivo el edificio acercándose a la valla.

—...ggggggssss... Papa Cero, Papa Cero... aquí Papa Víctor Uno. Cambio. Cojones, Cuartero, coge el puto *walkie*. —La sangre se le agolpaba en las venas del cuello al Profe mientras sujetaba el aparato. Los segundos que el cabo tardó en responder parecieron eternos.

—Aquí Papa Cero. Adelante, Papa Víctor Uno. Cambio. — El tono de voz denotaba más un leve fastidio que un interrogante.

—Nos hallamos en Foxtrot Uno, visualizamos dos luces dentro de una nave del polvorín. Una de ellas acaba de encenderse delante de nosotros.

Hubo un silencio largo, hasta que finalmente la respuesta llegó al aparato.

—No tenemos constancia de ninguna entrada, Papa Víctor Uno. Preciso confirmación de los hechos.

—¡Coño, Alberto! Acabamos de verlo. ¡Despierta al puto oficial de guardia!

Y ese, por casualidades del destino, era hoy el teniente Márquez, quien, después de dejar tres paquetes de tabaco rubio, colilla arriba, en alguna zona prohibida, había salido más de una vez a cazar conejos, de noche y completamente borracho. Eso sí, siempre tenía el detalle de hacerse llevar por la tropa de guardia, a quienes previamente instaba a beber con él. Después, se hacía acompañar de vuelta por alguien que recordara el camino a la batería.

—La valla... ¿está intacta? —Cuartero improvisó una explicación.

—El tramo que vemos... afirmativo, sí. ¿Qué coño pasa con el oficial de guardia, cabo?

—Están buscándolo. Estemos tranquilos, ¿vale?

Unos pocos segundos más que pasaron largos. La tensión podía mascarse a través de las ondas del *walkie*.

—Martí, hay que entrar... —dijo el cabo a través del *walkie*.

—¡Y una mierda! —Juanillo se abalanzó sin pensarlo sobre el aparato.

El Profe se mantuvo en silencio mirando a su compañero, recapacitando. Su postura era totalmente lógica: fuera lo que fuese lo que había encendido la luz allá dentro no podía ser bueno, y malditas las ganas que tenía de correr riesgos por el ejército que lo tenía secuestrado durante un tiempo precioso de su juventud.

—Señores —el cabo tardó de nuevo en articular palabra. El tono, demasiado formal, presagiaba que no se podría elegir a qué carta quedarse. Cuartero supo que tenía que actuar, pese a que la situación, sin precedentes para él, lo desbordaba—, es una orden.

Con el oficial de guardia desaparecido y a falta de otro, él estaba al mando. Todos sabían cómo funcionaba. La jerarquía y demás. Sin embargo, por aquellas cosas de las leyes no escritas, también era sabedor de que las órdenes de un cabo de reemplazo podía pasárselas perfectamente por el forro de los cojones cualquier *wisa* que se preciara. Pero aquí había un elemento que desequilibraba la balanza: ese cabo era un amigo. Y eso lo cambiaba todo.

—De acuerdo, cabo, vamos a entrar —dijo el Profe al tiempo que miraba a Juanillo pidiéndole aprobación. Este articuló un juramento entre dientes. «Su puta madre.» Se dio la vuelta, se ciñó el Cetme a la espalda y escupió al suelo. Estaba listo.

Los dos artilleros se acercaron a la valla y treparon por el enrejado de alambre que hacía unos cuatro metros de alto.

Arriba, apartaron con cuidado y navaja reglamentaria el espino que coronaba la valla. Cuando estuvieron en la cara interior del cercado, descendieron hacia dentro del polvorín como habían subido, como dos gatos, con una técnica aprendida en maniobras de operaciones. Ya en el suelo, dentro de la zona restringida, se hablaban con la vista. Un gesto decidido de la mano del Profe bastó para que ambos corrieran agachados hasta alcanzar la pared del muro de la nave. Echando un vistazo, localizaron al unísono el portón de entrada de madera, antiguamente pintado de verde y que lucía ya más carcoma que color. Al llegar, se colocaron cada uno a un lado de la vieja puerta; la balda estaba descorrida y el candado en el suelo, abierto y descuidadamente abandonado a su suerte. El asunto olía a podrido y ambos lo sabían. Dentro había material que alcanzaba buenas sumas en el mercado negro de armas. Desembarazaron los fusiles y los agarraron con ambas manos delante del pecho. Vestían mitones en las manos que dejaban los dedos libres para el gatillo que jamás debían apretar, como mínimo, sin permiso. Ambos repasaron mentalmente la teoría. «Recuerden, nada de ruidos, nada de luces, avanzamos separados, siempre con la polla tiesa, y, si pasa algo, localizamos al enemigo y le damos con todo.» Apagaron los *walkies*, comprobaron los cargadores, le quitaron el seguro a la fusa y supieron que la suerte estaba echada. Sin palabras, tomaron aire y entraron.

Allá en el interior el polvo formaba una capa gruesa que se levantaba al paso de las botas haciéndose masticable. Como dos bultos pegados a las paredes del pasillo oscuro, se guiaban a tientas avanzando en lo desconocido, semejantes a mosquitos que siguen en la oscuridad un haz de luz que se intuía lejano, allá al fondo. El pasillo estrecho daba a un repartidor que dividía en dos caminos opuestos las opciones a seguir. A ambos lados, se veía un foco de luz al final. Había que separarse y, pese a que a ninguno de los dos le gustaba tal perspectiva, no cabía otra posibilidad. Por inercia, cada

cual se arrimó al lado que le caía más cerca. Como si hubieran sincronizado los relojes, volvieron a ceñirse la braga hasta la nariz para poder respirar mejor entre el polvo. «Nada de ruidos, nada de luces...» El aire era irrespirable. En silencio y con la mirada se desearon suerte. El miedo afloraba. Hubo una seña con la cabeza del andaluz y se decidieron a seguir cada cual por su camino. A los tres pasos, una sensación de angustia extraña invadió al Profe, una opresión en el pecho. No creía en nada y era normal estar intranquilo, pero la sensación que sentía era especial y diferente a cualquier otra que hubiera conocido con anterioridad: estaba desprovista de miedo. Era la serena revelación de un mal palpito. «Hay un camino malo y ese me ha tocado a mí.» A medida que avanzaba, la claridad aumentaba en el corredor.

Una masa informe de pelo negro encrespado, de un palmo de largo, cola aparte, cruzó buscando la pared contraria del pasillo al abrigo de la penumbra. Una rata. Martí Novell tragó saliva. Las odiaba. Rifle en mano, intentaba digerir los nervios mientras se acercaba a la luz. «¿Qué demonios comerán aquí estos bichos?» Contuvo la respiración, se mordió levemente el labio inferior y por unos momentos oyó el latido de su corazón, fuerte y rápido como el de un caballo desbocado. Súbitamente, abrió los ojos al llegarle unos sonidos procedentes de la luz. Unos gemidos sordos, espontáneos, mal reprimidos, masculinos, más claros cuanto más se acercaba. La sala iluminada, que nacía al final del pasillo, se abría formando una habitación ajada donde había unas taquillas, cinchas y correaes tirados por doquier y una máquina de escribir vieja y maltrecha sobre una mesa de madera muy carcomida. Encima de ella se apoyaba, vestido tan solo de medio cuerpo para arriba, boca abajo con las palmas de las manos sobre la tabla de madera, Ramón Quiroga. El imperio del cuartel, la chacha de los mandos. Mordía sin remedio una camiseta de reglamento, verde con el

escudo estampado del Ejército de Tierra, que ahogaba sus gemidos a modo de mordaza y que estiraba, apretándola con una mano en cada extremo, el teniente Márquez, mientras desde atrás le hundía a base de acometidas fuertes y rítmicas algo menos de un palmo de carne erecta por el recto.

El Profe quedó inmóvil, preso de un salvaje espectáculo que no sabía interpretar. La presión de las manos sobre el fusil se relajó ante la incredulidad de lo que veía. Por un momento se sintió ido, prácticamente mareado. Ajeno por completo a la escena, inmóvil e inmutable, parecía no estar allí. Algo no cuadraba. De hecho, ni los protagonistas hubieran reparado en él de no ser porque, en uno de los empujones, entre jadeos rítmicos, cayó al suelo con gran estruendo la oxidada Olivetti que había sobre la mesa. Entonces fue cuando el espectador se convirtió en intruso, en una presencia de lo más estridente y molesta.

—Quiroga... joder —Al Profe no se le ocurrió nada mejor que decir, desconcertado como estaba, los ojos perdidos en los pantalones por los tobillos del muchacho.

No alcanzaba a comprender qué pasaba ni a qué carta quedarse. La situación no estaba para nada clara. Esa nave abandonada no era el escenario de un amor prohibido. Conocía a Quiroga desde el principio. Era un chico riojano, tan buen chaval como mal integrado en la vida militar por tener más pluma que una *vedette* del Molino. Había recibido alguna hostia despistada y muchos insultos durante el servicio, pese a que la mayoría de sus compañeros lo defendieron en multitud de ocasiones. Un chaval agradable, que caía bien a los menos cafres, hasta que se presentó voluntario para hacer de criado de los mandos. Eso sí que no se lo perdonó nadie, el Profe tampoco.

—¡Copón bendito! ¿Qué coño hace usted aquí, Novell? —preguntó con un grito el teniente; los ojos le salían de las

cuencas y las comisuras de sus labios dibujaban una boca desencajada de sorpresa y rabia mientras guardaba el trasto cada vez más flácido y se subía la bragueta torpemente como mejor podía.

Quiroga los miraba a ambos con gestos rápidos y alternos. No parecía estar asustado. Bordeó la mesa observando, con los pantalones por subir haciendo el pingüino. Eso sí, parecía controlar con la vista, algo nervioso, una botella de vidrio polvoriento y erosionada, muy ancha por el culo, que se sostenía en el centro de una caja que yacía en el suelo, cercana a la mesa. Al cuello de la botella había anudada una cinta roja roída por el paso del tiempo. El Profe interpretó el gesto como una amenaza; la mili también le había enseñado qué se puede llegar a hacer con una botella cuando se rompe.

—Quiroga, por Dios, estate quieto —lo apuntaba con el arma, los nervios empezaban a crecer. Quiroga levantó las manos enseñando las palmas desnudas; llevaba la guerrera abierta y nada más. Se le veía el colgajo, que destacaba por moreno y pequeño, visión previa a unas piernas regordetas y muy peludas.

—¡Suelte el arma, artillero! —El teniente se acercaba por la derecha con cara de muy mala leche, pasado el estupor inicial—. Me cago en la Virgen del Pilar. Mírame a la cara, artillero. Suelta el puto chopo. ¡Ahora! —Se acercaba paso a paso, desafiante y seguro.

El Profe movía el arma, oscilando entre uno y otro. Nunca se había sentido un héroe, ni se creía el protagonista de una película de acción, tampoco era un chungo ni un duro de boquilla, pero tenía un pronto muy malo si se cabreaba. Sus compañeros lo habían intuido correctamente desde el principio y le respetaban sus momentos introspectivos y melancólicos. Lo que en otros podía ser un motivo de burla, en él era un detalle de clase. Tragó saliva y trató de controlar

el ritmo de su corazón. Con la diestra mantuvo la fusa apuntando al cuerpo del teniente. Levantó la zurda para pedir calma arqueando levemente el cuerpo hacia delante. Debía ganar tiempo. Una pausa preciosa para pensar.

—Tranquilo, mi teniente. Vamos a ver lo que hacemos...

—¿Lo que hacemos? ¿Has dicho lo que hacemos, mamarracho? ¡Una mierda! Escucha, mamón, aquí no hay ningún debate. ¡Estás apuntando a un oficial del Ejército español, pedazo de carne con ojos! —El teniente dio un paso más al frente, el cabreo que apenas contenía era mayúsculo—. ¡Baja esa puta arma!

Instintivamente, el Profe barajó la posibilidad de disparar. El Cetme estaba cargado, veinte balas en el cargador. Las había contado cada mañana de guardia, sin excepción. El mismo ritual cada vez delante del armero, cuando recibía la munición e insertaba las vainas, clac, clac, clac, una por una. Recordaba ahora que la primera era siempre de fogueo. Un trozo de plástico en forma de proyectil, pero que a tan corta distancia no le daría tiempo material para deshacerse y, por tanto, le haría un siete muy serio a cualquiera. Quiroga, con los pantalones subidos por fin, cada vez andaba más cerca del vidrio. Pero, para su sorpresa, no iba a hacer falta reprimirlo, sería el propio teniente quien lo haría.

—Quiroga, apártate de la jodida botella. —Había atajado la progresión hacia el Profe y, en ese momento, mientras miraba al catalán, intimidaba al camarero con un gesto de su diestra.

El teniente tomó aire por un momento y pareció sosegarse. Cerró los ojos y se llevó la mano derecha a la cara, a la altura de la nariz, en actitud reflexiva.

—¿Qué cojones has venido a buscar? Te has puesto de acuerdo con él. Es eso, ¿verdad, hijos de puta? Pues no vais a quitármela, es mía. ¿Entendéis, mamones de mierda?

Antes os mato a los dos.

El Profe no entendía nada, era la imagen de la perplejidad. La boca levemente abierta contradecía apenas perceptiblemente la cara de póquer que acostumbraba a poner ante los sobresaltos. Ahora bien, una cosa estaba cada vez más clara: el teniente se estaba envalentonando. El pulso volvía a disparársele. El poder disuasorio del chopo en la mano estaba caducando. El teniente atesoraba la experiencia del militar profesional. Participó en la misión de Guinea Ecuatorial en 1987 y estuvo en Abu Dabi durante la guerra del Golfo. Por llevar a cuestras más mili que las letrinas viejas, sabía al cien por cien que el soldadito de reemplazo no iba a dispararle. Así que volvió a acercarse, esta vez de manera decidida, un paso, otro más ligero, al tercero casi volaba hacia el Profe. Tenía los ojos enrojecidos de rabia y rechinó los dientes antes de lanzarse contra su presa soltando un juramento.

—¿Me has entendido, hijo de puta?

Al Profe no le dio tiempo a pensarlo mejor, mucho menos a entender nada de lo que sucedía allí. Iba a tardar muchos años en comprender la noche más negra de su vida. Simplemente reaccionó por instinto, como le habían enseñado: ladeó el cuerpo hacia la derecha, en guardia, echando atrás el pie del mismo lado, llevó el cañón del fusil hacia atrás con la diestra por encima del hombro y, con la zurda, la culata a la altura de la nariz. Apretó los dientes, localizó el blanco en la cabeza de su enemigo, dejó la mente en suspenso y golpeó con todo. ¡Plas! El sonido sordo y hueco de la culata contra el hueso maxilar del teniente precedió al tintineo de alguna pieza dental que rebotó sobre el sucio suelo.

—¿Qué coño es esto? Al otro lado no hay nada de nada. ¿Qué ha pasado aquí, por Dios? Me cago en mi puta vida. — Juanillo había llegado justo a tiempo para ver los restos del

naufragio.

El Profe se había quedado ausente, como un perro abandonado a su suerte en el centro de una tragedia griega.

—El teniente y Quiroga... —Empezó a explicar sin saber bien por dónde empezar.

—¿Quiroga? ¿Qué coño pinta Quiroga en esto? —gritó Juanillo preguntando algo que el destino iba a tomarse su tiempo en responder.

Martí Novell miró hacia donde se suponía que debía estar Quiroga, pero allí ya no había nadie. Extrañamente, cosas del destino, se percató de que la botella que lo había preocupado debido a que podía ser usada como arma tampoco estaba. En la dirección contraria a la que había aparecido Juanillo se abría un pasillo oscuro que conducía al infinito. Sobre la mugre, el teniente Márquez se retorció de dolor echando buchets de sangre por la boca. El Profe era consciente de que la había cagado, pero en ese momento no podía, por más que lo intentara, hacerse a la idea de cuánto, ni mucho menos del porqué.

Barcelona, Ciutat Vella, febrero de 2013

El miedo es cuanto puede mantenerme lúcida entre los angostos callejones del Call. He salido, sin más, a la calle sobre la que puedo morir. Mi reflejo se ve traslúcido a través de los cristales de la puerta que he cruzado tras un empujón. Un pie fuera, antes de poner el otro, sin echar un vistazo a ambos lados, como una niña que cruza la calle sin mirar, dando demasiado pronto por sentado que mi enemigo se marcha sin importarle aquello que deja atrás. Al percatarme de que puede estar ahí, en la esquina, esperándome, me entra una punzada de pánico. Levanto la pistola instintivamente, pero no hay nadie a quien pueda apuntar. Noto un frío extraño. Ahora soy muy consciente de que me juego la vida.

Oigo a mi espalda las risas de dos borrachos. Guardo el arma con presura en el interior de la chaqueta. Son dos anglosajones que suben abrazados, felices de sangría de garrafón y ajenos a cuanto de rancio pueda acontecer por estas calles tan pisadas. Al respirar, dibujo mentalmente la situación. A ver, es día de diario. Hay poca gente en la calle, pese a que estamos a una manzana del carrer Ferran y la plaça Sant Jaume, que quedan a mi espalda. Estoy fuera de servicio y ahora ni pincho ni corto. De hecho, no debería

estar aquí, cuando menos por esta razón. Así que, pese a haber presenciado un asesinato, algo me dice que no debería perseguir a ese tipo. Pero llego tarde a esta reflexión, soy demasiado testaruda y ya metida en harina sé que voy a seguirlo hasta la misma boca del infierno.

Forzando el paso, casi corriendo, me abalanzo sobre el primer rincón. La pipa escondida. Apoyo la espalda en la pared y miro, esta vez prudente, antes de seguir. Veo las placas que anuncian las calles, atornilladas sobre la piedra añeja. Estoy en Sant Domènec del Call y giro por Marlet. Debo escoger, y yo, de ser él, habría ido por ahí. Siempre imaginé que si debía perderme en una fuga imposible lo haría por los lugares más estrechos. Mi hombre habrá hecho lo mismo, ya que, si de apostar la piel se trata, resulta mucho más apropiado gozar de cierta intimidad. Me permito pensar que compartimos ese bucolismo y que ahora nos une en un momento culminante, uno de esos instantes fugaces donde se muere y se mata.

Giro a la derecha por el carrer de l'Arc de Sant Ramon del Call. Me pego por instinto a las piedras viejas que al rozar me dejan polvo de pared gastada en la manga de la chupa. Ventanas bajas enrejadas evocan viejas bodegas y malogrados sótanos. Alcanzo la casa encantada del alquimista judío que toca casi con la placeta de Manuel Ribé. Todo parece llamar a la puerta de la muerte. Conozco la historia de la casa. En época medieval, un joven despechado por la hija del propietario le encargó a este un veneno para matarla que su pobre padre le vendió, ignorante de la cuestión. La placeta, a su vez, nace en el hueco que dejaron los escombros de las bombas caídas durante la Guerra Civil. Un lugar donde acostumbra a medrar la desgracia desde antiguo.

¡Maldito cabrón! Lo veo seguir callejón arriba dejando la placeta a un lado. Tomo aire y miro al cielo que ahora se abre sobre mí. Ahora sí, las estrellas se enmarcan en la

franja oscura entre tejados que deja el fondo negro de la noche de luna nueva. Mi objetivo acaba de doblar la esquina a toda prisa. Curioso rincón de Barna donde, a tres esquinas de uno de los lugares más concurridos de la ciudad, no hay un alma en la calle. Si no fuera porque racionalmente no lo creo posible, su lenguaje corporal me indicaría que sabe que lo sigo. Dobla la esquina a la derecha. Es mi momento. Acaricio la P99 por dentro de mi chaqueta, meto un dedo en el gatillo. Siento el instinto del cazador. Voy a por él. A mi derecha, delante de las piedras gastadas hay unas cuantas motos aparcadas en batería. Paso la diestra por el sillín de una *custom* que me cae cerca, concentrándome. Tomo aire. Me acercaré a la esquina, ahora veloz, le apuntaré y será mío.

Apoyo la espalda sobre la esquina pero ¡buaah! Noto sobresaltada una presencia. Los pelos de la piel se me erizan. ¡Dios!, ¿qué coño pasa? Alguien se me acerca presto desde la izquierda, con paso decidido. El corazón me da un vuelco. Noto cómo el pulso se me acelera y la adrenalina me pone la carne de gallina. Es un hombre joven, pakistaní por su aspecto. Levanta una mano blandiendo un cúmulo de objetos imprecisos. ¡Son latas!

—*¿Servesa... Bier?* Un euro cada.

—¡Quita!

Lo aparto contundente con la zurda empujando su hombro lejos de mí. Sigue allí perplejo mientras me aposto de nuevo en la esquina para mirar. Aún debo de llevar algo de sangre en la cara. Más allá hay un trozo de Sant Domènec del Call que cruza con Sant Sever, camino de la plaça de Sant Felip Neri. Respiro hondo y echo un vistazo fugaz. ¡Pum... Fum... pok! Su puta madre. Es el sonido de un disparo que vine de allí haciendo saltar astillas de piedra, y eso a escasos centímetros de mi cara. Hijo de puta. ¡Maldito hijo de puta!

Me vuelvo un segundo, a tiempo de ver la cara de espanto del pakistani, que sale corriendo calle abajo. Por Sant Domènec del Call sube una cuadrilla de universitarios, ajenos a la bronca silenciosa que nos traemos. Un momento de lucidez me hace consciente de la situación. Ahora sí que hay gente en la calle. Nadie debe recibir un disparo. Nadie debe ver qué pasa, no me conviene. A él tampoco, qué coño. Vamos a ver, piensa, Henar, piensa. A fin de cuentas, yo no debería estar aquí. Saco la pipa. Voy a seguir, ni idea de por qué, pero voy a hacerlo. Me aseguro de que está cargada. Ya es algo personal, el próximo disparo será mío. Ese hijo de puta me debe una.

Me pego a la esquina. Flexiono las rodillas y vuelvo a mirar. Se puede esperar que alguien asome el hocico a la altura normal de la cabeza, no más abajo. Nadie, ahí no hay nadie. Echo a correr hasta alcanzar la calle Sant Felip Neri. Veo la plaza homónima al fondo. Busco con la mirada algún portal en el que guarecerme si la cosa se tuerce. En medio de la plaza hay una fuente. ¿Dónde estará ese cabrón? Me acerco a la fuente cruzando la plaza por el centro. Es más expuesto, pero más corto. Ha sido un error. Un disparo rebota contra la repisa de la fuente. ¡Clank! Noto un escozor extraño, seguido de un dolor agudo. «¡Aaaaaah!» No puedo reprimir un grito. Por instinto me voy al suelo, la espalda pegada a la piedra de la fuente. ¡Me cago en Dios! Siento el calor de la sangre deslizándose por mi antebrazo. Me lo agarro. Me ha dado la bala rebotada. ¡Mierda! Aunque, por suerte, ha podido ser mucho peor.

Quizá venga. Aprieto la pistola y me concentro en respirar. Piensa, Henar, piensa. Intento asomarme para ver algo, pero tan solo veo sombras en las paredes gastadas que cierran la plaza. La flanquean edificios medievales de baja altura. Localizo una iglesia románica, agujereada por los impactos recibidos por gentileza de la aviación italiana durante la Guerra Civil, y un callejón que sale a la derecha

bajo un arco de piedra; es la única salida por la parte contraria de la plazuela. A ver, recapacito. Si no está esperándome, ha salido por allí. No puedo quedarme aquí para que me cace como a un conejo. Saco un pañuelo blanco del interior de mi chaqueta y lo comprimo contra la herida. Cantará un poco entre la gente, por la sangre, pero no perderé mucha más. Dentro de lo malo, confío en que de esta herida no la palmaré. No sería justo.

Hago acopio de valor, pero tengo los nervios a flor de piel. Salgo corriendo hacia el callejón mientras el corazón se me sale por la boca. Alcanzo la pared gastada y me fundo con la oscuridad de la penumbra. Despacio ahora, Henar, despacio. Me aposto contra el arco. Es el carrer de Montjuïc del Bisbe. Caigo en la cuenta de que este era el camino por el que se accedía al antiguo cementerio que se situaba sobre la plaza, donde justo ahora acaban de dispararme. Me consuelo pensando que he hecho el trayecto al revés. La calle es angosta y los portales demasiado pequeños para esconderse. Un lugar sinuoso de la antigua Barcelona judía labrada en piedra. Los farolillos están apagados. Debo cruzar rápido al amparo de la noche. ¡Vamos!

Vuelve a no haber un alma sobre el suelo ajado. Pero todo cambia cuando se adivina la plaça de Garriga i Bachs. Empiezan los murmullos de transeúntes despistados que rebuscan en mapas o charlan distendidamente. Una legión comprimida de turistas. Trato torpemente de esconder el brazo manchado de sangre, al tiempo que no dejo ni un momento de asir el arma fuertemente con la mano derecha por debajo de la chaqueta. El brazo izquierdo empieza a dolerme horrores. Rápidamente alcanzo el carrer del Bisbe y sigo por el de la Pietat. Cada vez hay más gente. Un músico callejero toca en la esquina. Alzo la cabeza por encima de los peatones nocturnos y lo busco, dispuesta a serpentear hasta encontrarlo. El carrer de la Pietat recorre la parte trasera de la catedral bordeando el ábside por fuera. Bonito lugar para

acabar a tiros.

Al salir de una curva me parece verlo. Por un instante lo vislumbro con las manos en los bolsillos, perdido entre los visitantes ociosos. Va hacia Santa Clara, dejando la catedral a la izquierda, recto hacia la plaza del Rei. Acelero el paso al ritmo del pulso que se me desboca. Esta vez sí. Voy a pillarlo. Empiezo a correr. Me siento libre cuando me alejo de los turistas y entro en la callejuela que me acerca a la plaza. ¡Más rápido, Henar!

Saco la pistola y entro. ¡Maldita sea! La plaza desierta me parece gigante y sobrecogedoramente vacía. Me fijo en las siluetas recortadas del conjunto de edificios medievales sobre el fondo negro de la noche. Estoy completamente al descubierto. Me paralizó. ¿Se habrá escondido? No tengo ni idea de cómo se hace esto. Tomo aire, consciente de la posibilidad certera de recibir un disparo. Estoy a merced del destino. Blanco fácil, al descubierto en la entrada de una plaza; dicen que la bala que no oyes es la que te mata. Me da la sensación de que están mirándome. Sigo viva. Tengo la extraña sospecha de que alguien esta noche ha empatizado conmigo. Al menos, lo suficiente como para perdonarme la vida, como mínimo por ahora. En cualquier caso, si estaba persiguiendo a alguien, ese alguien se ha escapado. El brazo me está matando. Camino unos metros hacia dentro, conducida por un estupor extraño hacia las escaleras que veo al fondo. A medio camino hacia la escalera que da acceso a la capilla de Santa Ágata, en medio de la plaza, me detengo. Miro al cielo y delante de mí hallo una silueta de luna nueva gigante que ilumina la torre del campanario del Palacio Real. Suelto el aire retenido en los pulmones y siento dolor. El miedo se apodera de mi pecho y una bola de angustia se me enquistó en el estómago. Tiemblo unos segundos, antes de notar que me resbalan un par de lágrimas por las mejillas. Y le pido cuentas a la luna a gritos dejando ir la tensión acumulada. —¡Mierda! ¡Mierda, mierda!

Mostar, noviembre de 1993

La guerra es una incertidumbre sobre escombros y cascotes, el filo de una navaja que deja cicatrices en el cemento de las calles y en el alma de los pueblos. Pisándola con sus botas sobre el asfalto al patrullar, fusil en mano, aquí está mi romántico soldadito. Herzegovina se muestra a sus ojos como un paisaje de edificios tronchados y ventanas sin cristales, donde los muros lucen infinitos agujeros de cartuchería detrás de los restos de chatarra de coches calcinados. Después de una campaña de asedio, queda poca cosa más que un desolado paisaje de tumbas improvisadas, cadáveres abandonados en las cunetas de las carreteras y valles sembrados de lápidas sin nombre.

Hasta aquí había llegado tras salir del purgatorio, en el que jamás necesité verlo para conocerlo a distancia. Colgada en la verja que flanqueaba la entrada al recinto había una placa que rezaba «Centro Penitenciario Militar. Alcalá de Henares. Madrid». El edificio estaba dividido en cuatro pabellones diferentes: uno para oficiales; otro para la gente en tercer grado; un tercero destinado a mujeres, aunque durante temporadas largas no había ninguna, y un último pabellón que ocupaban los tristes militares de reemplazo, junto a los más cafres de los profesionales y los guardias

civiles.

La prisión militar estaba separada por poco más de medio kilómetro de la cárcel civil. El comedor comunicaba con los patios, donde podían encontrarse infrautilizadas y abundantes pistas de deporte, empleadas en verano para la edificante tarea de tostarse al sol y relacionarse como porteras. Jamás acudió a la capilla, ni al médico, ni al asistente social, ni al psicólogo. Leía a todas horas, y todos los días hacía yoga y pesas en el gimnasio. Un día de esos, en una de las celdas, Martí Novell esperaba la llegada del funcionario que traería su orden de libertad. No había dormido en toda la noche, ya que esperaba, vigilante en la oscuridad, ante la incerteza de que la maldita puerta se abriera. Alguien podría haber entrado armado con un pincho o algo peor, para matarlo, herirlo o intentarlo, dependiendo de la suerte. Liarlo en una nueva pelea era, cuando menos, hacerle esperar la carta blanca un tiempo más, que se haría larguísimo. Pero no ocurrió. Había pasado algo más de un año oyendo el cerrojo de la puerta metálica cada noche con puntualidad prusiana. Tal vez se habían olvidado de él. «La rutina difumina el paso del tiempo —debía pensar—, lo convierte en etéreo e incalculable.»

Tres comidas al día, dos recuentos, paseos repetitivos de ida y vuelta por las paredes del patio. Compartía el aburrimiento con unos sesenta individuos en el pabellón, poco más de un centenar en el total de la prisión. Algunos, amigos; la mayoría, enemigos circunstanciales pero muy peligrosos. Además de los internos, podían contarse a cuatro turnos de once celadores que hacían un total de cuarenta y cuatro guardianes, cuatro médicos, dos asistentes sociales, un psicólogo, un psiquiatra, cuatro enfermeros, un encargado de compras, una secretaria y un sacerdote. Ninguno de ellos pudo evitar que pretendieran matarlo dos veces, una de ellas, la más escandalosa, intentando ahorcarlo. De esa se libró a patadas y mordiscos, y de puro milagro. Le quedó de

recuerdo una horrenda cicatriz en la parte izquierda del cuello. Pasó unas pocas veces por la enfermería a curar sus heridas tras las agresiones que sufrió de manera repetida y sin explicación, de mano de otros presos. Estos podían clasificarse en dos tipologías bien diferenciadas. Por un lado, estaban los conocidos como cabezas rapadas, que colgaban banderas con el aguilucho en las ventanas de las celdas. Muy agresivos con el mundo pero serviciales con los mandos, vivían bien, hacían favores y recibían privilegios. Al fin y al cabo, a ojos de algunos no dejaban de ser patriotas cuyo ímpetu de juventud los había arrojado a traspasar ciertos límites indecorosos. Los otros eran los soñadores, conocidos como insumisos o renegados, una minoría que pese a ocultar sus símbolos y su ideología se sabía que no eran adeptos al sistema militar. Estos últimos se creían con superioridad moral e intelectual, pero pasaban los días aterrorizados por el resto de los internos. Al mando de todo, como única autoridad del recinto, había un coronel, que tan solo respondía, y de manera meramente teórica y testimonial, ante el juez de vigilancia penitenciaria.

No tuvo quejas el Profe, por lo general, en cuanto al trato de los funcionarios. La mayoría hacía su trabajo bajo el rasero común de la perfecta imagen del empleado público. Apatía general, bastante indiferencia ante las circunstancias concretas, impersonalidad galopante, muchas ganas de acabar la jornada e irse a casa. ¿Quién podía culparlos? También hubo casos excepcionales de empatía. Le advirtieron de alguna paliza que se le venía encima o de algún que otro problema de la misma índole que iba a tener. Uno de esos trabajadores fue quien le hizo llegar la carta que yo misma debía asegurarme de que recibiera justo antes de salir en libertad.

El Profe era de barrio, no sobresalió antes en nada, pero siempre se había creído especial. Pensó que viajaría mucho y que se licenciaría en una de esas carreras de letras que no

dan más futuro que la cola del paro. Pero eso él lo asumía y lo superaría. Leía tanto que sacaba conclusiones tan retorcidas como supuestamente brillantes de los clásicos de la filosofía y la literatura universal. Hasta que se cansó de ellos y buscó referentes más cercanos y modernos. Forzosamente, debía triunfar donde los otros fracasaban, así que, echándole valor, acabaría teniendo un trabajo interesante y un hogar junto a una mujer a la que amaría. Pero todo eso se había ido a la mierda. Ahora, tal como lo veía él, siempre sería un exconvicto y las mujeres que frecuentaría dedicarían su tiempo a abrir las piernas a la primera, a demanda de cualquier fulano que pasara cerca.

Sin nada que perder, había llegado hasta aquí con lo más granado de la rojigualda, vestido otra vez de mimeta y armado para matar. Salió de la cárcel derecho para la base aérea de Torrejón de Ardoz, desde donde, tras un par de horas de vuelo, aterrizaba en el aeropuerto de Splitz como integrante de las tropas españolas en la guerra de Bosnia a las órdenes de una división francesa. Su destino estaba a pocos kilómetros de Mostar, en una base levantada sobre naves industriales lastimadas por los combates, donde dormían hacinados los soldados en módulos prefabricados. Pero el objetivo real que movía los anhelos del Profe era localizar y acabar con la vida de otro militar español. El perímetro se había delimitado con alambre y sacos terreros, aprovechando los tramos de pared de una vieja construcción en ruinas que aún se sostenían. Y, ahora, al Profe las minas lo esperan en los recodos de cualquier camino, bajo los cuerpos de los heridos o dentro de las ruinas de las viviendas bombardeadas.

Nada más llegar, se percató de que los refuerzos más allá del cercado deparan aquí más sorpresas de la cuenta, aunque pronto iban a convertirse en rutina. Aldeas ajadas entre montañas, donde las ancianas lloran a sus seres queridos ante fotografías arrugadas. Cementerios tripartitos

que separan cruces ortodoxas serbias de las católicas de los croatas y de los símbolos islámicos de los bosnios musulmanes. Niños hay por doquier, ahora andrajosos, que acompañan a veteranos soldados de ojos que expresan el recuerdo de crueldades inenarrables. Al salir, no es difícil ver prótesis que sustituyen piernas y otras amputaciones diversas producto de explosiones o metralla antes de volver a salvo tras la alambrada. Algunos bosnios colaboran en las tareas de reconstrucción, algunos quitando minas, mientras lucen, resignados, cicatrices y muñones. El sentido común impone ayudar a los habitantes de estos pueblos tan maltrechos. Y se hace, bajo interpretación y marcialidad foránea. Las obligaciones de la tropa española son militares. Prácticamente en exclusiva. El protocolo de actuación prevé neutralizar las acciones de los grupos armados, frenar el contrabando con patrullas rutinarias y registros, y escoltar a los refugiados de vuelta hasta lo que queda de sus hogares. El resto no se diferencia demasiado de la vida militar en casa. Turnos de trabajo de treinta y seis horas, tedio, mierda y testosterona. Los mandos atesoran los recursos que aquí se precian. Para ellos abundan los filetes y los buenos vinos. Por el contrario, y a pesar de que se come mejor que en los cuarteles peninsulares por aquello de cuidar la moral de la tropa, el menú del soldado de a pie es de perfil bajo. Y, con todo, las raciones de campaña españolas son un codiciado objeto de mercadeo, ya que, pese a no dejar de ser bazofia militar, son mejores que las de otros ejércitos extranjeros, cuyo contenido evitan hasta los perros, por estar cargadas de conservantes y por dejar regusto a desinfectante barato. En cualquier caso, la mejor opción para el abastecimiento es sin duda alguna el mercado local, donde cualquiera puede servirse a la carta por unos pocos marcos. Dentro de la base hay alternativas de consumo, tiendas levantadas por los distintos ejércitos. Un comercio tan adaptado a las necesidades reales como económico por estar libre de impuestos. En negro, se mercadea de todo, desde alimentos

hasta videojuegos. Tempranito por la mañana ya se trafica con pornografía barata de camino al retrete. Por la noche, todos los gatos pardos venden drogas. Las salidas de la base se cuentan con pocos dedos y van muy caras, más por peligrosas que por prohibidas. Solo se sale porque faltan las mujeres, que se alquilan fuera por un par de cervezas o muy pocos billetes en los bares que han crecido al calor de la soldadesca extranjera. A algunas de ellas no hay ni que pagarlas, ya que se conforman con la esperanza de que un príncipe azul, latino y enamorado, las lleve a la España del sol y la playa. La policía local, por su parte, corrupta y mal pagada, no se opone a que hasta la tropa se acerquen mafiosos de todo pelaje, que primero se fingen camaradas, pagan copas y buscan charla, y después piden el alma a cambio de favores colaterales.

No sé qué habrá decantado la balanza para convencerlo de que viniera hasta mí. Tan solo tiene una carta y mi foto. Rubia angelical de ojos muy claros. Diecinueve ahítos, uno menos que él. Me miro en un pequeño espejo de mano. No me hace falta mucho más que lo que veo para atraer el interés de un soldado. Saco del bolso una copia de la carta. Sé que ambos la hemos leído más de una vez.

Sr. Novell:

Me complace felicitarlo por su inminente puesta en libertad. Libre albedrío que, somos conscientes, nunca debió abandonar. Me permito la licencia de escribirle la presente para indicarle que, debido a las circunstancias que motivaron su cautiverio, nos hemos visto obligados a informarnos sobre usted y sus quehaceres.

Conocemos adónde se dirige y nos entristece comprobar que ha perdido el aprecio por la vida siendo tan joven. Créame que lo entiendo. A su vez, sabemos de su sobrevenido interés por el

mundo del vino, del cual ha dejado constancia en el registro de préstamos de la biblioteca penitenciaria, tratando de explicarse de manera autodidacta las causas que lo llevaron a un tiempo tan penoso como el que ahora dejará atrás. Es por ello que nos vemos en la obligación moral de ofrecerle un trabajo que nos redima, tanto a usted como a mí, de desgracias que jamás debieron acontecernos. Seremos nosotros quienes nos pondremos en contacto con usted. Considéreme un amigo, por favor; nos une la tristeza de saber que jamás fuimos culpables del mal que hizo crecer fantasmas en nuestro interior.

MW.:

Como cada semana, las brigadas españolas hacen turnos para guardar la Casa de España en Mostar, delante del Hotel Bristol, en una de las arterias de la ciudad. Allí lo espero en la terraza observando el paisaje. Entretanto, los soldados despistan el aburrimiento a base de minifaldas mercenarias, que se acercan atraídas por el olor de las billeteras que anidan bajo la vistosidad contradictoria del caqui mimetizado de los uniformes. Lo veo desde aquí despedir a su relevo, sobre el gris urbano de la guerra. Ha terminado su turno de guardia. Cuando acaban, descansan en un almacén próximo y abandonado, donde encuentran cobijo también familias enteras que duermen hacinadas, compartiendo el escaso espacio con chinches y piojos. A lo lejos, ocurre lo que acostumbra. Tras un breve intercambio de razones económicas y palabras sueltas en la torre de babel de este conflicto globalizado, en serbocroata, castellano, alemán, ruso o inglés del barato, las manos de una mujer, ya entrada en años, se meten dentro de la bragueta de un paracaidista. Mientras tanto, a pocos metros, sus dos hijos menores interrogan a otro soldado sobre las virtudes de su fusil con curiosidad visceral.

Ya lo veo venir. Se acerca directo sin mirarme a la cara. Sin embargo, parece claro que me ha reconocido. Se muestra tranquilo, sereno, incluso un tanto ausente. Cuando alcanza la mesa, se yergue ante mí antes de tomar con la mano izquierda el respaldo de la silla y echarla para atrás. Va a sentarse. Todo va según lo previsto. Este es el plan. A las cinco de la mañana, el canto del muezín vibrará sobre los tejados de Mostar y las primeras luces recortarán las colinas detrás de la pasarela tendida sobre el Neretva. Esa será la postal que veremos juntos cuando amanezca, porque el Profe ya será de los nuestros y me habré pasado gran parte de la noche rulando la punta de mi lengua por esa enorme cicatriz de su cuello.

Aranda de Duero, febrero de 2010

El vino es un ser vivo. Necesita unas condiciones concretas para desarrollarse correctamente. Pero es valiente, y en caso de no tenerlas va por libre, pero va. Temperatura constante y fresca, oscuridad cavernosa, ausencia de olores y vibraciones, silencio, tranquilidad y bastante humedad. Eso en un mundo ideal, claro está. En la práctica y *a priori*, se hace lo que se puede y, después, se trata de arreglar como sea. Encajo perfectamente en ese perfil.

Entro en el casco antiguo por el puente de la avenida de Castilla, hasta el paseo del Espolón, a velocidad sosegada, sintiendo cual espectador cómo se desliza la moto por el asfalto que acaba de regar una lluvia fina y efímera. Paso por debajo del arco y tomo la curva que se abre a la izquierda, sin dar gas, plegando la moto dulcemente. Un nuevo quiebro, ahora a la derecha, me lleva directo a la iglesia. Cualquier pedazo de acera me vale para aparcar. Los escrúpulos cívicos nunca han sido lo mío y tengo multas para empapelar una biblioteca, así que no me va de una. Hace un rato escaso que me ha sacado de la cama en mitad de la noche la necesidad de obedecer un requerimiento absurdo. De hecho, desde que me metieron en esto, todo es un poco absurdo.

Tengo una dirección guardada en la memoria del móvil, pero ni pajolera idea de adónde voy. Manda huevos. Bajo al suelo por la izquierda, me quito los guantes de cuero y el casco integral con ambas manos. Tenso el tronco hacia arriba y ladeo el cuello en movimiento circular para desentumecer los músculos que aguantan las cervicales. Siento cómo se me nubla la vista ante los viejos portales del casco antiguo. Me fijo por primera vez en el juego de luces sobre las filigranas góticas de Santa María La Real. En realidad, nunca me ha interesado la historia. Qué va. Todo lo que sé de piedras viejas me ha ido resultando útil como mero instrumento para ligar. Y nada más. Así que podrían haberle encargado el trabajo a alguien que lo disfrutara más, pero ni me dieron a escoger ni tengo elección. Ato el casco al sillín de la moto y compruebo la información en el teléfono. Abro la aplicación para códigos QR.

Hace un rato, ya en medio de la noche cerrada, oí llamar a la puerta de la habitación; fuera quien fuese, oí sus nudillos tañendo la madera para despertarme. Abrí un ojo y giré la cabeza en la dirección del sonido. Por debajo de la puerta entraba un hilo de luz. Lo justo para entrever que el sonido de algo que se deslizaba por la rendija respondía a una tarjeta que empujaban desde el otro lado. Me incorporé y volando salté de la cama hacia la entrada. Cuando abrí, ya no había nadie en el pasillo del hostel. Tan solo las puertas cerradas de otras habitaciones, tan impersonales como la mía, y una cartulina con uno de esos códigos abandonada sobre la moqueta. Al capturar el código, únicamente se abrió una nota sin firmar.

Sr. Borau: el momento de encontrarnos ha llegado. Vístase y vaya, ahora mismo y sin dilación, al punto más añejo de la ciudad. Puerta de entrada al averno de Baco. Tome el camino del vino que de allí sale y su cicerone estará esperando.

Francamente, si no hubiera vivido lo que he vivido y visto lo que he visto, parecería guasa de la fina. He oído hablar de ese lugar muchas veces. Siete kilómetros de bodegas subterráneas de entre nueve y catorce metros de profundidad en pleno casco antiguo. Un entramado de túneles construidos en época medieval. A los guiris les encanta. Me desajusto la chaqueta y siguiendo las instrucciones comienzo a andar hacia mi destino. Edificios de principios del siglo XX. La arteria del casco antiguo. A estas horas no hay demasiada gente en esa calle, ni en ninguna; mi contacto me encontrará con facilidad.

En una esquina, una mujer solitaria fuma bajo un soportal mientras juega con un móvil. El humo forma una neblina de película gris sobre la tenue luz del alumbrado público. Es joven. La miro bien por si puede servirme. Nunca pierdo una ocasión. Qué va. Incluso previo pago. La respuesta es no, no me sirve. Chaqueta de cuero mal combinada con minifalda corta y leotardos de colores. Violeta con verde a topos. Un desastre, vamos. Pendientes largos y vistosos. Lo empeoramos. Tez blanca, pelo largo y negro. Levanta la cabeza ante mí cuando me acerco. Hace una mueca que pretende ser divertida y se acerca.

—El enólogo... ¿cierto? A ver, guapote, he venido a recibirte.

Habla deprisa, casi histriónica. Tiene un acento francés que suena inapropiado. Completamente ridículo cuando lo suma al argot español.

—¿Eres mi contacto? —le pregunto.

—Beauture, Mégane Beauture... Suena como el coche. ¿Lo pillas? —Suelta una carcajada que retumba en la calle vacía.

—No, no lo pillo. Esperaba a un *viste gabardinas* de

incógnito, ya sabes, con cara de sospechoso al abrigo de la oscuridad de la noche —le digo sonando sincero, pero en realidad deseaba encontrar a la rubia buenorra, aunque me ahorro el comentario.

—Bueno, guapo, pues esto es lo que hay. Siempre llamo la atención, no me dedico a pasar desapercibida. Deberías alegrarte. No soy tu contacto. Soy algo mejor, soy tu guía.

—Mi guía. Mira qué bien. ¿Y adónde me guías, si puede saberse? —le digo al tiempo que hace una pausa y aprovecha para esbozar una sonrisa gigante.

—Hacia tu bajada al infierno.

Me hace un gesto inequívoco para que la siga. Tras andar un rato, puedo leer la placa metálica de la vía que debo seguir. «Calle Isilla». La francesa se detiene unos metros más allá, al alcance de un viejo portón entre dos ventanas enrejadas. Uy, qué misterio. Mete una llave pesada, de hierro, y abre la puerta, que cruje al ceder ante el giro de su muñeca. Se vuelve hacia mí, y me mira. Profunda, me mira. Se agarra con la mano izquierda a la forja antigua sobre el alféizar. Si fuera guapa diría que tiene su puntito con esa posturita sexy. Me sonrío de nuevo, pero esta vez no hay humor fácil. Más bien una inseguridad que adivino que poco tiene que ver conmigo. Vaya, vaya. Interesante. Con un dedo me indica que me acerque y cuando estoy a tiro se me abalanza robándome un beso. Hay que joderse. Me observa como diciendo que tenía que hacerlo.

—Lo mismo después es demasiado tarde —dice—. Para ti o para mí. ¿Quién sabe? Sígueme, anda, y cuidado dónde pones los pies. ¡Ah!, un consejo: no le llesves la contraria.

—¿Jugamos al escondite? Vamos, morena, basta de películas. ¿De qué va esto?

—*Nicht, nicht...* mucho me temo que esto no es ninguna broma, guapito —dice mientras niega con la cabeza.

La entrada es oscura y huele a piedra húmeda, que se confunde con notas lejanas de queso y vino rancio.

—Por aquí, agárrate a la cuerda. ¿Ves mi culo? Pues síguelo.

Unas angostas escaleras bajan a las profundidades de la tierra. El espacio es estrecho, un túnel de roca desnuda que se adentra en el subsuelo siguiendo una barandilla de cuerda. Ahora entiendo lo del averno. Eso sí, no hay pérdida hasta abajo. Cuando tocamos pie, aguzo la vista y aun así me cuesta ver a dos palmos de distancia a mi guía.

—¿Qué coño hacemos aquí? —pregunto, y empiezo a sentir una incomodidad extraña.

—Chist —susurra apretando los labios y llevándose el índice sobre ellos.

—Esto es absurdo, corazón. Vale que me tengáis esperando una semana en una ciudad que no conozco. Me sacáis de la cama de madrugada. Me citáis a ciegas a través de un QR y me traéis a un zulo gigante de incógnito. Creo que ya está bien, ¿no te parece? Y ahora... ¿me bajáis en silencio a mantener una reunioncita en una bodega subterránea?

Me toca el hombro y vuelve a pedirme silencio con una larga mirada. Ella se muestra inquietante, pero, lo que es a mí, la situación me está tocando las pelotas. Miro alrededor, al fondo hay un pasillo con velas que lo iluminan tenuemente a la izquierda. El olor a vino es ahora más fuerte. Me suben temblores pese a que aquí abajo, en invierno, hace más calor que fuera. A la derecha hay toneles grandes y añejos, seguramente armados *in situ*, entre arcos contruidos con primitivos sillares de piedra. Estoy siendo testigo mudo de otras épocas y otras gentes. Empiezo a acojonarme, para qué negar lo evidente. No sé cómo lo vería un psicólogo, pero estoy pasando de un cabreo efímero a una especie de incomodidad nerviosa. El cuerpo me pide largarme de aquí.

Al fondo se adivina un laberinto de pasadizos. Quiero salir. Se oye un fósforo y veo cómo la chica de los leotardos de colores prende una vela de cordón. Me la muestra un segundo. Un modelo perfecto para la profundidad, es un estrecho cilindro de cera enrollado en forma de espiral. Luce por dos puntos porque pueden prenderse los dos cabos de la vela doblándolos hacia arriba. Resulta especialmente práctica porque se aguanta de pie en cualquier lugar, y encuentra el candelabro perfecto en el cuello de una botella de vino.

Dentro de las galerías, la ausencia de ruidos y vibraciones es casi total. Puedo oír el latir de mi corazón. Al final del pasillo hay una luz tenue que da cobertura a una improvisada sala de catas entre viejas cubas. Una mesa larga está dispuesta para el oficio de sumiller, vestida con mantel blanco y aderezada con dos copas para burdeos y unas tenazas de sumiller. En el suelo, cerca de la mesa, hay un brasero con ascuas ardientes.

—Dime de una vez qué hago aquí, morenita, o me largo... plis, plas, tal como he venido y antes de ya. ¿Qué papel me toca en todo esto?

De la nada, como invocado por algún rito de brujería, sale el sonido de unos pasos y de la penumbra aparece un hombre. Supongo que es él. Mi cliente. Enlutado en un traje caro, me mira con aire siniestro. Debo admitir que, pese a las extravagancias, las incógnitas misteriosas y demás, de momento, paga muy bien. Se muestra tranquilo y decidido mientras lo observo con curiosidad. Es resuelto y seguro en lo que hace. Lleva una botella en la mano derecha que deja sobre la mesa; el cuello de esta queda oculto por una servilleta de tela blanca, que acaricia levemente con la zurda antes de retirarla y dejar la botella al desnudo. Parece una pieza muy antigua, a juzgar por la forma y el violento deterioro del vidrio y el corcho.

—Parece que Mégane no ha hecho las presentaciones —

dice sin levantar la vista mientras coloca las tenazas dentro de las brasas. Tiene un marcadísimo acento ruso—. Has de cuidar esos modales, Mégane, chica mala.

La morena histriónica se aparta a un lado. Abre un pelín las piernas y las flexiona. Se retira el flequillo de la frente y, muda, cruza las manos a la altura de los muslos. Parece dispuesta a esperar en silencio.

—Señor Borau, usted, pese a disimular muy bien, no debe de ser idiota. Como adivinaré, lo he hecho venir aquí para catar.

—Hay que joderse, señor ruso. Mire usted que hay arandinos normales, pues esta noche va y resulta que sueltan a todos los raritos. —Cuando estoy nervioso digo muchas tonterías.

—Le aconsejo que no agote mi paciencia. —Clava una mirada gélida sobre mí. Sereno, me otorga una tregua. Coge aire y parece querer empezar de nuevo—. Escúcheme. Cada cepa, cada trozo de tierra que la contiene es diferente. Pasa lo mismo con las personas. Señor Borau, somos parecidos en esencia, pero si sometemos esto al análisis científico, aunque fuera entre dos gotas de agua, veríamos diferencias. Si hablamos de hombres, todos tenemos un motivo para hacer las cosas. Si, por el contrario, hablamos de vino, le diré que suponemos que cada variedad de uva medra mejor o peor en un determinado terruño.

Levanta el dedo índice, mientras con la mano libre coge las tenazas al rojo. Noto un escalofrío. Empiezo a tener miedo, quién puede saber qué se le va a ocurrir a este tipo. Contemplo con cierto alivio cómo cierra pausadamente el hierro alrededor del cuello de la botella. Forma parte del procedimiento normal para la apertura de botellas antiguas, ya que se teme que el corcho pueda estar dañado y, por tanto, pudiera dejar restos al abrirse que contaminen la perfección del vino. Cuando el vidrio está caliente, puede

descabezarse el cuello de la botella con mucha facilidad imprimiéndole un ligero cambio de temperatura.

—Sería fácil afirmar que una ligera variación de las condiciones ambientales daría lugar a una evolución diferenciada, única. Pero, como usted bien sabe, este razonamiento es puro romanticismo. Gente como usted hace que el arte de crear posibilite al hombre domar la naturaleza. Ya me entiende, uno de sus truquitos, y cambian las reglas del juego.

Está cerca de la cincuentena, facciones muy marcadas, alto, fuerte y calvo. Tengo un pálpito. Este tipo es, como poco, de alguna mafia rusa. O eso, o se ha escapado de algún maldito museo del cine negro. Eso sí, un detalle parece jugar a mi favor: no va acompañado de ningún matón.

—El subsuelo de Aranda de Duero —continúa— esconde una red de galerías cuya finalidad fue la de elaborar y almacenar el vino que desde la Edad Media se produce en esta ciudad. Mégane es arqueóloga y, aunque parezca mentira, muy seria en su trabajo; ella podría darle más detalles. Baste con decir por ahora que es un lugar mágico. En la actualidad, existen más de ciento veinte bodegas excavadas, la construcción de las cuales se remonta, probablemente, a los siglos XII y XIII, aunque no se han hallado por el momento documentos que lo demuestren.

Su castellano es muy bueno pese a la contundencia de su acento y su conocimiento sobre las bodegas arandinas parece serio y documentado.

—Esto es cultura, señor Borau. Ingeniera popular al servicio del placer. Estas galerías mantienen todo el año una temperatura estable entre los once y los trece grados, y un nivel de humedad constante, gracias en parte al sistema de ventilación, sencillo pero eficaz, producido entre las puertas de acceso y las luceras. Estas abren espacios que comunican con el exterior, evitando que se acumule el tufo del vino aquí

abajo. Sería peligroso, créame, podría incluso matarlo... No notará ninguna corriente de aire a pesar de que las bodegas se comunican entre sí. —Con la diestra, señala la prolongación de las galerías—. Por supuesto, el vino ha estado asociado a la alimentación, aunque, en los niveles en los que nos movemos, va más allá del hecho de colaborar en la subsistencia. La creación, cuando se perfecciona, tiene más que ver con el arte que con la praxis. ¿No cree, señor Borau?

Me ahorro la respuesta al ver cómo deja momentáneamente la mesa y se acerca a una de las paredes de roca, donde hay colgado un sable en el que no había reparado antes. Lo toma entre las manos mientras se me corta la respiración.

—Pertenece a Napoleón, o eso me certificaron cuando lo compré.

Toma la espada con ambas manos y da un paso atrás cogiendo impulso como si fuera a reventar la botella de un mandoble, pero con control inaudito de la distancia acerca el filo al cuello con precisión milimétrica, frenando el impacto justo antes de tocarlo. Y, clic, con un toque suave al contacto del frío acero, el vidrio se rompe. Me mira sin reprimir una mueca de orgullo y, suavemente, con la diestra retira el trozo de cuello de vidrio sobrante antes de servir dos copas con técnica de sumiller profesional. Me acerca una de ellas empujándola con cuidado por la base y me invita a catar con un gesto de la mano.

—Por favor, haga su trabajo...

Cojo aire y, por un instante, me siento en casa cuando con tres dedos toco el pie de la copa. Agradezco la confianza que siento en mí mismo y levanto el cristal por el tallo con el pulgar y el índice. Miro a mi interlocutor y después a la copa con brevedad. Me tomo la confianza de encender el flexo que reposa sobre la mesa de catas. Levanto y balanceo el

contenido para ver el color del vino en degradado, al contraste con el color blanco del mantel. Miro la copa a contraluz y me la acerco a la nariz repitiendo mecánicamente un ritual estudiado hasta la saciedad. Inhalo hasta que me llegan los aromas nobles y nítidos. Finalmente, cato con un sorbo que dejo reposar en la boca mientras retengo mentalmente cómo se desenvuelve el sabor en el centro de la lengua para escapar en breve a la punta y los bordes.

—Magnífico —pronuncio aún con los ojos cerrados—. Color granate intenso que deriva en tonos teja. Muy vivo todavía, por estar brutalmente bien envejecido. Mucha barrica en nariz, pero se nota aún fruta roja muy madura, derivando en aromas secundarios con toques minerales y torrefactos, algo de tabaco y... muy sutilmente, pimienta. Es un vino francés, pero canta la madera de roble americano. Sí, sin duda. En boca, es potente y carnoso, muy tánico, pero equilibrado. Bien estructurado. Es rico, largo y complejo. Un vino cojonudo, al que todavía le queda cuerda para mejorar unos diez años más al contacto con la madera. Tan solo le haré una objeción: presenta un ligero toque a barniz en retronasal que se enmascara tras un regusto a... yodo, que no acabo de comprender.

—Química. Continúe, por favor.

Levanto la vista; dudo mucho que vaya a gustarle lo que voy a decirle.

—Creo que han tratado de imitar un burdeos muy añejo. El resultado es excelente, pero no perfecto. De hecho, nunca lo será.

Por primera vez, la morena y el ruso cruzan miradas. Para mi sorpresa, mi anfitrión sonrío complacido.

—Exacto, señor Borau. Concretamente, un Château Bel.

—Buena elección. ¿Va a explicarme en qué consiste mi cometido?

—¿Sabe que, en un principio, en las bacanales griegas tan solo eran bien recibidas las mujeres?

—Muy interesante... —Se me escapa cierto desdén.

—Baco, Dioniso para los griegos, es una divinidad dual, exactamente como el efecto oscilante del alcohol en el cuerpo, ¿no cree? Se representa y se dramatiza como luminoso y como sombrío. ¿Le interesa la mitología? — Seguramente puede leer el no en mi cara en cuanto arqueo una ceja—. Baco garantiza la unión de la luz y las tinieblas. Señor Borau, es el dios de las antorchas que se llevan por la noche, alumbrando fiestas y misterios, como las velas de estas bodegas. Esa luz nocturna es un símbolo ambivalente y artificial que lo define a la perfección. Baco, quien hace brillar el sol en el Hades, lugar donde la luz del día jamás penetra. Dualidad, ambivalencia... en la medida justa, puede entronizarte como rey; fuera de sus límites, es capaz de descabezar al máspreciado.

—¿Y todo eso sale de una copa de vino? No me gustaría sonar grosero, pero yo soy meramente un químico. Aunque afortunadamente gozo de buena salud mental.

Oigo un iclac! justo detrás de mí y noto un frío metálico sobre la piel de la nuca. Intuyo qué es, pero me cuesta creerlo. Miro de reajo, girando el cuello lentamente. Sí, es Mégane Beauture, a mi espalda, la chica francesa de los leotardos de colores, apuntándome con una pistola enorme.

—No seas gilipollas —me dice.

—Señor Borau —continúa el mafioso ruso—, voy a hablarle de lo que sí le interesa. De vino y mujeres. Como podrá comprobar, en esencia, todos los hombres somos iguales.

—Con todo el respeto, no necesita impresionar a las mujeres con culturilla barata para follar. Debe de bastarle con sacar a pasear la pasta de la cartera.

—Obvio, señor Borau, obvio. ¿Ha oído hablar de las antesterias? Una fiesta más antigua que estas bodegas. Son acontecimientos a la vez alegres y tristes, ocasión de borracheras exuberantes. Lo necesito para una de ellas. Sabe perfectamente que no puede negarse. A cambio, lo protegeremos hasta que llegue ese momento, que será también el día en que su deuda con nosotros quedará saldada. Las antesterias marcan el momento solemne y peligroso en el que el Hades se abre y los muertos invaden el orbe de los vivos. Necesito que me explique el secreto de una botella de vino.

París, julio de 1940

Luce ojeras generosas bajo sus ojos claros. Hace ya mucho tiempo que, pese a su juventud, no duerme bien. Se estira sobre el respaldo del vehículo, exhibiendo una marcialidad recientemente aprendida. Le han enseñado que la imagen lo es prácticamente todo. Tras repasar su uniforme gris de las Waffen-SS concluye, por fin, que está impecable. Se ajusta visiblemente los puños de la chaqueta estirando las mangas con elegancia de salón. Está listo, en perfecto estado de revista. Consulta la hora en su TH Helvetia de pulsera. Sin prisas, marcando los gestos, el teniente Meinhard Wechsler se pone la gorra de plato reglamentaria. Al calársela, puede ver su reflejo en el retrovisor del vehículo. Se fija en la calavera de aluminio de tibias cruzadas que queda justo debajo del águila. *Totenkopf*. Sabedor de que el secreto de la marcialidad es la seguridad que se proyecta, representa el papel que le ha tocado en suerte y se muestra robusto y frío. Sin embargo, va a costarle disimular que ha pasado la noche en una duermevela nerviosa, una más al final de una lista larga. Baja del Hanomag Sturm dispuesto a hacer su trabajo.

Este es un París enrarecido, dramático y camuflado de diversión. Una ciudad usurpada, reflejo de sus propias flaquezas, que luce un disfraz de gala para una fiesta que es

del todo ajena. Las chicas francesas sonríen a los soldados alemanes, más aún a los oficiales, a quienes miran de arriba abajo. El tendero le ofrece al joven teniente cada mañana fruta fresca y el sol calienta, según el día, más que en Coblenza, pero la falsedad y el miedo que se respira en las calles lo incomodan. Cada día que pasa lejos de casa le parecen más bucólicos aquellos paseos con su prometida entre las mesas de los *biergarten*. Reían como polluelos al ver los bigotes manchados de mostaza de los más aficionados a las salchichas. Y ahora, consciente de estar en territorio enemigo, en la ciudad ocupada más hermosa del mundo, la echa de menos. Nunca creyó que iba a extrañarla tanto. «Elke, pienso en volver a tu lado para siempre.»

Mira con fiereza fingida al cabo que lo acompaña y le ordena marchar delante de él con un gesto de la cabeza. Siempre se creyó un hombre más duro de lo que es. El orgullo es la fuerza de un patriota. «Soy un caballero teutónico», se había repetido de manera recurrente cuando temía perder la entereza. Tiene veintinueve años y más formación ideológica que militar, pero la sangre cada vez le hierve menos en las venas. Ha combatido aún muy poco, pero ya ha conocido brevemente el olor de la sangre en la línea del frente y se siente secretamente afortunado por estar destinado en una plaza segura, lejos de las trincheras y de la muerte. Voluntario del partido, de carácter forjado en la escuela de las *Schutzstaffel*, se ha sentido siempre identificado con el idealismo nacionalsocialista, que concibe a ciegas como un acto de bondad en lo social. Delante de la galopante crisis económica que había hundido el negocio de venta de vinos de su familia y hacía pasar hambre a sus vecinos, pensó sin más que su deber como ciudadano era actuar. Implicado, valiente y decidido, también disciplinado y leal como le habían inculcado desde niño, entiende que fusionarse con la masa y darlo todo a la prusiana por los suyos, incluidos los escrúpulos, lo convertía en mejor alemán

y, por tanto, en mejor persona. Nunca quiso plantearse nada más allá de eso y no iba a hacerlo ahora. «La vida no es justa, pero sé hacer lo que debo.» Ahora, cuando menos, sabría luchar por los suyos y vencería para volver a casa.

Le da tiempo a observar el empedrado de la calle estrecha y seguirlo hacia arriba con la mirada hasta encontrar los muros de las casas, subiendo con la vista por las fachadas blancas rematadas en tejados abuhardillados de azul oscurísimo e infinitas chimeneas. Recuerda la dirección de memoria, el 21 de la rue Servandoni. El cabo se detiene delante del soldado de la Wehrmacht que hace guardia en la puerta. Meinhard Wechsler mira atrás y ve la verja que cierra los jardines de Luxemburgo, con el verde del césped más allá de ella. Al volverse, el centinela se cuadra a su paso con un fuerte taconazo de sus botas. *Obersturmführer*. La puerta está abierta y la bodega tapiada que ha venido a examinar se halla en el sótano bajando por las angostas escaleras.

Mostar, noviembre de 1993

amos a ver lo que hacemos... ¿Cuál es la oferta? —dice =V el Profe torciendo el morro hacia la izquierda.

Levanta la cabeza y me mira, ahora con fijación y descaro. Ojos marrones, pelo castaño y corto a la vieja usanza militar. Se muestra tranquilo mirándome a los ojos. De no estar en la línea del frente se diría que lo tiene todo hecho en la vida. Seguramente, espera de mí una respuesta lógica que no va a encontrar. Sin impacientarse, cruza las manos sobre la mesa mientras deja que siga mirándolo con mi cara de niña buena. Ladea la cabeza y escruta el escenario. A pesar de su corta edad, parece inteligente. De hecho, si no fuera porque conozco perfectamente los detalles que lo han traído hasta esta terraza de hotel desubicado, en medio de una guerra multiétnica, diría que no me explico cómo se ha metido en este estercolero. Su mirada se detiene en un punto lejano a la derecha. Lo ha visto. Vaya, qué pronto. Sentado un par de mesas más allá, en un plano discreto, hay un hombre fornido de piel negra, perilla recortada y cabeza rapada al cero. Un armario ropero que me hace de sombra. Me muerdo el labio inferior, entorno los ojos y empiezo a esbozar una ligera sonrisa a la que, por ahora, no cede.

—¿Va contigo? —me pregunta, señalando hacia mi acompañante con un ligero movimiento de cabeza. Siempre he admirado el carácter directo de los españoles.

—¿Cómo crees que una chica tan mona, débil y joven puede moverse tranquilamente en una guerra como esta?

Sin dejar de mirar a los ojos del Profe, me enciendo un cigarrillo. Él registra veloz a mi acompañante con la mirada. Descubre que va armado. Ninguna sorpresa en este fregado. Dejo la sonrisa abierta del todo, pues me propongo desviar la atención. Apoyo la mano que me queda libre sobre la mesa y arqueo la espalda acercándome un poco, poniendo cuidado en no volcar la botella de vino blanco que hay sobre ella y las dos copas que esperan vacías y dispuestas para servirlo. Me arrimo lo justo, deliberadamente y con calma, y le echo el humo a la cara.

—... Y, además, folla como una bestia.

He sonado rotunda y pausada, y a él se le escapa un ligero gesto facial que lo delata. Una punzada de asco. Pero disimula como un buen jugador de póquer. Esto marcha. Desembaraza el arma que le cuelga a la espalda. Vuelve a mirarme y esta vez se fija en algo más que en mi cara. Una leve ojeada de arriba abajo. Visto un chaleco de color *beige* sobre una camisa azul. Resulta muy informal y me da un toque de aventurera sobre el terreno; además, queda ajustado sobre mi torso y me marca los pechos, que se intuyen apretados debajo de la tela. Mi interlocutor respira profundo un instante antes de dejar la *zeta* sobre la mesa con un golpe sordo, sin mediar palabra. Un arma preciosa. Hay agresividad reprimida en su gesto. No puedo evitar una mirada a la derecha. Mi sombra reacciona de inmediato al tiempo que niego con un leve gesto de la cabeza, indicándole que vuelva a sentarse. El Profe aprieta los labios y señala el arma con la mirada.

—¿Para qué la quieres? —me espeta con una

contundencia que apenas contiene. Es valiente aunque poco asertivo. Me gusta. Es de los que creen controlar la situación y eso me facilita las cosas.

—Es bonita, no lo niego, un subfusil Star Z-70B, de fabricación guipuzcoana para la OTAN. Todo el contingente está dotado con los mismos juguetes. Aparte, claro está, de pistolas Star de calibre nueve milímetros parabellum y Cetme modelo LC. Podría habérselo pedido a cualquiera. ¿Qué te hace pensar que te necesito a ti precisamente para usar un arma? ¿Tu dilatada experiencia en combate? No me hagas reír...

Aparentemente ni se inmuta, pero algo en sus ojos me dice que cualquier mensaje que le haga llegar le calará hasta los huesos. Tiene una mirada extrañamente tierna. Es la mirada de un soñador, más que de un visionario. Un romántico del dolor. Carne de cañón que ha ido ya muy lejos por la desesperanza de hallar las piezas que le faltan al puzle de su vida. Como tantos otros, quiere creer que aguarda la bala que lo mate y que lo liberará. Supongo que me imagina proponiéndole un asesinato que cometer o una guerra a la que ir.

—¿Te gusta el vino blanco? —le pregunto mientras sirvo un par de copas—. La *zilavka* es una variedad de uva local. Da los mejores blancos de Herzegovina. Dulce en nariz pero seco al paladar, me recuerda a algunos vinos de casa.

De hecho, podría forzar un poco más mi acento alemán y proponerle algo a la altura de un guión de cine. No deja de ser este un cliché que se repite en todas las generaciones de hombres, ya que algunos de los que pueden escoger tienen la estúpida idea de aparecer por cuenta ajena en tragedias armadas que pudieron ignorar. A estos hombres los llamamos mercenarios. Todo el mundo sabe qué son y a qué se dedican, pero la mayoría se equivoca sobre el motivo que los mueve a batirse. Una broma del destino, una ruptura o

una pérdida en sus vidas los arrastra a bailar con la muerte en las filas de ejércitos profesionales, dentro o fuera de la ley. Tienen a menudo una vida en otra parte a la que podrían volver si pusieran el mismo empeño en reintegrarse en la sociedad que en hacerse matar. El dinero, en contra de la creencia popular, les interesa poco y luchan cuerpo a cuerpo cada día con el único enemigo que conocen, ellos mismos. Este es el caso de mi soldadito.

—Los tintos se hacen con blatina, jamás había oído hablar de ella antes de pisar Bosnia. En los Balcanes hay muchas curiosidades. La cepa más antigua del mundo está en Maribor, Eslovenia, y responde a una variedad tinta llamada *zametna crnina*.

—Con permiso de los tirolese, que le disputan tal honor —contesta con tranquilidad. Veo que ha hecho los deberes—. Una cepa variedad *versoaln* que crece a lo largo de un muro junto al castillo Katzenzungen, en Prissian. Aunque el vino más antiguo del mundo se conserva en Estrasburgo, en las Bodegas Históricas de los Hospices Civils, un edificio del siglo XIV, bajo la nave central de lo que antaño fue una iglesia. He aprendido mucho sobre vinos. Tiene aproximadamente nueve grados y medio de alcohol y el último en catarlo fue el general Leclerc, que encabezó la liberación de París en 1944, desalojando a los nazis, por cierto.

Hago una pausa y me controlo. Me reconozco impresionada, pero me molestan sobremanera las conclusiones de su comentario. Inspiro, paso la lengua por los labios tomándome un tiempo, me pongo muy seria y le replico.

—La botella de vino más antigua del mundo tiene 1.650 años de antigüedad y está sellada con un tipo de cera que se empleaba en tiempo de los romanos. Fue descubierta en 1867 en Pfalz y analizada por los químicos del káiser, mientras luchábamos en la primera de las grandes guerras

estériles, antes de que fuera expuesta. Pero no he venido a competir contigo haciendo un *ranking* de vinos antiguos.

—Son muchas las empresas privadas hoy en día que se dedican al negocio de la guerra en todo el mundo —dice sin perderme la mirada, tratando de retomar el tema que nos ocupaba.

Vuelve a torcer el morro. Sabe que manifiesta una evidencia y sigue a la espera de que le exponga qué busco. Desde diciembre de 1989 existe una convención internacional de las Naciones Unidas «Contra el reclutamiento, la utilización, la financiación y el entrenamiento de mercenarios» que resulta, en la práctica, una inutilidad flagrante, ya que la realidad es que las actividades de las empresas militares privadas cotizan al alza. Me limito a esbozar una sonrisa y a jugar mis cartas. El tiempo corre a mi favor.

—¿Quién te envía y qué queréis de mí? —me pregunta, continuando con su lenguaje directo y claro.

Hay compañías que han labrado su reputación en la guerra civil de Sierra Leona y que ahora sustituyen a los marines en Congo. Son completamente legales y se puede contactar con ellas para pedir presupuesto a través de la guía telefónica. Algunas están ofreciendo sus servicios a Croacia y, al mismo tiempo, y sin mayores complejos, también a Bosnia y a Serbia. La mayoría entrenan soldados para acciones encubiertas y se han visto involucradas en acusaciones por tráfico ilegal. Aquí, en Bosnia, se oye, sin que me haya detenido a comprobarlo, que trafican con niñas para esclavitud sexual. Nada de esto es nuevo, ni nadie se sorprende ya. La lista de lugares para el despropósito y la barbarie es larga. Angola, Zaire, Kenia o Liberia son solo algunos ejemplos de países que se atestan de soldados de fortuna que cobran a tanto el cadáver que dejan abandonado en una cuneta. Trabajo, nada más.

—¿Crees que vengo a pedirte que luches por dinero? Vamos, Profe, pensaba que eras más listo. El sueldo de un mercenario en Bosnia rara vez estuvo por encima de los mil francos, con suerte y cuando había más demanda que oferta de matarifes. Ahora, con la devaluación de la moneda croata, está por los suelos. En el lado bosnio, ni siquiera pagan con dinero. ¿Eso esperabas de mí? Cuando haya una tregua o esto acabe, irás loco por llegar a Zagreb y gastarte lo poco que tengas en bacanales sórdidas con la esperanza de olvidarlo todo. Podrás intentarlo en compañía de una mujer que elijas, seguramente repudiada porque la violaron hasta el amanecer y que ahora se prostituye, a falta de otra alternativa, por un plato de alubias. Es más, por un cartón de leche puede que hasta te susurre que te quiere. Eso, por no mencionar que serás perseguido por desertor a cambio de cuatro míseros duros. ¿Es eso lo que quieres?

—No he venido aquí por dinero.

—¡Ya lo sé! Has venido aquí por Márquez. Déjame adivinar. —Hago una pausa, lo dejo respirar y lo miro con mis ojos gélidos, sabiendo que sueno demoledora mientras pongo boquita de fresa al hablar—. De acuerdo, pero, piensa, ¿después qué? Yo te lo diré. Era una cuenta pendiente, querrás creer, yo soy un tipo listo. Sí, señor. Nunca me creí el cuento. Lucho por mí, etcétera. Vale, perfecto, aunque también eres un estúpido por perseguir algo que no sabes definir desde el momento en que te jodieron la vida. Déjame decirte una cosa más, soldadito: con el paso del tiempo... no queda nada. Nada. Cuando se esfuma el efecto narcótico de la venganza, del compadecerse, cuando ya no te acuerdes del porqué estás aquí, tan solo te quedará la guerra por la guerra. Jamás tendrás opción de decidir ni opinar, y te verás obligado, por salud mental, a convencerte de que luchas por algo con sentido, defender las aldeas de los campesinos indefensos y las ciudades de los estudiantes proletarios. Esas cosas. Sí, ese cuento es tan bonito que da sentido a la vida

de algunos. Evitar que abusen de una vieja o que torturen a un niño. Vamos, Profe, si quieres engañarte, métete en una ONG, porque llegados a este punto no te servirán ya ni la marihuana ni las anfetaminas.

Y estarás acabado. Y si aún puedes volver, te verás, con suerte, reponiendo pepinillos en la estantería de un supermercado. No tendrás ahorros ni retiro. Te quedará solo el triste recurso de alcoholizarte a conciencia.

—No sabes nada de mí.

—¡Ah, no! No sé nada de ti. ¡No! —Sueno enfadada—. Te ayudamos dentro de la cárcel para que no te mataran.

Y casi no lo conseguimos, por cierto. Te entregamos una carta en mano justo antes de que te liberaran. Sabíamos que aparecerías aquí. Hemos localizado tus huesos en un enjambre de tropas internacionales y te he citado en esta terraza, justo delante de tu puesto de guardia. Ayer, soldadito, patrullaste cerca de Ravni, pero hasta que bajaste del blindado no tenías ni idea de adónde ibas. Con los soldados no acostumbran a prodigarse en explicaciones, ¿no es cierto? Vamos a ver, sois un obstáculo para los serbios, que os ven como meros invasores entrometidos. Por el contrario, los civiles bosnios os temen y no les queda otra que respetaros. Pero también os odian en secreto. Lo sabéis bien porque las piedras rebotan con frecuencia contra el blindaje de los BMR. Hoy mismo, dos civiles te han vendido un litro de *rakia*, ese horroroso licor de malas hierbas que traen de cerca de Bania Luka, que arde en la garganta y que muchos compran para limpiar la grasa del fusil. No, qué va, no sé nada de ti, Martí Novell.

—Muy bien, dime de una puta vez qué pinto en tus planes —dice, sin mostrarse impresionado por mi discurso.

—Huyes de cuanto importa antes de saber que cuanto importa siempre queda cerca. Tú y yo compartimos la afición de acercarnos a la barbarie. Yo conozco tu motivo, es justo

que te haga conocedor del mío.

Pierde la vista, cabizbajo, en un punto impreciso del arma que yace sobre la mesa. Sabe en este momento que ha venido hasta mí para escuchar mi historia. La noche que se va acercando apura, como si fuera una copa de vino, el color de la tarde a juego con mis cabellos rubios. Él es de esos. Levanta su mirada tibia para fijarla sobre la mía. Sí, es de los que tienen la santa manía de enamorarse a la primera.

—Escucha, por favor. Mi abuelo era un hombre entrañable que me enseñó a montar en bicicleta en la casita familiar de Buehl. Había sido oficial voluntario de las SS. Las circunstancias. Por las noches se levantaba porque tenía horribles pesadillas que a mí también me desvelaban. Me acercaba a su cama, en silencio, mientras escuchaba sus lamentos. Esbozaba trozos de historias sueltas que me sonaban desgarradoras. Relatos crueles de violencia gratuita, supervivencia, hambre y frío. En las peores pesadillas hablaba en sueños de una botella. Una maldita botella de vino.

Abre mucho los ojos un instante y se echa hacia atrás en la silla. En silencio, espera a que continúe.

—Sabes perfectamente de qué te hablo. Profe, estabas en el momento equivocado en el peor sitio posible. Te he hecho venir para que hagas lo que sabes que debes hacer. Ayudarme a encontrar esa botella y a desvelar los secretos que esconde, cueste lo que cueste.

—¿Por qué yo?

—Tú lo harás porque esa botella te precipitó también al infierno y no saldrás de él sin ella, y lo sabes.

—¿Cómo se supone que voy a hacerlo?

—Con paciencia y manteniéndote vivo. Batiéndote, pero no aquí. Responde a las expectativas y tendrás a Márquez. Escucha. Ruanda está que arde... hay un genocidio en curso.

En varios conflictos africanos actúan mercenarios con el aval de algunos gobiernos occidentales, incluidos algunos que te sorprenderían. En Zaire, pese a que se niegue oficialmente, empresas poderosas recluían a exmilitares para acciones que responden a intereses muy prosaicos.

—¿Como ese tipo?

—Exacto, como ese tipo. Las rivalidades étnicas en África se remontan a tiempos ancestrales, nosotros nos hemos ido aprovechando de ellas desde la época de la esclavitud. Las tensiones han aumentado especialmente en varios puntos. Hasta Zaire han llegado más de un millón y medio de refugiados hutus que escapan de la guerra civil en Ruanda. Tenemos contactos suficientes para mandarte allí, nadie te encontrará. Escucha, represento los intereses de alguien importante. Puedo sacarte de aquí limpiamente, papeleo incluido, y de hoy para mañana. Tan solo necesito que no seas tan idiota como para hacerte matar allá donde te mandemos. Dinero y contactos, lo tendrás todo. Nuestra organización se encargará de protegerte, como hasta ahora. Pero, recuerda, no hacemos milagros. En un tiempo, te requeriremos, y acabar con Márquez será un postre que yo misma te serviré en bandeja de plata a los pies de la cama.

Los rayos oblicuos del día que termina entran hacia mí y la luz anaranjada del alba se desliza contorneando los perfiles que hay a su espalda, recortando su silueta. Lo veo en sombra, sobre una postal de la vida cotidiana de un Mostar en guerra. Entretanto, él solo me mira. Mi última frase lapidaria parece haber sonado imperceptible. Tengo la extraña sensación de conocerlo desde antaño. Sin lógica, se me revela transparente lo que piensa, dibujando escenas claras que leo en su mirada tibia. Hoy va a permitirse el lujo de olvidarlo todo a mi lado. Miro a mi sombra, quien vigila la escena a distancia, y le indico con un gesto que se marche. Hoy tengo ya quien me acompañe y me guarde. Se levanta y discretamente abandona la terraza, ajustándose las gafas de

sol tras pasar una de sus grandes manos por su perilla recortada. Estoy segura de que el hombre que tengo enfrente, Martí Novell, me ve ahora mismo preciosa. Puedo olerlo desde aquí. Me he acostumbrado a sentirme atractiva a las miradas masculinas. Sé cómo ganarme su apetito antes de dejarles marca y poso. A media luz, me muestro especial y única, joven, tierna, y entregada a besos que sé dar con maestría viral y crueldad estudiada. Esa será la condena del Profe, una más.

—¿Puedo saber tu nombre antes de acompañarte al infierno?

—Wechsler, Maike Wechsler, tuya esta noche.

Me levanto despacio y me dirijo hacia dentro, con cadencia, sin esperar otra cosa que a él siguiéndome. Miro atrás un momento, dibujando una sonrisa perfecta. Hago una pausa y le digo «ven» con un suave gesto de mi mano. Antes de que mañana veamos el amanecer más perfecto del mundo, Martí Novell será mío. Y cuando encuentre esa maldita botella de vino, la descorchará para mí.

Barcelona, marzo de 2013

No hay noches como las de luna llena en el barrio Gótico de Barcelona. Las esquinas se retuercen sobre calles adoquinadas a lo largo de portales desgastados. Los olores, contundentes, se entrelazan con sonoras carcajadas que llenan el horizonte difuso de prosaicas compañías, al vaivén del bucolismo de los edificios antiguos. Hay unos cuantos rincones escondidos donde la oscuridad nocturna es propiedad de unos pocos elegidos que perciben su magia.

En uno de ellos habita el hombre que busco. Su nombre es Mateu Noguer y es sacerdote, además de archivero por vocación y auténtica rata de cuadro de clasificación documental. Historiador capaz, compartimos el secreto de saber que acostumbra a encontrar, más por intuición primaria que por técnica profesional, lo que nadie más sabe hallar. No se le escapa ni una puta mota de polvo concreta en un mar de legajos antiguos, por muy oculta que esté en cualquier almacén de papel mohoso.

Llevo el brazo en cabestrillo y un camión de dudas en el alma. Me duele de vez en cuando y me recuerda la cara de Nines cuando me vio. La llamé justo al empezar su turno de guardia. «Voy a verte», le dije, pensando en que tener contactos entre los médicos de urgencias es de lo más útil

para una policia que ha metido la pata. Profesional intachable y amiga desde que jugábamos juntas al waterpolo en el instituto, salió a buscarme sonriente al largo pasillo que lleva a la salida, en la planta baja del hospital. Cuando la vi, distraje la mirada a un lado, perdiéndola por los ventanales que dan al patio ajardinado, muy oscuro de noche. Recuerdo cierta vergüenza ante ella, como una niña que ha roto la vajilla entera. Pese a haberla visto en mil ocasiones uniformada, esta vez me impresionó su bata blanca. La risa franca que le salió al verme se le cortó en seco al percibir la palidez de mi rostro y encontrar a la vista la sangre que empezaba a resecarse en el pañuelo que taponaba la herida. La examinó a distancia sin abrir la boca. Profundamente seria, me miró sin parpadear. Con la mano derecha me tocó la frente y la bajó hasta mi mejilla en un gesto fraternal. «Estás distérmica —dijo, con un tono que hacía evidente, sin quererlo, que la metía en el compromiso más serio de su carrera—. Cúbrete eso y ven conmigo, anda.»

Recorro el perfil de la catedral de Santa Eulalia por el carrer dels Comptes hasta la puerta de Sant Iu. «Estará abierta, descuida», me había dicho Noguer. Tuvimos una larga conversación telefónica en la que me avanzó los resultados de las búsquedas que le pedí con urgencia. Ahora vamos a encontrarnos dentro de su templo y a comentar los resultados sobre los tejados de una Barcelona mágica. En este caso, la ayuda de mi archivero de cabecera resulta especialmente relevante. Si hay algo que le guste más que la propia historia en sí misma, es la historia del vino. Sigo por las capillas del lado del Evangelio y me acerco por dentro al carrer del Bisbe. En la penumbra, puedo ver, al pasar por el pasillo sombrío, la silueta de un hombre que cruza el claustro. Me llama la atención la presencia de unas ocas sueltas paseando entre las fuentes del espacio ajardinado. Delante de mí está el ascensor privado, de madera antigua y reja corredera de hierro, por el que se accede al Archivo

Capitular. «La llave estará puesta, estimada Henar.» Presiono el botón roído y, mientras oigo el crujir de la maquinaria vieja que hace bajar la caja, reproduzco mentalmente la última conversación que tuvimos.

—No creo que pueda ayudarte demasiado. Esta vez no — me había dicho sonando osco al otro lado.

—Vamos, eres el mejor. No me hagas repetírtelo cada vez que te pido un favor. Skype es gratis, pero mi tiempo no. De hecho, has sido tú quien se ha interesado por mi investigación. Te lo aseguro, no se me hubiera ocurrido llamarte esta vez.

—Sí, pero, querida, me has pedido un imposible. Esto no es como comprobar la autenticidad de un título nobiliario para un caso de estafa. Los papeles de Thomas Jefferson de la Biblioteca del Congreso son un mar de información. La colección incluye correspondencia, libros, cuentas financieras y los manuscritos. Intoxicación, Henar, desde la elaboración de la Declaración de la Independencia hasta su biblioteca personal, pasando por su cargo como gobernador de Virginia, sus posiciones ministeriales en Europa, sus dos administraciones como presidente, la compra de Luisiana, la guerra de 1812, la construcción de la ciudad capital de Washington...

—Por suerte, todo está digitalizado y tu inglés sigue siendo bueno. Nadie va a negarte el acceso a nada, lo sabes bien.

—Hazte cargo. La División de Manuscritos de la Biblioteca del Congreso, donde podría razonablemente encontrarse lo que buscamos, se compone de aproximadamente veintisiete mil documentos. Y, en caso de que la pieza estuviera registrada, una referencia documental a algo tan nimio podría hallarse incluso en cualquier epístola de cualquier archivo de pueblo de los Estados Unidos o en uno de mala muerte en París. Todo ello requiere ampliar el criterio de

búsqueda muchísimo más. ¿Me sigues?

—Te sigo. Una aguja en el pajar de la historia.

—Y, en caso de tener suerte, tan solo demostraríamos que el caballero compró unas botellas. Nada más. Veamos, Jefferson seguramente adelantó su vuelta a los Estados Unidos respecto a lo que tenía previsto. En 1789, tras estallar la Revolución francesa, volvió corriendo a casa con su familia y su amante esclava. Sería posible que con las prisas olvidara poner una botella en el equipaje. Es más, pudieron ser varias, pero, aunque parezca mentira, poco importa eso. Es cierto que Jefferson era minucioso, podemos acceder a datos de su archivo que nos dan cuenta de algunas compras que hizo en su momento. Aunque mucho me temo que comprobar que cierta pieza en concreto, una vez se halla esta descontextualizada, perteneció a tal o cual personaje es jugar más con la ficción que con la historia. Sabemos ciertamente que Jefferson era un aficionado al vino y que recorrió los mejores viñedos de Burdeos en busca de añadas memorables. Intentó introducir por diversos canales la cultura del vino en los Estados Unidos, pero su afición a la enología, y a falta de pruebas documentales que demuestren lo contrario, no necesariamente tendrá algo que ver con una botella hallada en el presente, aunque algunos pongan empeño en ello. Entiéndeme, Henar, ¿quién no querría poseer algo que compró para su disfrute tan ilustre personaje? Aunque, según mi opinión, la esencia de un vino está dentro del vino, así que no debería importarnos tanto quién tocó el envase.

—El caché de las botellas que han pertenecido a personajes ilustres aumenta como la espuma. Sin embargo, nadie se plantea por qué no se las bebieron. —Se me escapó una risa burlona, audible al otro lado de la línea—. Perdona mi curiosidad femenina, ¿has mencionado que tenía una esclava como amante?

—Poca gente sabe mucho sobre los personajes que mitifica. Al iniciarse su mandato presidencial fue acusado de escándalo sexual, pues se le atribuían relaciones ilícitas con Sally Hemings, una mujer veintiocho años más joven que él. La chica, que por aquel entonces tenía tan solo catorce años, fue enviada a París al servicio de la hija menor de Jefferson. Permaneció más tarde al servicio del caballero y tuvo cinco hijos. El caso dio mucho que hablar en su momento, por motivos morales. Un hombre respetable que se acostaba con su esclava negra era un escándalo, pero nadie mencionó que, pese a engendrar a sus hijos, fue un cobarde al que no se le ocurrió nunca admitirlo, y mucho menos liberarla.

—Pero Jefferson era un defensor de la abolición de la esclavitud.

—No fue más que un hipócrita con el poder de seducción de masas suficiente para ocultar a la memoria histórica su doble moral. Piensa, Henar, que la esclavitud era un modelo económico y, como tal, su defensa o crítica se basó en la eficiencia económica de ese tipo de mano de obra. La ética fue algo muy secundario en ese tipo de debates. La abolición era defendida por los estados industrializados del norte, donde, debido a la tecnificación industrial, interesaba más, económicamente hablando, la mano de obra asalariada que la esclavitud. Tan sencillo como que, si tienes máquinas para producir, sale más a cuenta un obrero contratado, al que tratas como un esclavo, que un esclavo de verdad al que tienes que mantener. Los negros comían y vestían, aunque fuera mal, se alojaban en algún lugar, daban problemas de higiene y enfermedades, por no mencionar cuando se escapaban o armaban una revuelta en la que, a buen seguro, disfrutaban cortando cuellos y violando a las hijas del amo como pago a la vida que les habían dado. Por el contrario, el abolicionismo era detestado por los sureños, cuyo motor de desarrollo eran las plantaciones agrícolas. Antes de 1780, Jefferson había mantenido una fuerte posición en apoyo al

movimiento abolicionista. Pero, coincidiendo con el inicio de sus hipotéticas relaciones con su esclava negra, su postura al respecto comenzó a cambiar, expresando claras reservas frente a la finalización de la esclavitud. ¡Por el amor de Dios! Que nuestro hombre gustara del consumo de carne negra no lo exoneraba de racismo. Jamás estuvo dispuesto a dar el mismo trato a esa chica que a cualquier otra de piel más clara.

—No quisiera sumarme al debate propio de la prensa del corazón, pero podría ser que no fuera el padre de los hijos de Sally...

—Se habló y escribió sobradamente sobre su parecido físico con alguno de los niños y sobre lo que contaron algunos testimonios. Pero, es más, los hechos son testarudos y el ADN no engaña. Una investigación científica sobre los descendientes varones vivos de un abuelo paterno de Jefferson comprobó que en ellos existe un raro haplotipo que estaba ausente en más de un millar de personas de muestra analizadas al azar. Los estudios realizados a partir de este hecho cifraron en un noventa y nueve por ciento la probabilidad de que la paternidad de, cuando menos, el hijo mayor de Sally corresponda al presidente Jefferson.

—Bien, bien, volvamos al vino. Seguramente se trataba de un burdeos de primera división o un borgoña carísimo.

—Si me dejas opinar, te diré que eso tampoco importa. Hay buen vino en muchos lugares: Cariñena, Málaga, la comarca de Somontano... qué voy a contarte que no sepas. Hay diferencias, claro está, pues en España se tardó más en embotellar, pero hay que equilibrar el valor que les damos a algunas denominaciones. Más aún, si tenemos en cuenta que vinos tan envejecidos son ahora ya poco más que vinagre puro, lo que nos queda es el mito. Relativicemos. Existen infinidad de terruños donde, desde hace tiempo, la clave es la superación. En el Priorat, por ejemplo, uno de los

principales secretos se encuentra en las características geológicas de sus suelos, de poca producción, pero excelentes resultados. Las tierras rojizas de la zona de Montsant son también muy poco favorables para el cultivo de la vid. Sin embargo, estas dificultades aparentes hacen que la cepa tenga que buscar nutrientes en la profundidad, obteniendo resultados espectaculares. Así que, como la producción es más escasa, se trabaja en clave de calidad. Antes eran vinos potentes que se vendían a granel, ahora se equilibra el vino para domar ese potencial. Así que a la herencia de los monjes cartujanos se ha sumado la tecnología de los enólogos de laboratorio y el espíritu emprendedor de las gentes de la comarca. ¿Cuánto estarías dispuesta a pagar por un buen priorat que le hubieran enviado, por ejemplo, a Napoleón?

Llego por fin al último piso después de estar un rato inmersa en recuerdos. No sé por qué he vuelto a meter a Mateu en mis asuntos. Siempre ha sido un aprendiz de brujo. Me mandó un correo electrónico preguntando cómo llevaba el caso del vino. Se ofreció a ayudar y no me lo hice repetir dos veces. Aunque, de hecho, no sé qué busco. El espíritu de Baco. Todo parece muy confuso y no acabo de ver la relación de aquellos hechos con los asesinatos. Hay pocas pistas y un cadáver más, ejecutado delante de mí, que me habló de vino, de Thomas Jefferson y de Jean Leon. Salgo del ascensor y veo que la puerta que da acceso a un sinfín de cajoneras y archivadores de madera está abierta. Entro en el archivo. Me fijo en que en las estanterías hay unas chapas con cifrados extraños no aptos para profanos ni novatos. Pese a ser documentalista, necesitaría ayuda para moverme en este laberinto de legajos y carpetas. Echo un vistazo, pero no veo a mi archivero. La imaginación me vuela de nuevo a cuando, cambiando de tema, me habló del hombre misterioso del vino y los famosos de Hollywood.

—En fin, ¿qué puedes contarme sobre el otro caballero?

—Ceferino Carrión. Desde luego, la vida de este personaje parece escrita para Hollywood. Sé poco más que lo que puede hallarse entre los diez primeros resultados que te ofrece Google al buscar su nombre. A ver, hago memoria. Después de pasar a pie a Francia en los años cuarenta se metió como polizón en un barco que iba a los Estados Unidos. Allí le robaron la cartera mientras dormía en un banco. Al renovar la documentación, hizo con su identidad lo que aplicaría después al mundo del vino: disfrazó la buena materia prima local de tradición francesa. Aprovechó para cambiar su nombre por el de Justo Ramón León, que con el tiempo evolucionaría hacia el afrancesado Jean Leon.

—Tempranillo con *cabernet sauvignon*.

—¿Un burdeos español? —recuerdo que dijo con una sorpresa alegre que se hizo audible al otro lado—. Eres muy hábil, Henar, pero yo solo bebo vinos cercanos. No te engañaré, los priorat son mis favoritos, pero resulta difícil poner pegas a los buenos Empordà, Alella, Costers del Segre, Montsant, Conca de Barberà, Terra Alta... Pero, vamos a ver, ¿qué estamos buscando?

—Vaya, parece que, hoy por hoy, todo el mundo tiene criterio para el vino. ¿A esas aficiones te dedicas mientras registras archivos por Internet desde tu casita en la Vilella Baixa?

—Estimada Henar, tengo más escondites. ¿Te he hablado del Pla de Bages? La uva picapoll hace un blanco ligero de lujo. Por no hablar de Costers del Segre, una denominación de origen vigorosa, con tintos cálidos y sabrosos en contraste con unos blancos suaves, afrutados y con excelente acidez. ¡Oh! De acuerdo, querida, ya me centro en el tema... La carrera de nuestro amigo Ceferino se disparó cuando entró a fregar platos en el Rockefeller Center. Allí conoció a José Cansino, tío de Rita Hayworth, que era un apasionado de la cultura española, seguramente a través de muchos

malentendidos y folclorizaciones. A ver, no sé si todo el mundo entiende de vinos, pero yo sí. ¿Quieres saber por qué? La historia no sirve para nada más que para contemplar la lógica de la evolución de las cosas que nos pasan hoy. Y con el transcurso de los años tan solo he aprendido que la vida es demasiado corta para malgastarla con malos vinos. Conocer es apreciar y, cuanto más conozco lo que hay cerca, más pereza me da moverme, ya me entiendes, por aquello de perder el tiempo. Cada lugar tiene una personalidad, y en los sitios con entidad propia hay diversidad de exclusividades. En la Conca, los vinos son blancos suaves, rosados excepcionales de cepas trepat y tintos de baja graduación, agradables al paladar. En la Terra Alta, prácticamente vecina, los tintos son potentes y generosos. En el Montsant, carnosos, brillantemente elaborados, y los blancos, concentrados, de esencia contundente. Estimada Henar, tal vez algún día compartas conmigo esta gran verdad revelada: cada lugar es mágico.

—Te odio cuando te pones místico.

—Está bien, está bien. Nuestro caballero, como un buen vino de *coupage*, tenía una capacidad mágica para atrapar el aprecio de la gente. Era un merlot. Daba estructura a los eventos, se adaptaba a lo que fuera sin despeinarse, guardando la justa equidistancia entre cuerpo, sabor y astringencia. Cuentan que era atento y detallista con los clientes, entrañable con sus comensales pero muy duro si alguien, prensa o fans, intentaba interferir en sus momentos de placer. Además, se dejaba complementar, sabedor de que sin cuna ni barrica no llegaría muy lejos solo. Entabló relación con Frank Sinatra, que era garnacha pura. Potencia sin control, una asociación peligrosa que le da grado y riesgo por intensidad a cualquier circunstancia, aunque con enología magistral supo equilibrar el vino. Cuentan que el cantante se vio inmerso en un asunto con la ley por arrearle una torta al presunto amante de la mujer de un amigo y que Jean Leon

testificó en su defensa, diciendo que no se había movido de su mesa en el restaurante ni para ir al baño. Sinatra y sus amigos, muy bien relacionados todos, ya me entiendes, le hicieron un hueco en la cadena de favores. Cuando era camarero en el restaurante de Sinatra, Jean Leon trabó amistad con James Dean, la rebeldía del dandi, el toque de glamur y sutileza disfrazados de virilidad, *cabernet sauvignon*. Con Dean se asoció para fundar un restaurante, aunque ya sabes qué ocurrió, y el proyecto quedó en nada. Dos años después, en 1957, Jean Leon pudo al fin fundar La Scala, su propio restaurante, en Beverly Hills. Su cocina mediterránea y su ambiente chic afrancesado consiguieron un éxito rotundo. Barbra Streisand, Gary Cooper, Paul Newman, Clark Gable, Liz Taylor, Natalie Wood, Warren Beatty o Joan Collins. Jean Leon organizaba enormes fiestas en su casa de Malibú. En su sofá podías encontrar compartiendo borrachera a John Wayne y Lee Marvin. Asiduos a La Scala eran también Billy Wilder, Ernest Hemingway, Orson Welles, Marlon Brando, James Stewart o Xavier Cugat, que no es poca cosa, como bien puedes comprobar. A Truman Capote se lo podía ver sentado con Marilyn Monroe conversando distendidamente delante de un plato de *fettuccine*. Y agárrate, querida. La muerte de Marilyn, uno de los secretos mejor guardados de la historia reciente, también tiene relación con el restaurante. La noche del 4 de agosto de 1962, Marilyn Monroe llamó al restaurante para que le mandaran la cena a casa. La llevó y sirvió el mismo Jean Leon, que fue una de las últimas personas que la vieron con vida. A la actriz la encontraron desnuda y con el teléfono en la mano, y se han hecho muchas quinielas sobre quién pudo estar al otro lado en ese último suspiro.

—Basta, basta. Me hago a la idea. ¿Cómo se mete Jean Leon en el mundo del vino?

—Se interesó por el vino como inversión y para capacitar aún más su negocio como restaurador de élite. Tras la

muerte de Marilyn, que lo dejó muy tocado, Jean Leon aparece en la Costa Brava, algunos dicen que explorando las posibilidades del Empordà para la vida, otros dicen que simplemente de vacaciones. El caso es que en esa época le picó el gusano de una nueva afición que ya no iba a abandonarlo hasta el día de su muerte: el mar. Casualidad o no, aprovechó el viaje a Cataluña para visitar unos terrenos en Torrelavit, en el Penedès, donde instaló una bodega al estilo de un château francés. Y este hecho constituye un vértice que transformó la producción de la región.

—Mar y vinos; Jean Leon fue un personaje que cruzó el océano —improvisamente—, llevando consigo el espíritu de Baco.

—Y parece que buscó el equilibrio entre los dos elementos. Compró un yate, *La Scala di Mare*, y se dedicó a navegar los últimos años de su vida. Estaba a punto de cerrar algunas contrataciones para abrir un restaurante con vistas al mar en Tailandia cuando, aquejado de un cáncer de pulmón, decidió abandonarlo todo. Hay quien dice que, a modo de último proyecto, diseñó una bodega subacuática en el lugar más bello de la Costa Brava para enterrar sus secretos bajo el mar. Aunque a mí eso me suena a leyenda interesada o a mero cuento chino.

Sigo buscando entre el reducido espacio que envuelven las estanterías viejas. Me centro en el presente y descubro la puerta de una pequeña terraza abierta. Un archivo con vistas a Barcelona debería poder cobrar entrada. Ya he estado aquí, abajo pueden verse los tejados de una Barcelona por los que han corrido desde ladrones hasta guerrilleros urbanos, donde los vampiros bien podrían haber visto pasar el tiempo sobre una ciudad inmortal ante catástrofes y bombardeos. La última vez que me fijé en la luna era nueva y pudieron matarme. Sentado de espaldas, contemplando el satélite nocturno ante las siluetas de los edificios recortados, se halla el historiador de la catedral. Recostado sobre el respaldo, hay un archivador pequeño que le sirve de mesita. Y, sobre él,

reposan una botella de vino y una copa a medio llenar.

Me acerco a él por detrás y apoyo la mano derecha en su hombro, no queriendo romper su momento mágico. Noto una punzada más de dolor en mi brazo en cabestrillo.

—Debo contarte cosas —le digo, pero no responde.

Nada. Ni un triste asentimiento. Retiro la mano del hombro por instinto. «¡Ay, Dios mío!» Una intuición me zumba veloz en la mente. Me miro la mano y sé que he acertado. «¡Dios! ¡Me cago en la puta!» La mano me ha quedado manchada de sangre difuminada en algo violáceo. «¿Vino?» Zarandeo por instinto a Mateu. Nada. Nada de nada. Me asusto. Mucho. Se me disparan todos los mecanismos de defensa. «¡Está muerto, está muerto! Muerto, fiambre.» Me limpio como puedo la sangre en su camisa. Pero el rastro rojo se resiste a desaparecer del todo, resecándose con facilidad. Insisto. Me froto frenética. Me siento muy sucia. Empiezo a pasear nerviosa de un lado a otro de la pequeña terraza. Entro de nuevo en el archivo. «Piensa, Henar, piensa.» Me llevo la mano a la frente justo antes de caer en la cuenta de que me estoy dejando la cara hecha un cisco. Reprimo la desesperación que me sube. «Piensa, Henar, piensa, coño.» Intento encontrar un motivo por el que pudieran haberlo matado. Algo que pudiera haber encontrado. Eso debe ser, así ocurre en las novelas. ¿Qué pudo encontrar? Yo solo veo un mar de archivadores viejos. Vuelvo a la escena del crimen rápidamente. Intento serenarme. A ver, soy policía. ¿Por dónde coño se empieza? Una inspección ocular. Eso. Comienzo a echar un vistazo. No me atrevo a girar el cadáver. Joder, qué yuyu. La botella de vino, a ver. No puede ser. La hostia puta. Noguer intentó arañar la etiqueta. Con las uñas parece haber arrancado trocitos de papel. Su dedo índice ha quedado señalando la etiqueta. No puedo creerme lo que pienso. Esto debe de ser una coña. Impreso en la etiqueta hay un maldito código QR.

Me pasa por la cabeza la imagen de la sombra del hombre que vi cruzando el claustro. Hijo de puta. Vuelvo a mirar la botella. Es un mensaje para mí. Saco el móvil, apunto y lo capturo.

El escondite de Baco sigue. Allá donde el ahorcado vive.

MW::

He visto antes ese tipo de firmas en documentos antiguos. «A ver, Henar, tranquila, tranquila, hostia.» Es una firma con abreviatura tripuntuada, un símbolo masónico. Joder, alguien debe de estar partiéndose de risa a mi costa. Tengo que salir de aquí. He dejado indicios de mi presencia esparcidos por toda la escena del crimen. Echo un último vistazo a la etiqueta de la botella, antes de largarme corriendo de este lugar. Noguer no bebía más que vinos cercanos, pero su último trago no fue de un Priorat. No. El tinto que hay sobre la mesa es un Ribera del Duero.

Londres, agosto de 2010

Michael Abordman, de aspecto británico impecable y muchísimos años de edad, entra en el edificio Victoriano que alberga su magnífica vivienda. Hoy no va a ser su día de suerte. Saluda cortésmente al portero, como acostumbra. Este, a su vez, le devuelve un pusilánime, «good evening, sir», calculadamente agarrotado, tan impersonal como vacío de contenido. Camina resuelto, erguido y elegante. Es el responsable de vinos de una de las casas de subastas más importantes del mundo, un *gentleman* de las tasaciones. Hombre de negocios pragmático pero intachable, respetado y valorado por las esferas más encumbradas de la industria. Percibe el leve desprecio que desprende el saludo que acaba de recibir, aunque la metafísica nunca haya sido lo suyo. Es conocido que el servicio siempre menosprecia en secreto a sus señores, al tiempo que los reverencia en público. Cuanto más caro es tal servicio, más ocurre lo mencionado. En todo ello hay seguramente alguna especie de toma de conciencia colectiva, aquello que solía llamarse antiguamente «lucha de clases», y que cumple la función de subvertir el orden establecido en el imaginario de los que viven en la base de la pirámide social. Trata a diario con este tipo de serviles revolucionarios, que se niegan a aceptarse derrotados, al

menos espiritualmente. No resulta fácil disponer de fuerza necesaria ni agallas solventes para plantar cara abiertamente.

Ya en el ascensor, decorado a la antigua, repasa mentalmente el contenido de la carpeta de piel auténtica que estrecha con pulso firme en su mano derecha. Son los lotes que salen al día siguiente, todos ellos procedentes de las aproximadamente veinte bodegas en las que vale la pena invertir a día de hoy. Sobre todo si cuentan con un aval de puño y letra del señor Abordman o de alguno de sus amigos. El mundo de las tasaciones de vinos es pequeño y endogámico. Hay diversos *rankings* que valoran el vino, publicaciones muy respetadas, expertos enólogos convertidos en personajes famosos en el reducido círculo de amistades que son avalados por el resto para otorgar prestigio a determinadas firmas. Unos puntos más o menos arriba en una lista de referencia determina el precio que puede pagarse por algunas excelsas botellas.

Al señor Abordman algo le hace sonreír. El recuerdo de un trabajo de tasación e informe de autenticación, cerrado en positivo, que ha concluido satisfactoriamente a petición del que considera el museo más importante del mundo. Esta misma noche abrirá una botella de vino para la cena.

El pequeño timbre del ascensor anuncia la llegada al último piso. La puerta que da acceso al pasillo que conduce hasta la entrada del apartamento se abre. Puede oírse ligeramente la música del piso de abajo, procedente de un vecino que el tasador detesta. Un músico de gorra, tatuajes y vestimenta estridente que mezcla ritmos hispanos con música electrónica. A su juicio, un estúpido prototipo de simio que clama a favor del mal gusto.

Saca la llave codificada y la introduce en la ranura. Se da cuenta con extrañeza de que no gira correctamente. Insiste, y con un crujido metálico la puerta al fin cede. Asunto

resuelto. Al entrar en casa tiene la sensación de que falta algo. Rápidamente, lo atribuye a su dispersa memoria, que, como es habitual en personas de practicidad demostrable, únicamente resulta prodigiosa en lo que a su campo profesional se refiere. Reprime una ligera sensación de fastidio al no hallar la vivienda correctamente ventilada. Y al adentrarse un poco más, no puede evitar una mueca de desdén cuando se percata de que no hay la luminosidad acostumbrada en los días de verano.

Aparta la negatividad que le genera el estéril enojo y su imaginación vuela con bríos renovados hacia la cena. Debate imaginariamente qué vino escoger. Un burdeos, concretamente de la zona de Pomerol. Un vino para una velada especial en perfecta soledad. Pese a que la mayoría de los mortales disfrutaría de las bondades de una noche agradable de verano, escasas en Londres por otra parte, a Abordman le preocupa que la temperatura ambiente, un par de grados más alta de lo deseable a su juicio, desdibuje la perfección del vino condensando en exceso los aromas. No obstante, se convence contrariado de la necesidad de confiar en que la climatización pueda arreglar una atmósfera adecuada para disfrutar en plenitud de condiciones. Ha dejado, correctamente dispuesta, una botella a temperatura exacta y controlada, calculada en grados Celsius como concesión a la nacionalidad del vino. Château Pasteux de 1986. Regalo de un conocido productor, por resbaladizos servicios prestados a cuenta de alguna imperceptible maniobra de escalada para otro producto que necesitaba cierta promoción. Charla va. Susurro viene. Y se alcanza una posición ventajosa en el *ranking* donde se califican los mejores vinos del mundo. Mereciéndolo, por supuesto. Nunca cabe duda de ello. Entre añadas y botellas con calidad suficiente para estar muy arriba, la línea que marca la diferencia entre la excelencia y la divinidad es muy delgada. Se consigue bajo dictamen de unos pocos y supone millones

de libras sobre el monto total de la producción.

Tal vez el ruido inusual y desagradable que hizo la puerta al abrirse debió alertarlo. Tarda también un poco más de la cuenta en reparar en que, atravesando el pasillo a unos veinte metros en línea recta, los ventanales del salón desde donde cada noche disfruta de unas magníficas vistas de la City están completamente cerrados, contrariamente a la costumbre de la casa. Se para en seco y esboza una tímida y nerviosa sonrisa mientras escruta una explicación plausible. Recuerda que hoy el servicio libra y nadie más tiene llave de la vivienda.

La respuesta no se hace esperar. A su espalda, justo en el lugar que ocupa su sillón favorito, llegado para explicar el aspecto tenebroso que ahora muestra el salón en la oscuridad, suena sobre el brazo de madera el repicar de las falanges de una mano. Hay alguien sentado en uno de sus sofás que parece disfrutar de la lectura.

Michael Abordman trata de controlar el ritmo de los latidos de su corazón. La voz no le sale de la garganta. Nunca antes había hallado a un extraño en su casa. En el salón hay un olor intenso a tabaco negro. Resopla sonoramente la oscura figura, que adopta una posición relajada, cruzada la pierna derecha por encima de la izquierda, sentada en el sofá. Deja el libro en la mesita cercana después de acariciar pasmosamente el lomo. Es la edición de Chapman & Hall de *A tale of two cities* de Dickens, impresa en 1859 e ilustrada por Hablot Knight Browne. Abordman conoce los detalles de sus colecciones y percibe como una violación que alguien les ponga la mano encima. A pocos centímetros de donde deja el libro, descansa una copa de vino tinto que previamente se ha servido el intruso desconocido. Ese mismo hombre que ahora hace resonar los labios y se toma un tiempo que al tasador le parece eterno antes de hablar. La tranquilidad que expresa su figura, recortada en sombra sobre la oscuridad, inflige un pánico

irracional. Por un momento, el silencio parece engancharse en el paladar como goma de mascar.

—Señor Abordman —dice al fin, muy pausadamente, iniciando una sonrisa calculada e irónica—, tiene usted una biblioteca fantástica, tanto de libros como de vinos. Me he tomado la libertad de entretenerme con alguno de ellos. Al contrario que usted, prefiero la modernidad a los clásicos. Confieso que soy más del contemporáneo *El club Dumas* que del encumbrado clásico *Los tres mosqueteros*, aunque al propio Pérez-Reverte este razonamiento le parecería una barbaridad. Si conoce usted la literatura española me entenderá.

—¿Qué hace usted en el salón de mi casa? —pregunta Abordman con seguridad fingida.

La figura oscura lo estudia en la penumbra. Pese a que parece claro que lleva un tiempo esperando, no se ha quitado la chaqueta. Una chupa marrón de piel muy gastada. Empieza ahora a hacerlo con calma.

—Las presentaciones forzosas son siempre un engorro, así que le ahorraré el trámite. Considéreme, por favor, su invitado. Así será más fácil, créame. No voy a molestarlo más de lo imprescindible y me marcharé lo antes posible, pero antes debo terminar mi trabajo a satisfacción. El motivo de esta visita es pedirle un favor. —Mueve las manos acariciando delicadamente el cuero del sofá; el tono es cada vez más frío pero igual de tranquilo. Levanta un brazo blandiendo un mando a distancia con el que levanta las persianas del salón—. Señor Abordman, vamos a ver lo que hacemos...

El dueño de la casa quiere responder de inmediato, dejar claros algunos principios. Estas no son maneras de pedir un favor a nadie. En absoluto y bajo ningún concepto, piensa rotundo. Faltaría más. Pero las palabras se le encasquillan en la tráquea. Nota una carraspera extraña en el cuello, una

presión en el pecho y un nudo de marinero en el estómago. La claridad va entrando pausadamente en el enorme salón.

El intruso no espera respuesta. Si no fuese por la incomodidad de la situación se diría que parece absorto, ensimismado. Mueve la mano acariciando el cuero del sofá en un gesto que emula a los cortesanos franceses del siglo XVIII. «Lo imaginaba», se dice a sí mismo. Aprieta los labios, tuerce el morro y asiente. Se levanta lentamente y se toca la barbilla. Improvisa una nueva sonrisa y clava sus ojos marrones en el propietario del salón. Ahora se lo ve bien. Figura esbelta, pantalones tejanos, sin afeitar, pelo ligeramente largo y despeinado. Y una horrible cicatriz en el cuello. Elegante de maneras, tiene un aire casual atractivo y eléctrico, con un toque hispánico, de raza. Podría pasar tanto por un crápula propio de callejones oscuros como por un intelectual de clubes de *jazz* solitarios. Parece haber aprendido a moverse en este tipo de relaciones sociales, las que implican entregar mensajes, pedir favores y otras actividades de contacto con el prójimo asustado. Es muy eficiente en su trabajo. Nunca le ha hecho falta hacer una visita dos veces. En ocasiones, como en este caso, incluso no cobra por ello.

—Veamos cuál es la situación. —Hace una pausa mientras recoge una mochila de mano del suelo con un gesto mecánico; pese a que su inglés es bueno, las prisas delatan su acento español—. Tenemos amigos comunes. No va a poder negarse. Me honraría disponer del informe sobre una pieza concreta, el supuesto Château Bel de 1787. La botella se lo merece.

—Bakcheia...

Sin decir nada, deja intuir un «puede ser» con el lenguaje corporal que deja claras muchas cosas. Abordman se acerca a una estantería de madera de nogal maciza, busca entre varias carpetas y se vuelve mostrando en la mano un

documento, con membrete y sello. Se encoge de hombros, mirando a su interlocutor como si le hubiera pedido una obviedad. Al pliegue de folios que blande solo le falta la firma del experto que lo valide. Conoce los formulismos y el relleno correspondiente, todo parece normal. El título del informe es «Château Bel, adquirido en 1787». Le hace un gesto al Profe invitándolo a que lea el contenido.

—Château Bel, adquirido en 1787 —repite, esta vez en voz alta y con cierta sorna—. Con el debido respeto, ¿no creyó que alguien debía de haberse vuelto loco? Internet propicia estas cosas. Me hago cargo, créame, pero usted pretende avalar la autenticidad de un mito, permitir la puesta en escena de un vino que muy probablemente sea falso, sin cotejar la documentación.

Abordman se dispone a replicar, pero Martí Novell lo detiene con un gesto taxativo de la mano derecha, afloja después la tensión del rostro y se dispone a continuar.

—Vamos a ver, a mí todo eso me da igual. Sería largo de explicar, pero si me conociera sabría de sobra que no me interesan las posturas oficiales. He venido a por su informe, el personal, el que dice la verdad sobre esa falsificación, con nombres y apellidos.

—No existe tal informe. ¿Puedo saber a qué viene esa demanda? —Hace la pregunta encogiendo los hombros, sabedor de la absurdidad que acaba de vocalizar.

—Por supuesto que no. —El Profe endurece el gesto, arquea el entrecejo y empieza a abrir una nueva sonrisa estudiada, la de un bravo de capa y espada—. Tómelo como un halago. Un redactado positivo suyo vale más en este mundillo que la firma de un notario o el peritaje de cualquier otro tasador experto.

—Lo siento, caballero —se aclara la voz el experto en vinos, haciendo acopio de aplomo. Es consciente de que realiza un intento estéril—, pero me es imposible darle lo que

pide, puesto que no existe ningún documento paralelo. Me lo juego todo con mi palabra. Soy consciente de que la antigüedad de ese vino es prácticamente imposible, pero no ponga en entredicho mi profesionalidad por el hecho de que sucedan cosas increíbles. Si no puedo ofrecerle otra cosa, por favor, márchese.

Antes de terminar la frase, ya le suena ridícula teniendo en cuenta las circunstancias. Pero no tiene nada mejor previsto con un mínimo de garantías para una situación como esa. Así que se resigna a esperar cuál será la amenaza que abrirá el segundo acto de esa pesadilla de conversación. Intenta recapitular sobre lo que sabe de mafiosos que hacen incursiones en el mundillo de los vinos. Ha oído hablar de Bakcheia, como todos. En principio, es tan solo una red social, nada más. Pretende hacerse una idea por adelantado de lo que se le viene encima, pero desconoce los procedimientos, a excepción de lo que enseñan algunas películas y la literatura negra de calidad irregular.

—Señor Abordman, qué poco atento es usted con las visitas. —El Profe comienza a pasear por el salón con aire sombrío—. Por supuesto que puede ofrecerme otra cosa. Otra copa de vino. Sé que no va a decepcionarme con su elección.

El lenguaje corporal del intruso parece incitar a la calma, nada de piernas rotas, palizas, cigarros apagados en la carne y un largo etcétera que no va a producirse. Nada de eso. No es su estilo.

—Verá, le he preparado la cena —dice profundo el Profe—. Soy un invitado que ha representado el papel de anfitrión. Disculpe mi falta de decoro. Tiene una cocina impresionante y muy bien surtida, cómo resistirse. Vine pronto, sabía la hora a la que usted llegaría y pensé que podría acompañar uno de mis guisos con un buen vino a juego. Maridaje, creo que es el término adecuado en su jerga. ¿No es así como lo

llaman? Veamos, señor Abordman, necesitaremos un vino para acompañar carne de caza. ¿Qué me sugiere?

Michael Abordman abre mucho los ojos. No puede evitar mirar de soslayo a la cocina y de lejos, aun con las puertas cerradas, percibir cierto olor a carne asada que no había notado hasta el momento. «La percepción es subjetiva», piensa. Suena, justo en ese momento, el peculiar timbre del horno que usa Nigel, el mayordomo, quien los días que libra deja preparada una cena fría en el frigorífico. Esa noche tocaba una ensalada rugantina y *carpaccio* de carne. Pero, curiosamente, el hombre que tiene enfrente, que ha entrado de manera ilícita en su casa, ha preparado un asado para la cena.

—He pensado que un burdeos podría ir bien. Merlot y cabernet. ¿Me equivoco, señor Abordman? Bien, bien... con aportaciones de petit verdot, malbec y carménère, dependiendo de las zonas y de los viñedos. ¿Cómo no? Vamos, piense, ¿qué marida con la pieza del horno?

El tasador no comprende a qué viene tal excentricidad, pero sabe con certeza que no hay cortesía detrás del gesto. Intenta entender cuál es la trampa mirando a los ojos de su interlocutor. A este cada vez le brillan más y su sonrisa abierta gana centímetros por momentos. Se ha agotado el tiempo prudencial. Parece que la pregunta no era ociosa. Se bloquea pensando en vano. Trata de improvisar antes de que el silencio se haga insoportable. Se pregunta de qué tipo es la carne del asado para trazar el maridaje. Se concentra un momento y encuentra la clave. Siente una punzada de pánico.

En un instante se le erizaran los pelos de los brazos después de un escalofrío. Le explotan los capilares del rostro. Comprende súbitamente que al entrar en casa siempre salía a recibirlo alguien que esta vez no lo ha hecho. Siempre, era siempre y sin excepción, pasara lo que pasase. Es ahora

cuando el olor de la cocina se le presenta más intenso e identificativo. Maldice su olfato de catador de vinos y repite un par de veces «my god, my god». Las lágrimas le resbalan por las mejillas ante la impotencia de no poder controlar las reacciones físicas que le causan sus emociones. Empieza a mearse encima. Baja la cabeza y contempla con desolación el charco de orines que resbalan desde la pernera derecha de su pantalón. Un par de lágrimas llegan también al suelo uniéndose al mismo charco, que se convierte en la metáfora perfecta del todo está perdido. Sin más resistencia se dirige hacia un cuadro colgado en la pared. El tiempo se hace largo en el proceso de descolgarlo y abrir la caja fuerte oculta tras él, al estilo de las películas antiguas con las que Abordman solía disfrutar de joven. Usa convenientemente una combinación numérica y entrega el resultado de la búsqueda a quien lo necesita. A él ya no va a servirle de nada. Conduce después sus pasos a la cocina mientras el Profe se marcha. Cerca del horno, sobre la encimera, hay restos de la picada de cebolla, ajo y romero que acompañaban los restos de sangre. Oye cómo la puerta de entrada de la casa se cierra a lo lejos.

Solo, en la cocina, se abandona por un momento al mareo y cree que va a desmayarse. Se rehace tratando de pensar con claridad; con una mano en la cadera y la otra sobre el mármol, parece querer recuperarse de una borrachera de juventud que nunca vivió. «Château Bel, Château Bel, 1787... —repite como un autómatas en perfecto francés—. *Bakcheia sait tout.*» Se pone una manopla, fija los ojos en el vacío y saca del horno con espanto a su perrito pequinés. Deposita la bandeja con cuidado sobre la encimera de la cocina. Allí yace su mascota, convertida en asado de carne y pelos chamuscados. Reconoce sin sobresaltarse una botella de vino que hasta hoy tenía a buen recaudo en la caja fuerte del salón y que ahora espera abierta y preparada junto a una copa vacía. Se sirve de la botella con pulso tembloroso

y, con pasos erráticos, se dirige hacia los ventanales del comedor, los abre, bebe un trago de vino y pierde la vista en la inmensidad de un paisaje urbano tan espectacular como artificial y eterno. Y le sobreviene, como una revelación traicionera, la sensación de haber llegado al último capítulo de su vida.



Monasterio de Montserrat, 23 de octubre de 1940

Hierático, escribe con pulso firme las últimas líneas de la mañana en su diario forrado de piel negra. Es concienzudo y metódico. No deja absolutamente nada al azar. Y lo anota todo. Ladea la cabeza a ambos lados con semblante serio para desentumecer los músculos del cuello. Desde el coche, le da tiempo a observar los redondeados riscos antes de llegar a su destino. «Erosión pertinaz», piensa complacido. Cree que incluso la naturaleza justifica sus valores. Siempre viaja con un séquito acorde para la ocasión y trabaja por objetivos. Se sabe firme y ordenado, y se cree en posesión de la contundencia necesaria para acometer el contexto presente, que vive como apocalíptico y que cree que pasará a la historia como ejemplo de redención. Hoy, el día en que el Führer se reúne con Franco en Hendaya, Heinrich Luitpold Himmler, comandante en jefe de las SS, tiene asimismo una misión entre estas cumbres despejadas. Observa fugazmente a sus colaboradores. Se quita robóticamente los anteojos de lentes esféricas y los limpia a conciencia con una fina gamuza. Sacude una única mota de polvo que localiza sobre el pantalón y languidece hasta convencerse de que su uniforme queda impecable de nuevo. Es entonces cuando puede reconvertir la mueca de asco de su cara en una expresión de frialdad pétrea. Se

siente marcial. Cuando el automóvil alcanza los pies del monasterio, mira por la ventanilla. El teniente Wechsler guarda a su lado un maletín negro con las instrucciones, un manual sobre esoterismo de su autor de cabecera, Otto Rahn, y una botella de vino. «No será hoy —se dice a sí mismo repasando mentalmente las tesis de Rahn—. Hoy no lo encontraremos.» Nota que el motor se para y hace una pausa para observar al comité de bienvenida que se acerca, ya expectante, al vehículo aparcado. Recuerda la leyenda de Parsifal: «En el cielo hay un castillo y su nombre es Montsalvat». Abre la puerta y observa el monasterio llevando instintivamente la mirada desde los cimientos hacia arriba, resiguiendo en vertical las agujas esculpidas en piedra que forman la montaña mágica. Por un momento, toma conciencia de que el cielo parece cerrarse en ese lugar y siente, sin poder evitarlo, un escalofrío en la espalda que precede a una sensación de inseguridad que amenaza con enquistarse.

Esa misma mañana había aterrizado en el aeropuerto de El Prat, donde lo esperaban banderas victoriosas. La esvástica y la rojigualda, extrañamente unidas, podían verse por todas partes, sirviendo de decorado de fondo a la marcialidad de las tropas que lo aguardaban para rendirle honores. Se había dirigido, desde allí, hasta el Pueblo Español, para contemplar un espectáculo de bailes regionales que la Sección Femenina de Falange había preparado para dar la bienvenida al jefe de las SS y la Gestapo con auténtico primor.

Saborea ahora el triunfo de los suyos. Enfrente, le tiende la mano un alto oficial del ejército español. Un país derrumbado por la guerra, cuyo jefe de Estado, Francisco Franco, está hoy mismo en Hendaya implorando por colaborar con el Eje en la Gran Guerra que se avecina.

Desde el interior del hotel Ritz se oían los gritos de quienes se agolpaban para aclamarlo antes de subirse al

coche que lo traería aquí, desde allí, la misma ciudad donde hacía una semana larga se había fusilado a Lluís Companys en el castillo de Montjuïc, lugar este que acumula los dudosos méritos de ser símbolo de opresión para el pueblo de Barcelona, a la vez que síntesis y recuerdo de multitud de sus desgracias. De todo ello son conscientes los militares españoles uniformados que se cuadran ante el Reichsführer, altivos y orgullosos, luciendo la expresión de aquel que sabe matar sin pestañear y recoger su recompensa. Algún parche en el ojo, más de una cicatriz, producto de algún cascote rebotado, que honra a quien supo estar con los vencedores que se emplearon en reprimir a su propio pueblo, justificando con tal despropósito el orgullo con el que se atesoran los botines de guerra. Y allí están, en perfecto estado de revista para estrechar la mano de Heinrich Himmler y acompañarlo en su visita a un monasterio cristiano. Acercándose, desde un modesto segundo plano, vienen religiosos uniformados, algunos con casullas negras y cíngulos en la cintura, otros vestidos con albas. Todos ellos se han unido al séquito de alemanes, incluyendo también miembros de Falange con sus uniformes azules y sus boinas rojas, congregando todos juntos a una setentena de personas en la plaza que intimidan con contundentes saludos a base de taconazos.

A todo lo dicho cabe añadir que también la situación es conocida por la Iglesia, que, pese a dar cobertura ideológica explícita al régimen franquista, no ignora la situación precaria que viven sus colegas en Alemania, ante la persecución que sobre ellos cierne el régimen nazi. Además, curas los hay de todos los calibres y, aunque pocos, por haberlos los hay románticos, de esos que no olvidan su obligación para con los oprimidos. Llamadlos indisciplinados. La alta jerarquía de Montserrat ha decidido no recibir a Himmler. En su defecto, han enviado a alguien a hacer de cicerone ante el alemán. Disculpándose, se abre paso entre el coro de altos militares españoles apostados delante de la representación teutónica

un hombre enfundado en un hábito de monje con capucha. Meinhard Wechsler sale a su paso y le pregunta, bruscamente, si habla alemán. El monje levanta la cabeza, lo mira a los ojos y asiente. Es el padre Andreu Ripol. Wechsler lo mira con desdén, de arriba abajo, antes de permitirle que se acerque a su jefe. No sabe que va a soñar muchas veces con ese hombre, cuya primera impresión no le merece mayor respeto que cualquier otro ratón de biblioteca.

—Mein Reichsführer —dice Ripol, extendiendo la mano hacia el líder alemán.

Ripol es un tipo bajito, rubio y con gafas de pasta. Tiene una mirada inteligente. Es el prototipo del monje amable, ese hombre de bien, de sano juicio, al que la mayoría de los mortales consideraría un buen hombre.

—Me han escogido para ser su guía —continúa Ripol—; tengo encargo de acompañarlo a ver la basílica.

—Esa parte del complejo no interesa al ministro —intercede Wechsler, cortando de un plumazo el primer intento del clérigo de crear un ambiente agradable y abriendo un silencio tenso durante el cual Himmler permanece hermético—, lo que él quiere ver es... el exterior.

—Y la biblioteca... —apunta al fin Himmler, apagando los murmullos de los corrillos que se habían formado entre los congregados, que ahora observan la conversación con atención.

Himmler levanta la mano derecha, enguantada en negro, en un gesto claro que pide a la multitud que se aparte. Espacio, aire. Acto seguido, señala con la misma mano a Wechsler y a Ripol, y mueve todos los dedos hacia él, pidiendo a ambos que se acerquen.

—Llévenos a ver sus documentos —dice muy cerca del monje, pareciendo saber al cien por cien qué es lo que hace.

Cruzan la plaza en dirección a la biblioteca del templo.

Andreu Ripol coteja con la mirada la escena. Himmler camina muy seguro de sí mismo, como si no necesitara un guía. Siguiéndolos a corta distancia, Meinhard Wechsler lleva en la mano un maletín de piel negra. Y, más lejos aún, un enjambre de hombres de uniforme los sigue a distancia.

Al entrar en la biblioteca, la oscuridad da sentido a la mística del lugar. El fondo de la biblioteca de Montserrat está constituido por cerca de trescientas mil monografías, más de seis mil publicaciones periódicas, mil quinientos manuscritos, cuatrocientos incunables, otros tantos mapas antiguos e importantes colecciones de grabados. Siguiendo la tradición benedictina, constituye un pilar fundamental en la vida del recinto y ocupa un lugar central en la estructura del conjunto monumental. Himmler mira a su alrededor como si buscara algo en concreto.

—¿Dónde se halla la documentación referente a Parsifal?
—pregunta con arrogancia.

Ripol se encoge de hombros. Está a punto de contestar en el momento exacto en que Wechsler intercede para aclarar lo que el cura ya había entendido.

—El ministro desea consultar la documentación referente al Santo Grial.

El monje hace una pausa tratando de ganar tiempo para madurar la manera de explicar que no puede ofrecer nada de lo que han venido a buscar.

—Sintiéndolo mucho —dice mirando a Wechsler a los ojos —, el ministro deberá hacerse cargo de que gran parte de la documentación de archivo se quemó durante la destrucción del monasterio en la guerra contra los franceses, en la época de Napoleón. Pero, además, no puedo dejar de informarles de que nunca hemos tenido constancia documental de que el Santo Grial se escondiera en Montserrat.

Himmler se tensa visiblemente, levantando levemente la

cabeza, dejando ir una mueca de menosprecio y carraspeando mientras estira con ambas manos los faldones del chaquetón del uniforme gris. Wechsler le echa una mirada a su jefe. Calibra el contexto con un vistazo alrededor. Están solos, el resto de los visitantes cuchichea a las puertas de la biblioteca. Deja el maletín sobre una de las mesas y da un paso hacia el cura, poniendo cara de pelea, justo cuando lo detiene un gesto de la mano de Himmler.

—Ustedes, los católicos —dice el ministro mirando al monje—, son tercos y reacios a la evolución natural. Esta montaña está agujereada por un sinfín de cuevas. Algunas de ellas son salidas hacia el entramado de túneles que comunica con este complejo. ¡Todo el mundo en Alemania sabe que el Grial está en Montserrat!

El religioso baja la cabeza un momento, más reflexivo que asustado. Oye un leve crepitar cerca de una estantería a su derecha. Conoce muy bien la biblioteca. Echa un vistazo y le parece ver una sombra inhabitual en movimiento. No podría jurarlo, pero creo que rae ha visto acercarme, veloz y a escondidas como un cazador en la noche, directo al maletín. Levanta la vista rápidamente, mirando a los nazis. Hay un destello brillante en sus ojos.

—Si lo desean, puedo acompañarlos a los museos —contesta Ripol mientras Himmler parece cada vez más molesto.

—En Alemania tenemos sobrada información sobre sus reliquias de museo. Un esqueleto de guerrero teutón...

—Íbero...

—¡Descendientes de los nórdicos que llegaron hasta estas tierras! —grita Himmler, visiblemente provocador y enojado—. Y una maqueta del Templo de Jerusalén. ¡Por favor! El primer banco judío...

—Señor, no es mi intención atizar el fuego de una

discusión, pero ¿puede usted mostrarme qué evidencias conoce sobre que el cáliz de Cristo estuviera o esté en esta montaña?

Himmler levanta de nuevo la mano enguantada y señala el maletín que custodiaba su ayudante y que descansa ahora sobre una mesa cercana. Wechsler se encamina hacia allí para traer el maletín al tiempo que Himmler continúa, alzando la voz.

—¡Cuando el mundo nos pertenezca, erradicaremos la superchería católica, tan peligrosa para el progreso de la humanidad como la homosexualidad o la avaricia enfermiza de los judíos!

Himmler detiene su arenga dejando suspendido en el aire un silencio que puede cortarse con cuchillo y tenedor. En la puerta, militares, religiosos y falangistas no se atreven a dar un paso hacia el interior por no saber a qué carta quedarse. Pasan unos segundos que se hacen largos, hasta que Ripol, que ha mantenido la mirada de su interlocutor en todo momento, se decide a pronunciar lo que piensa.

—*Vostè, a banda d'ignorant i fatxenda, és un maleducat*^[1]—le dice, rotundo y en catalán.

Himmler chasquea los dedos y señala el maletín, indicando a Wechsler que lo abra. Seguramente esperaba encontrar *La corte de Lucifer*, de Otto Rahn, en su interior, una guía esotérica de la época, acompañando a una antiquísima botella de vino. Pero, cuando Wechsler abre el maletín, comprueba con espanto que en su interior tan solo mora una botella de vidrio, tan vacía como iba a quedar su alma a partir de ese momento.

Moscú, diciembre de 2011

Siempre imaginó esa ciudad mucho más fría aún. Vestía el Profe a su llegada chupa de piel marrón muy gastada, jersey de cuello alto, pantalones vaqueros y botas de montaña. No obstante, había salido a la superficie en Mayakovskaya llevando puesto un traje correcto, zapatos a juego y una pequeña mochila negra que no desentonaba con el conjunto. El metro, en contra de lo que suele decirse de él, no le había parecido ninguna obra de arte, tan solo mármol envejecido que trataba de enaltecer en vano una fantástica obra civil. Se sintió bajar a las profundidades de un trabajo bien hecho. Es rápido, eficiente y barato y va cargado hasta los topes de gente que salva las enormes distancias de una ciudad que no se diseñó a la medida de hombres convencionales. Como él mismo, no necesitaba adornos, ya que alcanzaba su máxima belleza al sentirse útil. En aquel momento, hubiera querido perderse por los callejones y los patios interiores de aquella urbe inabarcable, pero allí era únicamente un turista accidental en un día de trabajo y la eficiencia era lo único que contaba realmente.

Entró a comer en una cadena de restaurantes que emulan las típicas casas rurales rusas. Se sirvió del bufé de ensaladas un par de veces y se hizo traer un estofado de

carne y una cerveza de litro, no sin echar de menos una botella de tinto de Alella. Devoró el guiso recordando el momento en el que cerró su libreta de notas tomando una copa de Amarone della Valpolicella en un bar del aeropuerto de Fiumicino. Nadie entendería por qué gastaba en vino caro al tiempo que tomaba vuelos con escalas absurdas. De hecho, estaba contraviniendo sus propias reglas al salirse del disfraz. *Low cost*, un mochilero más. Sobre la mesa, repasaba la documentación en regla, pasaporte, visado, carta *voucher* expedida por el albergue, toda la burocracia necesaria en orden. Levantó la cabeza y se fijó en una pareja que lo transportó a tiempos lejanos. Olvidados y perdidos. Él acariciaba el pelo de ella al tiempo que se cogían la mano. La chica con pulso firme y una sonrisa en los labios le enseñaba lo que había escrito en su libreta de cubierta roja con corazones estampados. Vestía ropa de montaña y era guapísima. Desde su mesa, en discreto segundo plano, pudo leer que ponía: «*Love team*». Fue consciente mientras comía allí solo, vaciando la enorme jarra de cerveza rusa, que para él no existía un futuro así. Se levantó con ellos para coger su vuelo y pasó con certeza y experiencia robusta el control de seguridad. Monedas, llaves, cinturón y botas fuera. Un par de sonrisas a las chicas de seguridad. Nada de líquidos ni objetos punzantes o peligrosos. Nunca facturaba. Un teléfono inteligente como único equipo informático, el alma vacía y nada más. Levantó los brazos antes de que se lo pidiera rutinariamente un *carabinieri* y no perdió en ningún momento de vista a la pareja. Cuando ellos tomaron un camino diferente al que él debía seguir hacia su puerta de embarque, se quedó de pie mirando cómo se alejaban. Se quedó perplejo por la paradoja mientras caminaba rumbo a la puerta de embarque; cuán de cerca los había observado y cuanta lejanía había en sus caminos. Nunca iban a saber cuánto habían enseñado a un hombre que había embarcado secretamente con ellos sobre un mundo que aún no está podrido del todo. Ese hombre era él y viajaba para matar.

Respiró hondo antes de salir y se decidió a seguir con su cometido. No le preocupaba no tener los reflejos al cien por cien: a la hora de la verdad, jamás había necesitado ser una máquina de precisión, sino más bien tener la decisión irrevocable de ejecutar algo para lo que sentía no haber nacido. Pero lo hacía. Una vez más. Y dudar era un lujo demasiado peligroso.

Había escogido una parada del centro que le permitía dar un paseo hasta el objetivo. Aún faltaba un rato para la hora justa en la que podría intervenir. Bajando por Tverskaya, se sabe ahora en una de las principales avenidas de la ciudad, ralentiza el paso y pierde la vista en la arquitectura regia de los edificios, algunos soviéticos, otros más antiguos. Ha leído, tumbado en la cama antes de salir por la mañana, que hace más de tres siglos la calle era conocida como el centro de la vida social en Moscú. Un lugar de moda para la nobleza en tiempos de Catalina la Grande. Muchos otros edificios fueron construidos durante ese tiempo, y la expansión continuó lentamente hasta que Stalin presentó su plan maestro. Todas las iglesias, junto a la mayoría de los edificios históricos, fueron demolidas para reconstruir a lo ancho esta bonita calle destinada a albergar hoy grandes bloques de pisos y oficinas para el funcionariado.

Hay un paseo hasta la plaza Pushkinskaya. Mira a la izquierda y se detiene unos minutos en una librería flanqueada por cafeterías de lujo, que se han puesto de moda como lugar de encuentro para la nueva clase emergente de la ciudad, donde toman diminutas tazas de café con trozos de pasteles diversos que aparentan no en vano valer una fortuna.

En cuanto sale de nuevo a la calle, justo al final de Tverskaya alcanza a buen paso la plaza Manezhnaya, donde mira con nostalgia a un grupo de gente joven que ha salido a reunirse al aire libre desafiando al otoño tardío moscovita.

Recuerda cuando se juntaba con sus amigos en el barrio, la mayoría de las veces para fumar algo más que tabaco y hablar de mujeres, poco más, pero ahora aquellos recuerdos lejanos le parecen sombras del pasado, notas de sabor que se escapan en el paladar con un sorbo de vino en copa de cristal.

Cerca hay jardines y fuentes con unas figuras que representan personajes de los cuentos y leyendas tradicionales de Rusia. La imaginación se le activa como si de girar un interruptor se tratara. En el parque del barrio, tiempo atrás, sus colegas druidas cargaban bolsitas con hachís a escondidas de las sirenas de los policías. No era un barrio conflictivo, nada de eso, era un buen lugar para vivir. Como mínimo a la altura de la normalidad cotidiana de un barrio urbano de cualquier ciudad española de los noventa.

Deja a un lado los gigantes centros comerciales y los garitos nuevos de comida rápida, que les salen como hongos a las aceras rejuvenecidas de la ciudad. Por fin, Krasnaya Ploschad, la famosa Plaza Roja. Su objetivo está ya cerca.

Al entrar en la plaza se mete las manos dentro de la chupa y la atraviesa casi de punta a punta, a paso de turista errante. Se mete por un callejón a la izquierda y sale a una calle larga y estrecha. Observa que no hay ni una colilla en el suelo y que algunos, clara minoría, tienen el privilegio de aparcar encima de la acera, justo antes de abrir las puertas con ventanillas entintadas a un palmo de los hoteles o *cabarets* de lujo. De estos lugares opulentos entran y salen tipos gordos trajeados y orlados por media docena de gorilas. Los guardaespaldas visten chaquetas de cuero abiertas que dejan ver sus tripas, pero nunca los hierros que penden de sus axilas. La vida que llevan no va a darles, si pintan bastos, el tiempo suficiente para abrirse un botón de la chaqueta.

Hubiera preferido un bar de ambientación soviética o zariana. Algo añejo. La estética suaviza la incomodidad de

realizar actos sin sentido. Pero había topado con el diseño impersonal, con la extravagancia que tira de la evolución mal digerida hacia el futuro. Un concepto del que el Profe cree carecer.

Al entrar, un gorila enlutado le cierra el paso con aire marcial. Por intuición, pronuncia el nombre que lleva en el pasaporte. «Habrá una mesa cercana para ti —le había dicho Maike a modo de instrucciones—. El resto será cosa tuya.» El gorila transmite la información a través de un dispositivo cableado que se acerca a la boca, al tiempo que con la zurda se aprieta a la oreja el pinganillo por el que recibe órdenes. Acaricia el cable que le cuelga del lóbulo hasta perderse dentro de la camisa blanca. Recibe respuesta inmediata y fuerza una sonrisa indicándole que pase con un gesto de la mano, presto y robótico. Al entrar, se estira la camisa y corrige el nudo de la corbata. En el lado izquierdo de su cuello es visible su inconfundible cicatriz.

Un camarero alto, delgado y sonriente le explica en buen inglés y lenguaje corporal explícito que deberá esperar cinco minutos. Viste de negro y luce, a diferencia del resto, corbata granate. El Profe le contesta que no importa. Echa un vistazo, ha venido a trabajar. Localiza una posición discreta desde la que visualizar todo el comedor. Se acerca a la barra. Hay lujo por doquier. Hombres de mediana edad comiendo con cubertería de plata, coronados con rubias de plástico vestidas de Dolce & Gabbana. En la calle de al lado, la momia de Lenin guarda silencio rodeada de tiendas opulentas. Entretanto, antiguos dirigentes comunistas se han convertido en capos que cierran tratos apurando osobucos y vaciando copas de vino caro. Lo ha visto, está acompañado de ejemplares de su especie, riendo rojo como un tomate, alto, fuerte y calvo, atacando con el tenedor un entrecot de ternera con la derecha mientras pierde la zurda en la entrepierna de una morena asiática que sonrío a su lado. «Lo tengo», piensa. El camarero de la corbata granate se acerca

hasta su posición en la barra y le pregunta qué desea beber. «Melnik», acierta a pronunciar, confiando en que le traigan un magnífico tinto búlgaro. Busca con la mirada cuál va a ser, previsiblemente, la mesa que van a darle. El barman le ha servido un posavasos sobre el que deposita la copa llena. Mete el Profe la nariz, es un tinto de aroma potente. Toma un sorbo con deleite al tiempo que vuelve a repasar la situación. Todo parece normal. Todos tipos rusos con chicas de compañía, a excepción de uno. Gestos histriónicos y risas contundentes que salen de las ropas demasiado coloridas. Ese uno, el que no lleva chica junto a él, no parece ni tan solo ruso. Sus gestos son mediterráneos. Gay a todas luces, de los que no esconden tener mucha pluma. Un elemento que desentona en ese contexto. Y es raro, porque este tipo de dinosaurios hace negocios solo con los de su especie. Saca el Profe un dispositivo móvil del bolsillo y disimuladamente hace unas fotos. Un trago largo. Visualiza el resultado. No se puede creer lo que ve al ampliar la imagen. Apura el *zoom* un poco más. «La madre que lo parió», piensa, y levanta la vista incrédulo. Es él, pese a su sorpresa no cabe duda, es el puto Quiroga.

Poble Nou, Barcelona, abril de 2013

as a contarme ya a qué viene tanto interés por el
=¿V marica que cosieron a tiros en Ciutat Vella?

Albert Cuartero me pasa la mano por el pelo y la detiene en un masaje suave sobre mi nuca. Sin dejar de mirar la pantalla de su PC, se la aparto sin miramientos. Dice estar acostumbrado a que me ponga borde. Miente. Aunque, si por ocasiones en las que ocurre fuera, bien podría estarlo. Le he dicho mil veces que no voy a follar más con él, cuando menos, por ahora. No es nada del otro mundo, comienza a escasearle el pelo pese a ser joven y ha echado un poco de tripa. A pesar de ello, reconozco que conserva cierto saber estar que le da un aire interesante. Viste camisa azul reglamentaria y pantalones a juego. Sobre las hombreras luce abotonada la divisa de intendente de los Mossos d'Esquadra. Me dijo una vez, antes de quitarme las bragas, que vestir su uniforme era lo que más feliz lo hacía. Jerárquico y profesional, tiene impresas en relieve y colgadas en la pared las funciones que, según ley, se le encomiendan al cargo que ocupa. *«El comandament, la direcció, l'orientació, la coordinació i la inspecció, en el nivell superior, dels serveis policials.»* Sobre la mesa tiene una foto de su mujer y sus dos hijos. Salen todos sonrientes en una escena

de bucolismo gastado. Más de una vez he repasado los detalles de esa imagen boca abajo sobre esa misma mesa mientras me embestía sobre ella haciéndola tambalear. Me llamaba la atención la situación, pero jamás me sentí culpable; cada cual debe responsabilizarse por sí mismo de los suyos.

—Bueno, a ver —decide continuar intentando cumplir con el trámite—. Resumiendo, a ese tío lo frieron a tiros en la zona del Call. Supongo que eso ya lo sabes. La autopsia no ha revelado nada raro.

—¿Qué es nada raro?

Por supuesto, nadie sabe oficialmente que presencié los hechos. He venido a la comisaría principalmente por dos razones: la primera, y más importante, para saber si hay la más mínima sospecha sobre mi participación en las muertes que están sobreviniendo a mi alrededor, y la segunda, necesito saber qué hay detrás de todo eso antes de volverme loca.

Nines me había explicado qué iba a pasar en el hospital en cuanto trajeran a Quiroga. «La tarea de un forense en el levantamiento —había dicho mientras me curaba— se concentra en el estudio del cadáver y en los indicios aparentes que se puedan hallar en él. Se hace una valoración inicial de las lesiones que presenta y se esbozan las primeras hipótesis sobre la causa de la muerte. Voy a limpiarte esa herida, va a dolerte un poco. ¿Ves esto? Es para desinfectarla, tintura de yodo al dos por ciento, y esto otro, suero antitetánico y antigangrenoso. Hay orificio de salida. Te pondré una venda estéril, habrá que suturar, pero no será mucho, yeso para taparlo todo, nadie mirará debajo, o eso espero, un parte de baja por traumatismo y a correr. En cuanto tengas tus asuntos resueltos, retiras la escayola, ¿estamos? Has tenido mucha suerte, créeme. Tendrás que ir revisándolo y que sepas que hay maneras mucho más

ortodoxas y correctas de atender estos casos. Respecto a tu puto muerto, sabemos que murió por impacto de bala, si hay algo aparte de eso, lo encontraremos. Y ahora lárgate de aquí y no te pares ni para darme las gracias.»

—Nada raro es nada raro, Henar —contesta Albert haciéndome regresar a la realidad en el presente—. Eso sí, tan solo en lo que al cuerpo se refiere. No he asistido presencialmente al tratamiento del cadáver ni de la escena del crimen, pero me consta que se hizo una estimación inicial de la hora del fallecimiento, se anotaron las pruebas halladas en el lugar de los hechos y se documentó con fotografías y vídeos. Lo de siempre. En la escena del crimen, la inspección ocular no reveló nada aparte de la mierda sanguinolenta que deja una ejecución a tiros. Hubo perforaciones en el abdomen y en el cráneo. Tres proyectiles de revólver de calibre grande.

La policía trabaja con antropología nocturna. El curioso arte de conocer cómo funcionan los seres humanos de la manera más original, más pura y salvaje, cuando se rigen por la regla de oro de la supervivencia, el miedo, que acaba derivando en maldad.

—¿Y el muerto?

El *modus operandi*, la violencia utilizada en un crimen, denota ciertas marcas de identidad en el asesino. Te dice cosas sobre él y sobre la situación que lo envuelve. No es lo mismo si a alguien lo han torturado con concienzuda metodología profesional, que si lo han agujereado con una navaja en una reyerta de bar. Tanto si se escoge cómo se mata como si se hace sin pensar, se está definiendo cómo puede hacerse y el porqué. El asesino descubre inevitablemente algunas claves sobre sí mismo. Se está convirtiendo en una presa que va dejando rastro. Por otro lado, Abordman, el experto inglés, se tiró o cayó por un balcón. Tenemos alguna oreja en la policía británica y nos

llegó, antes de que se liara todo aún más, de manera extraoficial, que podría ser que el corazón del tasador se hubiese parado antes del impacto. Curiosamente, la prensa también recogió este particular. En el cuerpo del ruso, pese a haber recibido un balazo en el cráneo, encontraron también restos tóxicos que podrían haberle causado la muerte por sí solos. No me han dejado acceder al informe de la autopsia, pero sé que hay cosas que es mejor descartar. La presencia de veneno, por ejemplo.

—Domingo Cigales Jumilla. Un representante de vinos riojano, natural de Haro, aunque, pese a no estar censado, parece que vivía en Logroño. Tiene apellidos cachondos, dadas sus circunstancias, pues son denominaciones de origen de vinos. Hizo dinero vendiendo tragos exquisitos y carajas para pijos de todo calado a precio de oro. Nacionales y extranjeros. Dentro del mundillo vendía todo tipo de vinos de gama alta, pero sobre todo riojas, a tipos importantes y muy ricos. Dicen de él que podía vender cualquier cosa pero que afirmaba con rotundidad que un rioja se vende solo. Gozaba de buena reputación en su gremio; qué digo buena, excelente. El tipo era un conocido defensor de los vinos navarros, andaluces y extremeños. Lo adoraban en media Italia y en las zonas de Portugal donde se producen los vinos de Oporto. Además, se dice que era hombre de referencia en algunas otras denominaciones de origen españolas, sobre todo las manchegas, las valencianas y las canarias. Defendía también a muerte a otras tantas en artículos para publicaciones especializadas, pese a que no se dedicara a exportarlas, Binissalem, Ribeiro, Yecla, Moriles...

—¿Algún resto que nos hable del asesino?

—Nada relevante. Muerte causada por impacto de bala. Nada de drogas, nada de tóxicos, ni violencia previa. Todo encaja con la visión de los testigos. El tipo entró, localizó a la víctima, iba a por él de manera premeditada y se lo cargó. Al parecer, los testigos cumplieron con lo que se espera de

ellos, que es manipular el cadáver lo menos posible en la escena del crimen y no meterse por en medio, o contaminar la escena. Ya sabes. Incluso en algunos casos, durante el levantamiento, se propone ahora tomar la temperatura rectal del cuerpo ya en la morgue. Y allí lo llevaron, hecho un colador. —Albert sigue con su discurso—. Procedimiento rutinario. Palpación del cadáver de la cabeza a los pies, incisión de la piel en forma de T, después extracción de la parrilla costal, se mira si hay líquido en la cavidad pleural y se toman muestras...

—Perfecto. Veo que has estado en muchas.

—En ninguna. Examen de la cavidad torácica, extracción de órganos del tronco y abdomen... y, para terminar, autopsia craneal.

—No me impresionas, Albert.

—Vaya, pues hay más... una chica estaba con él. Se levantó cuando se lo cargaron, pipa en mano, así, como quien sale de la nada, gritando que era policía. ¿Qué te parece? —Albert pierde la mirada en el horizonte intentando recoger un recuerdo que se le escapa, se levanta y se dirige hacia una de las estanterías del despacho donde hay cajas de DVD con tejuelos en el lomo—. Hemos revisado los vídeos de las cámaras de seguridad de las calles del Call. Hay un par de cámaras que controla la Guardia Urbana cerca del escenario. Ese tipo es un profesional. Un sicario. Sabía lo que hacía. Un revólver de calibre grande. Ese es el arma que yo escogería para matar.

Se echa para atrás recostándose sobre el respaldo de su silla de trabajo. Es la típica silla de oficina, brazos de plástico, tapizada en azul horroroso, respaldo abatible y un par de palanquitas que facilitan que el asiento suba y baje. Aprieta los labios y cierra los ojos por un momento. Mira al techo, pensando en cómo continuar. Al final, desembucha.

—Una cosa más, Henar... —susurra Albert—, las cámaras

de seguridad de la calle recogieron a la chica que estaba con el bodeguero asesinado. Fue tan idiota que salió tras el asesino.

—Seguramente se marchó asustadísima, no debía de conocer el procedimiento —contesto, tratando de quitarle importancia en un esfuerzo que va a salirme caro. Comprendo en su mirada que me he delatado sola.

—Ya te dije que la muy idiota salió pistola en mano tras gritar que era policía. ¿Sabes que tiene un aire a ti? Pese a que estas cámaras tienen una resolución cojonuda, la imagen esta vez no es del todo nítida... pero, coño, se parece bastante a la documentalista de la policía científica encargada de un caso de falsificación de vino.

—Vamos, Albert, ¿no creerás que...?

—Estás fuera del caso.

Mirando a la mesa del escritorio, da unos golpecitos sobre la madera con los nudillos. No ha mencionado a Noguer, ni una palabra. Al menos me libro de eso. Un muerto menos. Yo tampoco he hablado ni de los QR ni de los mensajes. Se levanta y se encamina directo a la puerta. La abre y me mira. Serio, muy serio. Con un gesto de la diestra me invita a salir. Me levanto. No hay más remedio. Me quedo fuera de esto. Debería poder soltar una frase brillante que me disculpara y me mantuviera en el candelero de la investigación al amparo de mis jefes. Pero no pienso con claridad y aun me siento aliviada por no ser acusada de nada. Llego hasta Albert y al pasar a su altura me detiene con un gesto de su mano izquierda.

—Henar, estás de baja. Escucha. Es viernes, sal a tomar algo. Unos chacolís y unos pinchos, por ejemplo. Y te distraes. Pasadas unas semanas, cuando te den el alta, entrarás en excedencia. Te lo pido como un tema personal y confío en que entiendas que todo esto es una gentileza por mi parte que bien pudiera costarme muy cara —dice muy

serio antes de seguir bajando considerablemente el tono de voz—. Haznos un favor a todos y a ti la primera. Cuídate mucho de meter las narices por libre en la investigación de ese maldito caso del vino.

Moscú, diciembre de 2011

El Profe ha aprendido a estar tranquilo. Siempre lo fue por inercia, pero ha ido evolucionando hasta ser una roca fría. Muy fría. Aunque esta vez, contrariado, nota cómo la sangre se le agolpa en el cerebro. Visualiza en lo más oscuro de sus recuerdos aquella maldita botella de vino, en una nave abandonada de un antiguo polvorín de artillería, y confirma lo que ha ido madurando durante años, muy intensamente al principio, cuando estaba solo, encerrado, enjaulado por completo pasando las horas preocupado por sobrevivir, ofuscado en entender cómo había ido a parar allí. Sin familia, ya sin amigos, con una cuenta pendiente y con la tristeza del nada que agradecer a nadie.

Observa la mesa. Están acabando los segundos. Platos de carne roja. Dos botellas de vino sobre la mesa y Quiroga señalando visiblemente a ambas, convertido en el centro de atención, histriónico, como no lo había visto mostrarse jamás, parece disfrutar dando una pequeña clase magistral. Los gordos de la mesa empiezan a sacar sus puros. Rioja y borgoña sobre la mesa. El Profe se abstrae en la jugada. Un error de principiante, ha perdido el cuadro general. Mientras tanto, Quiroga ha servido un par de copas a cada comensal, una por cada denominación de origen, y comienza a

compararlos mientras la flor y nata de la mafia rusa le ríe las gracias al tiempo que acarician a sus acompañantes escotadas y maquilladas hasta el paroxismo.

«Vamos, Quiroga, ese rioja —piensa el Profe imaginando la cata—. Dilo... tempranillo de color rojo rubí con evolución, se presenta límpido y brillante, resulta meloso e intenso en el paladar y complejo en nariz. Un vino cojonudo. Fruta madura acompotada. Notas de torrefactos y cuero acompañadas de recuerdos leves de queso azul con notas sutiles de pimienta.» Lo ve todo desde la barra mientras Quiroga sigue disfrutando. Levanta la copa y la mira al trasluz. La baja en ritual estudiado y mete la nariz hasta el fondo. Síííí. Suave, equilibrado, redondo y elegante. Es largo en boca, envolvente, de esa intensidad moderada que mantiene buena acidez... Te has olvidado de decirles a esos trogloditas que mejor decantarlo y con un guiso de cordero con patatas; se iban a derretir de gusto.»

El objetivo humano del Profe declina tomar postre y pega los labios a su morena oriental para susurrarle algo cerquita del oído. «Eso es, campeón, tú quieres otro tipo de postre, ¿verdad?» Quiroga sigue con su ritual. Borgoña. El ruso se levanta. «Pinot noir, una uva exclusiva de hollejo fino...» El objetivo se lleva a la chica del brazo, rechazando la compañía de un par de capitanes de su cuadrilla. Es momento de reaccionar. No le ha dado tiempo de controlar el escenario a conciencia, pero debe asumir el riesgo. Echa un vistazo, pero no ve nada. Otro. Nada. Localiza el ascensor de servicio. Tercer piso. Recuerda la información que le han pasado. Por suerte, no hay nadie esperando a que baje. Todo el personal está vigilando la mesa. Llega al ascensor, entra y lo detiene en el primer piso. Toma aire y abre la mochila negra. Se pone unos finos guantes de cuero y rescata de ella un *souvenir* local que habrá de dejar en el país antes de volar hacia otro lugar lejano. Es un revólver Mosin Nagant, calibre 7.62 milímetros. Relativamente silencioso con las debidas

precauciones, hecho que lo convierte en una *rara avis* en su especie. Los revólveres acostumbran a ser muy difíciles de silenciar, debido a los escapes de gases que se producen a través del hueco que queda entre el cilindro y el tambor. Vuelve a colgarse la mochila y se abotona la chaqueta del traje. Es el momento. Sale del ascensor y pone rumbo con sigilo a las escaleras. Sube los dos pisos que quedan hasta el objetivo, coge aire cuando acaba y se dirige raudo hacia la puerta de la habitación. Un sicario fornido hace guardia en la puerta. Al verlo venir, se precipita hacia él, haciendo el gesto de *stop* con la diestra. No le da tiempo a más. El Profe le apunta a la cabeza y dispara sin pestañear. ¡Pam! El gorila cae a plomo dejando un grafiti de sangre en la pared color pastel. El Profe saca la llave de la habitación y abre pausadamente. Ya dentro, presencia cómo la muchacha, de espaldas a él, serpentea sobre el cuerpo flácido del ruso, agarrándose los pechos, entornando seguramente los ojos, mientras interpreta su papel con gemidos sensuales. No lo han visto ni oído entrar. El Profe la mira un instante antes de resolver de manera inevitable el eterno dilema. «No voy a hacerte temer.» Levanta el arma y dispara a la cabeza de la chica, reventando el blanco con frialdad curtida. ¡Pam! El ruso grita de espanto y se la sacude de encima, ya cadáver. Le han quedado el cuerpo y la cara manchados con la sangre de ella, moteados por los trocitos de seso. Martí Novell sostiene el arma con la derecha y levanta la zurda para pedir calma. «¿Basili Karpov?», pregunta sin esperar una respuesta que no va a llegar, por innecesaria. El ruso se acurruca visiblemente asustado contra el cabezal de la cama.

—Tranquilo —dice en buen inglés—, señor Karpov, vamos a ver lo que hacemos.

El ruso tiembla desafortadamente. Empieza a babear y a balbucear. Está a punto de mearse literalmente de miedo.

—Voy a preguntarlo solo una vez, señor Karpov. Y, por favor, no me toque los huevos, que no tengo mucho que

perder. A ver, intentaré ser claro. ¿Dónde está la puta botella? La auténtica, quiero decir.

—¿Auténtica?

El Profe se acerca como un tren, enseña los dientes y se le irritan los ojos. El ruso se arremolina aún más sobre el cabezal y emite unos gemiditos sordos que no puede contener. Empieza a llorar.

—Escuche, escuche, por favor —implora Karpov en un tono lastimero que da auténtica congoja—. Encontramos la botella en el mar. Yo y esa arqueóloga francesa. Busco oro en el mar desde hace muchos años. En tiempos de crisis, siempre es un valor refugio, pero ahora, aparte de eso, el dólar está cada vez más débil y las economías son inestables. ¡Escuche, escuche! Gobiernos como el mío, India o China están acumulando oro ante la posibilidad de que una quiebra inesperada del dólar o del euro obligue a respaldar de nuevo las divisas con el patrón oro. El espolio arqueológico en las costas españolas es una ganga. Los galeones de la antigua carrera de indias naufragados en aguas españolas, según estimaciones prudentes, albergarían más de dos mil toneladas de oro. Ahí abajo, intactas. Créame, es como si España hubiera invertido ese dinero en un fondo a plazo fijo, pero su país nunca deja de vivir de espaldas al mar.

—¿Qué tiene eso que ver con el vino?

—También hay alternativas al oro —contesta el ruso serenándose por un momento—. Pertenezco a Bakcheia, desde que una carta del propio Wechsler me invitó a entrar. Creo que sabe de sobra cómo funciona esto. Acto seguido, apareció esa arqueóloga francesa explicándome que el vino antiguo era un nuevo valor refugio para los mercados inestables. Mire, localizamos la botella en una prospección buscando oro. Imagine, una botella de vino en un buque antiguo. La arqueóloga me explicó que debió de pertenecer a alguien importante. Pero ¿cómo demostrarlo? Encargué una

imitación del envase de vidrio y del corcho como si hubieran pasado doscientos años bajo el mar y el trasiego del vino a la botella de pega.

—Usted no necesita dinero y tengo el informe —dice muy serio, apoyándole la pipa en la cabeza al tiempo que el otro parece descomponerse.

—¡No buscaba dinero! Es una competición, un ritual. Todo junto y nada más. Escuche, puedo pagarle lo que me pida.

—No necesito su dinero. Para mí esto es personal. ¿Quién es Joan Borau?

—Borau es un enólogo conocido por Bakcheia, un charlatán. Escuche. Me hice con sus servicios por un contacto en la red y le encargué el análisis del líquido y el trasiego. Lo tenemos escondido en una vieja abadía en Saint-Hilaire, Francia, junto a la que se halla la primera bodega que albergó vino espumoso del mundo. Escuche, ¡Wechsler fue un nazi! ¡Un nazi con cuentas pendientes con mi familia que se remontan a la Segunda Guerra Mundial! Cosas del frente ruso... ¿entiende? Ahora, a usted, puedo conseguirle lo que me pida.

El Profe se quita la mochila y abre la cremallera con la zurda mientras sostiene el arma con la mano que le queda libre, ante la horrorizada mirada del ruso.

—Bakcheia, ¿entiende? Wechsler es un hijo de puta rico y vanidoso —empieza a llorar como un niño arrepentido— que ha limpiado su nombre y su pasado con dinero. A mí me importa un carajo esa botella o cualquier otra. Me da igual a quién pudiera pertenecer, de hecho, dudo que pueda saberse. Y de todos modos, nadie iba a creerlo sin darle un poco de atrezo al asunto. Tener algo así da caché, así que fabricamos la ilusión de que había pertenecido a alguien en concreto. Eso vende. Thomas Jefferson... dejamos caer ese rumor a través de Bakcheia. Borau afirma que el contenido

de esa botella es falso, pero conoce, como todos en la red, la existencia de un antiguo secreto transmitido a través de una botella de vino. Un mito. Yo estoy en Bakcheia, Wechsler también. Borau no es más que un enólogo con deudas que saldar con Bakcheia. El miedo nos sirvió al catalán de oro en bandeja. Nos reunimos con él, le explicamos el trabajo y le buscamos un sitio remoto y apartado para esconderse y trabajar. Punto final. Eso es Bakcheia, mito y miedo. Se lo ruego, hablemos de dinero.

—¿Qué pasa con Quiroga? El marica gordo que compartía mesa con vosotros ahí abajo.

—Ese español es nuestro tratante de vinos. Pero su nombre es Domingo Cigales. Él no tiene nada que ver en esto.

—Me temo que sí que pinta algo en esta historia. Todos lo hacen.

El Profe toma la mochila y saca una botella de vino. Deja la pistola sobre la mesilla y censura con la mirada al ruso. «Si te atreves, te arrepentirás», parece decir mientras saca de un bolsillo más pequeño un sacacorchos de dos tiempos. La abre. Acerca una de las copas de champán vacías que hay sobre la mesilla, al lado de una botella de cava por abrir. Vierte una copa de vino tinto.

—Beba.

—Escuche, escuche. Nunca he visto a Wechsler, se lo juro. ¡Nunca! Escuche... No me cae ni bien ni mal. —Traga saliva, hace acopio de fuerzas y trata de serenarse mientras aún tiembla. Sabe que explicar la situación puede ser una última baza, un intento desesperado por salvar la vida—. Competíamos, eso es, competíamos en esa estúpida red social, entrábamos en subastas y siempre chocábamos en las mismas piezas antiguas. Gusto por el vino y la historia. Ambos quisimos ser el mejor cazador. Pero todo a distancia, como caballeros. Y, créame, yo tengo más dinero. Le daré lo

que quiera. ¡Lo que quiera!

—¡Beba, ahora!

Coge tímidamente la botella. Tiembla de pies a cabeza. Gorgotea un trago, gimiendo asustado ante la mirada inquisitiva de su asesino. El Profe tiene prisa, no tanto para evitar que lo descubran con las manos en la masa, sino por las ganas de ir a buscar a Quiroga, pensando en cogerlo por la solapa. «Maldito cabrón, vas a explicarme qué coño pasa aquí.» Mira al ruso, impaciente por ver los efectos de la droga. Karpov parpadea visiblemente consternado. Lucha por mantener la conciencia que está a punto de perder, cuando aún tiene la justa lucidez para ver borrosamente cómo le acercan un cañón de metal a la frente. Apenas oye el disparo, que le derrama los sesos entre la pared y el cabezal de la cama, antes de que la realidad se funda en negro y un mínimo punto de luz residual en sus pupilas dé paso paulatino a la nada que ha de durar para siempre.

Martí Novell sale al pasillo y esquiva los desastres que él mismo ha provocado al entrar. Casi había olvidado que había disparado al gorila de la puerta. Guarda la pipa y coge velocidad bajando por las escaleras. Pierde el sentido de la realidad, ni se plantea que alguien pueda relacionarlo con tres asesinatos más, el gorila, la chica y el ruso. Nota la prisa en la vena que se le hincha en el cuello justo al lado de la horrenda cicatriz que lo hace inconfundible. Baja por las escaleras a toda prisa. «Eres mío, cabrón.» Pero cuando llega abajo y entra en el comedor, tan solo halla la cara acogedora y sonriente del joven camarero de la corbata granate que lo atendió antes de subir.

—Señor, su mesa ya está preparada. Pero no será necesaria.

Se serena, intenta no mostrarse nervioso y con un gesto de la mano le pide calma. Más para darse a él mismo un respiro para pensar que por otra cosa. Iba a explicarle que

efectivamente ya no necesita la mesa cuando un vistazo al comedor le hace reparar en un detalle que lo devuelve a la espiral de acontecimientos. En un rincón discreto, observándolo todo hay un hombre de piel oscura, perilla recortada y cabeza afeitada. Una mole en la sombra. «Hijo de puta.» Aparta con un gesto firme al camarero. Plis, plas, nada de explicaciones, pero sin violencia, o por lo menos, solo con la justa. La mole se levanta y se dirige a la puerta. «Cabrón, no te vayas.» Mientras este se va, lo mira y sonríe levemente, hace el gesto de la pistola con tres dedos de la mano derecha, le apunta como hacen los niños jugando y le dispara a modo de burla mientras se marcha. Alcanza la salida sin que el Profe pueda hacer nada por evitarlo, y justo antes de abandonar el local le dedica ya desde la calle un gesto obsceno con la diestra. El Profe empieza a correr en un intento vano por alcanzarlo. Cuando llega a la calle ya no hay nada. «La perra que lo parió.» El Profe vuelve a entrar, ahora el objetivo es Quiroga. Se le acumula el trabajo. Inspecciona con la mirada el comedor, pero ni rastro del gordito sabelotodo del mundo del vino. Hay jaleo en la sala, la gente baja con escándalo por la escalera y los nervios empiezan a acumularse en la concurrencia. Cada vez gritan más, hasta perder los estribos del todo. El Profe nota una mano sobre su hombro. Se gira veloz. Es de nuevo el mismo camarero joven, que mirándolo muy serio a los ojos le advierte.

—Es momento de irse, señor. Bakcheia desea transmitirle algo. «Kaparot en Damasco.»

Parpadea, se queda perplejo un par de segundos, asiente finalmente, palpa la pistola que ha guardado dentro de la chaqueta del traje y sale por la puerta dispuesto a emborracharse esa noche antes de volver a volar, como la persona en la que se ha convertido, un peregrino del asesinato que acaba de decidir que ya tan solo matará para él mismo.

Cornellà de Llobregat, mayo de 2013

El día en el que toda esta mierda empezó para mí, en el hospital recibieron una llamada para avisar del fallecimiento de un varón adulto que ingresaría ya cadáver para que se le realizara la autopsia con la finalidad de conocer la causa de la muerte. Yo ya había desaparecido de allí. Un celador hizo el traslado del recién fallecido a la morgue en una camilla especial para cadáveres y le entregó el cuerpo al médico forense, adjuntando los correspondientes documentos para aspectos legales. Nines había cambiado su turno; adquirió una pequeña deuda de un par de cañas y una cena por pedirle el favor a un compañero. No había dormido la noche anterior por salir de una guardia, que se hizo tan larga como cualquier otra. Alegó un motivo creíble para recibir en primera persona al muerto más famoso de la jornada. Accedió a la información echándole morro y revisó los datos de identificación y procedencia del cadáver. Quiroga llevaba una pulsera reglamentaria con un nombre y apellidos que no eran los mismos con los que se presentó cuando nos vimos; número de entrada a la morgue y fecha de nacimiento completaban un registro cuando menos dudoso. Según la ficha, tenía treinta y nueve años. Examinó el resumen de la historia clínica, los tratamientos e intervenciones a los que había sido sometido y el diagnóstico.

Estaba sano como una manzana antes de recibir lindamente tres disparos a bocajarro. Nines atendió por inercia a las anotaciones de la ficha sobre los riesgos especialmente relevantes. Aunque esa noche, aparentemente, no cabía duda posible sobre la causa de la muerte: lo habían dejado más tieso que la mojama por múltiples heridas de bala. Observó el certificado de la defunción y guardó en la memoria el día y la hora aproximada del fallecimiento. Pidió una copia para la familia, aunque no consiguieron localizar a nadie a quien el muerto pudiera importarle. En la autopsia se coló como observadora aprovechando que la forense era una antigua compañera de facultad con la que había compartido piso una temporada. Todo quedaba en casa. Tragó saliva, cogió aire y, para estar más cerca de la operación, se ofreció para rellenar el libro de registros del depósito *in situ*. Un engorro de papeleo que el sentido común aconseja rellenar en un lugar más adecuado y un momento más propicio. Sobre la mesa esperaban bisturí, pinzas aserradas, costótomo, cuchillo de disección, de amputación, *clamps* y tijeras de varios tipos. Colgada en la pared había una Black & Decker, una sierra vibratoria, martillo, cincel, retractores, y, repartidos por la sala en varias mesas y soportes, hilo, aguja, grapas, cizalla, esponja, pesos, balanzas y enterótomo. El cadáver yacía depositado con cuidado sobre la mesa de autopsias en decúbito supino, sin ropa. Un par de toallas blancas cubrían su rostro y sus genitales. El instrumental estaba preparado y los botes con formol, dispuestos. El silencio puede paladearse siempre antes de empezar una disección.

Por mi parte, cuando recibí la invitación de Quiroga en mi correo electrónico, yo solo pretendía saber quién era ese tipo y descartar que fuera a traerme más problemas de los que ya tenía y poder dormir tranquila mientras investigaba el caso bomba de los vinos, que iba a traerme la gloria profesional o algo con lo que poder mercadear, información o

lo que fuere, y sacar una pasta. No soy ninguna santa, pero no me culpo por ello. Todo iba razonablemente bien. Pero él tuvo que citarme, precisamente, el día que iban a dejarlo como un colador. Sobre la mesa, una vez más, repaso los detalles. Un intento de estafa que acaba en el asesinato de un magnate del vino en Moscú, junto a su puta y uno de sus gorilas. Un bodeguero riojano viene y me cuenta que debo buscar a un enólogo metido a falsificador y que el caso va más allá de una simple botella, que por otra parte es codiciada hasta la muerte por integrantes de una red social exclusiva llamada Bakcheia. No hay demasiada información sobre esta red, pero la visita que me hace le cuesta la vida. A Bakcheia se accede mediante invitación y algunos de sus miembros tienen mala leche con los intrusos. Le pido ayuda a mi historiador de cabecera sobre la posibilidad de que una botella real perteneciente a Thomas Jefferson exista, me cuenta la afición de tal caballero al vino francés y alguien se lo carga también. Está Jean Leon, quien parece haber sido un gurú del mundo del vino, pero cuya relación con la trama apuntada por Quiroga se me escapa. Nadie me relaciona formalmente con los hechos, pero me apartan del caso y, prácticamente, del cuerpo de Mossos d'Esquadra. Tengo una pista. Eso sí. El día que encontré fiambre a Noguier, capturé un QR en la etiqueta de una botella de vino, uno de esos códigos que ahora están en todos sitios, y a través de él, un mensaje. Quiroga también me envió las instrucciones para la primera cita en un código. Cada código parece traer, como en las pelis de misterio, un nuevo enigma.

El escondite de Baco sigue. Allá donde el ahorcado vive.

MW::

A ver, Quiroga, ¿viniste a decirme algo más? La

descripción del estado de la víctima en el momento de la autopsia forma parte del examen rutinario. Temperatura corporal, rigidez de sus miembros, livideces, deposiciones *post mortem* y el estado de sus globos oculares. Hora de la muerte: las nueve y media. El examen externo del cadáver antes de rajarlo debe constar de una descripción general que incluya sexo, edad, talla, peso, estado nutricional, esas cosas. Asimismo, según el protocolo de procedimiento, acostumbran a documentarse hallazgos tales como cicatrices, tatuajes, etc., que pudieran permitir una identificación individual o relacionarlo con alguna pista al entorno del caso. Pero mi confidente fiambre no tenía nada identificativo aparte de michelines y pluma. No había nada más de relevancia clínica, ni abrasiones, ni hematomas, ni rasguños, ni signo de violencia alguno. Nada. Conclusión, los muertos no hablan. Pero los hechos son testarudos. Suena el teléfono. Sobre la pantalla se ve el nombre de quien llama, Nines. Descuelgo y no me da tiempo ni a decir «sí».

—Había algo en la ropa.

—¿Qué?

—Se nos pasó completamente en el examen ocular y en la inspección del atuendo del cadáver. Un código QR.

Menos mal que la policía cuenta siempre con fuentes tan ajenas como oportunamente complementarias. Cómo definirlo... tan poco ortodoxas como operativas. En el ámbito médico-legal, el examen de un muerto incluye también el de sus pertenencias y, por supuesto, la ropa que vestía. Las primeras son útiles para confirmar la identificación. En cuanto a la indumentaria, debe ser examinada en colaboración con la policía científica, de forma especialmente exhaustiva en casos de homicidio. Los daños que se detecten en las prendas deben detallarse en anotaciones protocolarias y relacionarse, en su caso, con las lesiones documentadas en el cuerpo de la víctima. Este trabajo suele hacerse bien y no

acostumbra a salir ninguna sorpresa después.

—¿Qué?

—Un código de barras mejorado. Quick Response, pueden leerse con lectores que te descargas en los teléfonos móviles modernos.

—Sé lo que son, joder. Esos putos cuadrados que tienen cuadraditos más pequeños en su interior y que todos juntos forman un código digital. ¿Cómo coño se nos pasó?

—Ahora están en todos sitios, aunque se camuflan bien entre lo evidente. Ya no son a veces ni cuadrados ni cuadraditos, adoptan formas extravagantes para hacerlos más atractivos. El finado, al que llamas Quiroga, se había hecho imprimir un código QR en su camisa de marca, bastante hortera, por cierto. Cuestan unos trescientos euros el diseño del QR y la costumización. Ya sabes, hacerlo, darle color y forma adecuados para mimetizarlo en la camisa. Así que debió de pensárselo bien.

—¿Cómo?

—Mimetizado. Camuflado, sí. No se veía. Eran tonos de fucsia ligeramente más claros sobre la gallina estampada en su camisa.

—La puta madre que lo parió. ¿Me estás diciendo que llevaba un mensaje oculto en la camisa fucsia, difuminado con la gallina?

Recuerdo ahora esa camisa chillona y la gallina gigante estampada. ¿Quién iba a fijarse en que tras la estridencia del dibujo se camuflaba un código QR? Una punzada de hielo me recorre la espalda ante la revelación de sus últimas frases. «Las respuestas suelen estar ahí, señorita, a la vista de todos, solo hay que saber leer el código adecuado.» Para leer esa evidencia tan solo necesitaba un teléfono inteligente y una aplicación para la lectura de esos códigos.

—La gallina llamaba la atención en sí misma, nadie cayó

en la cuenta de que podía haber algo más ahí debajo. Hay que admitir, Henar, que nada de esto era de esperar. Se percató un camillero que no nos informó en su momento. Y ahora, muerto de miedo, nos lo ha hecho saber.

—¿Y por qué no habló con la médico forense antes?

—La vida es prosaica. Resulta que está coladito por una compañera. Y le dio vergüenza. El tío grababa vídeos de las autopsias y de los materiales de las investigaciones. Jugando con el móvil, de alguna manera, no me preguntes cómo, le pasó el escáner al cuerpo aún por desnudar y ibingo! Le apareció un mensaje oculto en la ropa de un asesinado. Todavía le cuesta dormir debido a los remordimientos y al pánico que se le ha enquistado en los huesos. Piensa que era una pista clave en la investigación, así que necesitó confesarse. Me lo encontré después de despachar un par de carajillos a la salida del hospital en la barra de un bar cercano. Encontrarme, y no me preguntes qué hacía yo allí, fue para él un regalo, el momento oportuno para liberar tensiones acumuladas.

—¿Qué escondía el puto QR?

—Léelo tú misma, te lo mando por WhatsApp. Es un plano antiguo con un detalle curioso: está al revés. No entiendo nada, confío en que tú sepas qué es, un plano antiguo boca abajo acompañado de una frase y una firma.



Resuelve el litigio

MW.:

Sobre el mapa han marcado una cruz. Alguien lee demasiadas novelas. «Resuelve el litigio», pone en el texto. Firmado por MW.: De nuevo, la misma forma y la abreviatura tripuntuada. Diría que el mensaje lo firma Meinhard Wechsler si no fuera porque llega desde la ropa de Quiroga. Los tres puntos de la firma simbolizan los tres pilares ideológicos de la Revolución francesa: libertad, igualdad y fraternidad. Todo esto es una puta locura. Si al menos supiera el camino que debería haber hecho esa jodida botella... Pero ¿cómo?

Tengo el piso hecho un desastre, desorden y pelusas de polvo acumuladas. Sobre la mesita que hay dispuesta entre el sofá y el televisor se pueden ver ahora los restos desmigados de un par de pinchos que me he labrado yo solita. Tostadas con morcilla y manzana. Y una copa de vino tinto por acabar. Me toca ahora mirarla diferente. Llevo la vista hasta la botella, que yace apartada y por acabar. Un buen vino, sí, señor. Giro la botella en busca de la denominación de origen. Valdepeñas, cien por cien monastrell. En un rincón de la mesa hay encendido un ordenador portátil. Me lo acerco sin descolgar el teléfono. Abro el navegador y entro en Google. A ver, pienso, un enigma no es un litigio. Esa palabra ha de significar algo concreto, una pista tal vez, y todo relacionado con un mapa al revés que luce una X señalando un punto concreto. Tecleo en busca de algún dato: «mapa antiguo litigio». Nada relevante. Joder, Henar. Le doy un mordisco al último pincho de morcilla. ¿Por qué enviar un mapa antiguo al revés?

—Henar, ¿sigues ahí? Escucha, sea lo que sea, piensa un poquito antes de hacer las cosas. ¿Me oyes?

Podría ser una ciudad antigua de la zona de Burdeos. No, ¿qué sentido tendría? Ya conocemos el supuesto origen del vino. Sobre ese particular, puede ser una tontería, pero me llamó la atención que fuera un Ribera del Duero. La escena parecía un mensaje en su globalidad. Esa manera de proceder tan de moda en las películas de misterio. Noguier hablaba bien de todos los vinos, pero insistía mucho en los catalanes y los aragoneses, nunca me mencionó un Ribera. Tecleo, por probar, «mapa antiguo litigio vino Ribera del Duero». Un montón de resultados. Ruido documental. Se me ocurre configurar el buscador para que recupere tan solo imágenes relevantes a ese criterio de búsqueda. Es la manera de cotejar si aparece mi mapa. Vamos a ver, bajo por la interfaz deslizándome con el *scroll* por los resultados irrelevantes sobre la pantalla. Hasta que... iguau! Ahí está. Hostias, Henar, qué suerte. Abro el enlace, localizo el sitio al que pertenece y busco información en diversas páginas relacionadas, la entrada en Wikipedia, El Soportal, la web municipal, bodegasdearanda.com...

El plano de Aranda de Duero, realizado en 1503, siendo el mapa urbano más antiguo de España y el documento cartográfico más antiguo del Archivo General de Simancas, en el cual se basaron para el desarrollo de las ciudades del Nuevo Mundo recién descubierto por la Corona de Castilla...

Empiezo a excitarme ante el aluvión de información y me voy serenando paulatinamente a medida que me aproximo en cuanto a relevancia sobre aquella necesidad informativa que pretendo resolver. Siempre me pasa.

El motivo de la realización del plano fue acompañar la documentación de un expediente enviado por el corregidor Fernando de Gamarra a los Reyes Católicos para dictamen motivado por un litigio entre los vecinos de la villa, encabezados por la Iglesia, y la familia propietaria de una casa que se pidió derribar para que se abriese la calle Barrionuevo para poder acceder directamente a la plaza de Santa María...

Sigo navegando, estoy cerca. Muy cerca de saber más, saberlo todo.

...la familia propietaria alegó en su defensa, y para que no se ordenara el derribo de su casa, que debajo guardaba vino en la bodega, que al hacer la calle que por encima de ella pasaría se estropearía debido a las vibraciones que acarrearía el paso de los carros... finalmente, el interés general prevaleció sobre el particular...

Basta, basta. Aranda de Duero, un litigio con el vino de por medio y una X que señala un punto concreto en la villa, que coincide con una casa que derribaron en 1503. La puta de oros, Quiroga escondía un mapa del tesoro en la camisa que vestía. Y señala, como la etiqueta del último vino que bebió Mateu Noguer, a Aranda de Duero.

—Mira, nena, no sé qué significa, ni quiero saberlo, ni conocer tampoco qué vas a hacer con la información que te

he proporcionado —dice Nines al otro lado del teléfono—.

Henar, a veces *creo* que te mereces cuanto te pasa, pero por alguna extraña razón que no alcanzo a comprender no puedo evitar preocuparme por ti.

—Tranquila, ahora mismo voy a un lugar donde lo peligroso no será lo que me pase sino lo que encuentre. Si me necesitas, estaré en la biblioteca más cercana.

Jerusalén, septiembre de 2012

|| Había dormido bien, en un cómodo hotel de la ciudad nueva. Se había mirado al espejo al despertar, lavado la cara con calma y comprobado el estado perfecto de su perilla recortada. Mal imitaba en cuanto a vestuario el estilo de aquellos afroamericanos a los que creía elegantes pero que tan solo había visto a través del cine de Hollywood. Pasaba largos ratos humedeciéndose los labios con la lengua, que devolvía con chulería al interior de la boca. Era alto y muy fuerte. Ciertamente, no le faltaban motivos para gustarse. Recto en sus propósitos, siempre había querido ser el macho alfa de la manada. No le importaba un pimiento ser muy primario. Al contrario, eso simplificaba las cosas y gustaba a buena parte de las mujeres. Tuvo una infancia dura, como muchos otros africanos, pero él sabía transmitir que el hecho de haber crecido sin agua corriente en un país revuelto por costumbre, donde la vida a ratos valía bien poco, no lo convertía en un idiota. Mucho menos en alguien a quien compadecer. Supo escapar de la miseria, el hambre, las drogas baratas, las enfermedades, la mierda en las calles, los plásticos agolpados en las esquinas y los cristales rotos de los suburbios. Esquivó una vida dura en el campo o una proletarización precaria en una ciudad sucia, haciendo de la necesidad virtud. El santo milagro del pan y los peces se le

había revelado fácil al intuir que la bajeza moral, inevitable según como vinieran los naipes para sobrevivir, podía tornarse en una herramienta de trabajo útil si se sabían dejar convenientemente los escrúpulos a un lado. Vio matar y morir a su alrededor como algo cotidiano desde que tenía memoria y, pese a lo que se pueda creer, jamás lo trastornó. Nunca llegó a impresionarlo la muerte ajena, porque más allá de uno mismo no creyó relevante para la supervivencia ver nada más.

Y hasta aquí había llegado, con un vuelo en primera clase costeadado por un viejo alemán al que no había visto jamás. Anoche, pensó en gastar una pequeña parte de su generosa paga en sexo. Acostumbraba a hacerlo cuando trabajaba solo. Pero esta vez, como algunas otras, tuvo suerte. Había bajado al bar para tantear el terreno o buscar la complicidad de algún camarero que le facilitara un contacto o un teléfono. Echó un vistazo a unas cuantas chicas maduritas que había cerca de la barra y cotejó rápidamente a cuánto se tasaba el ganado. Se pasó una mano por la cabeza rasurada, se ciñó los pantalones italianos y se desabotonó ligeramente la camisa blanca de lino que tapaba su piel negra. Una europea algo entradita en carnes esperaba para dejarse cazar al primer piropo. Supo de antemano que el polvo no iba a costarle más que un rato de conversación, de sonrisa abierta y dientes blancos que flanqueaban su lengua espesa. Pese a fingir torpemente que se resistía, la rubia cayó a la tercera acometida directa. Pasó él por el baño a comprar condones en la máquina y lavarse apresuradamente el miembro, mientras ella apuraba la copa y se despedía de sus divorciadísimas amigas de viaje. Cuando regresó, le indicó con un cachete en el culo la dirección a seguir, camino de su habitación para completar el servicio a domicilio. Al desnudarla, la giró y le dio una palmada fuerte en el trasero, a la que ella respondió con una sonrisa arqueando un poco el tronco. Sacó *sexy* el culo hacia él. Se giró después

brevemente y volvió a sonreírle. Serio él, le cortó la sonrisa con una bofetada suave en la cara. Plas. Ella superó el estupor inicial con una risa ahogada, nerviosa tal vez, finiquitada con dos bofetadas más, un poco más fuertes. ¡Plis... plas! Ella se tocó la enrojecida mejilla y se pasó la mano por el pelo liso mientras se acostaba sumisa, resignada a acabar lo que había empezado, cuanto antes mejor, dejando atrás un momento de reflexión tras el cual se rindió por miedo a lo que hubiera por venir. Él sacó la lengua, inmensa, se mojó los labios y empezó a embestirla fuerte. Mientras ella gemía en la penumbra, dejándose hacer, supo que no sabría borrar la mancha de vergüenza que iba a dejarle mientras la llamaba puta mirándola a los ojos susurrando en mal inglés.

Por la mañana, el sicario observó con indiferencia que no quedaba nadie en su cama y vio entrar la luz del alba. Era hora de trabajar. Se calzó los zapatos, se puso su elegante chaqueta y volvió al espejo para esconderse tras sus gafas de sol. Negro y elegante, no pensó que iba a cantar más que una almeja en la ciudad vieja. Pisaba, sin duda alguna, la urbe que mejor sabe leer la identidad de alguien a través del disfraz que luce. Jerusalén es un avispero de culturas en interacción sobre un conglomerado de casitas de piedra blanca salpicado de colinas. Dentro de sus muros, en la zona oeste, se localiza la comunidad judía, al este viven los árabes musulmanes, al norte está el barrio cristiano y al sur la denominada zona armenia.

Se ajustó el arma en la funda por dentro de la chaqueta. Una Desert Eagle calibre 50, una joya local. Desarrollada para el ejército israelí, es la pistola más grande de cuantas conocía. Alimentada por cartucho, se ve muy moderna, algunos la describen como *sexy*. Su popularidad entre los gánsteres, jóvenes delincuentes y jefes del crimen la convierte en el arma de moda entre los guapos de la violencia. Fingió lanzar un beso al espejo y se sintió perfecto,

al tiempo que intuía que era hora de ponerse en marcha. Entró en la ciudad antigua por la puerta de Jaffa, bordeando antes un trozo de muralla. Observó la Torre de David un segundo y torció a la derecha por Armenian Patriarcate, dando un rodeo en busca de su objetivo. Volvió a girar en Saint James, dejándose ver sin complejos en el corazón del barrio armenio. Se ajustó las gafas de sol con un gesto chulesco del dedo índice y empezó a esquivar transeúntes con solvencia en la calle cada vez más estrecha y transitada. Siguió, volviendo prácticamente sobre sus pasos, por Ararat hasta la calle San Marcos, a un paso de la iglesia del mismo nombre. En la esquina, se apoyó en la piedra erosionada por infinitas manos que la habían tocado durante milenios. Sobre ella se había oído rezar a decenas de dioses y aclamar a miles de profetas. Sacó del bolsillo una pitillera y encendió un cigarro jugando a verse como el espía duro de una película de acción. Se sabía muy fuerte. Miró al cielo y vio cómo apretaban el paso unas nubes oscuras que no tardarían en traer una lluvia ligera sobre la ciudad añeja más gastada del mundo.

No se molestó en documentarse, no iba a necesitar una vía de escape. «Observar e informar —le había dicho la jefa—. Y listo... no seas malo.» Un extranjero occidental en aquel mosaico de culturas tradicionales iba a ser fácil de encontrar. Pese a todo, no tenía ni pajolera idea de que aquella urbe ocluida, mezquita de Al Aqsa, Muro de las Lamentaciones y Santo Sepulcro incluidos, se trata, de un espacio muy reducido, donde se concentran todos y todo.

Llegó hasta Habad y alcanzó el principio de la Shuk Hakatsavim en un vértice del casco antiguo. A su espalda quedó la zona hebrea. Un muro separa allí el Monte del Templo y el vecindario judío. En el lado opuesto, a su derecha, se encuentra el barrio musulmán, con su rica arquitectura y sus zocos, donde cada rincón es un reto. Escondrijos por doquier mezclan niños que juegan entre la

esencia de especias orientales y gritos de mercaderes.

«Es la hora.» Quedo, recibe un mensaje de texto en el móvil que lo insta a abrir una aplicación que se sirve de un sistema de geoposicionamiento. Haciendo caso de lo que lee en la pantalla levanta la vista, perplejo, buscando algo, sorprendido tal vez de tenerlo tan cerca. «Ahí está. El Profe, ese capullo que se pasa de listo.» Al fondo, en un pequeño antro con espacio para tres comensales, todos ellos en la barra sin sitio siquiera para maniobrar, desayuna el Profe, el chico de barrio metido a asesino *freelance* que hoy es su objetivo. Por lo visto, trabaja para la organización desde que lo reclutó la jefa. Así llamaba a la rubia, a quien de vez en cuando le había enchufado la polla bajo demanda, pero con la que había cruzado más mentiras que conversaciones. Por encima de ella, suponía que había alguien que manejaba los hilos. El Profe vestía chupa de cuero muy gastada, como acostumbraba, cuello alto que se abría hacia arriba, intentando tapar una cicatriz horrenda a ojos de cualquiera. Tejanos y botas negras. Cabeza gacha sobre la barra del pequeño local, despachaba sin prisa un falafel con todas las verduras y el picante. La mirada perdida le cambiaba a vivaracha cuando lo interpelaba el camarero. Respondía solo cuando le hablaban, cuajando fugaces momentos de conversación animada, tan intermitentes como próximos. Llevaba allí un tiempo y parecía saber adónde acudir para observar. Cualquier asesino convencional hubiera convenido en que el Profe era débil para el oficio. Sensible a la belleza y con inquietudes culturales, parecía pensar más de lo conveniente para ganarse la vida como matarife por cuenta ajena. Tenía criterio, odiaba la vida que le había tocado en suerte y se consideraba un perdedor por no saber cambiarla. Se conocía de él que había estado un tiempo largo como mercenario en varios conflictos armados y que había vuelto para tener una vida fácil, trabajando muy poco y cobrando mucho por encargos muy espaciados en el tiempo. Jamás

habían hablado pero ambos eran viejos conocidos que se habían ido forjando como enemigos, por razones sensibles que iban más allá de la rivalidad en el trabajo. A ojos de su perseguidor de hoy, el Profe tan solo era ese hijo de puta que también se había tirado a la jefa.

—Ten las manos quietas —le había dicho la rubia—. El Profe va por libre y eso no gusta en Bakcheia. No es de fiar, ya sabes. Pero no hará nada que yo deba lamentar.

—¿Cómo puedes saber que no debemos eliminarlo, por si acaso? —le preguntó antes de volar a Jerusalén para controlarlo.

—Porque está enamorado de mí —le contestó ella con el hielo escarchando el iris de sus ojos y convirtiendo el largo silencio que había de venir en algo difícil de interpretar.

Cornellà de Llobregat, mayo de 2013

A mi alrededor se respira el silencio imperfecto de las bibliotecas públicas. Paseos que rompen la concentración de los estudiantes, padres que suben las escaleras intentando contener las risas de sus pequeños, *gafapastas* serpenteando por las estanterías en busca de un buen relato, abuelos inmersos en la prensa escrita del día y yo, aquí, a la caza de un misterio.

Un mensaje oculto tras un QR camuflado en la camisa de un asesinado. En él, una X que señala un punto en el casco antiguo de Aranda de Duero. Un enigma más bajo el mapa. Y van tres, todos recuperados a través de esos malditos códigos. El primero, «De Londres a Moscú, te llevo la parte que te falta, en la noche sin luna», lo resuelvo y llego hasta una cita en una vinatería del Call de Barcelona, donde acaban asesinando a un comercial de vinos riojano delante de mis narices. El segundo, «El escondite de Baco sigue. Allá donde el ahorcado vive», parece querer dar luz sobre una ubicación, supongo que de algo simbólico. El tercero es un mapa del casco antiguo de Aranda de Duero al revés. Tanto en este como en el anterior enigma se añade la firma con abreviatura tripuntuada propia de los masones. Presumiblemente, las iniciales responden a Meinhard Wechsler, a quien por

supuesto he investigado. El oficio obliga. Es un antiguo voluntario del partido nazi de senectud abigarrada y más millones que pesa. «Las respuestas suelen estar ahí, señorita, a la vista de todos, solo hay que saber leer el código adecuado.» Qué cabrón ese Quiroga, más que una advertencia parece una broma antes de morir.

Tras hacer girar mecánicamente el expositor de las novedades editoriales incorporadas en el catálogo de la biblioteca, absorta en mis cálculos vacíos, me decido a entrar en faena. Me siento a una mesa y empiezo a dibujar un esquema. Vamos a ver. Una botella de más de doscientos años que parece que dijeron que había comprado Thomas Jefferson justo antes de que la libertad, la igualdad y la fraternidad se impusieran en París a base de cercenar cogotes con guillotina. La revolución. Un mafioso ruso al que matan en Moscú, previamente acusado por el nazi de ser un estafador en el mundo del vino. Una red social exclusiva para el sector. Si creyera en Dios, pensaría que anda partiéndose de risa a mi costa. A esa red social de locos por el vino pertenecen, como mínimo, tanto Wechsler, el nazi, como Karpov, el mafioso ruso. El tratante riojano asesinado, Quiroga, llevaba un mapa del tesoro camuflado en la camisa que vestía. Una pista que firmaba con la abreviatura tripuntuada y las iniciales MW. «Resuelve el litigio.» Un sicario suelto de mirada tierna que me perdona la vida tras cargarse a mi fuente de información, el riojano, y un puto enólogo que se supone que tiene la clave de todo porque puede interpretar la botella, e incluso falsificarla. Hay que joderse. Creo que no me dejo nada. Y mi papel en esta película, una documentalista metida a policía que investiga el tema pese a jugarse la vida y estar fuera del caso. He entrado en escena para buscar las respuestas que me faltan. Al menos yo lo tengo claro. Que le den por el culo al cuerpo de policía. Me quedo en esto hasta que vea qué consigo sacar. Después, Henar, coge lo que puedas y *bye, bye*, si te

he visto no me acuerdo.

La cabeza me zumba y las ideas se me agolpan. Voy a resolver este rompecabezas. Me siento muy harta de pasar miedo. Piensa, Henar, piensa. Sería lógico deducir que matan al ruso por intentar estafar. Bien, podría haber sido Wechsler o alguien afín a él. También podría tratarse de una expulsión drástica de Bakcheia por contravenir normas internas. Funciona así en las organizaciones mafiosas: si te saltas los protocolos internos, te avían rápido dentro de una caja de madera. Pero ¿por qué matar a Quiroga después? Había ido a verme. Sí. Y yo soy policía, vale, pero para saber que Quiroga iba a verme habría sido necesario haberlo tenido muy controlado. Demasiado. No dudo de que sean capaces de eso y de más, pero ¿por qué iban a querer hacerlo? ¿Qué pintaba Quiroga en todo esto? Y, de habérselo cargado por conocer más detalles de la cuenta, me habrían matado también a mí. Por tanto, no cuadra. Vamos a ver, vamos a ver. Parece claro que Quiroga llevaba una parte de las piezas y el resto las tiene Joan Borau. Sigo sin entender por qué matan a Quiroga, pero parece seguro que necesito resolver el acertijo y buscar al enólogo. Incluso cabría la posibilidad de que una cosa llevara a la otra. Vamos.

Me levanto, iluminada por una intuición, en busca de un ordenador. Me identifico con el carnet de usuario de la biblioteca en el PC. Cerca noto el crepitar de las cajas de los CD en la búsqueda contumaz en la zona de audios de dos muchachas de pelo de colores. Enciendo la máquina. Vamos, joder, parece que no vaya a abrirse nunca. Tarda en cargarse, pero por fin puedo empezar a navegar. Estoy impaciente. Voy a enterarme de todo, cueste lo que cueste. Saldré de esta situación con el pellejo puesto y la cabeza alta. Vaya que sí. Echo un vistazo alrededor. En los puntos de lectura que hay distribuidos a lo largo de la pared hay concentración tensa en los rostros, la mayoría de los presentes son universitarios. Para mi sorpresa, estudian de

verdad, lo hacen de este modo en dos periodos al año. En las butacas más cómodas, una abuela revuelve entre las revistas de punto de cruz y, justo delante de mí, casi puedo oler las feromonas de un adolescente que me mira las tetas, sin tener claros los conceptos elementales del disimulo. Hasta aquí, normal.

A ver, empiezo por abrir mi pequeña selección de obras de referencia virtuales en Internet. Agregó y categorizo con un sistema de etiquetado todo aquello que me parece relevante para un futuro y lo hago de manera enfermiza, pero, claro, necesito precisar una búsqueda que antes no esperaba. Así que esta vez no me vale.

Piensa, Henar. Los enigmas. Eso es. Vamos por orden. «El escondite de Baco sigue. Allá donde el ahorcado vive.» Me voy a Google, ese famoso buscador araña que recupera una barbaridad de resultados y acostumbra a ser la primera opción para todos los internautas. Para mí, que soy una chica práctica, la única de las opciones. El asesino de Quiroga tenía una horrible cicatriz en el cuello. Posiblemente, producto de una soga, ahora lo visualizo y me parece claro, una soga de ahorcado. Recupero un montón de ruido al entrar el criterio de búsqueda en el cajetín de Google: «escondite de Baco ahorcado». Nada que me sirva al recuperar el resultado de la booleana, ni siquiera aparecen las palabras en el cuerpo de muchas de las entradas.

El Espíritu de Las Leyes Montesquieu

es.scribd.com/doc/61858320/El-Espiritu-de-Las-Leyes-Montesquieu

Es lo que pasa con Génova, donde el banco de San Jorge, administrado en [...]

un hombre acusado y que deba ser ahorcado al día siguiente es más libre que [...]

The Project Gutenberg EBook of La cuerda del ahorcado, by Pierre [...]

www.gutenberg.org/files/27695/old/27695-8.zip.20090107

3 Ene 2009 -Los más siniestros presentimientos seguían agitando su espíritu. [...] Bastaba con subirse a un banco para llegar cómodamente a aquella [...]

El «número tres» del régimen de Sadam será ahorcado en los [...]

titulares.iblnews.com/story/23833

15 Mar 2007 -El «número tres» del régimen de Sadam será ahorcado en los próximos días. [...] La canciller alemana, Angela Merkel, respalda un Banco Europeo de [...] que una vida llena de ocupaciones a menudo hace sufrir al espíritu [...]

Observo los resultados un momento. No ha habido suerte. Escaneo con la vista en diagonal. Algo me motiva a entrar en el primero. Vaya, vaya llenar, muy interesante.

ENTENDIENDO EL LENGUAJE DEL ESPÍRITO - HISTORIAS [...]

espirituales.mforos.com/329438/1615937-historias-cortas/?marcar [...] recuerdos». *Las leyes, en su significación más extensa, no son más que las relaciones naturales derivadas de la naturaleza de las*

tres días para que Santo Domingo ahorcado
pudiera clemencia y sus... leyes [...] el hombre
tiene sus leyes. [...] Es necesario, por lo
tanto, admitir y reconocer relaciones de
equidad anteriores a la ley que las
ahorcado VI?

Webbeando :: Ver tema -¿Jugamos al ahorcado VI?
Pero poco relevante. Quiroga, o bien sabía algo importante, o bien tenía cuentas pendientes. De eso no cabe duda. Vamos a afinar los criterios un poco más. Para operar en los buscadores convencionales, hay que reemplazar la sintaxis habitual por una combinación de palabras clave. Además de ser un método poco preciso, para cosechar resultados hay que revisar cientos de páginas. Podría cambiar a un buscador inteligente, semántico. Aunque, si sabes usar Google, acabas afinando igual de bien los resultados de la búsqueda. Cuanto más conoces cómo funciona el sistema, en Internet y en la vida misma, mejores resultados obtienes. Aunque de momento no parece ser esta mi tarde. Cuando buscamos a través de Google no lo hacemos, pese a lo que pueda parecer, en abierto en la red, sino que navegamos a través del índice del propio buscador, que incorpora constantemente nuevas webs a través de un *software* tipo *spider* que localiza enlaces entre páginas. El buscador indexa los resultados que encuentra mediante un complicado algoritmo que da como producto final una lista ordenada por criterios que incluyen el etiquetado por categorías, la relevancia, la audiencia y un largo etcétera que recuperamos cada vez que insertamos los criterios de búsqueda en el cajetín y validamos con un clic. Naufrago ahora en un mar de resultados irrelevantes. Me echo hacia atrás en la silla, estiro los brazos juntando las manos, entrelazo los dedos y los estiro dejando la palma hacia fuera. Noto la mirada del muchacho de enfrente sobre mis pechos. Se me deben de haber marcado. Hombres... Quiero un punto de partida, una primera información. En cuanto la tenga, posiblemente no tendré bastante con Internet y devoraré

toda letra impresa que haya en la estantería pertinente. Eso sí que acostumbra a ser la clave del éxito. Debo perfilar qué es lo que me hace falta saber, simplificar. La gestión de la información del futuro será la capacidad de sintetizar la relevancia. Para empezar, ¿quién coño es Baco? Vuelvo a la búsqueda simple de Google. Empecemos. Ahora vamos a hacer las preguntas adecuadas. Eso es la mitad de mi oficio, saber segmentar la búsqueda. Hago clic y aparece el resultado en pantalla.

Dioniso–Wikipedia, la enciclopedia libre

es.wikipedia.org/wiki/Dioniso

Fue también conocido como Baco (en griego antiguo, Βάκχος Bakkhos) y el frenesí que inducía, bakcheia. Es el dios patrón de la agricultura y el teatro.

También [...]

Adoración –Mitología –En el arte –
Paralelos con el cristianismo

BACO –RESTAURANTES –HOTEL –ALIMENTACIÓN

www.baco.es/

Estamos mejorando nuestra web, en breve estará disponible todo el contenido.

Contacto: Oficina Central BACO SEVILLA
S.A. Calle Santiago, 16 – 41003 [...]

BACO–mitología romana–Diccionario Enciclopédico Hispano [...]

www.e-torredebabel.com/...Hispano.../Baco-

mitología-D-E-H-A.htm

El dios romano Baco en la mitología griega y romana. Su origen y características.

Baco

html.rlncondelvago.com/baco.html

Baco. Mitología. Dios del vino. Cóbalos. Bufones. Ampelos. Sileno. Viajes y fiestas. Leyendas mitológicas. Bacanales.

El chico sigue mirándome las tetas. Dichosa manía masculina. Chasqueo los dedos de una mano, chas, chas, mirándolo a los granos de la cara.

—¡Eh! Tú. Sí, tú, coño ya. A ver, ¿dónde buscarías información sobre un dios griego? Y sin coñas, ¿eh, bonito?

El chico se desconcierta un momento. Mete las cejas y se concentra un breve instante antes de sonreír abiertamente. Ahora, aparte de gustarle mis tetas, hasta parece que le caigo bien. Es un buen avance.

—¡Wikipedia! —exclama complacido antes de hacer una pausa y ofrecerme una alternativa plausible—. También sirve El Rincón del Vago.

Coño, claro. ¿Cómo no se me había ocurrido? Esos resultados salen siempre en la primera página de Google en cada búsqueda. Hagamos caso a las nuevas generaciones. Tomo con la zurda un bolígrafo barato y me lo llevo a la boca para levantar acto seguido el dedo índice al tiempo que pronuncio: «Excelente, excelente». Arquitectura popular de la información al servicio de causas nobles. Voy a entrar. Clic.

En la mitología clásica, Dioniso (en griego antiguo, Διῶνυσος Diônysos o Διῶνυσος Dionysos) es el dios del vino, inspirador de la locura ritual y el éxtasis, y un personaje importante de la mitología griega. Fue también conocido como Baco (en griego antiguo, Βακχος Bakkhos) y el frenesí que inducía, bakcheia. Es el dios patrón de la agricultura y el teatro. También es conocido como el «Libertador» (Eleuterio), liberando a uno de su ser normal, mediante la locura, el éxtasis o el vino. La misión divina de Dioniso era mezclar la música del *aulós* y dar final al cuidado y la preocupación. Los investigadores han discutido la relación de Dioniso con el «culto de las almas» y su capacidad para presidir la comunicación entre los vivos y los muertos.

Así que este colega es el responsable de las tajas de verano. «Sigue, donde el ahorcado vive.» Vamos a ver, Henar, que el espíritu de Baco aún se mantiene vivo donde un ahorcado vive. Aparece también la Bakcheia. Eso es. ¿Dónde sigue vivo un ahorcado? Mejor dicho, ¿dónde mantiene vivo un ahorcado el espíritu del vino?

Tras el solsticio de verano, los municipios de nuestro país parecen despertar de su letargo para dar inicio a un sinnúmero de festejos que convertirán

los meses estivales en el albergue de verbenas, espectáculos taurinos, pregones, **¿En las fiestas populares? No me jodas. Vamos, hombre,** iqué puto *freaky*, este Quiroga! No sé cómo cruzar el bolígrafo al rendirse al empuje de mi masticar nervioso. Sigo navegando, al tiempo que intento separar los desagradables trocitos de plástico de encima de la lengua. España, de tradición viticultura desde hace siglos, nunca carece de un buen vino para brindar en cualquier celebración, pero en verano el vino se convierte en protagonista lúdico de muchas celebraciones populares. Famosas hay unas cuantas; muchas, de hecho. Localizo rápidamente la Batalla del Vino de Haro, las Ferias de Málaga y Chiclana, la Fiesta del Vino Fino del Puerto de Santa María o el Festival del Moscatel de Chipiona, la Feria del Vino de Ribeiro, la Fiesta del Albariño en Cambados, el Festival ViJazz, la Fira del Gall en Vilafranca del Penedès, el Festival del Vino de Somontano, en Aragón. En Castilla-La Mancha hay un sinfín de actividades para promocionar los Jumilla, La Gran Fiesta de los Vinos de Tenerife, la Muestra del Vino de la Tierra de Cangas, la lista es interminable. Me rindo. Un momento, Quiroga era riojano. Ahí está. Sobre la pantalla tecleo añadiendo a la búsqueda larioja.com y noto un escalofrío en la espalda cuando hago clic sobre el botón izquierdo del moderno ratón de biblioteca. Bingo

LA RIOJA/LOGROÑO Y COMARCAS

Santo Domingo recuerda el milagro del ahorcado con romería a la ermita

13-10-2010

Santo Domingo de la Calzada celebra hoy la romería a la ermita de la Mesa del Santo, con la que los calceatenses recuerdan el milagro más famoso de cuantos se atribuyen a la intercesión del patrón y fundador de la ciudad: el de la resurrección [+]

LA RIOJA/LOGROÑO Y COMARCAS

Conferencia sobre el milagro del ahorcado

06-12-2006

El ponente será [...] que hablará sobre «El milagro del **ahorcado**», descolgado a través de los documentos históricos, literarios, musicales e iconográficos [+]

~~La madre que me parió. Suelto el aire retenido en los pulmones apretando los labios. Casicos y MARCAS ya nadie me mira. Estoy sola delante del próximo escalón. Un paso más y después otro, hasta la batcueva donde se esconda Borau o hasta la garganta forrada con cicatriz de cremallera de mi tierno galán asesino.~~
«Que cantó después de asada»

14-10-2007

Aquel portentoso hecho avideó a la antipoda de la divina resurrección del peregrino **ahorcado**, tuvo en su época una repercusión enorme y convirtió a la ciudad en un destino de peregrinación que «rivalizaba» con Santiago de Compostela. Un texto

per]cillo, fácil de recordar y que suscite curiosidad es lo que busca cualquier publicista. [...] Aquel portentoso hecho avícola, anticipo de la divina resucitación del peregrino **ahorcado**, tuvo en su época una repercusión enorme y convirtió a la ciudad en un destino de peregrinación que «rivalizaba» con Santiago de Compostela. De él han quedado muchas cosas, desde **el exclusivo gallinero de la catedral**, cuadros, esculturas, libros o estudios, hasta camisetas y regalos turísticos [...]

Se me escapa una carcajada. La puta gallina de la camisa. Todo está relacionado. El mensaje del mapa de Aranda se escondía en una gallina estampada que remite a Santo Domingo de la Calzada, en La Rioja. Quiroga vestía un mensaje en clave más completo de lo que imaginaba. ¿Por qué coño lo haría? Ese último no era de él, llevaba la firma tripuntuada. Aguanto la cabeza con las manos, clavando los codos sobre la mesa. Inexpresiva. Estoy vacía de energía, como una estudiante en una noche en vela. Pero voy a por lo que busco. Voy a abrir otro frente, y luego otro, y otro más. Debo saberlo todo. Estiro de una goma para el pelo que llevo en la muñeca y me hago una cola de caballo. Entro en el catálogo informático de la biblioteca. Soy medio bibliotecaria, o sea, no tengo ni puta idea de nada, pero mi formación consiste en saber encontrarlo todo. Internet es un aperitivo: el plato fuerte de búsqueda y recuperación de la información está en los libros. Y somos los mejores en eso. Soy consciente ahora de que, cuando obtenga la información pertinente, dependerá de mí, en exclusiva, cómo gestionarla. Eso me tranquiliza. Soy una artista entre estanterías,

rotulaciones y tejuelos. De niña ya jugaba a encontrar respuestas en la enciclopedia. Estoy decidida a resolver este asunto turbio y peligroso. Selecciono la opción «buscar por palabra clave». Tecleo por orden y de uno en uno conceptos que hace bien poco no tenían sentido para mí: Ribera de Duero, Rioja, historia del vino... Pienso en la sangre que ha corrido ya alrededor de este caso y empiezo a llenar la tarde de bibliografía a recuperar; es momento de clavar los codos en la mesa, dejar que actúe el café y pedir respuestas al papel impreso.

Jerusalén, septiembre de 2012

Se para el sicario de perilla recortada a observar en la distancia y apoya la espalda en una esquina que sin duda le manchará su cara camisa de marca. Tiene a Martí Novell a la vista. Saca su *Smartphone*, marca la posición en la aplicación de geolocalización y toma un par de fotos. Acaba de desayunar el Profe y, cuando está limpiándose con una servilleta pequeña de papel con ribetes rojos, aparece un muchacho que estira de su manga hacia abajo. El Profe se agacha y deja que el chico le susurre algo al oído tapándose la boca con la mano. Cuando este acaba, saca un billete del bolsillo y se lo da inexpresivo, justo antes de propinarle una colleja amistosa. Plas. Muy a la española. Se levanta sin más, se ajusta la chupa y se pone a andar calle abajo hasta la puerta de Damasco. El otro lo sigue y, al tiempo que el Profe se aproxima a una terraza cercana a la salida de la ciudad amurallada, vuelve a tomar instantáneas que comparte de inmediato con quien las espera en otro punto lejano del globo terráqueo. Hoy en día se puede compartir a tiempo real aquello que pasa a miles de kilómetros de distancia si se dispone de la cada vez más accesible tecnología adecuada.

Martí Novell se acerca a una mesa baja de metal, propia de las minúsculas cafeterías árabes de la Jerusalén antigua, y

toma asiento. Se incorpora a una reunión de pequeño formato. No está solo. Lo esperaban dos hombres tomando té con menta, comentando los pormenores de una botella de vino tinto que hay sobre la mesa. El gorila pretende coger un ángulo mejor, por lo que camina un par de pasos hacia una posición más estratégica. Esquiva forzosamente, ladeando el cuerpo, a una mujer completamente cubierta por un niqab. Cuando esta se aleja, el sicario sonrío al no comprender por qué a la altura de los tobillos se dejan ver unas medias de colores, lilas y verdes. Deja a la derecha con un leve asentir de cabeza a un hombre cubierto por una chilaba blanca holgada y capucha que le cae por la espalda, muy mayor. Observa a su alrededor. Hombres con trenzas y kipás, los colores de las telas, el olor a kebab y los expositores de baklavas. Se ajusta las gafas de sol en su posición estratégica para la visión, dando la espalda a la puerta de Damasco. Su objetivo, el Profe, ha empezado a entablar una conversación seria con sus interlocutores. Uno de ellos es un afeminado que viste sombrero blanco y camisa de colores estridentes, el otro, un hombre de edad avanzada. La charla parece pasar de seria a muy seria. Cejas prietas y aires compungidos.

Indiferente al hecho de poder ser descubierto, el africano saca las fotografías que le han pedido apoyado en la pared. «Quiero saber qué hace, con quién se entrevista, si planea algo a nuestras espaldas —le había dicho la rubia—. Eso, pero nada más, ¿entiendes?» Se ajusta las gafas de sol nuevamente. Dos dedos, índice y corazón. Y saca la lengua ostensiblemente para mojar los labios que empiezan a cuartearse tras un rato de espera. Nota la humedad más pastosa que de costumbre. Mira al cielo y se percata de la dureza del sol de Judea. Calma chicha sobre el caos ordenado de una ciudad repleta de todo. Tampoco le sorprende. Olor a especias y cordero. Llama su atención que pase por delante de sus narices el mismo niño que susurraba

al Profe hace un rato. El crío se detiene un segundo, sabiéndose a salvo tras pasar de largo, escoltado por un enjambre de amigos. Desde la distancia le dedica una burla y el sicario nota el escozor del orgullo pueril herido. Hace ademán de empezar a perseguirlos, justo hasta que los niños echan a correr demostrando que son capaces de perderse en tres segundos en el infinito mar de colores provocado por las modernas mercancías chinas sobre el blanco de piedra usada de las calles del zoco urbano. Mira de nuevo a la terraza de la puerta de Damasco. Nadie. No hay nadie sentado. Se han esfumado. Tan solo quedan tres tazas de té a medio vaciar sobre una mesa de hojalata. Resopla en una mueca de desprecio y se decide a marcharse con un enojo resignado. Está desorientado, se ha metido por Sheih Reihan en pleno barrio musulmán. Es un pulpo en un garaje. Llega a la Vía Dolorosa, su intención era alcanzar el barrio judío y hacerse con un trozo de *pizza* y una cerveza grande, pero ha pasado más tiempo del previsto fuera y tiene hambre. Localiza un restaurante que le parece potable. Comida árabe con estética occidental. Decide entrar. Al poco de mirar la carta, un retortijón le indica que es mejor pasar por el baño. Cuando entra encuentra dos cubículos, separados del lavamanos por un estrecho pasillo. Aparta, desconsideradamente, a dos hombres que tienen una conversación animada taponando el paso. Tras un breve regateo de miradas se quedan fuera, a lo suyo, mientras, ya dentro, él se baja los pantalones, se toca la perilla recortada y toma asiento en la taza medio oxidada. Los dos hombres continúan rompiendo el tedio con risas sonoras. Deja la pistola, a mano, sobre el dispensador de papel higiénico metálico. Empieza a apretar y el olor se vuelve denso, masticable. Los hombres de fuera interrumpen radicalmente las risas. Sonríe el sicario, creyendo que el metano que desprende por el esfínter tiene la autoría del silencio de aquellos hombres anónimos, hasta que... ¡Zas! ¡Bum! La puerta del cubículo se abre con brutal estruendo, producto de una patada, retumbando la madera pintada de

blanco en la pared de baldosas sucias. Es el Profe. Por un momento, gira el cuello mirando al africano y evalúa qué va a hacer el grandullón que tiene cagando frente a él.

Todo pasa muy rápido. El negro intenta alcanzar con la diestra la enorme pipa que ha dejado cerca. Pero el Profe lee la jugada en décimas de segundo. Era, sin duda, el acto más predecible. ¡Plas! Le propina un puntapié sobre el brazo que ejecuta la acción que hace crujir sus huesos sobre el dispensador metálico. «¡Crac!, ¡aaaaaaah!», grita el otro, notando al instante un liquidillo tibio que resbala en el interior del miembro fracturado. El Profe se yergue frente a él, hierático. Con la derecha, le acerca a la cabeza rasurada un revólver de tambor. Poco a poco. El africano lo mira en silencio, esperando una conclusión lógica. No hay mejor analgésico que otro mal mayor. Más despacio, si cabe, le apoya el arma sobre el cráneo pelado haciendo notar el frío del cañón sobre la piel oscura que suda visiblemente.

—Vamos a ver lo que hacemos...

El otro hace el gesto de querer hablar, explicarse tal vez. Nunca se sabrá y no importará. El Profe se lleva el índice de la izquierda sobre los labios. Shhhhhh... Deja escapar el aire al modo de un sifón que pierde tranquilo. *Ncht, ncht*, pronuncia después. Le aprieta un poco más el tubo metálico sobre la testa. Cuenta mentalmente unos segundos, dejando que el miedo se apodere de la situación. Hace un esfuerzo el otro por parecer duro mientras le apuntan. El Profe espera, un breve instante, a que sus ojos evolucionen desde la arrogancia hasta la perplejidad. Y, cuando sobre las pupilas negras se dibuja una sombra de tristeza, fruto del resignado conocimiento del desenlace, Martí Novell, segurísimo de no estar haciendo nada peor que pisar a una cucaracha en el váter de un bar, aprieta el gatillo esparciendo sus sesos por doquier. ¡Pam!

Santo Domingo de la Calzada, junio de 2013

Entre en la ciudad vieja por el camino de Santiago y recorro la largura de la calle hasta alcanzar un templo cristiano donde se mantiene un gallinero. Busco el lugar donde habita un ahorcado. Al acercarme noto una opresión extraña en el pecho, un mal palpito. Tranquila, Henar, nadie tiene por qué saber que estás aquí. La calle Mayor desemboca en el ábside del templo dejando al lado izquierdo la torre exenta del campanario, desconectada del resto de la iglesia. El pueblo tiene un encanto especial que disfrutaría de no estar predispuesta al miedo. ¡Mierda! Me sobresalta el repicar inesperado de las campanas anunciando el mediodía. Retuerzo el cuello hacia arriba como si anduviera a la caza de algo impreciso que pudiera revelarse y que estuviera por venir. Allá, en la distancia que otorga la altitud a la cúspide de la torre, veo algo en el campanario. ¡Ay, Dios mío! No puede ser... «El escondite de Baco sigue. Allá donde el ahorcado vive.» La vista apenas me alcanza para ver el contorno impreciso de lo que parece ser un hombre que me observa, sin esconderse, parapetado en su magnífica posición estratégica en las alturas. Sigue ahí y no se mueve. Empiezo a sentirme asustada. No quisiera resultar paranoica y a esta distancia no podría asegurar nada, pero tengo la extraña sensación de que podría ser él. La puerta de la torre parece

estar cerrada. Dejo de mirar arriba. Por un momento me siento perdida y mareada. Acelero los pasos. Piensa, Henar, piensa. Sigo en línea recta, localizo la puerta de entrada a la catedral y, sin evaluar mejor los riesgos, me dirijo hacia ella y entro. En medio de la paz sosegada que se respira aquí dentro, a mí me queda, a modo de contraste, el desconcierto de no saber si estoy cometiendo una locura.

«Hoc est enim corpus meum.» Me he colado a toda prisa en medio de la misa. Sentada en los bancos, al abrigo de la discreción de las últimas filas, oigo el eco de la voz del oficiante del culto de las ocho de la tarde en la catedral de El Salvador. Junto a mí, abuelas beatas repiten quedas la traducción castellana de las mismas oraciones antiguas con precisión pertinaz. Concienzudas, mueven con maestría las bolitas de sus rosarios, mientras hasta mí llega la voz de una mujer joven de acento afrancesado que reza en latín. «Hic est enim calix sanguinem meum.» Ahora puedo localizarla, está en un plano discreto sentada sola un par de filas por detrás de mí y cubre la práctica totalidad de su rostro con un pañuelo blanco.

Localizo el gallinero con la mirada. Ahí está, Henar. Situado a los pies del brazo derecho del transepto, al sur del crucero, enfrente de la tumba del santo. A unos tres metros de altura, más o menos. Enrejado y protegido, pero a la vista de todos. Dentro de él mora una pareja insólita, un gallo y una gallina blanca. El mismo ritual desde la Edad Media. Me llama la atención una especie de leño expuesto encima del gallinero. Ahí está. De cerca puede leerse: «Madera de la horca del peregrino». Es aquí, Henar, no puede estar más claro. El gallo empieza a cantar fuerte, levantando alguna sonrisa en las beatas, que, sin más consecuencias, siguen a lo suyo. Unos voluntarios cambian los ejemplares, cuando menos una vez al mes, renovando la dupla con otras aves provenientes del pueblo riojano de Gallinero.

Conseguí el teléfono del cuidador a través de la oficina de

turismo que hay a dos pasos de la catedral. Me atendió una mujer campechana y amable. El guarda, quien se encarga del mantenimiento del gallinero, me confirmó lo que sospechaba.

—¿Ha notado usted algo extraño en el gallinero? —lo interrogué fingiendo profesionalidad—. Algo... nuevo, algún objeto, algún dibujo en las paredes, cualquier cosa fuera de lo habitual.

—No, nada nuevo. Tan solo un hombre, muy amanerado, que me pidió cambiar las gallinas él mismo. Me juró que haría una donación a la parroquia y que él mismo traería las gallinas. «Una promesa de familia», dijo, «deben de tener gallinero», pensé. No es tan raro. Ya me entiende, no es la primera vez ni será la última, espero.

—Gracias por su colaboración, caballero.

Hay una puerta justo debajo del gallinero. Ya dentro, una escalera estrecha da acceso a él. Por ella suben el guarda y los voluntarios. Y, esta noche, al acabar la misa, subiré yo misma. Si Quiroga era fiel a sus propios juegucitos, la clave del caso podría estar allí. Me asombro ante la revelación de ver al sacerdote mojar las hostias en vino. No me había planteado el porqué de este lugar para esconder un secreto relacionado con la trama. Podría ser en cualquier iglesia, pero es en esta. Va a ser que sí, es aquí. Dentro de esa reja es donde está. Sí, Henar, lo que voy a encontrar no lo sé, pero seguro que estará hasta la bandera de mierda de gallina. Como parte nuclear del culto, según la fe católica, Jesucristo mismo se hace presente en los materiales fungibles de la eucaristía, el pan y el vino, en su cuerpo, sangre, alma y divinidad. Ese rollo de la última cena... «Tomad y comed, este es mi cuerpo. [...] Tomad y bebed todos de él, porque esta es mi sangre.» Esconder aquí un tesoro enológico no deja de tener su gracia. El escondite de Baco. Es un puto juego simbólico, como en las novelas o las pelis de misterio. Pero, Henar, tú a lo tuyo. Ahí podría esconderse la pieza de

museo. Tentador. Pillar esa botella antigua, no decir nada a nadie, buscar comprador y a tomar por culo el cuerpo de policía.

Las señoras se levantan circunspectas para hacer cola paciente delante del cura. Es el momento de la comunión. Sigo oyendo esa voz que reza en latín: «praeceptis Salutaribus moniti... nos, Domine, ab omnibus maus». La chica no se levanta, más bien parece observarlo todo en la distancia. Como yo. Tranquilízate, Henar, debes pensar en tu objetivo. Puedo oler desde aquí el pan que acompaña al vino como ofrenda en el altar. «Quia tuum est regnum et potestas...» En la plegaria eucarística se agradece a Dios toda su creación y las ofrendas se transforman en el cuerpo y la sangre de Cristo. Confío en que no fuera mi romántico asesino quien estaba espiando la escena desde el campanario. Al menos aquí me acojo a sagrado, como se hacía antaño. Al partir el pan y por la comunión, los fieles reciben simbólicamente el cuerpo del Señor y del cáliz su sangre, del mismo modo que lo hicieron los apóstoles tiempos ha. «¿A qué coño jugabas, Quiroga?»

La ceremonia va acabando. Me levanto discretamente antes de que empiecen a darse las manitas y a pasarse la paz unos a otros. La chica del pañuelo blanco se pone en pie y discretamente se dirige hacia la puerta de salida. Nadie va a reparar en mí. Hacia la derecha, unos pasos atrás está la Capilla de San Juan Bautista, también llamada de Santa Teresa. Ese es el lugar que he escogido para la espera. En la capilla hay un retablo renacentista que muestra diversas escenas de la vida de Jesús. La oscuridad fuera de las horas previstas para las visitas turísticas es espléndida para el espionaje. En el centro de la capilla hay un sepulcro gótico. Me sitúo detrás de la tumba, dando la espalda al retablo. Miro a lado y lado, hasta convencerme de que nadie me ve y... izas!, flexiono las rodillas y bajo al suelo. Aquí estoy bien escondida. El brazo se me despierta con un pinchazo de

dolor. Es como un zarpazo caliente. Apoyo la espalda en la piedra del sepulcro, culo en el suelo y piernas flexionadas. Me dispongo a oír a mi espalda cómo la gente va desfilando fuera de este lugar hasta quedarme sola y, por fin, llega el momento. Plooom. Oigo el sonido del pórtico de entrada que se cierra dejando la nave en una oscuridad plomiza, tétrica, de medievo. Saco la cabeza por el lado izquierdo, asomándola hacia el coro desde la base del sepulcro. Nada. Me levanto cautelosa. Hago estas cosas cuando oscurece. Sí, Henar, empieza a ser una tradición que da mal rollo. Localizo pistas, concierto entrevistas y busco tesoros al amparo de la oscuridad por miedo a que me maten, avaricia o qué sé yo. Nunca sé quién hay ahí fuera. Más que una policía en excedencia parezco la caricatura de un espía de dibujos animados. Menos mal que de todo esto pienso salir con un futuro en positivo. Me cago en la puta, soy una documentalista metida a policía intentando evitar la cárcel o la muerte. Bonito panorama para una comedia de serie B.

Salgo de la capilla y me dirijo a la puerta del gallinero. No tengo ni idea de cómo es la cerradura de la puerta, pero creo en la evidencia de que no debería ser muy complicada de abrir. Nadie gastaría mucho dinero para evitar que robaran un par de gallinas. He traído un juego de ganzúas, que son básicamente hierros doblados para la ocasión que te ayudan a levantar los muelles o pestillos en lugar de la llave original. Hay dos clases genéricas de llaves y cerraduras: las dentadas y las llaves con paletas. Cada tipo de cerradura necesita un juego de ganzúas diferente, puesto que las hay de varias medidas, tanto de largo como de grueso. Traigo un surtido completo que debería valer y sobrar. A por ello.

Tras unos pocos intentos, el engranaje cede. Estoy dentro. Subo por una minúscula escalera y accedo al gallinero. El espacio es muy pequeño. Abro la tapa que me da paso al interior, justo a tiempo para ver cómo entra un halo de luz al crucero que acompaña el rechinar del portón

de entrada a la catedral que se abre. ¡Mierda! Alguien entra. La gallina empieza a cloquear nerviosa al verme invadir su espacio, mientras que el gallo se acerca a la reja.

—Vengan pog aquí, vengan pog aquí si son tan amables. A veg, pasen pasen. Vamos, que no tenemos todo el día, senyogues. Alfonso, coja a Magia, sí, pog favor, asérquense que les cuente las magavillas del templo de esta hegmosa villa que no han podido dejag de visitag. Una joya del siglo XI.

Vemos que tiene planta de cgus latina, tges naves de cuatgo tgamos, cgusego y nave de transepto, gigola, tgifogio sobge la nave sentgal y capillas lategales. ¿No es magavilloso? Las naves se cubgen con bóvedas de cgusegía, algunas incluso son estgelladas. Ensima de la Capilla Mayog se abge una tgibuna abiegta con agcos de medio punto de función más decogativa que pgáctica...

Putamierda, una visita guiada a la catedral a cargo de una petarda francesa. Apenas veo bien desde el pequeño ventanuco que da acceso al interior del gallinero, pero, pese a lo forzado de su acento, creo reconocer el regusto de la entonación de la chica al hablar. El grupo lo forman unas veinticinco personas disfrazadas de turistas intrépidos de verano. Gorras blancas con capelina para cubrir la nuca del sol, chalecos color *beige* con bolsillos al estilo de las guerreras militares, pantalones con sobrepoblación de cremalleras y bolsillos laterales, mochilas que jamás usan para nada práctico y riñoneras a la vista que esconden billetes de sobra. La guía lleva un pañuelo blanco anudado al cuello. Es ella, es la chica que rezaba un par de filas detrás de mí. Tiene gracia, los colores vivos de su ropa hacen el paraguas totalmente prescindible, pero la convierten a ella en prácticamente imperdible para sus discípulos circunstanciales.

—... sigan la lus pog favog. Allí, una gepgesentación del

gey David tocando un instgumento de cueda... sin duda, una de las pginsipales señas de identidad de esta catedgal que se descubgió pog casualidá al getigag un getablo... ¡Oh! Y pog fin allá el famoso gallinego del que les hablé...

Me resigno, agacho la cabeza acercándola a la paja y me dispongo a esperar con la esperanza de que no se les ocurra entrar a disfrutar de los secretos internos del mítico gallinero. Para mi sorpresa, la espera se me hace corta. Entran igual que han salido, dejando en el ambiente del templo un poco de la nerviosa estupidez que han traído. Me siento torpe abriendo de nuevo la tapa, entre la paja y la mierda, asomando la cabeza para ver qué hay dentro. Algo debería estar ahí, en algún sitio. «¡Ahhh! Quiieeeto, mamón.» El gallo se cabrea cuando me acerco. Se yergue, mueve levemente las alas y se acerca hacia mí. Cacarea fuerte y agresivo. Una y otra vez. «¡Maldita sea!» Me alejo recogiendo el cuello por instinto. «¡Menuda escandalera que prepara, joder!» Llevo la mano a un bolsillo de mi pantalón tejano y saco mi navaja suiza. Es grandecita, un palmo bueno extendida, a mi manera yo también tomo precauciones turísticas. Vuelvo a arrimarme a las aves en el estrecho espacio del gallinero. «Eso es, cabrón, ven hacia mí.» Llevo la izquierda desnuda y blando la siria en la diestra como si fuera a batirme. Con ojos de concentración, espero a que el gallo se acerque, paciente. Al caerme cerca de la zurda, izaca! Ya es mío. Invoco a mi abuela, cuando la espiaba faenando en el corral de la casa del pueblo de mis padres. Bajo el brazo de un gesto certero y con un retorcer seco... ¡Crec, crec! A tomar por culo el gallo. No debo haberlo hecho bien del todo. El hijo de puta aún se mueve. Localizo un sitio apropiado en el cogote y le doy un tajo para desangrarlo. Noto el calor de su sangre espesa resbalando por mi mano. Mañana los periódicos tendrán un hueco para tamaño atentado contra la dignidad de los animales y la integridad del patrimonio cultural. Miro a la gallina, que ahora parece

disimular fingiéndose ajena a mi presencia. «Qué puta eres, hija.» Examino el gallinero con la vista, tranquilamente. Aquí no hay más que paja, aparte de un gallo muerto y su consorte acojonada. Pero, un momento. La gallina, jodida por culo, lleva algo anillado a la pata...

—Muy bien, cocouaua. Es tu turno, amiga. Pitas, pitas — me acerco lentamente llamándola—, vaaaamos, cuuuooo cuoo cuoo, veeeen, eso es... ¡Aaaaaah! ¡Putá!

Noto el escozor del picotazo en la mano. En el brazo chungo. Joder, puta suerte la mía. Vuelvo a por ella, ahora sí estoy cabreada. A la sexta o séptima acometida tan solo he conseguido llenar de plumas el escenario, pringarme de tierra húmeda y poco más. Pero a la siguiente tengo suerte. ¡Ops! El mensaje que colgaba de su pata se rompe y queda a mi merced. ¡No me lo puedo creer! En él no hay más que un puñetero cuadrado con miles de cuadraditos en su interior.

Otro maldito QR, saco el móvil e intento capturarlo. ¡Jodeeeeeer! Qué manía con hacerlos tan pequeños. Nada... nada. Y otra vez nada. ¡Ahora!

Me descuelgo prácticamente por la escalera y alcanzo la puerta de entrada, que abro a ciegas mirando mi teléfono móvil, hasta que la sensación de una presencia me sobresalta. ¡Ups! La guía, con su pañuelo blanco anudado al cuello. Intuyo una mirada socarrona por su parte al leer mi sorpresa, pero no me doy, ni le doy, tiempo a pensar. ¡Zas! Por instinto de supervivencia, le propino un puñetazo con la mano cerrada sobre mi dura BlackBerry. ¡Aaaah! Me ha quedado flojeras, pero es que el brazo sano lo tenía ocupado. Por poco caigo de la inercia al propinar el golpe. Me pongo tiesa con tiempo para ver cómo con gesto muy serio se toca la mejilla izquierda. Está cabreada, lo juro. Mañana, donde se ha llevado la hostia se le va a poner como un globo y, en breve, como un tomate. Y... ¡corre, Henar! Veo cómo saca una pistola y me apunta. Salgo huyendo a todo lo que me

dan las piernas. Ruedo por el suelo como en las pelis al tropezar con los bancos de misa que hay cerca de la salida, enfrente de la pila bautismal. Oigo el estruendo de un tiro que suena como un petardo a mi espalda. Me levanto, corro hacia la puerta otra vez, como a quien lo persigue la muerte maqueada para empalmar tras una fiesta y enfundada en mallas de colores. Puta mierda. No puede matarme esa hortera. Oigo otro disparo tras de mí. Alcanzo la calle Mayor al salir de la catedral por el portón entreabierto. Sigo en dirección contraria a por donde he venido. Busco a alguien. Joder, debe haber gente en la calle. Corro, corro y corro. Se ha hecho de noche a toda leche. Noto la respiración a tope y el corazón que me late deprisa. El pulso en la sien aprieta cada vez más contundente. Mierda, mierda. Voces a mi espalda. Me giro y veo a dos peregrinos con mochila gigante, pantalones cortos, conchas colgando, bordones de madera y sombreros de paja, mirando a mi perseguidora en medio de la noche riojana.

—¡Morena! ¿Adónde vas tan rápido?

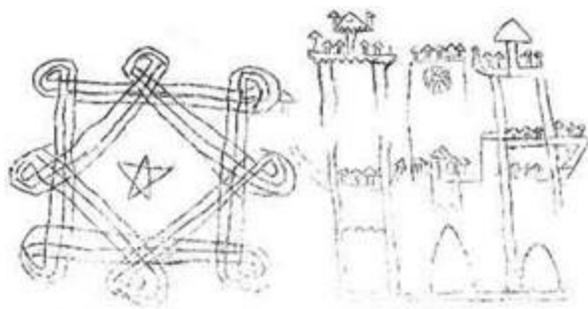
La francesa los sortea con una sonrisa mientras ellos le miran el culo al seguir hacia mí. Podría pedir ayuda, pero no evitarán que me pegue un tiro esta pirada. Dios, ahí está, apoyado en la piedra del templo que estoy dejando atrás al correr. Es él, chupa marrón muy gastada. No me da tiempo a ver más, la francesa corre tras de mí ajena a la presencia del ahorcado. Me meto por un portal antiguo a la izquierda, buscando refugio. El hígado se me escapa por la boca. Veo un pequeño espacio verde interior y abierto. Rezo por mantener el resuello cuando... ¡Plac! ¡Aaaaaah! Calculo mal la distancia y me como uno de los escalones que dan acceso al patio ajardinado. Tropiezo y me voy al suelo con las palmas de las manos por delante. ¡Mierda! Aquí, desde el suelo, noto mi respiración agónica, estoy hiperventilando, es la angustia del miedo. Sin tener tiempo a más, oigo el correr de la puta francesa, que se detiene detrás de mí. Va armada,

todo cuanto haga será inútil. Me levanto despacio, marcando los movimientos de espaldas a ella, y alzo las manos desnudas en señal de rendición. Espero unos segundos, a sabiendas de que esa zumbada está ahí, a mi espalda. Respiro siguiendo con la mirada las posibilidades de salida. Hay una tapia enfrente y un pequeño callejón hacia el otro lado. Estamos en una plazuela escondida, demasiado discreta para mis intereses. Hay algún árbol y bancos. Me siento muy pero que muy cansada. Y desgraciada. No acierto a respirar bien ni estoy en condiciones de seguir huyendo. No puedo más. Pongo, de espaldas aún a mi perseguidora, las manos en la nuca a tiempo para oír el clac que pretendía acabar con mi vida. Dios. Cojo aire, cierro los ojos. Me ha disparado. Esa puta me ha disparado en frío. Me concentro calibrando mis opciones; piensa, Henar, ahora estamos igualadas. Un halo de esperanza me alcanza el ánimo como una revelación. Sé que aún puedo vender cara la piel. Y eso es mucho. Giro sobre mis pies para darle la cara. Y, con los ojos inyectados en sangre, le sostengo la mirada helada a la mujer que ha intentado matarme.

—Te has olvidado de contar las balitas antes de salir de casa... ¿eh, puta? —Me muerdo el labio inferior y saco la navaja en un gesto rápido. No acostumbro a tirar de este tipo de herramientas, así que esta me resulta igual de buena para reñir que cualquier otra. La abro justo antes de soltar lo primero que se me pasa por la cabeza en el momento previo a batirme por mi vida—. Odio la violencia, especialmente la que va dirigida contra mí.

Dos pasos y estoy frente a ella. La hoja de acero por delante. El cuerpo un poco ladeado, la cabeza metida. Cara de mala hostia, pies clavados en el suelo. Hora de luchar. Se saca la chupa y se la enreda en la mano. No sé por qué narices le dejo el tiempo necesario para prepararse, pero, irreflexiva y galante, lo hago. Acaba y fija una mirada sucia sobre mí. Dura. Esta hija de puta es más de barrio que yo.

Me amaga por la derecha y se me abalanza por el lado contrario. Le leo el movimiento a tiempo, tiro un pie atrás, pero conservo la guardia con un juego de rodillas. Me tranquilizo, he aprendido algunas cosas útiles en la policía. Así que muevo la cintura, finto a un lado y le tiro un tajo a la cara por el otro, que ve tarde y ni lo huele... ¡Raaaas! ¡Aaaaaaah! Grita como una verraca cuando el metal se pasea cortando la piel desde media mandíbula hasta debajo del lóbulo de la oreja. La sangre le resbala por la cara. Trata de detener el reguero con la mano. Se limpia como puede apretando los dientes cuando una urgencia más acuciante llama su atención. Y la mía. Levanta la vista al reflejo de unas luces azules provenientes de la calle Mayor. Me mira y, aunque muy calladita, se le entiende todo. «Esta me la debes.» Y echa a correr, perdiéndose en la oscuridad del callejón tan pronto como sale del área iluminada por la farola que nos atendía. El círculo se cierra, se me acumulan los enemigos. Cierro la navaja y la tiro por la tapia a tomar por culo, después salto yo por el mismo sitio. Veo al otro lado la manera de escapar, por ahora. Empiezo a caminar, compruebo que mi BlackBerry funciona y leo el contenido del QR recuperado de la pata de la gallina. Es un dibujo, un verso, una estrella y un castillo.



... ca non so capitado, bon logar unde se fizo el primer verbo latino, bien valdrá, como creo. Un vaso de bon vino.

Nuevamente no entiendo una mierda. Tomo el callejón y pongo rumbo hacia quien me habló y me habla del espíritu del vino. Me da igual que esté muerto, voy a buscar al puto Quiroga.

París, 13 de julio de 1789

No acostumbra a las sorpresas, es metódico y concienzudo. Su oficio lo ha forzado a la prudencia y su carácter innato lo ha invitado, desde muy joven, a la paciencia sabia de saber disfrutar de todo a su tiempo. Esta vez, por el contrario, se siente arrastrado a no malgastar ni un segundo para saciar sus instintos más primarios. Aparta los papeles a un lado del escritorio de madera, se ajusta las ropas y se levanta dispuesto a tomar posesión de lo que es suyo. Se pasea hacia su objetivo como el dandi que es, forjador de una nación, librepensador, ilustrado, liberal, moderno, triunfador y rebelde de trato cortés. Sabe aparentar luto por su esposa, con quien tuvo seis hijos y de quien enviudó siete años atrás, sin entrar en contradicción, en cuanto a apariencias se refiere, con la doble moral que tanto caracteriza a los grandes hombres. Jamás volverá a casarse. Educado y agradable, bien puede susurrar al oído de una esclava en una cuadra, sobrepasando con creces y a conciencia los límites de la mera cortesía, como poner en jaque, media hora después, en un salón de té, la vergüenza de una doncella joven y levantar, entre sonrisas estudiadas y sonrojos hipócritas, las pasiones más bajas de las damas bien bregadas de la cada vez más decadente aristocracia francesa. No hace falta que nadie juzgue desde fuera. «Esta

sociedad se ha perdido el respeto a sí misma», ha pensado unas cuantas veces mientras contemplaba los encantos de la moda al uso. Corpiños puntiagudos, faldas rectas y abiertas que desdibujan las formas femeninas, drapeadas con colas largas y polizones que combinan con prendas de cuellos doblados y mangas abolladas, de tirantes hasta el codo con chorreras que acompañan las manos de Thomas Jefferson entrando entre los huecos de los encajes.

Se acerca decidido a la larga mesa para el banquete que están preparando sus criados, se siente cazador. Todos parecen tener controlada la escena menos Sally, una bella muchacha afroamericana de caderas anchas y sugerentes, con pechos duros como piedras, un proyecto de mujer altiva que sabe bajar la vista fingiéndose avergonzada y que promete madurar en positivo, como un buen vino en barrica. Agarrándola por el brazo con la mano derecha, Jefferson conduce el cuerpo de la chica hacia él. Sonríe cuando tiene su cara a dos palmos de la de ella e, indicándole el camino con un gesto de los ojos, la invita a salir. Acto seguido, entran juntos en una estancia cercana, escondida de la vista del resto del servicio, a un paso del salón comedor. Sally Hemings tiene como oficio ser la niñera de su hija Mary, tarea que en la práctica resulta compatible con el concubinato habitual con su amo. Cuenta dieciséis años de edad y pasó a ser posesión de Jefferson cuando este heredó los esclavos de su suegro. Al entrar, ella se despega de él y empieza a ordenar objetos sobre el mobiliario barroco, disimulando.

—Sigue con lo que andas haciendo —le dice Jefferson a Sally aparentando seriedad mientras ella le da la espalda, fingiendo recolocar unos objetos sobre una cómoda—, no quiero interrumpir tus labores.

Asiente ella levemente con la cabeza y continúa disponiendo botes de perfume según algún supuesto protocolo aprendido. Jefferson se pega a ella de nuevo,

rozando sin disimulo el trasero de la chica. Apoya las manos en sus caderas, le separa el pelo con la zurda y acerca peligrosamente sus labios por detrás a la oreja de la muchacha. Nota un ligero olor rancio al acercarse a su piel joven, muy joven, al que sigue un regusto ácido en la punta de la lengua tras recorrer el lóbulo de su oreja. Lo excita ese punto a sudor que nota siempre que decide catarla. Ella no se mueve, está acostumbrada, esboza media sonrisa y sigue trabajando mientras mueve las caderas con cadencia al contacto con la entrepierna del varón. Cuando este la aprieta contra la mesa, ahoga un par de gemidos, suspira y suelta aire entornando sus labios gruesos.

—Señor —dice mientras nota sus manos levantándole la falda y paseándose entre su ligero—, son las ocho menos cinco, los invitados están a punto de llegar, se ha dado orden de hacerlos pasar al comedor...

—Dios, icalla!

Apartando convenientemente la ropa interior de la chica sujetándola con una mano, impide que esta dé media vuelta. Le cuesta bajar sus calzones cortos, que acompaña con medias de seda, pero consigue liberar su erección y se afana por enterrar su virilidad dentro de la muchacha. Manosea torpemente sus pechos por encima del corsé y, al meterse debajo de este, se moja con el sudor de ella el tiempo justo para abordar brevemente el recuerdo triste de la pulcritud de su esposa. Cuando consigue encontrar el camino correcto, Sally, muy humedecida, no ofrece resistencia y su pene entra como un cuchillo en mantequilla.

—Noto tu calor, Sally —balbucea con la boca babosa mientras la esclava apoya las dos manos en la mesa inclinando la espalda hacia delante, arqueándose.

Dejándose llevar, de espaldas a Jefferson, levanta la vista hacia un espejo grande que hay frente a ellos. A través de él puede ver la escena completa. Se pasa la lengua por los

labios, dibujando un círculo perfecto, y comienza a jadear, fuerte, mientras se mira, haciendo más explícito que verosímil el placer que siente. Pero el tiempo para el escarceo se acaba. Murmullos de conversaciones animadas se agolpan en el salón comedor donde la mesa repleta de candelabros humeantes está perfectamente preparada para la cena. Comer, beber, debatir y reír con los amigos, nada más universal, nada más atemporal, un momento fugaz de aquellos que pocos saben leer como transcendentales en el tiempo. Una de esas puertas en la historia que unen momentos y lugares pasados con la realidad con la que lidiamos.

Abadía de Saint-Hilaire, julio de 2013

La veo venir con la energía de un *bulldozer* enfundado en medias de colores. Cruza el claustro con la cabeza alta y el gesto decidido hacia mi *batcueva*, dejando atrás las columnas viejas que tejen un cuadrado perfecto en el claustro de la abadía. Es la cachonda de las bodegas de Aranda de Duero. Pues no tengo el cuerpo yo ahora para demasiadas visitas. Y viene a por mí, fijo. Blanco y en botella. Me miro por un momento, intentando evaluar la facha que llevo para recibirla. No he gozado de demasiadas visitas durante mi cautiverio. Tirado en el suelo, en un extremo del claustro, no puedo moverme sin marearme. Tengo la cabeza apoyada en la piedra, que hace de base a la hilera de columnas ante la que apoyo mi espalda. He estirado una pierna completamente sobre el gélido suelo y mantengo la otra a medio flexionar, donde apoyo un vaso de vidrio viejo de culo grueso. A falta de una copa apropiada, lo he llenado de vino espumoso, una y otra vez, hasta perder el encuadre de la vista y la horizontal con el suelo.

—¿Qué haces ahí tirado? —La morena ha llegado hasta mí gastando su acentillo francés y su mirada de reprobación pasajera. Esta mujer pierde las bragas por mí. Puedo oler sus feromonas desde mi posición.

—Morenita, llevo una melopea del tamaño de un trolebús, ¿vale? —Levanto una ceja ante su posado de resignación, cruza los brazos y se yergue. Empiezo a notar que se me traba la lengua, a cada minuto más pastosa.

—¿Por qué has bebido tanto?

—Por egocentrismo, me encanta ver girar el mundo a mi alrededor. ¿Sabes que en mi pueblo esta noche es víspera de San Juan? ¿Has venido a celebrarlo conmigo?

—Esa fiesta ya ha pasado y el chiste es muy viejo. Me alegra de todos modos que disfrutes de Saint-Hilaire.

—*Sant Hilari, Sant Hilari... fill de puta qui no se l'acabi.*

Esboza una media sonrisa, es una frase hecha para borracheras de fin de semana, común entre la gente joven de mi ciudad. Flexiona las rodillas ante mí, clavándome una extraña mirada cariñosa. Me arrebató la botella de Blanquette de la mano tomándola por el cuello y le echa un trago largo. Inmediatamente después se sienta a mi lado, apoyando la espalda, solidariamente, sobre la fría piedra que cierra el claustro. Tengo la chota como un ladrillo.

—No está nada mal. ¿Puede usted ilustrarme sobre este vino, señor enólogo?

—Por supuesto, es el producto estrella de la zona, morenita. Blanquette de Limoux. Digno del cebollón de un aristócrata. Puede elaborarse a partir de tres variedades: *mauzac*, *chardonnay* y *chenin blanc*. De hecho, se inventó en esta abadía, se supone que antiguamente solo se usaba uva *mauzac*. El primer espumoso de la historia. Sí, señor, salió en 1531 de la maldita cueva en la que he trabajado para vosotros. Esa bodega pequeña y ciega de ahí detrás, oscura y cavernosa. Soy del Penedès, por Dios, de espumosos entiendo como de aquí a China y volver. Además, he hecho los deberes, por eso sé que los de vuestra estúpida comunidad estáis como una puta cabra. Me encerrasteis aquí

para analizar un vino antiguo. Estamos en una abadía fundada a finales del siglo VIII. Ya sabes, la historia habla. En fin, que el obispo de Carcasona la mandó construir en el siglo VI y su sepultura está aquí, en la abadía. Y te digo esto porque me planteaba abrirla justo cuando has llegado, pero en este estado creo que sería desaconsejable, a no ser que hacer el ridículo sea un objetivo plausible. Bueno, durante la cruzada contra los cátaros, los monjes fueron acusados de heréticos, o sea, de cabrones contraculturales. Perdieron su autonomía y buena parte de sus posesiones y para acabar de joderlos el monasterio fue devastado por los cruzados. Violencia y más violencia. Hay incluso quien afirma que, en 1668, el mismísimo Pierre Pérignon se apropió del método del Blanquette durante su retiro en la abadía de Saint-Hilaire. No había *copyright*, ya me entiendes. Además, le dio otro aire al producto, en fin. Y, como adivinarás, adaptó el método a las variedades de la champaña. Dinero, dinero. Y nuestra historia de por medio. Ya sabes, una botella ancestral que guarda una esencia mágica, escondida en las entrañas de la historia, un halo de misterio y un poder simbólico prometido a quien sepa descifrarlo, algo que hace que una pandilla de pirados que se juntan en una red social mate por encontrarla. ¿Me dejó algo, morenita?

—Matrícula de honor. Borracho pareces más elocuente que sereno. Más adelante, en el siglo XVIII, Saint-Hilaire será espectador de lujo de algunos desórdenes ligados a la revolución de 1789, y sus problemas financieros conducirán a la venta de sus posesiones a una importante familia de la oligarquía del vino de Burdeos, destacados banqueros judíos, prestamistas de reyes y Estados. Es la época de la Revolución francesa.

Me planteo preguntarle si lo que quiere es follar. En mi situación, tampoco puedo escoger demasiado, así que no iba a hacerle ascos. Primero me resistiría un pelín para disimular, pero luego me la calzaría con ganas contra la piedra añeja.

Sobre la tumba del abad, ¿por qué no?

—Si has venido a buscar el encargo, que sepas que está listo. El secreto de Baco se guarda en lugares oscuros. De vez en cuando se colaban murciélagos en la *batcueva* que hace de bodega, saliendo por esa puerta —afirmo señalando una puerta de salida a la parte trasera del recinto—. Cuando voy a mancharme el alma de mosto no estoy para bromas. Agitadores, balanzas, espectrofotómetros, micropipetas y termómetros digitales. Resultaría lógico preguntarse el porqué de tan complicadas operaciones para algo cuyo secreto es tan natural. Ni más ni menos que la definición exacta de cultura. El mercado pide calidad y segmentación. Cada público quiere su vino y hay que dárselo. Mantas calefactoras, estufas de cultivo, medidores de pH y electrodos, reactivos para análisis, refractómetros, turbidímetros, alcoholímetros y densímetros. La copia está lista. He hecho mi trabajo, ¿mi deuda queda saldada?

—Un momento —dice Mégane dando a entender que le he revelado un dato desconocido—, un momento, guapito. ¿Has hecho una copia de la botella? Karpov te pidió un análisis químico para mandarlo a un tasador de Londres. El encargo se limitaba a eso.

—Y lo hice —me explico mientras la chica me mira con ojos abiertos y plena atención—. Después de eso, me fue mandando dinero y trabajos menores en el mismo sentido hasta que una mañana, en el claustro de la abadía, encontré amontonadas una serie de cajas, hechas a base de listones de madera grapados y culminadas con la clásica hoja de plástico que tapa la fruta en los mercados.

—Sigue —dice muy seria mientras se lleva una mano a la frente.

—La mayoría de ellas estaban marcadas con las iniciales CS y repletas de uvas tintas. Los racimos eran sueltos, piel gruesa, resistentes a los insectos y a la putrefacción.

Cabernet sauvignon. Un género perfecto para hacer vino con mucho cuerpo, acidez alta y taninos elevados, que envejezca bien en roble, aunque una variedad de este tipo puede mejorarse mediante *coupage*, para rebajarle la austeridad. Por separado y en menor número, había cajas de otro color, marcadas con la inicial M. Alguien sabía muy bien lo que se hacía. Uvas maduras, cuya vendimia se ha hecho lo más tarde posible para apurar al máximo el color morado de ciruela bruna, cuerpo intenso pero taninos suaves, aterciopelados, y alta graduación alcohólica en sintonía con la concentración del azúcar en la fruta. Merlot. Ese alguien conocía al detalle la composición de un burdeos. Cabernet y merlot. Es el dúo perfecto. La primera aporta sabor intenso a grosella negra, que en climas fríos franceses se complementa con pimienta verde y madera de cedro, cuyo aroma en retronasal se intensifica con el envejecimiento. La segunda suavizaría la mezcla con toques de sabor a uva pasa, miel, tal vez incluso menta, y le daría complejidad de aromas a pimienta dulce, guinda, toques ahumados, violetas, trufas, tostados, cuero y tabaco. La clave siempre está en la materia prima. Sobre estas dos variedades puede sumarse la cabernet franc, de grano pequeño, hollejo fino y pulpa moderadamente astringente e, incluso, syrah, que puede contribuir con su clásico sabor a zarzamora, aderezado con pimienta y laurel. Empecé a excitarme, soy de los que tienen la suerte de que su trabajo aún los pone. Sin esperar al desayuno, trasladé a la *batcueva* el material para una primera revisión. Pesé la fruta y empecé a molerla. Todo estaba dispuesto para comenzar a hacer poesía. Química del placer. Tomé el pH y calibré la acidez total del mosto que encubé sin dilación para que fermentara. Más tarde, incorporé al mosto levaduras, baste decir que el proceso va mucho más allá de dejar fermentar un jugo de fruta, pues intervienen muchos factores. Y técnica de laboratorio, en la que se usan aparatos específicos para enología, el kit de cromatografía málico-láctico o el de determinación de

azúcares reductores. Hay que tener conocimientos para determinar la acidez total y la volátil, el índice de colmatación, determinar el SO₂ añadido por iodometría, el grado alcohólico, la estabilidad tartárica...

—Pero... ¿realmente es posible hacer una copia del contenido de una botella antigua en el presente?

—Evidentemente, no de una manera perfecta; además, lleva tiempo y la copia no resistiría ni dos segundos una cata de confirmación a cargo de un profesional cualificado una vez abierta. Pero sí se puede conseguir algo aproximado. Vamos por partes. Una vez que el mosto limpio estuvo encubado en el recipiente dispuesto para la fermentación, tuve cuidado de dejar en la cuba una quinta parte por llenar, puesto que el contenido acostumbra a crecer cuando fermenta, ocupando la parte vacía durante el proceso. Añadí anhídrido sulfuroso para una correcta selección microbiana y colaborar, de esta manera, en la extracción de la materia colorante de la piel de la uva. Esa pigmentación oscura es lo que hace que un tinto sea tinto. Medí el grado alcohólico, el pH, la acidez total y el sulfuroso añadido. De acuerdo con los resultados del análisis químico, añadí algunos nutrientes extras que pudieran requerir las levaduras, corregí la acidez, añadiendo ácido tartárico y levaduras seleccionadas, concretamente de la especie *Saccharomyces cerevisiae*, que ayudan a que el mosto crezca. Durante la fermentación, el azúcar se transformó, como es natural, en alcohol etílico, anhídrido carbónico y otras sustancias que participan en los aromas del vino. Aproximadamente, se produce un grado alcohólico por cada diecisiete gramos de azúcar contenidos en el mosto. Decidí acercarme a trece grados y medio el contenido de alcohol, una graduación muy común. Al hecho de añadir azúcar para sumar grados alcohólicos lo llamamos chaptalizar; por el contrario, restarle grados al producto resultaría imposible. Pretendía un burdeos que debía parecer envejecido, así que lo realmente importante a la hora de dar

el pego sería el color. En este proceso, el gas carbónico empuja los hollejos hacia arriba, separándolos del resto del mosto y formando en la cima un sombrero de pieles. Resultó necesario remontar el mosto que quedó bajo el sombrero para mezclarlo con las pieles que lo forman y continuar activando la producción del color. Los antocianos son los compuestos responsables del rojo de las bayas. Piensa que para un vino envejecido requerimos un color teja pardo. Resumiendo, factores como el pH, el nivel de anhídrido sulfuroso, la temperatura, el oxígeno, la presencia de etanol, de ácido glioxílico y vinilfenoles, entre otros, afectan la estabilidad pero también la coloración. Esto es un proceso de polimerización que, bien hecho, requiere tiempo, pero hay trucos, uno bueno consiste en aportar una microoxigenación continuada, unos tubitos en la cuba desde donde hacer entrar oxígeno para oxidar el vino de manera artificial. Diariamente realizaba la medición de la densidad. Esta me indicaba el momento en que la cuba se quedaba seca, es decir, cuando se había agotado el azúcar necesario para la fermentación alcohólica. Hay una lógica aplastante: sin azúcar no hay alcohol. Para que el sombrero de pieles que flota sobre el mosto no se hiciera excesivamente compacto, lo removía cada cierto tiempo; a esto lo llamamos remontado en nuestra jerga, y me obsesionaba. Consideré, tras dos semanas largas, que el proceso de fermentación maloláctica, que se basa en transformar el ácido málico en láctico, estaba acabado. Procedí a trasegar entonces, a un segundo depósito idéntico, el vino, que hice fluir por la parte inferior del primero. Tras este descube, prensé, clarifiqué y filtré el resultado obteniendo el vino base. Quedaba ahora crear la ficción de envejecimiento a través de una infinidad de pequeños trasiegos más y un duro trabajo con los sedimentos en la barrica. Pero nada hubiera sido posible sin dos trucos muy viejos, tan sencillos de explicar como difíciles de imaginar. La cuestión era cómo darle sensación de madera a un vino en poco tiempo. El primero fue haber

practicado mucho con anterioridad y malas intenciones con virutas de roble tostadas, chips las llaman debido a su forma de patatas fritas de bolsa, y serrines de composición diversa, para darle antigüedad de forma acelerada controlando los filtrados necesarios. El segundo, y más importante, fue hacer el análisis químico del original que encontrasteis bajo el mar. Esto fue todo, aunque no me advertisteis que ese vino llevaba una adición sorpresa que lo convertía en especial. ¡Ah, se me olvidaba! La uva llegó en su día con una nota que decía: «Un *souvenir* de parte del Profe, sabrás sacarle partido».

—Escúchame, Joan Borau. Yo, al igual que tú, tampoco formo parte de Bakcheia por propia voluntad. Y no entiendo la mitad de lo que me estás contando. No tengo ni idea de cómo mataste a Márquez. Sí, sé lo de Márquez, señor enólogo. No soy responsable de tu deuda con la red a cambio de su silencio. Saqué esa botella de un yacimiento submarino, me salté todas las reglas de la arqueología para ponerme al servicio de un expoliador de oro, entre otras muchas cosas. Lo hice por conocer el secreto. Y tú vas a contarme qué llevaba dentro esa botella, guapito. Fue ella quien te envió a nosotros, no tengo ni idea del porqué, pero fue aquella jodida rubia a la que Karpov temía.

—Un momento, un momento, ¿la sacaste del mar?

—Sí, ¿qué pasa? ¿No te habías dado cuenta de la erosión de la botella?

—¡Soy enólogo, no arqueólogo! —exclamo echándome a reír—. La botella estaba muy roída, pero no me planteé esa posibilidad.

—¡Maldita sea! ¿Puede saberse de qué te ríes? Hablamos de una botella de más de doscientos años de antigüedad que hemos abierto hurtando a la historia su conservación para que pudieras analizarla y contarnos qué escondía.

—El amigo Ceferino tenía razón. —Continúo riendo a

carcajada limpia—. Una bodega submarina, ese era el puto regusto a yodo. El punto en boca a barniz se enmascaraba con ese maldito toque a yodo, que procede de la guarda bajo el mar y que no comprendí cuando me invitasteis catar en Aranda de Duero. *La mare del tano*, no me lo creo ni yo, en un ánfora sería explicable, por ser porosa... Pero ¿en una botella de vidrio? ¿Por el corcho? En fin, da igual. ¡Cómo he podido ser tan idiota!

Se me pasa de un plumazo la borrachera. La sangre se me agolpa en el cerebro, noto la frente caliente y el pulso palpar a mil en la sien. Vislumbro ahora muchas cosas que se mezclan con recuerdos lejanos. Podría callarme y guardar para mí el señorío de mi silencio, pero sé que soy un bocazas y a estas alturas del cuento no me compensa el autoengaño.

—Os dije que había algo raro en esa botella, pero veo que no me hicisteis demasiado caso. Un regusto extraño a yodo que escondía un toque químico de barniz. El sable de Napoleón y todo ese numerito, ¿te acuerdas?

—Cómo iba a olvidarme... No podías saber de dónde la habíamos sacado.

—Puedo jurarte ahora mismo que ese vino no tiene doscientos años. Los vinos evolucionan como una montaña. Suben ganando valor cuando envejecen, ¿me sigues? Cuanto más bueno es el vino, más alta es la montaña, o, lo que es lo mismo, el potencial que tienen. Pero todos, escúchame bien, todos sin excepción, cuando llegan a su zenit empiezan a perder propiedades. Cualquier vino de doscientos años sería hoy un espejismo de lo que fue, vinagre tal vez si hubo presencia de bacteria acética, bebible con suerte, pero de sabor horrendo, su color coge transparencia... como todos los seres vivos, lo pierden prácticamente todo con la edad.

Presto ahora atención, imperdonable hacerlo tan tarde, a la gran herida que quiere empezar a cerrarse en su mejilla izquierda. Si eres narcisista, el hecho de ver algo importante

en el otro no acostumbra a resultar relevante para ti. Es un lindo tajo que no puede ser fruto casual de un accidente. Me asusto y me preocupo. Ahora sí.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—Una amiga de conveniencia que aún no sabe que lo es... He venido a buscarte. Este lugar ya no es seguro.

—Dios mío, Mégane, ¿qué coño pasa aquí? Hay demasiadas cosas que no sé.

—Pues me temo que tienes muchas cosas que contar. Se ha convocado una antesteria. Tenemos que volver. Espero que la copia que hayas hecho sea buena, porque alguien quiere esa maldita botella de vino. Ahora entiendo más cosas.

—Falsificando no tengo rival. ¿Y Karpov?

—Está muerto. Se lo cargaron en Moscú, he estado siguiendo a la chica policía que está buscándote. Debemos acudir a la antesteria y acabar con esto. Tenemos una copia de lo que buscan. Entregamos la botella, como si jamás la hubiésemos abierto, y nos largamos cuanto más lejos mejor.

—Por Dios, Mégane. No vayamos, seguro que es la hostia de peligroso.

Mégane mira al suelo. Parece reflexionar un instante.

—Sí, lo es. Pero no tenemos opción. Debemos ir a acabar con todo esto de una vez. Pero antes tenemos que pasar por un lugar. Hay que resolver el misterio que he encontrado en la pata de una gallina.

Vilafranca del Penedès, Fira del Gall, diciembre de 2009

Había llegado como las aves rapaces, al caer la noche. Esperó en la penumbra, cerca de Santa María, a que el cielo trajera nubes negras y que el color parduzco del atardecer envejeciera. La distancia entre la iglesia y el lugar de la cata no era larga. Miró los edificios de enfrente y localizó el museo del vino. «Menuda ironía», pensó mientras amartillaba el arma con poco disimulo, en plena calle, justo antes de volver a guardarla en la parte trasera del pantalón. Notó el frío del cañón en la rabadilla y adoptó con marcialidad la pose de descanso de los militares, dispuesto a esperar paciente el tiempo que fuera necesario. Había dejado a mano su vehículo, la única vía de escape con la que contaba. Tenía un automóvil de 1992, envejecido por años de mantenimiento deficiente y un tiempo prolongado de encierro en un garaje. El teniente Márquez era un tipo práctico, de mala leche formal y disciplina parcial. Solo atendía a códigos de conducta cuarteleros. Fuera de esos recintos de moral ordenada, se comportaba como un bastardo por civilizar al que solo convencía su propio cuerpo normativo. Eso sí, dentro de cualquier cuartel también era un cabronazo, aunque ese tema únicamente podrían juzgarlo quienes sufrieron las inclemencias de su agrio carácter y la mezquindad a la que lo arrastraban sus desgracias

personales. Tenía a la vista el trasto con el que se movía el enólogo. Una moto grande. «Será chulo ese hijo de puta», masculló soltando humo alquitranado. Apuró el último de sus cigarrillos negros y dejó la colilla de pie junto a las otras, sobre la piedra rugosa de la base del templo. A la vez, oteaba en la distancia el escenario que había previsto para actuar. Contó los filtros usados, uno, dos y tres, no estaba mal para un cuarto de hora. No había venido a matar a nadie. «A apretar clavijas», se decía, eso sí. Quería volver sabiendo de qué iba el asunto y, sobre todo, encontrar a ese gordo cabrón que se había llevado lo suyo. Aquella botella con una cinta roja gastada por los años. Más allá de eso, ¿qué hacía allí? Ni él mismo lo sabía bien. Alguien lo había puesto sobre la pista de su antigua deuda.

Señor Márquez:

Conocedores somos de que tiempo atrás perdió algo que tanto para usted como para nosotros resulta hartopreciado. Sentimos no poder reponer su pérdida de inmediato, puesto que ignoramos por el momento el paradero de tan valorado bien. Sin embargo, han llegado hasta nuestros oídos las pérfidas intenciones de reemplazar dicho objeto por una réplica artificial, exacta pero de reciente creación. Señalamos al señor Joan Borau como la mano que ejecutará tal despropósito. Sus anhelos convergen con los nuestros. Señor Márquez, confiamos plenamente en que su ira nos guiará a ambos por el camino correcto.

MW.:

«Voy a hostiarlo», se había dicho muchas veces cuando recordaba la última vez que lo vio. «Me cago en el copón bendito.» Desertar podía ser un delito asumible para alguien que deseara largarse. Quiroga se había largado, y, con él, la

botella de vino. Eso era evidente. Al día siguiente, Márquez también se había ido. Traicionando a su patria, manchando el uniforme que le había dado de comer con la vergüenza del fugitivo. Un desertor. «¿Y ahora qué?», se preguntó. Sin tener adónde ir, ni más oficio ni beneficio que el uso de su fusil, y demasiadas cuentas que rendir en casa, se ofreció como matarife por cuenta ajena al mejor postor para irse muy lejos, sin importarle con quién tendría que vérselas, mientras hubiese paga y rancho.

Pero, contra pronóstico, le había venido caída del cielo la oportunidad de encontrar al marica gordinflón y a la maldita botella de vino. Para cuando los encontrara, ya habría decidido qué hacer con todo, sobre todo con el preso de la soga y con el mismo Quiroga. Todo pasaba por sacarle a Borau hasta las entretelas. Eso era, encontrar al enólogo y cogerlo por las pelotas. ¿De dónde había salido ese enólogo? ¿Qué pintaba en todo eso? Al menos había oído hablar de su profesión, los de su calaña eran universitarios del vino, una especie de aprendices de brujo de las cepas, gurús de la sofisticación vinícola, gente que estudiaba para trabajar el mosto y hacer vinos caros. Secretamente, sabía que a él también le hubiera gustado eso de darle química al fermento de la uva y no haber vestido nunca esa mierda de uniforme caqui de los cojones.

Y en esas reflexiones estaba cuando lo vio acercarse: cabeza erguida y caminar errático, resuelto pero sin prisa, venía con las manos en los bolsillos y cierto porte de galán. Era Joan Borau. Y a ese, al enólogo, también le tenía ganas, por mamón. Márquez miró abstraído el humo que aún manaba de la última colilla erguida boca arriba. Tensó el tronco para ponerse recto, de un tirón, firme. Avanzó un par de pasos quedando al descubierto en la plaza, bajo la oscuridad. Echó la diestra hacia atrás metiéndola dentro del pantalón para recuperar la pistola. La sacó con seguridad y siguió, pipa en mano, con el brazo extendido pegado al

tronco, hacia el centro de la plaza. Era una semiautomática. Levantó la zurda y la amartilló. Clac. Estaba cargada, notó el retraer de la corredera hasta insertar un cartucho útil en la recámara, justo en la parte posterior del tubo cañón. El momento en que se oía crujir secamente el metal indicaba que el martillo percutor se había enganchado en el diente de escape. Apretó el gatillo liberando el diente, el percutor volvió con decisión a su posición original y picó fuerte sobre la aguja retráctil, que golpeó violentamente el fulminante del culote, provocando la ignición del combustible que impulsa el disparo. Un tiro. Todo ello, en menos de un segundo. ¡Pam! Un mecanismo sencillo que cuesta una vida o mete el miedo en el cuerpo por lo que quede de ella. «Voy a por ti, cagauvas», masculló entre dientes Márquez justo antes de dar un paso más, ajustar los pies al suelo y levantar el arma. Otro paso, como un cuervo camino de la carroña, los ojos vidriosos y el ánimo alterado.

—¡Quieto ahí, mamón! Ni se te ocurra moverte, rediós...

El enólogo frenó en seco con la suela de los zapatos. Tragó aire en un suspiro inverso, abrió los ojos desmesuradamente y se le cayó el mentón hacia abajo. Levantó un poco los brazos, a medio camino entre decir «no dispares» y el querer teletransportarse hacia atrás. El militar llegó prácticamente hacia él, su mirada de ojos enrojecidos se cernió sobre Joan Borau, trazando un plano cada vez más picado. La pistola parecía a cada segundo más gigantesca debido a la súbita proximidad. Pero no hubo tiempo a más. ¡Pam! Un nuevo disparo inesperado sonó tras ellos como un rompetechos le suena a un niño en una noche de San Juan.

—¡Me cago en san Patrás! ¿Qué coño...? —dijo Márquez, girándose sorprendido hacia el lugar de donde venía el tiro.

—¡Suelta ese arma, Márquez! —se oyó en la distancia la voz ronca de un hombre maduro que aún no era visible, oculto como estaba en la oscuridad, cercano a la piedra fría

que construyó Santa María.

—La Virgen del Pilar y su puta madre... ¡Rejoder! — renegó el teniente de artillería, girándose hacia la nueva presencia que había invadido con un disparo el escenario—. ¿Qué coño pasa aquí, si puede saberse? ¡Copón bendito!

Hubo un silencio al otro lado. Largo. Borau se esforzaba sin éxito por ver el rostro del personaje armado que había aparecido en la oscuridad para salvarlo. Márquez parecía calibrar sus opciones, en ese momento de espaldas al enólogo, que lo observaba todo, incrédulo y paralizado. Márquez bajó un segundo la cabeza mirando al suelo, pareció pensar justo antes de girarse y disparar contra el intruso oculto en la oscuridad. ¡Pam, pam, pam! A ciegas, enrojecido de rabia, buscando a su enemigo en la noche únicamente iluminada por la parca claridad de unas farolas. Se oyeron corredurías de alguien anónimo que doblaba una esquina, a buen seguro espantado por la escena. A Márquez se le escapó una mirada corta de reojo hacia el ruido inoportuno del que huía, ajeno a cuanto debía ocurrir delante de Santa María. Borau, incomprensiblemente, sobre todo para él mismo, reaccionó. Y lo hizo a tiempo. Cogió impulso, se le disparó la adrenalina, se agachó veloz y le propinó al militar una patada en la espinilla aprovechando el despiste, al estilo de una segada de fútbol, deporte que, como había ocurrido con todos los otros, no había practicado jamás. Márquez se fue al suelo soltando el arma, que cayó y resbaló enseguida por el adoquinado. Borau se desembarazó del casco y se lanzó sobre la pistola llegando a darle un puntapié tosco, que mandó el arma unos metros más allá. Tampoco demasiado lejos, pero horrorosamente cerca según la percepción subjetiva de alguien que se jugaba el cuello. El otro le enganchó una pierna y Borau se vio enseguida en el suelo. Tablas. Podrían haberse enzarzado en una pelea de difícil pronóstico, pero el primer instinto de Márquez fue hacerse con el arma, y el de Borau fue correr hacia la moto que tenía

aparcada en la misma plaza, muy cerca, para largarse de allí cuanto más lejos mejor. Cuando se reincorporó, tuvo tiempo de ver el rostro a media distancia del hombre que lo había protegido. Canoso y viejo, pero arreglado y elegante, con cierto porte señorial. Subió a la moto al tiempo que sacaba la llave del bolsillo en un gesto ensayado más de mil veces, y retuvo el rostro de aquel hombre. Le calculó por lo bajo setenta años de edad. Subió a la moto, el casco se quedó en el suelo. «¿A quién coño importa ahora?» Dio la vuelta a la llave en el contacto y apretó el botón de arranque de la máquina. Echó un vistazo al escenario; Márquez volvía a correr hacia él y no había rastro del ángel de la guarda. Como si se hubiera esfumado aquel hombre o jamás hubiese existido. Apretó los dientes y presionó la palanca de embrague con la mano izquierda. Empujó la moto hacia delante con sincronía de movimientos y le quitó con un gesto certero del pie izquierdo la pata de cabra que aguantaba la máquina. Echó la pierna derecha hacia atrás e inclinó el tronco hacia delante sin perder el equilibrio, subiendo al sillín sin soltar el embrague de la mano para empujar acto seguido con una patada de la bota derecha el pedal de cambio de marchas hacia abajo. «Primera», pensó, y dio una vuelta de muñeca al acelerador que debía salvarle la vida esa noche. Gas a tope, otra vuelta de puño y la gasolina entró en el motor como una exhalación, levantó la palanca de cambios hacia arriba dos veces seguidas, clac, clac, segunda y tercera. Miró hacia delante y puso rumbo a la plaza del Campanar, contorneando el perfil del templo. Parecía no haber nadie en la calle; frenó un poco para ver si podía contar con la ayuda de algún transeúnte que anduviera callejeando. Fue en vano. Por el espejo retrovisor no tardó en ver un coche grande, modelo de principios de los noventa, que llevaba una luz de cruce fundida. Se preguntó cómo demonios Márquez había llegado y arrancado el vehículo tan pronto y tomó conciencia necesariamente de que aquello aún no había terminado. «Huye, abre gas, corre.» Palanca de

cambios arriba y, en movimientos sincronizados, cuarta y quinta. Hasta llegar al final marcado por las casas que se veían en la antigua calle. Una disyuntiva. A mano derecha, se abre en este punto una calle estrecha por la que cabe justo un coche, conocía bien el entramado del casco antiguo; a mano izquierda, un tortuoso callejón bordea el campanario y parte del ábside de la iglesia y por ahí cabe poco más que una persona o un motorista hábil. Se plegó sin parar la moto. Todo iba muy deprisa. Redujo hasta llegar a tercera para coger potencia mientras se inclinaba. Corrió, mirando atrás por el retrovisor, perdiéndose en la oscuridad del callejón. A mano derecha había un paso minúsculo, que apenas se adivinaba en la noche y que iba a llevarlo a la plaza de la Constitució. Lo tomó, llegando a la vía abierta con soportales bajo los primeros pisos de las viviendas antiguas. Se sintió a salvo un momento; Márquez no habría podido seguirlo, pensó, pero se equivocaba. Miró a lado y lado, nadie en la calle, pero de repente vio con espanto cómo se acercaba por la derecha un vehículo indefinido. Llevaba una luz fundida. Era él, ¿quién si no? Puta mala suerte. Calibró sus opciones por intuición, lo más fácil era girar a la izquierda alejándose del vehículo, pero sabía que saldría a calles más anchas que darían opciones a su perseguidor, así que creyó optar por una salida más inteligente. Giró a la derecha, acercándose aparentemente al vehículo que venía, y aceleró como si huyera del mismo diablo metiéndose por debajo de los soportales hasta llegar muy cerca de su perseguidor, salvándose justo a tiempo al tomar el carrer de la Fruita, que era más estrecho, con un nuevo quiebro a la izquierda. Conocía la entrada a un callejón antiguo que conecta con el carrer Ferrers. Su perseguidor aceleraba, él hacía lo propio, mirando atrás con tensión y miedo. Al llegar a la entrada del callejón, derrapó plegando la moto con el cuerpo y el manillar a la derecha, el ancho de la calle prácticamente no le daba para girar, la rueda trasera se le escapó un poco más de la cuenta debido a la velocidad, pero controló la

estabilidad con un juego preciso de freno de pie, soltando embrague en el momento justo al reducir. La moto prácticamente se detuvo, pero sin poner un pie en el suelo enfiló el callejón. El coche hizo lo propio derrapando con las traseras al quedar clavado al suelo el eje delantero. El culo del vehículo se fue, pero el frontal mantuvo un ángulo suficiente para la entrada al callejón, al que accedió dejando dibujadas sobre el asfalto innumerables marcas de goma. Ambos condujeron a toda velocidad hacia el carrer Ferrers, donde Borau trazó el ángulo de salida a la izquierda sobre el pavimento de la calle, que aquí es resbaladizo, y la moto le patinó y se puso prácticamente en horizontal hasta que justo con la trasera fue a rebotar contra la persiana metálica de la tienda que le quedaba enfrente, ya en carrer Ferrers. ¡Plas! Pero pudo poner un pie en el suelo y mantenerse sobre la moto para seguir calle arriba. Abrió gas con pánico, notaba la adrenalina a flor de piel, tenso al máximo hasta que oyó el estruendo. ¡Puum! Detuvo la moto en seco, derrapando con la trasera y dejando una nueva marca inmensa de goma negra sobre el suelo. Giró el cuello haciendo inevitable que el pelo, ligeramente largo y despeinado, se le viniera a la cara. Lo vio y no pudo evitar la estupefacción de la escena: el militar había patinado ante el poco ángulo que daba el giro y el pavimento traicionero y se había empotrado. Se bajó de la moto por instinto, no había nadie a la vista. Se tocó la barba de cuatro días que acostumbraba a lucir; sus ojos reflejaban espanto. Anduvo sonámbulo hasta la primera esquina y contempló cómo un grupito de curiosos iba acercándose, timoratos todos, sobre el coche incrustado en la tienda. La gente salía a los balcones. La luna delantera estaba hecha añicos y se veía la sangre al trasluz claroscuro de las grietas del cristal manchado. Lo que quedaba del teniente Márquez estaba, sin duda, muy maltrecho.

París, 13 de julio de 1789

—¡Vamos, vamos, caballeros, por favor! —clama Condorcet
=||V conciliador, entrando en el salón por delante del grupo,
levantando la palma de las manos y extendiendo los
brazos para interrumpir la discusión de los contertulios, todos
ellos invitados a la cena.

Luce casaca negra de cuello alto y pañuelo de seda
anudado al cuello, con sombrero de copa alta en forma de
tubo que empieza a popularizarse entre los revolucionarios.

—Compórtense como lo que son.

Se vuelve sobre sus compañeros y los mira a los ojos
abriendo una amplia sonrisa. La mayoría viste aún con
toques aristocráticos: calzones ajustados hasta media pierna,
chalecos, casacas aterciopeladas de largo y faldones, cuellos
altos y corbatas de seda. Pelucas blancas empolvadas y
rematadas por un lazo. Sombreros de tres picos. Condorcet,
amigo de cuantas causas justas liberales puedan darse, se
muestra bonachón. Y lo hace a sabiendas de que entre la
concurencia de esa noche hay mucha tela que cortar. Pero
no será hoy cuando la sangre llegue al río, nunca delante de
una mesa bien surtida por un anfitrión extranjero.

—¡Debo discrepar enérgicamente de semejante

postulado! —interviene enojado Mirabeau, ruborizado de rabia, apretando los dientes bajo su peluca de rizos a ambos lados—, y debo saber qué piensan los demás asistentes a la velada antes de sentarme a la mesa con ellos.

Hijo del marqués de Mirabeau, había ingresado en el ejército por deseo de su padre, al que siempre odió abiertamente. Poco dado a la disciplina militar, fue encarcelado por no atender a las rectas conductas que imponía el cuerpo. Casado más tarde con una rica heredera, su suegro no tardaría en ordenar de nuevo su ingreso en prisión por acumulación de deudas. Se fugó a Suiza con una amante y fue nuevamente detenido y encarcelado. Al salir, trabajó cinco años como agente secreto para varios ministros y hombres de Estado y escribió varias obras de contenido histórico. Ahora, metido a revolucionario, se mostraba temerario y radical de argumentos. Agita nervioso la cabeza antes de intentar ordenar en voz alta los argumentos que se le amontonan.

—Para vivir existen tres métodos, caballeros, tres... mendigar, robar o realizar algo. Y con algo me refiero a tomar decisiones que aporten soluciones eficaces, ejjem, con eficaces me refiero a reales y efectivas. Manchadas de sangre, ejjem, si hiciera falta.

A su lado, Brissot carraspea. Hijo de un carnicero, había cursado estudios de abogacía en París. Rotas las relaciones con su acomodada familia, vive de trabajos literarios vendiendo su pluma y su talento. Desbordante de proyectos, es prolífico tanto por necesidad como por naturaleza creativa. Fue arrestado en Londres a causa de sus deudas. Y por un panfleto escrito contra María Antonieta se ganó dos meses de estancia y grilletes en la Bastilla. Vivió cuatro meses en los Estados Unidos, donde tuvo ocasión de ver la construcción de un nuevo Estado basado en la nación. Al volver a Europa, participó en Bélgica en la Revolución brabantona. Acaba de regresar a París, donde tiene en mente editar un periódico de

contenido patriótico, y lleva noches enteras de conversaciones con Condorcet sobre cómo llevar a cabo una asociación de abolicionistas que han decidido llamar Sociedad de los Amigos de los Negros. Por esto último, y alguna cosa más, no le quita ojo a Sally, que ha aparecido, ropa aderezada, para ocupar un discreto rincón del salón.

—Por favor, las premisas deben discutirse y someterse al juicio de varias personas, varios argumentos con varios puntos de vista. Esta es la razón de ser de la política basada en el ciudadano, contraponer razones plurales a los excesos del despotismo...

—¡Burocracia! —lo interrumpe Mirabeau—. Pura, llana y maldita burocracia. El mayor peligro, ejjem, de los gobiernos es querer gobernar demasiado...

—Caballeros... los soldados ebrios en un día de batalla pueden ser al día siguiente hombres razonables —tercia Condorcet, forzando una pausa y mirando a ambos amigos. Acto seguido, dibuja una sonrisa acompañada de gestos fraternales—. Pero los soldados fanáticos no serán nunca otra cosa que locos peligrosos. Digan lo que digan algunos moralistas, con que haya un poco más de interés en elegir el bien en lugar del mal basta para que el hombre elija siempre el bien. Y esa elección, pese a que en nuestro caso estoy muy de acuerdo con usted, querido Mirabeau, no es lo mismo en todos. Bien podría explicarle esta diferencia nuestro invitado de excepción, nuestro amigo el conde de Aranda, quien, pese a ser ilustrado y afín a nuestra causa, no tengo claro si mostraría acomodo a la conveniencia de exportar nuestra revolución a la vecina monarquía española.

Aragonés nacido en Siétamo, el conde de Aranda, sincero y testarudo, patriota y monárquico fiel, fue hasta 1787 embajador en París, tiempo que aprovechó para hacer contactos entre los futuros revolucionarios. Había pasado a ejercer como presidente del Consejo de Castilla tras el motín

de Esquilache de 1766, momento en que ayudó a consolidar la autoridad real sabiendo jugar la baza de su popularidad entre las clases medias de obreros y artesanos, y expulsando a los jesuitas al año siguiente. Hábil, profesional y reformista, se ganó el aprecio popular y los elogios del mismo Voltaire.

—Pecas de ilusión, querido Condorcet —contesta Mirabeau, apaciguado por los esfuerzos de su tertulio para que las aguas volvieran a su cauce de tranquilidad, pero resistiéndose a darse por vencido en la discusión. Pedro Pablo Abarca de Bolea, conde de Aranda, entretanto se mantiene en silencio—, la bondad y, ejjem, la humanidad son cualidades mucho más necesarias, ejjem, ahora mismo que la instrucción y el talento. Por favor... no hablamos de matar campesinos, estamos hablando, ejjem, de matar a un tirano y a su ramera, que bien debieron, ejjem, saber que el gobierno no se ha hecho para la comodidad y el placer de los que gobiernan...

—No se trata de una cuestión ética... sino práctica. — Aparece el anfitrión en el salón, provocando el saludo velado de cuantos se encuentran en la sala—. Caballeros, me complace darles la bienvenida. Cuanto importa es el cambio de sistema en pos del progreso de la nación. Piensen que una corona es un poder respetable, legitimado por fuerzas ulteriores, que se mantiene a distancia. Mi nación, pese a ser por nacimiento republicana de cuna e ilustrada por convicción, mucho le debe a la Francia aún monárquica y a España, tan ilustradamente representada por nuestro amigo el conde de Aranda, aristócrata pero meritorio en sus acciones, como tantos de ustedes, caballeros. Y ahora, por favor, les ruego que se sienten a la mesa.

—No había empezado a defenderme porque tengo la boca seca y no gasto verbo para con testas más duras que la mía —contesta al fin el español con una sonrisa—. Que por hablar de boca seca he vuelto a París por aquello de querer

catar de nuevo los vinos de Burdeos de vuestras mercedes. Quisiera llevarme el recuerdo de su gusto y olfato esta noche para poder volver a palacio con la honrilla de poder contarle a mi nuevo señor, Carlos IV, que, pese a ser excelente el vino que se sirve en la capital francesa, nuestros caldos serán siempre los mejores.

En su tiempo en París, el conde de Aranda siempre supo valorar a Jefferson como anfitrión, y, a él, tanto el americano como el resto de los embajadores aún le reconocen el humor directo y plano que gusta. Su carácter campechano y risueño le ponía al alcance de la mano el usufructo del favor del pueblo. Conoció a Jefferson como embajador en la capital gala y participó junto a él como un peón más en la partida gigante de la política internacional. La Guerra de Independencia de los Estados Unidos había involucrado a España y a Francia, que desempeñaron el papel de aliados para erosionar el potencial de Inglaterra. En 1782, tropas franco-españolas tomaron Menorca a los ingleses y devolvieron la isla a Carlos III de Borbón. En estos momentos, su hijo, Carlos IV, reina en España desde hace apenas seis meses. Debido a las circunstancias que envuelven Francia, el conde de Floridablanca, secretario de Estado de España, está cerrando la frontera con el país vecino y manteniendo bajo estricta vigilancia y sospecha a los residentes galos, tratando de poner diques al mar para que no se cuele las ideas ilustradas. Pedro Pablo Abarca odia y envidia por razones de competencia política a Floridablanca, y ha venido a París con la firme determinación de retomar los contactos necesarios que puedan ayudarlo en el futuro.

El auditorio enmudece y se dispone a obedecer a su anfitrión, quien con su último comentario ha venido a pedir calma. Fingiendo medias sonrisas, al tiempo que se dejan servir, todos controlan su ánimo. Ni una palabra hasta que Mirabeau vuelve a la carga rompiendo el silencio.

—Patrañas del Antiguo Régimen, eso pretendemos derrocar...

—Cierto, pero no olviden que ese tipo de poder otorga equilibrio —interviene Jefferson de nuevo—. El rey es un árbitro velado. Sé lo que piensan... veamos, en América expulsamos convencidos al rey de Inglaterra, por foráneo y lejano, pero esto es París y no América. La situación es diametralmente diferente. Y resulta curioso porque nuestras bibliotecas están cargadas de autores revolucionarios franceses y nos basamos en sus ideas para forjar nuestra nación. Pero escuchen, caballeros, Jorge III era un rey que nosotros consideramos extranjero porque nuestra patria no es Inglaterra. Señores, vuestras mercedes son franceses, comprendan la diferencia, esto no es una secesión, es una revolución.

—Resultaría razonable entonces cambiar las estructuras del Estado bajo las directrices de un corpus legal redactado *a priori* —opina Sièyes, hombre conciliador y tranquilo que abogaba por la participación del clero y la aristocracia en la reformulación del sistema—. Esta nación necesita una operación que estirpe la parte gangrenada. Si no ponemos unos límites claros a aquello que hay que cercenar, no podremos parar de matar iniciado el proceso...

—Señores, señores, ¿acaso estamos en el club de los jacobinos? Caballeros, el problema de una revolución no va a ser otro que el dinero, ese es el valor del futuro, la fuente del mérito que esté por venir, la cuna y la sangre valen cada vez menos. El negocio, el comercio, esa es la clave de las decisiones que hay que tomar —tercia a su vez Talleyrand, quien aún no había intervenido y a quien la conversación empezaba a aburrirlo por no estar centrada en aquello que en tal momento importaba. Político y diplomático, venía de una familia aristocrática, que por aquello de sacar partido a su encumbrado abolengo lo empujó a la carrera eclesiástica. Y a ella se dio con fervorosa desgana, más por obligación y

compromiso que por verdadero espíritu religioso. Vivió siempre como un auténtico sibarita del libertinaje. Consciente y convencido ante su carencia de escrúpulos, ascendió sin demasiada dificultad en la jerarquía impulsado por su origen nobiliario. Ahora, asiendo cuchillo y tenedor con ambas manos sobre el mantel blanco de fino paño, no les quita ojo a las caderas de Sally desde que esta ha empezado a emplatar la cena junto al resto del servicio.

—Si la revolución en Francia va por el camino previsto, el tráfico negrero que tantas fortunas ha levantado devendrá algo clandestino —apunta el español—, y convertir al plantador o al tratante en delincuente, caballeros, eso sí será un problema. Cuba, en nuestro caso; Haití, en el suyo, señores, y qué decir de los territorios del sur en los Estados Unidos de América para nuestro anfitrión.

—Si me permiten, señores —interviene por primera vez Lafayette, buen amigo de Jefferson—, se me ocurre el truco del capitán de bandera. Es una artimaña sencilla pero efectiva que ya vienen usando nuestros armadores. En muchas ocasiones, el pabellón, especialmente si es norteamericano, es la principal protección de algunos buques. Cuando alguna embarcación es perseguida por un barco enemigo, trata de desplegar una serie de banderas, confiando en que alguna dé lugar al cese de la persecución, por tratarse de una nación amiga. En caso de que la trata se ilegalizara, los capitanes de los buques negreros podrían, en la mayoría de los casos, evitar la condena vendiendo *ipso facto* el barco por unos centavos a cualquier norteamericano de a bordo. Esta artimaña ocasiona tal volumen de complicaciones legales que generalmente los casos son sobreseídos en los tribunales. Los negreros podrían adoptar entonces la práctica de llevar siempre en su embarcación a un pasajero de nacionalidad norteamericana, de manera extraoficial, claro está, cuya única misión sería tomar el mando del barco en caso de ser abordado por un buque de

una nación aliada.

Los murmullos crecen entre la concurrencia antes de que el anfitrión se decida a tomar la palabra.

—Me parece brillante —asiente, otorgando, Thomas Jefferson.

—Sobre este particular, ciertas maniobras españolas tienen contrastada experiencia —afirma el conde de Aranda—. Señor Jefferson, ¿le llegó a usted la partida de vino de Jerez que encargó? Desde La Habana estamos haciendo venir vinos excepcionales que obtienen tratamiento especial en las Indias. Esos vinos tienen el poder de entronizar a un rey si son tomados en su justa medida; más allá de ella ostentan la capacidad para descabezarlo. Metafóricamente hablando... por supuesto.

—En efecto, amigo mío —contesta Jefferson con una sonrisa de complicidad—. Los nuestros se ocupan de tales quehaceres y artes nuevas. Por mi parte, he decidido responder sobradamente a la petición que me hizo. Y enlazando con lo que apunta Lafayette, en un bergantín de pabellón francés le mandamos a su excelencia unas muestras de vino de Burdeos para atención de su majestad el Rey de las Españas. Desgraciadamente, me consta que el envío no ha llegado a su destino. Es por ello que he hecho traer también hasta aquí algunos de esos vinos excelsos. No me cabe duda de que usía sabrá precaver a su país de la difusión de la esencia de tal vino. Comprenda que abrir la caja de Pandora que conlleva la ciencia aplicada a tales vinos cambiaría el buen hacer de las barricas españolas para siempre.

—Cuenta usted, señor Jefferson, con todos mis esfuerzos para que tal sapiencia no se extienda más allá de los límites que cierran nuestro círculo de intereses —contesta el conde de Aranda a Thomas Jefferson sosteniéndole serio la mirada.

—Le propongo que se lleve una muestra de vino esta

noche —continúa Jefferson—, una botella que a buen seguro podrá ayudarlo a calmar el ánimo de su sucesor en París, el duque de Fernán Núñez, quien se dedica a recabar información y contactos realistas y cuyas actuaciones en la clandestinidad molestan ciertamente a nuestros amigos comunes franceses y americanos. Asimismo, tendrá usted ocasión de llevarse a España una añada auténticamente de otro mundo; sírvala usted para el propósito al que la razón lo guíe.

—¿He oído bien? ¿Vinos que viajan a América y que son mejorados antes de volver a Europa? No me hagan reír con tales chanzas —replica Talleyrand mientras le dirige una mirada lasciva a la esclava, que ella esquiva bajando la cabeza, al tiempo que se acerca sirviendo sin más remedio—. Yo, por mi parte, me preguntaba qué habría de cena.

Jefferson se da cuenta, conoce perfectamente los encantos de la chica y sabe que otros pueden desear gozar de ellos. Pero un invitado es un invitado. Y una esclava siempre es una esclava. Tuerce el morro, reprime un leve sonrojo y desvía la conversación, casi sin pensar, deseando que la velada vuelva a su cauce.

—Señores, en París todo está cambiando, la cocina no es una excepción. Yo lo llamo el traslado de la gastronomía de palacio a la calle. Los cocineros que antes trabajaban para la nobleza, que ahora se está marchando por miedo, deben reinventarse o pasar a trabajar para las familias burguesas con dinero, o exiliarse junto con la nobleza y trabajar en los medios aristocráticos ingleses, suizos y alemanes. Mientras puedan...

Sally llega a la altura de Talleyrand y comienza a servirle la sopa. Talleyrand le dedica una sonrisa de rata y le hace un gesto para que se aproxime. «Más cerca, muchacha», parece decir sin palabras. Ella, incómoda, sin mirarlo, accede con el puchero en la mano.

—¡Oh, perfecto, caballeros! ¡Bullabesa! —observa eufórico Sièyes, humedeciendo los labios sin pudor.

—Y brandada de bacalao —anuncia Condorcet—, especialidades meridionales que ahora están tan de moda.

—Mis disculpas, ejjem, caballeros —admite Mirabeau, que sigue con lo suyo, con mal disimulado nerviosismo—. Una monarquía constitucional y un liberalismo, ejjem, moderado posiblemente sean el mejor camino, pero, por favor, no me pidan, ejjem, que me resigne con tanta facilidad. Necesito mi tiempo, señores.

Entretanto, Talleyrand ha hecho una nueva exhibición de sonrisa de roedor previa a deslizar una mano a las piernas de Sally, quien, al notar el tacto de su diestra en la parte trasera de su pantorrilla, da un respingo y coge aire súbitamente. No quiere mirar, por lo menos a él. Sí levanta la vista hacia Jefferson, quien desvía la mirada desentendiéndose de la situación.

—Ahora la cocina está en la calle, caballeros, a satisfacción de la gente de bien. Restaurantes, los llaman... les sonarán los nombres de Boulanger, creador del primer restaurante en 1775, o de Antoine Beauvilliers, Méot... Dicen que el nombre de restaurante viene de los caldos restauradores que servía Boulanger en su local.

—El comercio de ciertos productos se ha liberalizado desde la abolición, en 1776, de las corporaciones que regían las actividades profesionales, prohibiendo y autorizando la fabricación...

—En América, hace unos años, tuve el placer de entrevistarme con Brillat-Savarin —interviene, un tanto incómodo, Jefferson ante la situación de acoso que recibe su amante—, gastrónomo y escritor. Un filósofo y un caballero. ¿No cree, señor Talleyrand?

Talleyrand mantiene fija su sonrisa, mira por un

momento a Jefferson, pero vuelve su semblante sonriente hacia la chica, mientras con una pausa consciente sube la mano desde la pantorrilla hasta el muslo, por dentro de la ropa. Sally tiene permitido vestir como las francesas de clase media, con mayor discreción que una cortesana común. Luce un vestido de una sola pieza, ajustado y con mangas de pagoda dobladas hacia atrás. Había visto en más de una ocasión cómo manos desnudas de hombre accedían a carnes flácidas, arrancando suspiros a las damas empolvadas de buena cuna. Muchas acostumbran a llevar miriñaques exageradamente grandes, de muchos metros de diámetro, aderezados con sobrecarga de adornos, perlas, nudos y flores. En la cabeza, tocados que se elevan en gran tamaño que Sally siempre ha envidiado, especialmente cuando se ve forzada a disimular su belleza con el uso de mantillas en la cabeza. Le gusta lucirse y se siente atractiva, pero ahora, a ella, el tacto de las manos del clérigo por debajo del paño le resulta asqueroso, con una virulencia vomitiva que no ha sentido nunca antes y que no sabe explicarse a sí misma. Comiéndosela con la mirada, Talleyrand le anuncia que desearía ponerla boca abajo sobre esa misma mesa. Al notar el calor de los dedos al abrirse paso con habilidad por debajo de las enaguas, le sube un malestar a la cabeza, un mareo leve que acompaña con una mirada de súplica hacia su amo, quien contempla la escena fingiendo frialdad.

—No quisiera ser grosero, amigo Thomas, pero... ¿no hay vino en esta mesa? —dice Talleyrand obteniendo un tono sincero de provocación sostenida.

Jefferson mira al auditorio, todos y cada uno parecen ajenos a la escena, ocupados en discusiones menores sobre detalles de política general o comentando las virtudes de las últimas tendencias gastronómicas, tendentes a separar en los recetarios modernos los gustos dulces de los salados.

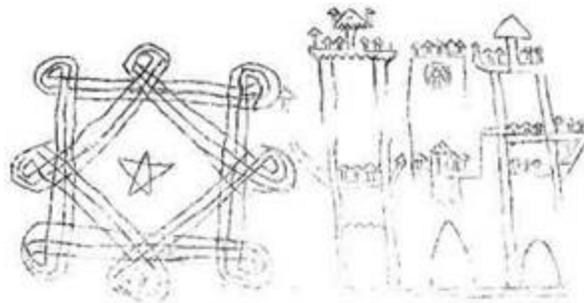
—Les he reservado el mejor... —espeta señalando la puerta de salida—. Sally, por favor, ¿puedes ir a buscar el

burdeos?

Sally se mueve como un resorte, iniciando la maniobra de salida, pero topa con la oposición de la mano fuerte de Talleyrand, que la mantiene unos segundos inmóvil por la fuerza, al tiempo que consigue abrirse paso más allá del muslo, entre las dos nalgas, alcanzando con la punta de dos dedos la viscosidad de su intimidad más profunda. Nota el clérigo al tacto un leve humedecer, en el momento justo en que la chica rompe el cerco que la mantiene presa y, casi con un bote tosco, huye a toda prisa hacia la cocina en busca de una botella de vino.

Logroño, julio de 2013

Henar Martínez camina por calle Capitán Gallarza relejendo el nuevo enigma que ha caído en sus manos.



... ca non so capitado, bon logar unde se fizo el primer verbo latino, bien valdrá, como creo. Un vaso de bon vino.

Laurel es una calle estrecha, arreglada, peatonal y castiza en extremo, donde se agolpa a cualquier hora una multitud de gente de bien que mantiene a sabia conciencia la santa tradición del pincho y el vino. Henar no ha localizado el dibujo en Internet, pese a buscarlo a conciencia, y tiene muy pocas referencias a algo que se le parezca. La frase parece

estar escrita en lengua romance castellana y cree que une los conceptos «antiguo» y «vino». Pero, a falta de alguna pista más, el significado del mensaje ahora mismo se le escapa. Así que, sin más datos que el saber que Quiroga residía en Logroño, ha llegado hasta allí desde Santo Domingo de la Calzada. Estaba cerca y no tenía nada que perder. El camino que lleva de bar en bar en la calle Laurel está señalado con una línea metálica y tortuosa sobre el pavimento, incierta como el destino de un cliente en una noche con sed. En los escasos doscientos metros que ocupa la calle, y en sus alrededores a juego, se concentran una cuarentena de locales, la mayoría de ellos con barras salpicadas de raciones y bocados originales, cada cual su especialidad exquisita. Una señora de anchas caderas le había indicado el camino a seguir en el albergue de peregrinos del casco viejo, construido sobre el camino de Santiago.

—¿El hombre de la foto? El señor Domingo. Sí, vivía aquí. Un hombre simpático. Mariquita, ya me entiende, pero agradable. Y se equivoca, señorita, no tenía familia, ni amigos. Al menos, que le conociéramos. Y eso que se hacía con todos, no crea. Así tan dicharachero. Tienen más sensibilidad para todo, ya sabe. Siempre se dejaba ver en la senda de los elefantes, allí podrán darle más información. Lo conocían en todos los sitios, pregunte por ahí.

Antes de salir de la fonda, la señora le explica gentil que Laurel y sus vecinas Albornoz, San Agustín y San Juan son calles conocidas popularmente con ese apelativo, la senda de los elefantes.

—Ya sabe lo que dicen... que todo el que entra sale con trompa y a cuatro patas, así que ándese con cuidado.

No busca ningún bar en particular, pero acaba encontrando el que va a ayudarla. Gira a la izquierda al llegar al final de la calle, en dirección a la cercana Bretón de los Herreros, por donde se levantaban las antiguas murallas de

la ciudad. Piensa en muros, en cómo debieron de ser las guerras de ese pasado que ahora transformado y trivializado sigue igual de violento, sucio y cobarde por la causa más banal. Percibe, casi sin reflexión, la correlación cromática entre un cáliz de sangre y una copa de vino. La historia de la humanidad es también la historia de sus drogas: está llena de pócimas mágicas, desde la sangre de Cristo convertida en vino hasta los mil ungüentos de las brujas del medievo, pasando por los calderos de los druidas. Desde antiguo se ha creído en el traspaso de sabiduría y poder a través de un líquido de contenido mágico, fuese el que fuese. Multitud de ejércitos a lo largo del planeta han usado psicotrópicos antes del combate, multitud de decisiones políticas se han tomado desde antiguo bajo el consumo expreso de sustancias alucinógenas o mediante consejo de quienes las tomaron para la ocasión. Vida y muerte, todo en uno. El poder se ha transmitido así desde los tiempos más remotos. A Henar le sobreviene una intuición y decide parar. Una puerta de rejas de metal pintadas de negro, arqueada por decoración de ladrillo y piedra, flanqueada por ventanas a juego, da acceso a una barra de piedra que se ve desde la calle. Entra. Mira con ojos perdidos a ambos lados y apoya su aún convaleciente brazo izquierdo sobre la barra.

—Un vino tinto, por favor —dice Henar, a modo de ritual, señalando una botella concreta.

—¿Qué te ha pasado ahí? —pregunta la chica de la barra con sonrisa dulce, señalando el brazo ahora ya solo vendado de su clienta.

—Escondo heridas de guerra. ¿Conoces a este hombre? Soy policía —contesta Henar, enseñando una foto de Quiroga en la morgue al tiempo que guiña un ojo y tuerce una sonrisa.

—¡Uf! ¡Josetxu! —grita la chica llamando a un hombre que parece a todas luces haberse enganchado a una pareja

que le aguanta paciente la chapa de una charla que no han solicitado—. ¿No conocías tu bien a Domingo, el de los vinos?

—Claro que sí, de la senda y de la iglesia, y de un lugar a otro y viceversa —observa el hombre, de mediana edad, bajito, regordete y cejijunto. Aparenta carácter bonachón pero cansino—. Josetxu, vasco de bien y logroñés de adopción. ¿Es que pasa algo?

—Pasa... —contesta Henar apretando los labios, evaluando a su interlocutor, madurando a tiempo real las primeras impresiones.

—Nos conocimos hace años en Santa María La Redonda, la concatedral. ¿Sabe usted que ahí está el mausoleo del general Espartero? Sabe quién era Espartero, ¿verdad?

Henar hace una pausa y se muerde la lengua. Su interlocutor no lleva ninguna mala intención y no desea cortar la comunicación, pero finalmente no se resiste a decir lo que está pensando.

—Sí, se dedicó a bombardear Barcelona, matando gente que protestaba pacíficamente y a otros que no habían salido ni de casa siquiera.

Josetxu abre mucho los ojos, cabecea un par de veces y mira a la chica.

—Hágame un favor, acépteme un vino.

Henar sonrío levemente y asiente.

—Maite, anda, ponte dos pinchos de champiñón, un par de suelas y unos crianzas, que cada día estás más guapa, imaja! —dice al tiempo que la pareja de antes pasa cerca camino de la puerta de salida—. ¡Hasta luego, pareja! Señorita, ¿sabe que la iglesia se aguanta con sarmientos de viña? Un templo sujeto por la madre de la viña. Dicen que entrelazaron las ramas de la vid con los cimientos porque pasaba un río debajo y se ve que hacen milagros con la humedad. En fin, yo vine aquí desde lo que antes llamaban,

en tiempos del dictador, las Vascongadas, expulsado también, no se vaya a creer, pero encontré mi lugar. ¿Sabe que las primeras palabras escritas tanto en euskera como en castellano están en el mismo lugar? Aquí, en La Rioja.

—Sí, por supuesto. Las glosas emilianenses de San Millán de la Cogolla.

—En el mismo monasterio firmó sus versos Gonzalo de Berceo, el primer poeta castellano de nombre conocido.

Henar se sobresalta ¡El enigma! Sin dejar de mirar a los ojos a su interlocutor, saca el móvil de su bolsillo.

—¿Cómo he podido ser tan idiota? Era eso, ¡Berceo!

—Señorita, ¿ha bebido usted demasiado? —Henar contesta negando con la cabeza mientras abre la aplicación correspondiente y empieza a navegar con el terminal, ajena pronto a la presencia de Josetxu, que se aplica sobre la tostada de jamón con setas.

—La frase de Berceo —dice al fin, leyendo la pantalla—. «Quiero fer una prosa en román paladino, en cual suele el pueblo fablar con so vezino; ca non so tan letrado por fer otro latino. Bien valdrá, como creo, un vaso de bon vino.» El enigma es una frase modificada del castellano antiguo de Gonzalo de Berceo.

—¿Cómo dice?

Henar se levanta como un resorte, se lleva lo que queda en el plato de una vez a la boca, golpea amistosamente en el hombro a Josetxu y deja un billete sobre la barra del local antes de enfilarse sin dar tiempo a réplica el camino de salida a la calle.

—¡Eh! Dejas demasiada propina...

Henar sonríe, pero no se vuelve a mirar atrás.

—Esta es una ciudad preciosa —dice con total sinceridad mientras sale a la calle, pensando ya en el modo más rápido

de llegar a San Millán de la Cogolla.

Bayona, 5 de mayo de 1808

Al alba se dirige a toda prisa hacia el puesto de guardia instalado en la puerta de un *château* un húsar a caballo. Ha recorrido los más de quinientos kilómetros que separan el Palacio de Monteleón de Madrid del Castillo de Marracq, en Bayona, en poco más de veintiséis horas. Ha parado brevemente dos veces a comer y quemado ocho monturas. Viste pelliza con cordones y trenzas y botas altas oscuras; sobre su cabellera morena y rizada lleva un gorro de piel negra sobre el que se ha hecho bordar una calavera con hilo blanco. Las horas sobre la silla que lo han convertido en experto jinete no le quitan en este momento ni el dolor en las ingles ni el escozor en las zonas de fricción; le cuesta mantener los ojos abiertos sobre las ojeras moradas que delatan su falta de sueño, la preocupación en el ánimo y el recuerdo de la sangre y el fuego que se le antojan ahora desposeídos de la gloria del combate. Memorables cargas de caballería le han valido honores de los que, metido en faena, ni se acuerda, menos ahora, cuando trae de incógnito y en primera persona un despacho de la capital de España, enrollado dentro de un cilindro de cuero marrón que lleva atado al cuerpo y que le cuelga a la espalda por encima de una discreta capa negra de viaje.

Detiene súbito la montura que se arrima al galope sobre los dos lanceros que vienen a cerrarle el paso hacia la entrada. El caballo levanta peligroso los cascos y relincha nervioso, acostumbrado como está al trote apretado al que se lo ha sujeto desde hace largas horas, pero el húsar retiene el correaje con ambas manos, frenando el ímpetu del corcel y domando sus anhelos a voluntad. Desmonta con habilidad por el lado izquierdo y se yergue altivo sobre la soldadesca que se acerca. Cualquiera podría leer en su rostro que no concibe la posibilidad de tener que presentarse. Se despoja con parsimonia del gorro y pasa una mano por su melena rizada aderezando el peinado. La tropa lo reconoce al instante y uno de los lanceros lo identifica cuadrándose ante su presencia.

—¡Mariscal! —saluda efusivo el guardia reconociendo a Joachim Murat.

—Informe al emperador de mi llegada. Rápido. Traigo noticias de España.

Mariscal y gran almirante del Imperio, no le faltan títulos ni méritos. Decidido, audaz y buen estratega, Joachim Murat, hijo de un simple posadero, encarna a la perfección el ideario del Imperio nacido al ocaso de la revolución. Más por eso que por otra cosa, es cuñado del mismísimo Napoleón Bonaparte, ha obtenido el título de gran duque de Berg y ha partido en dos a voluminosos ejércitos de buena parte de Europa y más allá. No hay mejor militar a caballo. Disciplinado, valiente y consecuente con el buen hacer del oficio de soldado, sabedor de que el desempeño de su cargo implica canjear a menudo la virtud que a uno le quede por cuanta crueldad explícita sepa hallar en el alma, cree cumplir a rajatabla con el deber que le encomiendan Francia y el destino. Hace menos de cuarenta y ocho horas aún se dejaba caer por los paredones de Madrid contra los que había mandado fusilar sin descanso ni pestañeo a multitud de representantes de un pueblo alzado contra las tropas invasoras. No iba a olvidar la fecha,

2 de mayo. Y ahora, dentro del edificio que tiene frente a él, hay vendida y maniatada cuanta cabeza puede ceñir la corona española. Carlos IV y su esposa esperan para cenar con el emperador; los acompaña el hombre de confianza de ambos, Manuel Godoy, quien trata de curar vergüenza y heridas sufridas a raíz del motín de Aranjuez. Por otra parte, está Fernando VII, momentáneamente rey de España, quien descansa a buen recaudo en sus aposentos, aguardando como un títere incapaz de responsabilizarse de nada en absoluto a que Napoleón, árbitro de cuanto se mueve en Europa y el mundo, le aclare qué debe hacer con su país. El joven rey odia visceralmente al antiguo valido de su padre, del que además se rumorea que se acuesta con su madre. Murat se sacude el polvo del camino ante la puerta de entrada, mientras, conocedor de todo el entramado, aparece de repente detrás de él, con aire tranquilo, casaca azul, pantalones y medias blancos, el hombre al que ha venido a informar, su majestad imperial Napoleón Bonaparte.

—Joachim, la vida es prosaica. Salgo a tomar el aire, es primavera, pero mi mariscal destinado en España deserta de sus funciones para traerme malas noticias —dice Napoleón, metiendo con gesto consciente la mano izquierda dentro del chaleco que le cubre el pecho.

—¡Sire! —exclama Murat dando media vuelta y cuadrándose ante el emperador—. En Madrid ha ocurrido cuanto se predijo.

—Pero más rápido de lo previsto. Entremos —responde Napoleón, indicando con la mano derecha extendida el camino hacia el interior del *château*.

El diseño de las estancias del edificio es meloso y elegante, una muestra solvente del empleo de muebles de caoba al servicio del buen gusto. La decoración es barroca, sobrecargada pese a que el palacete no ha estado de *facto* habitado jamás. Hay marquetería en forma de flores

acabadas con maderas amarillas y colores claros formando ramos, guirnaldas y pájaros sobre fondo oscuro. Una pareja de guardias sigue a tres pasos de distancia a los dos hombres que entran para decidir el destino de España y, con él, un giro en la política internacional que cambiará el mundo para siempre.

—El futuro estaba claro desde los hechos de Aranjuez — dice Murat.

Napoleón asiente mudo con la cabeza recorriendo el largo pasillo que lleva, tras hacer dos ángulos rectos, desde la puerta hasta el salón comedor donde en breve va a servirse la cena. La derrota de Trafalgar, donde España luchó como aliada al lado de los galos, pasó factura, las clases más humildes sufrieron las consecuencias y la imagen del monarca y de la alianza con Francia se resintieron notablemente. El descontento de la nobleza había ido en aumento al ritmo de los cantos de sirena de la impaciencia de Fernando por reinar y el rechazo vehemente del clero a la desamortización que impulsó Mariano Luis de Urquijo, sustituto de Godoy, para más señas. La ocupación *de facto* del territorio español por tropas francesas, en virtud del tratado de Fontainebleau, quitaba el sueño a Godoy, cuando este aún estaba en el candelera; temiéndose lo peor, en marzo de ese mismo año 1808 aconsejó a la familia real que se retirara a Aranjuez para que, de ser necesario, pudieran partir de inmediato hacia Sevilla y embarcarse para América. El 17 de marzo de 1808, la multitud se agolpó frente al Palacio Real y asaltó a la brava la residencia del valido del rey, pidiendo ver su cabeza en una picota. Dos días más tarde hallaron a Godoy escondido entre unas esteras y lo mantearon dándole una soberana paliza que evolucionaba a linchamiento, del que tuvo que salvarlo, paradojas de la vida, la intervención de Murat y el príncipe Fernando, persona en la que abdicaría su padre, Carlos IV, ese mismo día.

—España es un país que no fue agraciado con las luces

de la Ilustración, Joachim —reflexiona Napoleón mirando al frente, caminando seguro—. No creen en las instituciones, prefieren agarrarse a las personas, como quien abraza estatuas y no ideas. Fernando es un inútil, por ello es un rey que se ajusta a nuestros intereses, y su padre aceptará cualquier destino que llene su bolsa, mientras Godoy salga indemne y no deba oír los lamentos de su mujer, la reina. Me da vergüenza, Joachim, vergüenza y pena semejante bajeza en hombres de Estado.

—Sire, me he negado a reconocer a Fernando como rey hasta tener autorización expresa de su majestad imperial. La incapacidad de la clase política es una tradición ibérica. Los españoles deben saber que el rey español lo es por consentimiento francés. España es un país ocupado, debemos enseñarles a identificar cuándo se es conquistado. A cambio les ofrecemos la Ilustración, la ciudadanía y la modernidad, y los sacaremos del oscurantismo del Antiguo Régimen y de la obediencia a los púlpitos y los caciques. Bayoneta en mano si hace falta, sire.

El pueblo había logrado, por la fuerza que da la voluntad popular, la renuncia de un soberano y el acceso al trono de un nuevo rey sobre el que proyectar sus esperanzas. Carlos IV debía tener a buen seguro muy presente que a Luis XVI de Francia algo parecido le costó no solo la corona, sino también la cabeza. Paralelamente, en Madrid se constituyó una Junta de Gobierno como representación del rey cuyo poder efectivo quedó en manos de Murat. El 2 de mayo de 1808, a primera hora de la mañana, el común comenzó a apiñarse ante el Palacio Real y al ver cómo soldados franceses acompañaban en su salida del palacio al infante Francisco de Paula empezaron los disturbios.

—Joachim, deberías leer a Maquiavelo... Adelante con esas noticias, mariscal. ¿Cuál es la situación?

—Un motín, sire —continúa Murat con un discurso

memorizado que ha ido recreando mentalmente durante toda la travesía—. En virtud de garantizar el control de la administración y el ejército españoles, aplicar un riguroso castigo a los rebeldes para escarmiento de todos y afirmar nuestro gobierno, la tarde del 2 de mayo sentencíé que serían arcabuceados todos cuantos durante la rebelión fueron presos con armas.

—¿Cuántos?

—Sire, un baño de sangre. Fue necesario. No nos dejaron elección.

—¿Cuántos muertos? —Napoleón se para en seco y enfatiza el tono de sus palabras; sin sacar la mano del interior del chaleco mira con expresión de lobo estepario a su cuñado. Murat carraspea antes de soltar la cifra que sabe que no va a gustar.

—Un millar... aproximadamente, entre combatientes y fusilados.

Napoleón entorna los ojos, se mesa el cabello, mira por un segundo al suelo, tuerce el morro y levanta de nuevo el mentón.

—Maldita sea —pronuncia, y vuelve al silencio cabeceando levemente; ha pensado de antemano en todas las posibilidades, no se le escapa ninguna. Parece dudar un par de segundos antes de concederse una única debilidad: la de sintetizar en cinco palabras lo que teme de España—. No van a rendirse jamás.

El emperador mira de soslayo para comprobar si alguien lo ha escuchado. Los guardias disimulan torpemente el hecho de estar muy pendientes de la conversación. Napoleón empieza a andar de nuevo y con él todos los demás; se muestra de nuevo firme y decidido, camino del comedor. Desde una de las estancias sale presto al encuentro de los dos hombres Louis Philippe, conde de Segur, diplomático

francés con inmejorables contactos entre los revolucionarios norteamericanos, junto a quienes luchó, y bregada experiencia en asuntos oficiales en San Petersburgo y Berlín. Esquivando las patas curvadas de las sillas, un novedoso reloj de pared y una mesa escritorio con librería cerrada por cristales, se une a la comitiva sin detenerla en su caminar vigoroso, esgrimiendo con ambas manos una botella de vino tapada con un paño fino de lino blanco.

—Sire, la cena está servida. Las dignidades españolas aguardan sentadas a la mesa —anuncia al llegar a la altura del emperador.

—Que sirvan el vino de la reserva de París —contesta Napoleón acelerando el paso, decidido.

—Sire —apunta Murat, pensando en que sustituir a un monarca español tendrá consecuencias inmediatas en todas sus colonias—, aún puede reinar Fernando.

—Ya no, el pueblo le entregaría el alma a ese incapacitado antes que darnos tregua. Lo adorarán sin conocerlo porque proyectarán sobre él sus anhelos. No sería un aliado de fiar. Obedecerían sus deseos a ciegas porque personalizar simplifica las cosas. Ahora debemos darlos por vencidos, ya no pueden ser ni siquiera protegidos, mucho menos aliados, no resultaría creíble. No hay opción. Y como colofón de desgracias crearemos un mártir en la persona de un heredero oligofrénico y pueril. Debo entronizar a alguien cercano, de mi sangre —concluye el emperador apretando aún más el paso—. Louis Philippe, haga que redacten un despacho para Italia: mi hermano José reinará en España; a cambio, tú, Joachim, ocuparás su lugar en Nápoles. Y... que le manden a Madrid una buena representación de esas botellas, va a necesitarlas.

El conde de Ségur asiente mientras Murat compone su gesto después de levantar mucho las cejas y abrir los ojos otro tanto.

—Sire —dice al fin Louis Philippe, viendo ya tras el último ángulo recto la puerta grande de madera que da acceso al salón comedor, flanqueada por dos chambelanes—, me permito recordarle el protocolo pactado que se adecuaba a este caso jurídico. Fernando VII debe abdicar en su padre para que reine nuevamente, el general Savary ya le ha informado de que podía darse tal posibilidad. En cuanto Fernando abdique, Carlos IV, rey de nuevo, cederá la corona a su majestad imperial bajo compensación económica y firma como plenipotenciario de su valido Manuel Godoy. Todos vivirán cómodamente lejos de España, el destino de la cual pertenecerá a Francia.

Al llegar a la puerta, Napoleón detiene al chambelán, que se disponía a abrirla con un gesto de la mano derecha.

—Joachim, tu sable —demanda el emperador antes de entrar, extendiendo la mano hacia su cuñado, quien, extrañado, obedece y le entrega el arma. Napoleón la acaricia brevemente y lo mira a los ojos.

—Sire... —empieza a hablar Murat, pero deja la frase inacabada. Recuerda en ese momento que con la misma hoja cortó tres dedos al jeque mameluco Mustafá Pachá por reprimir a franceses, antes de amenazar con regresar para cortarle partes más importantes de su cuerpo si no observaba una conducta adecuada en el futuro.

—De no haber bebido de ese vino cuando nos conocimos hace quince años defendiendo las Tullerías —revela el emperador blandiendo el sable—, no estaríamos frente a esta puerta, ni frente a ninguna. Tu cometido aquí ha terminado. Pide que te ensillen un caballo y vuelve a España. Como habrás podido comprobar, el camino hasta Vitoria y de allí a Burgos está controlado por tropas de la Grande Armée. Cuando ya haya ocurrido lo que aquí va a suceder, recuerda que tú nunca abandonaste Madrid. Y ahora déjame hacer mi trabajo a solas.

Murat se cuadra, saluda y da media vuelta mientras oye cómo el emperador desenvaina el sable al tiempo que le abren la puerta. Puede intuir Murat la luz de los candelabros del interior de la estancia donde aguardan los Borbones españoles, mientras aún oye las últimas palabras de su cuñado al entrar para cambiar el curso de la historia.

—Esta noche tu sable servirá para descabezar el vino que hará caer una corona más en nuestras manos. Mito y miedo, Joachim, recuérdalo, esos son los mecanismos del poder.



Monasterio de Suso, San Millán de la Cogolla, julio de 2013

El camino que sube desde el pueblo hasta el solitario monasterio de arriba está ahora despejado. La distancia es corta desde el pueblo y puede hacerse bien a pie, a hurtadillas bajo la oscuridad. Henar había dejado el coche alquilado en el aparcamiento del recinto de abajo, Yuso, y esperó a que la noche cayera cerrada evitando así la reprobación de los vecinos y las veladas prohibiciones de la administración competente, que censura las visitas por libre. Está ahí, encaramado en la montaña, esperando a que ella suba a acabar con el misterio. «El final debe de estar cerca», se dice Henar mientras asciende por la carretera hasta la milenaria construcción religiosa. Ha tenido tiempo para preguntarse por qué Quiroga tuvo la necesidad de jugar al escondite, y hay muchas piezas que aún no le encajan, pero de una cosa está segura: el riojano tenía miedo y se creía custodio de algo muy valioso, algo que debía mantener escondido para la mayoría pero localizable para quien reuniera las piezas suficientes del puzle, como si temiera que un secreto fuera a ser desvelado a alguien inapropiado. El mismo temor que parecía albergar respecto a que pudiera perderse para siempre. El hecho de llevar un mapa del tesoro oculto en la ropa indica claramente que concebía la

posibilidad de no llegar a tiempo para entregar el mensaje.

La luz de la luna hace visible el contorno del monasterio en el tramo final de la ascensión. En la distancia localiza la puerta del edificio. Del interior sale un extraño resplandor que Henar atribuye al reflejo de la luna. El conjunto es pequeño, una construcción de finales del siglo VI, que hasta el siglo XII fue objeto de diversas modificaciones y ampliaciones en función de los cambios en la vida eremítica, a través de las que entraron en su arquitectura el estilo mozárabe y románico. A medida que se acerca, comprueba que la luz que hay dentro del conjunto monumental no es natural. «Algo no va bien; piensa, Henar, piensa.» Se accede al templo por la puerta de herradura. Y justo en la entrada, como si de un aparcamiento de supermercado se tratara, hay una moto Naked negra. Toma aire y acompasa los movimientos mientras se acerca, saca de los bolsillos de una pequeña mochila de montaña cuanto lleva para la ocasión: un teléfono móvil con el que ha previsto tomar fotografías. Se aposta contra la piedra añeja que forma la puerta y, con sumo cuidado, mira. Dentro, la luz de una linterna y, ¡oh, sorpresa!, la puta guía francesa y un maromo con barbita recortada que la acompaña. Se le corta la respiración. «Joder, Henar, joder, ¿y ahora qué?»

—... salvando las distancias, guapito, para mí las piedras son como para ti los vinos, hablan —oye Henar que dice la francesa al otro lado de la puerta, alumbrando de un sitio a otro—, tan solo hay que saber leer lo que dicen. A ver, desde el interior de la puerta de entrada puede observarse la estructura de la obra visigótica. La decoración del suelo, a base de cantos rodados grises y ladrillos rojos, dibuja rosetas y esvásticas, que en aquel momento estaban desprovistas de las connotaciones actuales. Es una pequeña obra de arte mozárabe que se conoce como alfombra del portalejo y que Gonzalo de Berceo ya se molestó en mencionar en *La vida de santa Oria*.

—Y dijiste que la frase del enigma era de Berceo —dice el hombre que acompaña a la francesa.

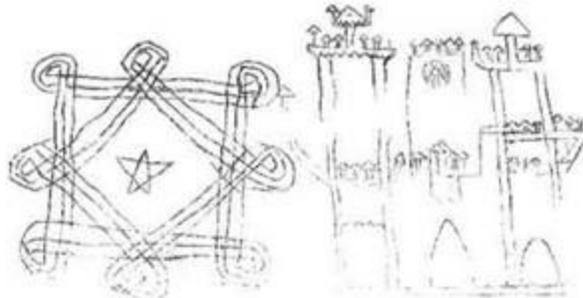
—Una modificación, sí. Intuyo que en aquello que hay de diferente respecto a la frase original de Berceo están las pistas. Y en el dibujo, claro.

—Si al menos supiéramos qué buscamos...

—En todo el conjunto hay grafitos originales. De época medieval, debe de estar en esta pared, grabado en piedra frente a las tumbas del atrio, es donde más hay. ¡Sí, aquí!

—¡Perfecto! ¿Y ahora qué? No hay nada más...

—Déjame pensar. Una estrella de ocho puntas... es un símbolo templario. Los templarios, en cierto modo, fueron predecesores de los masones.



—¿Y ese castillo con champiñones en las torres de al lado de la estrella? Lo mismo indica algo más.

—Son almenas con toldos y sombrillas, gilipollas — contesta la francesa, fulminando con la mirada a su compañero—. Estamos acostumbrados a ver los castillos desnudos en visitas turísticas. Cuando funcionaban, la gente que los habitaba era como hoy en día, práctica, y tenía frío y calor. Fíjate en la torre del homenaje, la del medio, tiene un rosetón. Ese tipo de ventanales son propios de las iglesias, pero aquí está presente en una construcción defensiva,

militar. Hay muchos ejemplos de iglesias fortificadas, abundan en Francia y en Transilvania. Pero el dibujo, simplificando, me recuerda a las construcciones templarias del camino de Santiago.

—Ya, pero debería haber algo más escondido. Se supone que hemos venido aquí a descifrar un mensaje, no a una visita cultural.

—Escondido, exacto. Los templarios eran unos genios de la transmisión de mensajes encriptados en la piedra. ¡No puede ser! ¡Oh, Dios mío! Déjame tu móvil. El mensaje de la gallina estaba encriptado tras un código QR.

—¿Me estás diciendo que el dibujo esculpido en la piedra esconde un código QR? —dice el hombre mientras encara el teléfono móvil al grafito en piedra.

—A la estrella, apunta a la estrella —dice la francesa mientras se acerca a su acompañante, cabeza con cabeza para leer el contenido de la pantalla—. ¡Sí! ¡Ahí está!

—Pero ¿cómo?

—En relieve sobre el dibujo. No es perceptible a simple vista. Pero ¿qué más da? Mierda, la cobertura no es buena. ¡Ahora! A ver, es una frase. «*Azken bururik gabeko.*» Es euskera, las glosas que recogieron las primeras palabras en castellano hicieron lo propio en euskera. El uso simultáneo de lenguas era común, el mismo Berceo usaba vasquismos. A ver, una aplicación de traductor. Tres palabras sueltas, dudo que nuestro anfitrión dominara la lengua vasca.

—A ver, que se cargue... «La última sin cabeza», dice.

—¡Las tumbas!

—¿Cómo?

—Los sarcófagos que hay aquí pertenecieron a los siete infantes de Lara. También se supone que están las tumbas de Toda, Ximena y Elvira, reinas de Navarra, y la de don

Tello González, señor de Cameros. Los infantes de Lara, según la leyenda, fueron traicionados y emboscados en tiempos de Almanzor por tropas musulmanas que los decapitaron. Estos son los sepulcros de los cuerpos sin cabeza.

—El enigma dice: «*ca non so capitado, bon logar unde se fizo el primer verbo latino*». Que no tiene tanta cabeza...

—Brillante, señor enólogo. Hay que abrir una tumba.

—¿Cuál?

—Déjame pensar. A ver, todas están selladas con mortero. Todas... ¡Ajá! Menos una, la última. A por ella.

Henar contempla la escena oculta tras la puerta de entrada. Si no supiera que la francesa puede ir armada y que esta vez son dos, entraría a acabar aquello que ya empezó y se llevaría consigo el secreto que están desvelando.

—Tranquilo, hombre, cualquier cosa que pueda haber dentro no va a hacerte ningún daño —dice la francesa mientras se agacha para adoptar una posición propicia para coger la lápida de piedra del último sarcófago y apartarla—. No reconozco las inscripciones, así que tampoco sé quién se supone que hay dentro. Vamos, seguro que era buena gente, cristiano de bien y buen guerrero; a la de tres, seguro que pesa una barbaridad.

La francesa ha dejado la linterna en el suelo y ambos apuran sus fuerzas para deslizar la piedra y abrir un hueco que les permita ver el interior. Henar se plantea aprovechar el factor sorpresa para entrar, pero está desarmada y sola. Desde su posición, se oye el chirrido del rozar piedra contra piedra. Al final, al tiempo que se oyen dos suspiros de alivio en la oscuridad de la noche, la lápida cede un recoveco suficiente.

—Espera, Mégane, que alumbro.

—Aquí, aquí. Mira. Un esqueleto, son los pies y los restos

de mortaja. Déjame la linterna —dice la francesa, robándola literalmente de la mano de su acompañante y metiendo prácticamente la cabeza en el interior del sarcófago donde el ángulo de entrada ha quedado más grande—. Como decís los españoles, la hostia puta. En el lugar que debía ocupar la cabeza, que no está, hay un maletín de piel negra.

Desde su posición, Henar apoya la espalda en la piedra del templo y se deja deslizar en silencio a través de ella hasta el suelo, donde se sienta a la espera del resultado mientras gira de nuevo el cuello para observar qué ocurre. La francesa sostiene la mirada a su acompañante y se decide a abrir el maletín. Dentro hay un libro y una botella de vino.

—Empiezo a entender algunas cosas —dice al fin la chica —, aunque me temo que no es esta la botella que esperan de ti en la antesteria. Está vacía.

—¿Y el libro? Déjame ver. *Luzifers hofgesind*, de un tal Otto Rahn.

—Un clásico de las guías esotéricas. ¿Desde cuándo te interesa la lectura? —pregunta ella.

—Desde que persigo fantasmas dentro de botellas de vino —contesta el enólogo, mientras a Henar se le hiela la sangre en su posición escondida—, por gentileza de Bakcheia.

—Este libro está muy roído y amarillento. Tiene plaga, esas manchitas marrones de ahí; es un libro viejo y muy mal conservado —observa la francesa—. Un momento, un momento, era el libro de cabecera de los hombres del departamento de esoterismo nazi.

—¿Qué?

—El ocultismo nazi es muy conocido, intentaron crear una nueva religión y recogieron de todos sitios. Llegaron a crear un departamento administrativo cuya principal misión fue la búsqueda del Santo Grial. Otto Rahn, investigador y

miembro de las SS, fue autor de este libro, traducido como *La corte de Lucifer*. Era arqueólogo y fue un auténtico Indiana Jones, incluso se ha dicho que George Lucas se inspiró en él para crear el personaje. Rahn buscó el Grial en Montsegur, y el propio Heinrich Himmler acudió a Montserrat el 23 de octubre de 1940, supuestamente en su búsqueda, acompañado de su hombre de confianza, Meinhard Wechsler, llevando consigo la obra de Rahn. —La francesa se lleva en un gesto sincero la mano a la boca—. Dios mío, Wechsler se llamaba el rival de Karpov en las pujas por el vino. *La corte de Lucifer* se distribuyó gratuitamente entre los oficiales de alta graduación nazis. Himmler concedía a ciertos elegidos un anillo con una calavera, conocido como *totenkopfring*, que indicaba un rango de iniciación en las creencias de tinte esotérico propias de la alta cúpula de las SS, que se ambientaban con rituales mágicos y paganos que se practicaban durante los solsticios y equinoccios.

—Hay algo dentro —contesta el enólogo, mientras a Henar se le corta la respiración en su escondite—. ¡Mira! Esto debe de ser una broma de mal gusto, es un dibujo y no estaba en el original.

—Déjame ver.



La X marca el camino ∴

—Es un símbolo templario. *La X marca el camino* y una abreviatura tripuntuada. ¡Buf! ¿Qué ves aquí?

—No veo una mierda, pero sé que es el mapa del tesoro —afirma el enólogo mientras los ojos enrojecidos parecen salirse de las cuencas—. Lo sé.

—Un Cristo crucificado en ípsilon. Una Y griega, no una cruz, como sería de esperar. Hay varios ejemplos en Alemania y alguno en Italia que me vienen ahora a la memoria. Los templarios eran los amos de la simbología y la encriptación. Una estrella de ocho puntas, una torre con rosetón y un Cristo que marca el camino, firmado con una abreviatura masónica. Es de locos. Prepárate. Hemos adquirido una cita con esa botella en el puto infierno donde habita el espíritu de Baco. Este Cristo es una Y griega y la antesteria está marcada en un dibujo con una X.

Henar reacciona, se pone en pie, ha oído bastante. Empieza a caminar dejando atrás el monasterio y quienes dentro están. Sabe dónde retomar la historia, sabe adónde debe dirigirse para dar el siguiente paso. Ella también ha visto marcada la X en un mapa antiguo, un mapa escondido en la camisa de un hombre que murió delante de ella. Se pregunta cómo estos dos también han tenido acceso al mapa invertido de Aranda de Duero. Sabe de sobra que sea cuál sea la respuesta a la pregunta nada bueno representará para ella.

—Hay algo más, te digo que este dibujo es un mapa.

Cuando te digo que lo sé, es que lo sé. Es el mapa que nos lleva a una botella de vino. —Joan Borau hace una pausa buscando las palabras adecuadas, aquellas que no le hagan parecer loco de remate—. Y esa botella no podemos abrirla.

—¿Ah, sí? ¿Puede saberse por qué, guapito? —pregunta Mégane, con nerviosismo ascendente.

—Porque está maldita. Siéntate sobre esa otra tumba,

anda. Déjame que te cuente algo sobre el espíritu de Baco.

Santiago de Compostela, septiembre de 2013

Una red social —dice Albert Cuartero, tomando con la derecha una copa de vino blanco y echando el cuerpo para atrás, recostando la espalda en el respaldo de una silla metálica en la terraza de un bar—, una puta red social.

La calle anda repleta de turistas de verano y algunos grupos de peregrinos que se dirigen a la plaza del Obradoiro. Henar Martínez puede ver cómo emprenden el vuelo un grupo de palomas blancas que agitan vigorosas las alas sobre los tejados barrocos. «El ambiente difiere enormemente de un casco antiguo riojano», piensa en el preciso momento en que de fondo se oyen las campanas de la catedral. No obstante, cuando sale el sol todos los lugares divertidos se revelan cortados por el mismo patrón. Son las doce en punto.

—¿Sabías que el albariño es un tipo de uva? —continúa Cuartero sin inmutarse por la llamada del templo—. Un error común es creer que es un tipo de vino. Este, concretamente, es un blanco de Rías Baixas, pero la uva albariño se usa también en otras denominaciones de origen, incluso en el vino verde portugués, aunque personalmente, si habláramos de vinos portugueses, me quedaría con los oportos, tintos y afrutados. Te recomiendo que busques en Google Vila Nova de Gaia. Producen vinos fortificados, ¿sabes que añaden

brandy durante el proceso de fermentación?

—Ayúdame, Albert, por favor. Llevo más tiempo del deseado viajando por media geografía del vino —le pide Henar, intentando no desviar la conversación hacia una charla enológica.

Un balón de fútbol choca inesperadamente contra la silla de Cuartero. Este lo coge y espera a que el niño propietario del esférico se acerque a buscarlo. Cuando llega, se lo devuelve, revolviéndole el pelo con afecto.

—Vamos, campeón, dale un beso a papá —le dice Albert al niño, agarrándolo por la cintura y poniéndole la mejilla a tiro.

La madre del chico se acerca a la mesa. Seria, mira a Henar y a su marido.

—Hola, Henar. ¿Cómo va todo? —saluda a la chica con una mueca de desprecio—. Jordi, anda, no molestemos a papá cuando habla de trabajo.

Coge al niño de la mano y se alejan dejando a la pareja de policías de nuevo solos en la mesa. Albert asiente con la cabeza en silencio.

—Está bien. Recapitulemos. Una red social por Internet, como Facebook, Twitter o LinkedIn, pero vertical y muy exclusiva. Evidentemente, no podemos acceder a ella. También es escurridiza, mucho. Muda periódicamente de dominio, es invisible a los motores de búsqueda convencionales y burla los sistemas de rastreo que conocemos. Es como si supieran cuándo hemos detectado dónde se aloja y, entonces, como por arte de magia, ¡zas!, cambia de servidor. Su nombre es Bakcheia y se comporta como un auténtico fantasma en la red. Estamos investigando el *software* a través del que se accede, pero por ahora no tenemos demasiados rastros ni zanahorias que seguir. A ver, se dice que allí se mueve virtualmente la flor y nata del

mundo del vino. La élite del sector. Hay de todo, desde profesionales importantes y honrados hasta auténticos mafiosos. Evidentemente, hemos hecho varios seguimientos para ver qué rascábamos, pero sin demasiado éxito. Es un club muy hermético. Lo que nos ha traído problemas son unos eventos que organizan, los llaman antesterias. Las convocatorias a estos actos se hacen de manera anónima. No se conoce el perfil de quien los convoca. Tampoco se da una dirección exacta del lugar de encuentro. Usan un sistema de seguridad antiguo y simple, pero que imposible localizarlas. Por ahora.

—¿Y cómo saben los asistentes quién y dónde se los convoca?

—No saben quién los convoca, o eso creemos, aunque pueden adivinarlo por lógica. Su lógica particular, claro está. No conocen quiénes son el resto de los invitados al evento, aunque todos ellos tienen en común una cosa: que sabrán dónde y cuándo acudir a través de un mensaje oculto.

—Un mensaje encriptado.

—No exactamente. Se entrega lo que llamamos un estego. Así los llama también la red. Mensajes ocultos que se hacen llegar a través de una imagen, un texto o cualquier otro medio. La esteganografía oculta la información de un mensaje de modo que no pueda advertirse el hecho mismo de su existencia y envío. De esta forma, un probable intruso ni siquiera sabrá que se está transmitiendo información sensible. Se necesita inventiva y simbolismo, pero convierte las citas de los miembros en invisibles.

—Así, las interacciones entre miembros están completamente ocultas, incluso para otros miembros.

—Exacto, aunque la comunidad comparte información en abierto —asiente Albert sacando un bolígrafo y comenzando a garabatear sobre una servilleta de papel—. No debería hacerlo y siempre negaré que lo haya hecho, pero voy a

darte los datos de un viejo amigo. Bodeguero de peso en Jerez de la Frontera, se ha forrado exportando fino a los ingleses y a los rusos. Es de fiar, hicimos la mili juntos. Puedes preguntar, pero no le toques los huevos. Estuvo en Bakcheia y cuanto sabemos de esa red se lo debemos a él, a cambio de protección. Se llama Juan del Corral y decidió salir de la red en cuanto conoció las prácticas de algunos de los que por ahí pululan.

Cuartero echa mano a un maletín que lleva. Levanta una ceja y coge un objeto que mantiene sujeto por debajo de la mesa revolviendo el mantel. Henar nota el frescor de una pieza metálica que le toca una rodilla desnuda.

—Puedo hacer una cosa más por ti —dice Cuartero—: coge esto. Si vas a seguir preguntando por esa red sin remedio, más te valdrá aceptar este regalo. Y, ahora, si no te importa, me gustaría olvidarme de ti por un rato y continuar disfrutando de las vacaciones con mi familia.

Aranda de Duero, febrero de 2014

Baco se esconde a lo largo de angostos túneles fríos que se extienden bajo una ciudad añeja. Serpentean por libre, esquivando los cimientos de las casas, dibujando trazados caprichosos que se hunden en secreto configurando una realidad subterránea que forma un mapa aleatorio en paralelo. Otro casco antiguo alternativo bajo el oficial. Es eso lo que los convocados saben y temen. Todos los caminos parecen estar conectados ahí abajo, lo mismo que las vidas de aquellos que saben que van a encontrarse, con ellos mismos y con su destino, aquí, en una ciudad secreta del vino excavada en el subsuelo.

—Hemos llegado, guapito —le dice Mégane Beauture al enólogo—. Vamos, hay que bajar.

—¿No hay un plan mejor? —El enólogo la mira sin que ahora su eterna sonrisa en medio de la barbita recortada se atreva a aflorar.

Esta vez la mira con la melancolía extraña de saber que justo ahora que empieza a gustarle puede que no vuelva a verla. Piensa en pedirle un beso como el que le robó ella justo antes de bajar por primera vez a su infierno particular de arcilla y roca castellana.

—No. En tu mano estuvo hacerte un destino diferente. Hoy acaba todo este embrollo y la suerte está echada —dice ella forzando su acento francés, disimulando como puede que se le entrecorta la voz.

Ahí abajo espera la resolución, el final. Un lugar donde aguardan realidades profanas, un sitio donde encontrarse, reunirse, evadirse o escapar, en un Hades oculto, hurtado a la realidad prosaica de la vida diaria. La antesteria de Bakcheia ha sido convocada en ese lugar y la francesa es consciente de que alguien más estaba al tanto de los movimientos del ruso. Algún otro conocía el escondite del vino del mafioso muerto y los ha citado escogiendo cuidadosamente el lugar. Bajo el suelo. Mégane le arranca una sonrisa al enólogo acariciándole brevemente la barba. Joan Borau es lo suficientemente listo para reconocerse ante sí mismo que no acostumbra a tener cuajo cuando hace falta, no es más que un chulo de tres al cuarto. La caricatura de un hombre duro, más de postal que de calado. Un farol de personalidad, la imagen perfecta del pasota bravucón que ha convivido desde antaño con la impostura, sacando petróleo de las rentas de una etapa universitaria resultona. Viste para la ocasión un jersey negro de cuello alto debajo de un, luce barba de cuatro días y pelo despeinado, y a su espalda cuelga una discreta mochila negra de *sport* donde trae consigo el fruto de su trabajo. Una falsificación, una copia. Una botella de vino que viene a entregar, haciéndola pasar como si tuviera más de doscientos años de antigüedad.

—Vete a la mierda —le dice torciendo una media sonrisa, burlón.

«Estoy cagado de miedo», piensa en silencio, tratando de controlar los temblores que le suben a juego con el invierno seco e irreductible. Una puerta de madera grande enmarcada por un arco de piedra cruje ante el girar de la llave que porta Mégane Beauture. Dejan la calle para adentrarse en el laberinto subterráneo de piedra. Conocen el camino, una

escalera estrecha de roca excavada los lleva hasta el suelo de la bodega. Hay algún remiendo moderno en la estructura original, algo de polvo en la entrada poco transitada, frío en el alma y en los huesos, un leve dolor de cabeza y rechinar de dientes. Mégane enciende una vela de cordón por sus dos extremos. La chica baja delante, serena, tocando de vez en cuando la rugosidad de la piedra con la palma de la mano. De repente se oye un zumbido en el aire, un batir de alas que arranca un grito al enólogo.

—¡Ay, Dios! ¿Qué coño es eso?

—¿Has suspirado antes de gritar, guapito?

—Te he puesto en alerta.

—*Mon dieu!* No me hagas reír. ¡Vamos, hombre! Has suspirado y después has gritado. Tranquilo, tu vida aún está a salvo —ríe socarrona—, aunque tu hombría... no tanto. Pero me gustas igual, guapito.

—¿Qué coño era eso?

—Un murciélago, a veces hay algunos en los accesos. Ahí encuentran la temperatura que les gusta. Como tú, ¿te acuerdas? Venga, explícame ese rollo que usas para ligar... que en cualquier agujero a temperatura correcta evolucionas muy bien. Y tal.

Una vez a pie plano, acabadas las escaleras, el camino se ensancha, pero la oscuridad a duras penas da tregua a una penumbra a la que no acaban de acostumbrarse los ojos. Caminan entre sombras a la luz de las dos llamas de la vela.

—Muy graciosa. ¿Sabes adónde vamos o vas a tenerme dando vueltas como un gilipollas en esta mierda de laberinto?

—La idea es que no nos vean venir, puede ser peligroso. Letal, si tenemos mala suerte. Recapitulemos, las convocatorias a las antesterias se hacen de manera anónima. No se conoce el perfil de quien las convoca, así que no sabemos a ciencia cierta a quién nos enfrentamos. No

obstante, nuestro papel es claro. Nosotros entregaremos la botella y nos olvidaremos del asunto, ¿vale?

—Tengo dos preguntas. Primera, ¿quién coño puede querer este vino? Y segunda, ¿qué pasa si el fraude que llevo conmigo no cuele?

—Nos matarán. Se cargaron a Karpov, que no era precisamente un don nadie. Están dispuestos a llegar hasta el final. Y lo peor es que han demostrado poder hacerlo.

—¿Por qué trabajaste para el ruso?

—Para poder excavar, además de dinero, hacen falta permisos. Él me facilitaba los medios y el acceso a yacimientos espectaculares. Karpov era un delincuente que se había ablandado con los años, pero no era idiota. ¿Te acuerdas del sable colgado en la pared? Estaba obsesionado con Napoleón y convencido de que la botella le perteneció. Lo conocí cuando decidió exponerlo en París, un caso parecido al de la botella que hallamos en la costa andaluza. Cuando empecé a trabajar con él pensé que era un chollo temporal que podría eliminar de mi curriculum con facilidad, después no vi el momento de salir y se me acabó yendo de las manos. Pero, si me dejan, eso ya pasó.

—Y, ahora, me metes a mí en la boca del lobo.

—No, tú te metiste solito. Yo solo te he hecho de guía en la bajada a tu infierno. También sabré llevarte a la luz. Al estilo de las antesterias, claro. Y procuraré sacarte vivo, créeme. Los muertos besan fatal.

—Vale, pero a corto plazo, ¿sabes adónde hay que ir concretamente aquí abajo o no?

—¿Recuerdas lo que te explicamos con el ruso? Antiguas bodegas. Se fueron ampliando a lo largo de los años, cambiando, evolucionando si prefieres llamarlo así, como un buen vino de los que guardan por aquí dentro. Nadie conoce bien todos los accesos. Algunos lugareños podrían contarte

historias apasionantes. Pégate a mí. No resbales y cuidado con tropezar, voy a apagar la vela. Giramos a la izquierda en esa bifurcación.

—¿Quién coño era la rubia? Esa que me ofreció el trabajo antes de que quisieran matarme en Vilafranca.

—La mala, esa es la mala. Pero no creo que nadie intentara matarte en ningún sitio. Te querían de peón, guapito. Eras el hombre del mono azul, el obrero, el técnico al que todos necesitaban. Todos quieren esa botella, y, a falta de ella, una imitación. Pero buena.

—Ya, mucha pasta...

—No tanta. Lo que está en juego es el prestigio, la leyenda en manos de alguien. Un gurú o algo así. Eso no tiene que ver estrictamente con el dinero, aunque ayude a ganarlo. Es una necesidad que nace del hecho de ser estúpidamente rico, pero que no se relaciona con las ganas de serlo aún más. ¿Me sigues?

Un crujir sordo se oye en la oscuridad. Allá delante. La charla se corta en seco en el momento en que se abre un halo de luz en la penumbra. La claridad cae en picado desde la parte derecha del túnel, dibujando una diagonal que acaba en un rectángulo iluminado sobre el suelo del color naranja artificial que da una farola callejera. Los túneles que forman las bodegas están conectados entre ellos y hay un buen puñado de accesos, desde la calle, que permiten bajar a las bodegas. Fugazmente, se ven unas escaleras de piedra que apenas podían intuirse antes a dos metros. Este es un punto de acceso cercano a la X marcada en un mapa antiguo invertido. La luz se apaga rápidamente y el leve crepitar de la puerta que se cierra es sustituido por un quedo crujir de zapatillas bajando por la escalera.

—Psssss, no hagas ruido... ni una palabra, no respires.

Mégane agarra de la manga al enólogo estirándolo hacia

abajo para que se agache. De rodillas, junto a ella, él puede notar la seguridad de alguien que se muestra natural ante el peligro. Seguridad que, por el contrario, ha visto tambalear en ella cuando trataba de aguantarle la mirada. Sin embargo, ahora es él quien teme. Y el miedo deja en el pecho del enólogo una sensación continua de presión angustiosa.

—Me meo... —dice él en voz baja.

—Cállate, joder —lo reprime ella acompañando las palabras de un gesto tajante.

Apurando al máximo los esfuerzos por mantener el sigilo en sus movimientos aparece, bajando por las escaleras, pegada a la pared, Henar Martínez. Viste tejanos ajustados y una chaqueta de piel negra ceñida, sobre la que cuelga su cabello moreno recogido en una coleta. Un reflejo en la penumbra revela el cañón de metal de una pistola de reglamento. «*Armée* —piensa Mégane—, *cette salope est armée.*» Henar avanza, un poco torpe. Nerviosa también ante lo que se le viene encima, se la puede oír respirar desacompasada. Saca un teléfono móvil del bolsillo y se alumbraba con él. Señala a ambos lados con la luz insuficiente del terminal, mientras por detrás de ella, a distancia, los otros dos se mantienen inmóviles observándola. Parece haber dos opciones en una bifurcación que los demás apenas ven. La documentalista de la policía opta por la opción de la izquierda y desaparece del cuadro de sus observadores, que se mantienen agazapados en la oscuridad del pasadizo excavado, a la espera de decidir cuándo y cómo seguirla al encuentro del destino de todos.

Jerez de la Frontera, noviembre de 2013

Meinhard y a mí nos ha unido siempre una noble
=A amistad.

Juan del Corral pasea, un metro por delante de mí, por la crujía de su bodega catedral. Es la calle central de un conjunto grande de andanas rectas entre columnas que recuerdan vagamente a los grandes templos musulmanes. Por los ventanales entra la solana que aún en este tiempo hace madurar el vino en las botas.

—No pienso decirle más, por muy policía que sea. Mire, en un principio me hizo cierta gracia. Era como un foro de élite en Internet. Nada raro, ¿sabe? Nuestro propio código de honor, nuestra propia manera de comunicarnos y ya está. Solo un lenguaje propio para gente exclusiva. Después vinieron las estafas y nos pusimos de acuerdo. Nunca más se invitaría a extraños a los eventos. Se perfeccionaron los sistemas para encontrarse en secreto. Cosas muy raras empezaron a pasar, todo... no sé cómo decirle, degeneraba. Comenzaron las muertes y supe que a alguien se le estaba yendo de las manos.

Del Corral viste pantalón marrón pardo y un jersey caro de color verde apagado. Es relativamente alto y bastante delgado. Las patillas, gruesas, le dan un toque sureño que a

buen seguro ha buscado voluntariamente debido al color demasiado claro de su cabello, que está entre rubio y castaño. Afloja el paso, concediéndome una tregua, y pasa descuidadamente la mano por encima de una de las botas de vino.

—La elaboración de un jerez es muy particular. Y en Andalucía hay mucho más que fino y manzanilla. Málaga hace unos vinos portentosos, tintos de grado, generosos como el elaborado a partir de la variedad Pedro Ximénez. Por no hablar del Pajarete, por ejemplo, muy fino y delicado, elaborado mediante combinación con arrope. Podría hablarle durante días de los vinos de mi tierra...

Con más aire chulesco que melancolía en el semblante, toma una caña de cata e inicia el proceso de extraer una muestra de fino del tonel para comprobar su evolución.

—Acérquese, por favor. Las botas de vino no llegan a llenarse del todo, así siempre queda un espacio a modo de cámara de aire. En el caso de los finos, como este, se desarrolla una capa en la superficie que hace de aislante respecto al oxígeno, evitando que el caldo se oxide. A esta capa la llamamos velo de flor. Son levaduras muertas, para que me entienda. Con este instrumento podemos catar de la bota atravesando la capa pero sin romper su magia.

—¿Es muy añejo este vino?

—Sobre estas botas no se puede hablar de añadas porque el jerez se elabora mezclando vinos de diferentes cosechas. Decimos que tal o cual bota va desde tal a cual año. Las hileras se componen de tres niveles de toneles, me gusta llamarlos libertad, igualdad y fraternidad. Cuanto más cerca del suelo, más maduro es el contenido, por ser la bota que contiene vino de más edad. De esas barricas se toma una cantidad en litros para el consumo y se sustituye por la misma cantidad de las botas de la segunda hilera. Y así sucesivamente. Dicen que el sistema se les ocurrió a los

ingleses.

Coge una copa, decanta el contenido de la caña. La mira al trasluz y me la entrega, llevándose acto seguido la mano a la cintura.

—Mire —continúa—, lo que voy a decirle no pienso repetirlo ni delante de un juez. Cuando Meinhard destapó esos intentos de estafa, vino a verme alguien conocido. Entiéndame, alguien a quien no veía desde hacía mucho. No sé quién es su asesino, pero, si es quien creo que es, líbrese mucho de ir a cazarlo. Ese es mi consejo.

—Aparte de que sea sicario profesional, ¿puedo saber por qué debería mantenerme lejos de él?

—Porque piensa, señorita. Porque piensa —repite antes de hacer una pausa llevándose la mano derecha al mentón en actitud reflexiva—. Respecto a esas supuestas estafas... Mire usted, da la sensación de que este mundo del vino está podrido, que todos los que estamos en este negocio mentimos y que aquello que sacamos al mercado no es más que puro *marketing*. Pues déjeme decirle una cosa. Nos dejamos la vida en las barricas, desde la vendimia hasta la venta al por menor. Trabajamos, estudiamos y nos esforzamos para dar lo mejor de nosotros mismos y del potencial de nuestro producto. Cada terruño tiene una esencia que sus habitantes tratan de extraer, gastando esfuerzo, dinero y talento para sacar lo mejor de su identidad. Desde el viticultor hasta el enólogo, le damos al vino todo el conocimiento heredado al paso de las generaciones, vendiendo el alma por el camino. Lo hacemos porque vivimos de esto y comprometemos en ello nuestro presente y el pan de nuestros hijos. Somos conscientes de que para recibir hay que dar; pues bien, entre todos no solo damos vino, damos ocio, alimento y cultura, que ya lo dijo Dios que no solo de pan se vive. Y, pese a hipotecar su vida en ello, hay quien no saca ni para pagar los gastos. Y en eso

estamos, tratando de ganarnos la vida al tiempo que hacemos entender que el sudor de nuestra frente no solo es tradición de las buenas, sino también un patrimonio que nos toca conocer, difundir y disfrutar, que va directo a la esencia de lo que somos. ¿Me entiende? Correcto entonces. Así que, si no desea nada más, lo que es por mí, ya sabe dónde está la puerta. Y, señorita... si no le importa, le agradecería a usted que se olvidara de mi cara y de mi nombre para siempre.

Aranda de Duero, febrero de 2014

utain! Ça me fait chier! —dice Mégane susurrando, sin
=P quitar ojo a Henar, mientras esta se incorpora al
laberinto de bodegas.

—¿Quién coño es esa?

—Es otra invitada... —contesta tocándose por inercia la
herida de la cara.

—¿Invitada? ¿Te parece esto una fiesta?

Mégane mira muy de cerca al enólogo en la oscuridad. Si
no estuviera enamorada de ese tarambana, se enojaría y
seguramente le restregaría su estupidez con un comentario
tajante haciéndole pagar su torpeza en una situación tan
seria.

—Aunque parezca cómico, guapito, siento comunicarte
que esto, a su manera, sí es una fiesta. Y, lo que es peor,
estamos invitados.

—Vámonos de aquí. Matan gente. Esa tía va armada. Me
importa una mierda huir para siempre. ¡No quiero morir hoy!

—No podemos irnos, es la última estación. Esto acaba
aquí.

No dice nada más antes de tomar el camino contrario al

que escogió Henar. Tuercen inmediatamente a la izquierda de nuevo y continúan por un interminable pasadizo recto en la oscuridad. Hay botas de vino a los lados e iluminación eléctrica moderna en algunos tramos que atraviesan con rapidez, buscando el abrigo de la oscuridad. Hay portezuelas y rejas que dan acceso a lo que parecen estancias pequeñas y secundarias, donde podría estar escondido cualquiera. Llegan, por fin, a un lugar donde Mégane se detiene y alza la mano derecha de espaldas al enólogo. Junto a unos pedazos de duelas de barricas abandonadas por el suelo hay una puerta minúscula, fabricada con rejas de hierro.

—Es aquí. Un pasadizo. Estamos justo debajo de la calle Isilla.

—Una polla, yo por ahí no me meto.

—Guapito, no me fuerces a obligarte. Me gustas demasiado.

Un ruido llega desde el final del larguísimo pasillo que han venido recorriendo. Alguien, allí al fondo, ha tropezado con algo.

—Joder, ¿esto son unas bodegas o Mafiaventura para asesinos de vacaciones?

—¡Entra y calla, joder!

Abre la puerta, se agacha y se apresura hacia dentro. Él duda, hasta que ve una mano que sale del agujero negro que hace de pasadizo y que le pide que entre. «Vamos.» Un segundo ruido, este más quedo pero más cercano, le mete la prisa en el cuerpo, decidiéndolo a entrar también. Ya dentro, los dos cierran rápidamente la puerta. Respiran un aire cerrado y envejecido. Recorren en cuclillas apenas unos metros que se hacen eternos, hasta que alcanzan la puerta de salida. Sonoramente pasan la balda para abrirla. Al otro lado hay luz. Salen torpemente, el corazón latiendo a tope y los pulmones que no dan abasto. El miedo crece ante lo que

hay fuera. A ambos se les pasa por la cabeza la posibilidad de que haya alguien al otro lado que nada más salir no les deje ni tiempo para levantar la cabeza. Plis, plas. Dos tiros. Trabajo fino y al otro barrio. Sería bien fácil despachar el problema por la vía rápida. Pero no es así, pese a que, efectivamente, cuando salen pueden ver que hay alguien ahí, aguardando. Sí. Una chica rubia. Pero no tiene una pistola en la mano. Es ella, es la mala. Con habilidad y pulso firme abre una botella de vino. Está detrás de una mesa larga donde hay distribuidas copas vacías sobre un mantel blanco. Y ella, haciendo su trabajo, los mira con frialdad. Al enólogo le parece ver en sus ojos un azul profundo conocido, el color del que imaginarías el reflejo de un iceberg sobre un mar septentrional.

—Vaya, sabía que tarde o temprano volveríamos a vernos —dice Borau mirando a Maike Wechsler, antes de volver el rostro de nuevo hacia Mégane—. Por si no quedaba claro, es la mujer que me dio el QR en la cata de Vilafranca, momento en el que aún no sabía que un macarra me esperaba fuera.

Ladea la rubia levemente la cabeza, mirándolos con mucha distancia pese a estar tan cerca, antes de saludar.

—Bienvenidos a la presente antesteria —dice.

Pelo liso y suelto, luce un vestido rojo, recto con mangas, elegante pero sencillo, que estiliza sus largos brazos y le dibuja un contorno esbelto y atractivo. Yergue el tronco ante los invitados, a la vez que baja la vista sobre el vino que cae en las copas que sirve. Puede oírse el mágico blup, blup del respirar del vino, el sonido típico de cuando justo antes de deslizarse hasta la copa en caída libre entra aire que se ocluye por el cuello de la botella. La sonoridad del lugar impresiona. Se paladea el blob, blob posterior, del resonar del líquido contra el cristal de la copa cuando ya va cayendo en su interior.

—Por favor... —La rubia les indica con un gesto de la cabeza que se acerquen a la mesa vacía de sillas.

Mégane, sin perder la compostura, se fija en el calzado de la chica que se ve por debajo del mantel.

—Te cabe la posibilidad de tener que correr, ¿verdad, guapita? —le dice Mégane a la rubia.

Maike Wechsler mira detenidamente hacia sus pies en cuanto deja la penúltima copa sobre la mesa. Botas planas de piel gris. Elegantes y eficaces. Mégane continúa.

—Llevas tiempo aquí, ¿me equivoco? Para estar en pleno invierno, vistes muy ligera, pero aquí abajo la temperatura es estable, por lo que deduzco que ya te has cambiado de ropa aquí abajo. ¿Qué tal folla el viejo? ¿Has aprendido ya a chupársela sin vomitar? Seguro que catas mejor las pollas que los vinos... olor, vista, textura, sabor, cosas de tu oficio. —Mégane habla buscando algo impreciso en las paredes de piedra, hasta que detiene la vista sobre un soporte vacío. De él solía colgar el sable de Napoleón. Maike le devuelve una sonrisa felina como único pago a su comentario—. Bueno, aquí falta gente. Una, dos, tres, cuatro, cinco y seis copas. Somos tres, hemos visto a una cuarta invitada por el camino, oído a un quinto y nos falta el sexto, que sin duda debe de ser nuestro anfitrión. ¡Vamos! Abajo el telón, descubramos de una vez quién mueve los hilos. Maldita sea, sepamos ya quién es Bakcheia. Cinco copas servidas, la última se llenará de un vino que será solo para él.

¡Cras! Se oye el estrépito de la portezuela que se abre empujada por la patada de alguien.

—Pero ¿qué coño es esto? ¿Una reunión social en un salón de té? —grita Henar Martínez, entrando en escena visiblemente nerviosa—. ¡Me cago en la puta que os parió a todos, coño ya! ¡Manos arriba, soy policía!

—No pierdas el tiempo, querida... —le suelta Mégane,

mientras se lleva instintivamente la mano a la herida a medio curar de su mejilla izquierda—. Aquí todo el mundo va armado.

—¡La madre que te parió, a ti especialmente! —responde Henar al ver a la francesa—. ¿Has aprendido tú ya a contar balas?

—¿Qué coño dice? —pregunta, perplejo, Borau.

—Esta señora y yo hemos tenido cierto contacto —contesta Mégane, sin dejar de sostener la mirada a Henar—; de hecho, le debo un tajo en la cara. Es la policía de la que te hablé, no te lo he dicho antes para no acojonarte más.

Joan Borau está a punto de empezar con un rosario de preguntas cuando una voz ajada y grave suena desde el pasillo que no alumbra suficientemente la luz artificial que cuelga sobre la mesa de catas. Un hombre viejo aparece desde la oscuridad con un arma en la mano.

—Hoy es la Pithoigía. La fiesta comenzaba tal día como este con la apertura de las jarras —explica el recién llegado—, grandes tinajas o jarras de barro, escondidas bajo tierra, que guardaban el vino. Así daban comienzo las antesterias. Con este ritual se evocaba la salida colectiva de los muertos del mundo subterráneo. Los muertos, como ustedes o como yo, si me permiten la licencia. Esta comunicación entre vivos y muertos se daba, precisamente, a través del vino, elemento asociado a Dioniso por los antiguos griegos, conocido por los romanos como Baco. El mundo y el inframundo unidos a través de un elemento etílico.

—¿Quién coño es este tío? —pregunta con sincera ignorancia el enólogo.

—Quien mueve los hilos, él es Bakcheia —resuelve Mégane convencida.

—¡Mateu Noguier! —grita Henar, llevándose las manos a la cabeza, con pistola y todo—. Hijo de puta, ¡estabas

muerto! Dios, ¿qué coño pintas aquí? Bakcheia tenía que ser Meinhard Wechsler, idebía ser él! iTú eras una de mis fuentes!

—Meinhard Wechsler, si existiese ahora mismo, sumaría algo más de cien años de edad, guapita —le dice Mégane con un ligero tono de fastidio.

—Un momento, un momento. ¿Conoces a este tío? —pregunta el enólogo, quien por instinto de supervivencia empieza a centrifugar ideas a la velocidad de una moto de circuito—. Pues te informo de que este abuelo acostumbra a pasearse por Vilafranca haciendo de justiciero con una pistola en la mano.

—No sea ingrato, señor Borau —replica Noguier—, le salvé la vida.

—O me metiste en todo esto.

Henar se vuelve hacia el enólogo.

—Y tú, ¿quién coño eres? —le espeta esta. Sé que acompañas a la pirada de las medias de colores a abrir tumbas antiguas de noche.

—Soy Joan Borau, preciosa. Un momento, ¿cómo sabes eso? Y acabas de decir que este tipo estaba criando malvas... muerto, fiambre. Esto es de locos.

—No me jodas, iTú eres Joan Borau! —se altera aún más la chica policía mientras levanta instintivamente el arma hacia el enólogo—. Pues más te vale empezar a hablar, capullo.

Entretanto, el resto se miran unos a otros, formando un cuadro tragicómico. De no haber vidas en juego, toda la escena sería un chiste de mal gusto. Mégane observa intrigada, Maike se muestra tranquila y fría, mientras Mateu Noguier sonrío inexpresivo, manteniendo una actitud propia de un buen jugador de póquer.

—¿Yo?

—Sí, tú, imbécil, ¿a quién coño estoy apuntando? Esperaba un tío con pinta de *crack*, no un payaso. Se supone que tienes la clave de esta historia.

—Y un cojón... yo solo traigo el vino.

—¿Qué? La hostia puta. ¿Habéis llegado hasta el vino? Cuenta, ya, ¡ahora! El crucifijo era el mapa, un Cristo crucificado en Y, la X marca el camino, la X marca este lugar. Habla de una puta vez.

La pregunta implícita suena en boca de Henar, pero está en la mente de casi todos. Mégane acerca instintivamente la mano al arma que lleva por dentro del cinturón, en la parte trasera del pantalón.

—Lo he traído, he traído el vino.

—Sí, claro, y yo los ganchitos, ¿no te jode?

Noguer aprovecha la distracción general y apunta con su pistola a Henar, quien lo mira de reojo sin dejar de apuntar al enólogo. Su mirada acristalada y la boca ligeramente abierta dibujan el semblante de una persona más descolocada que irritada.

—Señores, señores, cálmense todos, por favor —dice Noguer, conciliador—. Henar, princesa, suelta el arma, cariño. Esto se acabó. No va contigo. Nunca lo fue.

—¿Cómo que no? Mataron a un confidente a dos palmos de mi cara. Me han disparado, te he visto muerto, seguramente he perdido mi trabajo y mis compañeros hayan cursado una orden de búsqueda y captura que lleve mi puto nombre. ¡Yo creo que esto va ahora ya bastante conmigo! ¿No crees?

—Nunca debiste llegar tan lejos. —El tono de las palabras de Noguer se suaviza, conservando gran parte del aprecio que el archivero siempre le mostró a Henar—. Princesa, tú no

deberías estar aquí. Traté de advertirte primero y de disuadirte después. Esta no es una guerra que debas librar tú. Pero eres testaruda, siempre lo has sido. No paras hasta dar con lo que buscas. ¿Será porque eres policía? No, en este caso no lo creo, posiblemente será porque quieres dejar de serlo...

Noguer abre los brazos y deja el arma, con gestos lentos y acompasados, sobre la mesa de catas.

—Vamos, Henar, baja esa pistola, princesa.

Henar cabecea, mira a un lado y a otro, y mueve la pistola insegura, hasta que, con un gesto enérgico apretando los labios y el arma con ambas manos, la baja.

—De acuerdo, ¿vale? Nos calmamos —contesta finalmente, como si le costara horrores ejecutar lo que afirma.

Acto seguido, reaccionando, con un gesto resuelto de la mano, más sereno de lo que cabría esperar dadas las circunstancias, da a entender que pretende continuar con la conversación. Manteniendo el arma asida con ambas manos, les dirige una última mirada de cabreo al enólogo y Mégane. Se gira, ojea brevemente a Maike, que sigue delante de la mesa de catas, y, finalmente, fija la mirada sobre el archivero.

—Cuéntame. Cuéntamelo todo.

París, madrugada del 14 de julio de 1789

La noche cierra un cielo de luna menguante que esconde el empedrado de las calles. Se recuestan en las paredes fulanos de ropas vistosas, perfiles aguileños y sombreros de altas copas que hacen de esas horas algo peligroso. El suelo está resbaladizo por un barro sucio que acostumbra a mezclarse con la mugre que hay por doquier. Desperdicios de comida cerca de los mercados o de las paradas ambulantes improvisadas, ratas, aguas fecales que manan de los desagües en cada esquina o derramadas bruscamente desde las ventanas, olores intensos a carne podrida, sangre y orines estancados, salazones de pescado, excrementos de ganado y perros enfermos que deambulan como la mitad de los humanos, abandonados en busca de algo que comer. En medio de la ciudad de la Ilustración, la burguesía moderna, el hambre y la depravación, una muchacha corre jadeando como si los pulmones tuvieran que explotarle. Esquivando a truhanes, buscavidas y gariteros, pone a prueba la capacidad de su corazón y el tamaño de sus arrestos. Las calles son más estrechas a cada paso, abre los ojos y esquiva con una finta de cadera, ladeando el cuerpo sin detenerse, la presencia sobrevenida de un fulano que le sale al paso.

—¿Adónde crees que vas tan sola, negrita?

Quedan infinitos tahúres, navajeros y bravos a los que eludir, bajo una noche especialmente aciaga de un París demasiado agitado. Echa un vistazo atrás, por si acaso, sin dejar de correr. Un rápido latigazo del cuello para evaluar el terreno que pisa. Falsos revolucionarios, casanovas ebrios, fanfarrones de medio pelo y granujas de todo pelaje llenan las calles mezclándose entre prostitutas y ladronas.

—¡Niña! No corras... pago mal, pero soy cariñoso.

Nota una mano que le agarra el vestido por el hombro. La pilla a contrapié y la desequilibra haciéndola prácticamente caer. ¡Aiiis! Se mantiene en pie casi de milagro, mira atrás y encuentra a un hombre fuerte. Se percata de lo estrecha y oscura que es la calle en esta maldita noche sin estrellas. Es mayor, pelo canoso, prácticamente blanco del todo. Cara ancha, nariz sonrosada por el vino de tonel o el coñac, o todo a la vez, patillas gruesas hasta la base de la mandíbula, rematadas en pico hacia delante, camisa blanca sucia de haber estado moviendo cargas en el río, *culottes* y faja completan su vestuario. Se abalanza sobre la chica, pero ella es joven y ágil, se aparta de un brinco y desembaraza un cuchillo de cocina que ha tenido la precaución de coger en un arrebató antes de salir.

«Sally, ¿adónde vas a estas horas y sola? ¿Estás loca?», le había dicho, con acertado criterio como acostumbraba, Meredith, la cocinera. «¿Estás segura de lo que me has dicho, Meredith? Repítelo. ¿Condorcet se ha llevado la botella destinada a Talleyrand? ¡Maldita sea, Meredith!», dijo Sally en la cocina, llevándose las manos a la cabeza medio llorando de rabia. «Sally, ¿qué más da? Por el amor de Dios, niña, es un simple regalo, uno más... tú preparaste las botellas. Una simple confusión, Sally, nada más. La de Condorcet se la llevó el cerdo de Talleyrand y la de este se la llevó el señor Condorcet, a quien Dios tenga en su gloria... que pese a ser poco creyente es buena persona. Pero imi niña, ambas botellas eran idénticas!» Sin dilación, Sally

Hemings, esclava adolescente y amante de Thomas Jefferson, se armó con lo que tuvo más a mano, zas, y salió corriendo a las dantescas calles del París prerrevolucionario. «La botella llevaba una cinta roja para diferenciarla... ¡Te lo indiqué! ¡No lo entiendes, Meredith, tú no lo entiendes!»

—Negrita... me vendría bien un desahogo. —El tunante señala unas escaleras que dan acceso al descansillo de entrada de una vivienda, ennegrecidas por el hollín de las chimeneas y húmedas de los orines del último transeúnte apresurado—. Vamos, te levantas el vestido en el último escalón, te cabalgo cinco minutos agarrando la barandilla y te olvidas de mi cara... si te relajas, te gustará.

—Si te acercas, sangrarás...

Se aleja Sally, caminando de espaldas, temerosa de que por detrás otro trasnochado, más silencioso, haya decidido asociarse con el primero. La mirada seria. Grácil como es ella, el cuchillo que blande le parece un estoque. El hombre ladea la cabeza, dudando si acometer a su presa. Valora a cuánto puede salir la pieza y si compensa el riesgo de la empresa. Ella no parece fuerte, pero el cuchillo es grande. Se toca el mentón con el índice y el pulgar y ella sabe que ha llegado el momento de salir volando de allí; toma aire, profundamente, y arranca a correr de nuevo sobre el empedrado. Una luz de lámpara de cera se le cruza por el camino, lanzando algún destello fugaz; no hay quien vaya a ayudarla, y tampoco se fiaría de nadie. Nota cómo ante su trotar enérgico se acumula barro en sus zapatos y en la parte trasera de los leotardos. Pero sabe adónde va y eso sin duda la consuela.

Un par de esquinas más adelante, un hombre camina solo con una botella de vino en la mano. Ha rechazado volver en coche de caballos pese a la insistencia de varios de sus colegas. Le gusta caminar y, más aún, le gusta el contacto con la gente real, a quienes considera de corazón sus

conciudadanos. Marie-Jean-Antoine Nicolas de Caritat, más conocido como marqués de Condorcet, se sabe un político honrado. Una *rara avis* en su especie. Preocupado por los derechos humanos y, en particular, por los de la mujer, es, además, un gran defensor del progreso y la ciencia como base de este. Y, en la línea de lo que muchos dicen pero pocos piensan, cree que el desarrollo efectivo de una nación se sustenta sobre el conjunto total de las personas que la integran. Es por ello que sobre aspectos sociales ha sobrellevado más de una discusión airada y ha llegado incluso a proponer un método de elección democrática, que otros han bautizado con su nombre y que consigue, para sorpresa de pocos y espanto de muchos, seleccionar a un candidato de consenso y evitar la dictadura de la mayoría. Apuesta por la implantación del laicismo en la enseñanza y por el voto femenino. Defiende el abolicionismo, que considera un deber ético. Es contrario al despotismo ilustrado y cree sinceramente que la revolución hay que hacerla, y además bien, sin caer en el revanchismo macarra de aprovechar para eliminar por represalias a aquellos que representan la diferencia o no piensan como uno, hecho por el que, a falta de otros mejores, simpatiza con los girondinos.

—Un momento, ciudadano... —Ha topado con un chulo de esquina, no es el primero ni será el último que lo importune. Viste pantalones largos rayados de tela de paño. Cubre su despeinada cabeza con un gorro frigio.

Francia vive una terrible crisis económica que ha dejado sin oficio ni beneficio a un número ingente de trabajadores de todo gremio y condición. La crisis agraria ha detenido prácticamente en seco el suministro de grano a la ciudad. La gente invierte la práctica totalidad de la miseria que gana en comprar pan cuando tienen la suerte de hallarlo. Los hombres de clases medias y bajas, pero no indigentes, de la sociedad francesa, miembros del tercer estado o estado llano, son conocidos como *sans-culottes*, por no vestir

calzones como las clases acomodadas, que visten los suyos ajustados y con orgullo. Hasta que los pierdan. El Estado está integrado por sectores populares, no privilegiados, pero con distinta capacidad económica. Los hay ricos, burgueses, comerciantes y banqueros, gente de clase media como los artesanos, pequeños comerciantes, profesionales independientes y los pobres, por supuesto; estos últimos abundan y se reparten entre obreros de pequeños obrajes, telares, factorías oscuras y mendigos, una clase en auténtica expansión, similares a los anteriores pero sin trabajo y, en algunas ocasiones, sin ganas de tenerlo.

—No corras tanto... que te vas a caer —continúa el fulano dejando intencionadamente la boca abierta al terminar la frase, mientras le posa una mano en el hombro, tratando de infligir miedo.

Todos, el tercer estado oprimido en pleno, del primer listillo al último pisaverde, reclaman de manera activa la abolición del absolutismo monárquico y los privilegios feudales. Hablan a sus interlocutores, como ejercicio de identidad, usando el tuteo, y no tratándolos de señor, como indicaría la corrección del protocolo al uso.

Los humildes *sans-culottes* son las fuerzas de choque que han de conducir al cambio, la vanguardia revolucionaria, aquellos que anuncian cambios sociales trascendentes desde la acción, lejos de la retórica de los politólogos acomodados. Sin embargo, y curiosamente debido al importante servicio que les prestan, son secretamente despreciados por los ricos burgueses, que consideran que sus riquezas les otorgan derechos políticos a los que no piensan renunciar ni hartos de vino. Los *sans-culottes* carecen, por descontado, de educación en muchos casos, y de experiencia política en muchos otros, mejor dicho, de experiencia de ninguna clase, ni destreza, ni mano izquierda, ya que adolecen de las lecciones elementales de cualquier tipo de diplomacia. Eso sí, son expertos en bravuconerías incipientes, chulería de buen

calado y camorrismo de alto nivel. Los tienen en su sitio, eso siempre, y saben hacer frente al enemigo con la única arma que creen que este sabe respetar: la fuerza. A falta de formación y destreza, intuyen con acierto que lo único que puede hacer que los rentistas de la nobleza, el clero y el séquito del rey repartan un pedazo de pastel a la nación es una demostración de soberana mala leche. Y se reafirman en ello, sabedores de que las leyes que aquellos han promulgado, la patria que han vendido y el dios que han inculcado están y estarán siempre de su parte.

—No creo ya que podamos caer más bajo, señor —le contesta Condorcet, sin perderle la mirada, con aire paciente pero en guardia. Perdió la inocencia mucho tiempo atrás y, sabedor como es de que el mero hecho de pertenecer a una clase social necesitada de justicia no otorga directamente caché moral, decide no perderle la espalda a nadie.

—Mis amigos y yo... —señala el *sans-culotte* con el brazo extendido desde el hombro hasta el dedo índice, provocador, echando la cabeza hacia delante, hacia un grupo de macarras que se levantan perezosamente del suelo donde reposaban borrachos— nos preguntábamos adónde va a ir a parar tu peluca en un orden nuevo...

Sonríe felino el fulano, haciendo un gesto inequívoco de muerte, silbando, mientras se pasa el dorso del pulgar de la mano derecha por el cuello.

—Mi peluca seguirá teniendo una cabeza que vestir sobre los hombros. —Mira un segundo al suelo y levanta la testa. Mira a su interlocutor. Hay un par de segundos de silencio. Mueve la cabeza, dubitativo, conecedor de las susceptibilidades que puede despertar decir lo que se piensa, independientemente de la calidad de los argumentos—. Caballero, la situación hay que cambiarla. Estaré a su lado en la batalla por los derechos humanos, pero no va a encontrarme derramando sangre por deudas históricas.

Efectivamente, si no se concede al pueblo el derecho de resistencia cuando sean violados los derechos esenciales del hombre, cualquier fanático se lo concederá cuando los objetos que considera sagrados hayan sido ultrajados. Uno armará hombres virtuosos, buenos patriotas, ya me entiende; el otro pondrá la espada en manos de fanáticos o desalmados.

—¿Me estás llamando fanático, ciudadano?

—Digo que para que la opresión pueda ser útil al opresor, es necesario que el oprimido sea presa de la superstición o esté privado de la razón: esa es la causa por la que la sumisión irreflexiva, usted la llamaría imbécil, de algunos pueblos era muy cómoda para sus sacerdotes, por lo mismo que la sumisión de las bestias de carga proporciona tanta utilidad a los hombres. Queremos ciudadanos, no esclavos. Son los errores del pasado los que debemos subir al cadalso primero.

Se percata Condorcet de que su interlocutor lo mira con ojos más abiertos de lo que cabría esperar. Metiendo las cejas, concentrándose para sacar agua clara de lo que acaba de oír. Mantiene una mano sobre la cadera y hace un gesto, no exento de perplejidad, a sus compañeros para que no se acerquen más. Condorcet se lo piensa, pero finalmente se anima a continuar.

—Señor, déjeme pasar, se lo ruego. Aun a riesgo de repetirme, permita que le proponga una reflexión. —Muy serio, mira a los ojos de su interlocutor antes de repetir una frase que ya ha usado esa noche—. Piense en que los soldados ebrios en un día de batalla pueden ser al día siguiente hombres razonables, pero los soldados fanáticos nunca serán otra cosa que locos peligrosos. Si es tan amable, no valore mis argumentos como el increpar de un enemigo, puesto que aun la verdad unida a los errores hace menos mal y mayor bien que lo que hayan podido hacer por sí solos los

errores.

Tras unos segundos de silencio, levanta una mano el *sans-culotte*, queriendo decir algo, pero se frena, más por reconocerse incapaz de estar a la altura que por falta de ganas de contestar. Deja el índice levantado sobre la mano erguida al tiempo que baja la cabeza un instante. Se encoge de hombros y vuelve a mirar al hombre de la peluca.

—Ten cuidado, ciudadano. Ten mucho cuidado.

Condorcet avanza serio dejando atrás al caballero revolucionario. Ese «ten cuidado» había sonado más como un presagio que como una amenaza. Recordará al fulano como un hombre alto, con ojos claros vidriosos, dientes sucios, casaca azul y sombrero negro de copa alta. Sigue Condorcet su camino, serio, pateando las calles reflexivo, la cabeza gacha, muy metido en reflexiones pesimistas, a punto de hablar solo en voz alta, cuando un grito desgarrador lo detiene.

—¡Señor! ¡Señor!

—Dios mío. ¡Sally! ¿Qué demonios haces aquí?

—¡La botella! Señor, la botella de vino...

—Un vino excelente, Sally —dice el marqués riendo—. ¡Muchísimas gracias! Me consta que insististe a tu amo para que nos lo regalara, eres un encanto.

—Escúcheme, por favor. Es importante para mí. No la beba, jamás abra esa botella. Guárdela, es una botella para coleccionar, no para beber.

—Sally, relájate, por favor...

—¡Prométamelo! Prométame que nunca la abrirá. Que la guardará porque yo se lo pido. ¡Por favor!

—Está bien, está bien... prometido, prometido, deja de llorar. Pero, dime, ¿por qué?

—¡Está maldita! No lo olvide nunca. Esa botella es un

maravilloso recuerdo de una velada inolvidable. Pero jamás, recuerde, jamás debe abrirla. Escúcheme, sé que odia las supersticiones, también las de los esclavos. Pero hágalo porque yo se lo pido. Desataría un mal augurio... ¡Y estaría obligado a creer!

Aranda de Duero, febrero de 2014

—Soy masón. Y, contrariamente a lo que cree la gente, esto = no explica absolutamente nada. Pero seguramente has oído hablar de ellos. Ya sabes, esa orden secreta y misteriosa.

—Soy documentalista, me he informado. No cuesta nada encontrar información sobre ese tema. La abreviatura tripunteada ∴ Esa mierda de firma que habéis ido dejando en vuestros mensajes. Tres puntos, libertad, igualdad y fraternidad.

—De todo lo que encuentres, créete la mitad, todo patrañas. Los diccionarios, las enciclopedias, los cientos de miles de resultados que puedas hallar en Google... Las logias masónicas son asociaciones legales, convenientemente registradas en las administraciones actuales como entidades. Desde antiguo, son órdenes iniciáticas que velan por la evolución ética, moral y espiritual de sus miembros. Han practicado siempre la solidaridad, el estudio de la moral y el perfeccionamiento intelectual y social de la humanidad, incluso en contextos donde primaba el oscurantismo, la religión, el poder otorgado por nepotismo y la superchería barata.

—Vamos, hombre, son una secta.

—Henar... eres más inteligente que todo eso. Los masones reconocen a un ser supremo, cierto. Pero se sustentan en postulados humanistas. Los principios básicos de la Revolución francesa o, lo que es lo mismo, los cimientos de la sociedad contemporánea, de nuestros valores.

—Bueno, todo eso sería discutible —interviene el enólogo—. Pero ¿podríamos ir avanzando?

—Se reconoce el valor de los individuos tan solo por sus méritos, sin que exista ninguna otra diferencia entre ellos que la que se deriva de estos. Se reconocen como hermanos a los que se debe respeto, ayuda y solidaridad y no rechazan a nadie por sus creencias u opiniones. Cualquiera que conozca cómo funciona un partido político medio actual, consideraría a los masones democráticos y avanzados. La fama de ocultistas y sectarios la otorga en España el franquismo, que persiguió a las logias y fusiló a sus miembros, poniéndolos en el mismo saco que comunistas o nacionalistas, porque los consideraba igual de peligrosos. Podéis encontrar actualmente templos masones y sus webs en Internet. ¡Por Dios! Henar, tú eres de Barcelona.

—Cornelia, que no es lo mismo.

—De acuerdo, princesa. —Noguer se encoge de hombros, había oído puntualizar esa diferencia en muchas ocasiones—. Pues a unas paradas de metro te queda la fachada de la biblioteca en la antigua sede de la Cooperativa La Fraternidad, en la Barceloneta, o el convento de Sant Agustí, la fachada de los Porxos d'en Xifré...

—Vamos al grano. No me puedo creer que estés contándome que ahora la culpa de toda esta mierda la tienen los masones. ¡Esto no es una película de misterio, joder!

—Cierto. De hecho, yo no debería hacerles publicidad. Ya no pertenezco a la logia. He sido proscrito.

—No me jodas —vuelve a intervenir el enólogo.

—Sí, señor Borau, por asesino —sigue Noguer—. Aunque no más que usted. Al menos, yo en mi defensa puedo alegar que solo intentaba recuperar lo que era nuestro. La maldita botella de vino, que no es una botella cualquiera.

Bueno, vamos por partes, a ver si soy capaz de ordenar las ideas. En primer lugar, debo agradecerles a todos que compartan conmigo esta fiesta de la Antigüedad, que se resume para que nos entendamos en vino y orgía.

—Pues yo no tengo el chasis para fiestas —dice Henar.

—En un principio, sirvió como buena excusa para unir historia y vicio en pos de atraer a nuestra presa. Esa fue la idea inicial. Desde muy antiguo, una de nuestras reliquias se mantenía a buen recaudo en una bodega tapiada en París. Pero la ocupación nazi en los años cuarenta le arrebató a la logia ese tesoro. No se supo hasta años más tarde cómo habían encontrado uno de nuestros escondites. Fue ese arqueólogo renegado de los nazis, Otto Rahn, un hombre que quiso superar a su pretérito compatriota Schliemann, el descubridor de Troya, encontrando el Santo Grial. Que sepamos, no lo consiguió, pero se topó con nuestra botella de vino, de alguna manera se lo hizo saber a Wechsler en los momentos previos a la ocupación nazi de Alemania, durante el final de la Guerra Civil española, y este la sacó de su escondite. Hubo muchas botellas, pero, por alguna razón, se creyó que esa en particular contenía algo especial. No supimos nada de su paradero hasta que apareció el mafioso ruso y saltaron todas las alarmas del mundo del vino. La rumorología empezó a funcionar y todo el mundo se puso nervioso. Ya saben, Karpov saltó a la palestra del mercado del vino publicitando que tenía nuestra botella. Una botella que insinuó que fue propiedad de Thomas Jefferson. Nuestra reliquia. ¿No les parece increíble? La gente ha llegado a creer que los masones conservan el tesoro de los templarios o la

tumba de María Magdalena, así que no venía de una más. Todo eso, hasta donde yo sé, es falso, pero no quiere decir que los masones quieran prescindir de sus símbolos. Y esa botella, según nuestras fuentes, perteneció a masones muy importantes desde hace más de dos siglos.

—Las ocas del claustro de la catedral de Barcelona fueron idea tuya, supongo. Un símbolo templario vivo en medio de un templo cristiano. Karpov... Apasionado del vino, sí, y pirado por la historia, literalmente, como tú —lo interrumpe Henar.

—¿Quién puede culparlo? Karpov incluso tiró de su propia arqueóloga, aquí presente, aunque ella de momento es en este caso la que ha sobrevivido a la búsqueda. Vamos a ver, como en arqueología, la pieza en sí misma es secundaria y, al igual que en la búsqueda del Grial, lo importante no es el recipiente sino la esencia que contiene, la información, el mensaje, el secreto. Hubo muchas botellas especiales, sí, y quedó una como símbolo en nuestros días, pero el contenido de todas ellas fue el mismo. Un vino que contenía una esencia capaz de levantar imperios, destronar monarcas, impulsar revoluciones. Henar, esa esencia podría remontarse a la sangre de Jesucristo, el vino de la última cena. Imagina qué pasaría si un vino contuviera en su interior la sangre de Cristo. Las primeras noticias que tenemos de vinos capaces de otorgar poder a sus poseedores se remontan a tiempos de Thomas Jefferson y la Revolución francesa. Él, que llegó a ser presidente de los Estados Unidos de América, recorrió los viñedos de la actual zona de Burdeos a caballo y seleccionó vinos excelentes que servía en veladas revolucionarias que albergaba en su casa, a escondidas del gobierno francés, ante el cual era, en ese momento, diplomático acreditado. Todos los dirigentes de la revolución y la Guerra de Independencia americana fueron masones. Hablamos de gente como George Washington, Benjamin Franklin, etc. No hace falta decir mucho más: mirar los billetes de dólar y

localizar símbolos masónicos es un juego de niños. Jefferson también fue masón, sin duda, como su amigo Lafayette. La Revolución francesa se inspiró en escritores masones como Voltaire, Montesquieu, Diderot y D'Alambert, entre otros. Y, por supuesto, en Condorcet. La asamblea constituyente creada después de la revolución estaba integrada en su mayoría por masones como Marat, Danton, Robespierre, Mirabeau...

—Entonces —dice Henar—, la botella de los enigmas se halló en la residencia de Condorcet...

—En la casa de madame Vernet, quien cobijó a Condorcet en su huida cuando lo perseguían los jacobinos —interviene Maike Wechsler, entrando en la conversación por primera vez.

La rubia había tomado su copa, haciendo girar el líquido en el sentido contrario a las agujas del reloj, con maestría practicada desde la más tierna infancia. Da ahora un trago largo. Paladea moviendo el vino con la lengua desde un carrillo a otro. Con un leve levantamiento de cejas da a entender que, tras meditarlo, ha decidido ceder a la tentación y explicar la parte que le toca de la historia.

—La botella pertenece a mi familia, soy la orgullosa nieta de Meinhard Wechsler.

—Exacto —responde Noguera—, gracias Maike. Parece que ha llegado la hora de las confesiones. ¿Te importa que acabe yo tu parte antes de que empieces a mentir? No estropeemos este momento culminante, te lo ruego. Un día, una historiadora rubia, jovencísima, apareció en la logia diciendo que podía encontrar nuestro tesoro. La pusimos a prueba, claro está, y vimos que tenía talento, que sabía exactamente dónde buscar y que, sobre todo, tenía muchos recursos. Era como un regalo caído del cielo que traía bajo el brazo la información necesaria en cada momento. Nadie investigó de dónde salía, tan solo yo lo hice. Una familia de bodegueros

alemanes de la zona del Mosela, enriquecidos hasta el paroxismo con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial. Decidimos hacerle caso. Después vino todo lo demás, las muertes y todas esas cosas tan feas. Yo era quien mandaba en la logia. No voy a aburriros explicando cómo funciona la jerarquía, pero el caso es que me defenestraron del cargo por hacer caso a esta mujer, que empezó a pagar a asesinos y a hacerlos actuar por su cuenta y riesgo. ¿No es cierto, Maike?

La rubia sigue impertérrita, como si el relato no hubiera acabado o la pregunta no fuera con ella. No pronuncia ni una palabra. Mira por encima de la copa, que se acerca a los labios de nuevo, con esos ojos azules árticos del color que toma el océano antes de helarse cerca de los polos.

—Pues bien. El abuelo de nuestra rubia, aquí presente, era un joven oficial cuya familia quedó arruinada por la crisis que desató el horror en Alemania. Sabemos que estuvo en España como voluntario de la famosa Legión Cóndor, y que se le asignaron tareas como asesor técnico y alguna misión más de espionaje sobre el terreno. Cuando acabó la guerra en España fue enviado al París ocupado por los nazis hasta que un día, sin que se sepa cómo, encontró una bodega tapiada en París y dio con la botella que guardaban los masones en la antigua morada donde estuvo escondido Condorcet. El joven teniente pretendió entonces, en resumidas cuentas, medrar en el régimen aprovechándose de la superstición de sus líderes. A diferencia de otros, supo discernir el valor de la botella y se las compuso para llegar hasta Himmler. Le ofreció el vino como complemento perfecto para reestrenar el Santo Grial cuando este lo encontrara. Toda una estupidez, debéis de estar pensando. ¿Quién cree en esas cosas? Pues bien, el hecho de que sean completamente falsas, ridículas e hilarantes, no elimina el poder que tienen debido a que alguien se las crea. Yo, por ejemplo, daría mi vida gustosamente por probar ese vino.

Himmler lo tomó como su ayudante personal. Hasta que, izas!, le robaron la cartera. ¡El maletín! El maletín que acompañaba a Himmler en todos sus viajes, donde llevaba una guía práctica de la época sobre cómo encontrar el Santo Grial cuyo autor fue un tal Otto Rahn y, por supuesto, nuestro tinto de Burdeos. Nunca supimos quién robó el maletín hasta que, ¡oh, sorpresa!, apareciste tú, querida Henar, para ponernos sobre la pista. El señor Ceferino Carrión, más conocido como Jean Leon. En fin, este incidente mandó al teniente Wechsler al frente ruso, del que volvió siendo una persona muy diferente a la que se fue. A partir de entonces, su obsesión fue recuperar ese vino. La botella maldita. Consiguió rehacerse, reflotar el negocio y convertirse en un comerciante de vinos rico y de prestigio, después de la guerra, claro. Pero su búsqueda inconclusa siguió siendo la misma, la botella maldita. Cuando Karpov apareció diciendo que habían hallado una botella que perteneció a Thomas Jefferson, todo vino rodado. Ahí entraste tú, princesa Henar. Y debo decir a todos que a mi corta esperanza de vida le habéis dado un final de emoción que jamás me hubiera permitido soñar.

—¿Pudo ser masón Jean Leon?

—¡Gran pregunta, querida Henar! No me lo había planteado nunca. Los ideales masónicos han tenido desde antiguo adhesiones de todo tipo. Entre los masones hay quien afirma rotundamente que la Segunda República fue, en gran medida, una operación masónica. Masones fueron seis presidentes del Consejo de Ministros. Hablo de Azaña, Casares, Martínez Barrio, Portela, Samper y Lerroux, y veinte ministros, catorce subsecretarios y veintiún generales. Y si nos remontamos más aún en el tiempo, la lista de ejemplos sería muy larga. Durante el franquismo, la masonería desapareció en España. La propaganda negativa fue durísima. Algunos atribuyen la obsesión de Franco por destruir la masonería a que antes de empezar la Guerra Civil

solicitó ingresar en una logia del Magreb, pero el privilegio de la entrada le fue denegado dos veces. Otros lo achacan a que el padre y el hermano de Franco eran masones y, al parecer, papá se portó mal con mamá, según diagnóstico del mismísimo caudillo, debido a sus ideas liberales. Masón fue también Lluís Companys, presidente de la Generalitat de Cataluña. Presten atención todos a este tipo de detalles; cuando Himmler llegó a Montserrat, el mismo día que Franco se reunía con Hitler en el tren de Hendaya, el 23 de octubre de 1940, hacía ocho días que habían fusilado al presidente catalán en Montjuïc. Alguien cabreado pudo decidir hacer algo al respecto. Una pataleta, quién sabe, a lo mejor incluso pudo ser algo más prosaico o personal. De hecho, ya no importa. Lo innegable es que resulta una anécdota de esas que, dependiendo del contexto, pasan a la historia como algo heroico. Pero no, no nos consta que el amigo Jean Leon fuera masón.

—Todo eso suena como una gran sarta de chorradas. No tenéis ni idea de qué pasó —interviene Borau ante la perplejidad de todos.

—Jean Leon presencié la muerte de Otto Rahn a manos de mi abuelo y esperó hasta que pudo robarle la botella —afirma Maike—. Si de algo estoy segura es de eso.

—Un hurto romántico... No nos desviemos del tema, tenemos trabajo —interviene Mégane Beauture.

—Tiene razón mi amiga, la francesa. —Borau levanta la vista hacia el techo. Cada vez le parece más familiar la penumbra del enjambre de túneles que forman las bodegas subterráneas—. El maletín y la botella desaparecieron a los ojos de todos porque Jean Leon los escondió, cuando menos la botella, en el lugar donde conoció a ambos alemanes. Pero alguien, que no fue Wechsler, se la llevó más tarde, coincidiendo con el golpe de Estado de 1981.

—Cierto, un militar español, llamado Alfonso Armada,

quien después del golpe no quiso saber nada de la botella y permitió que se perdiera en el olvido en un polvorín militar de mala muerte —afirma Maike.

—Hechos todos que están relacionados con esta señorita rubia —continúa Borau—, que me entregó una carta para ofrecerme un curro que finalmente iba a darme Karpov el día que intentaron matarme, entre otras cosas. Así que, si no os importa, que alguien me explique qué papel desempeña aquí la Barbie.

—Trabaja para el gobierno. —Noguer abre una amplia sonrisa mientras habla al tiempo que la rubia observa inexpresiva—. Pero puedo perdonarla debido a los servicios prestados, como a todos vosotros. Es la dueña de una multinacional del espionaje y la seguridad. Y ahora protege indirectamente el secreto más hilarante de la monarquía española. Inconfesable debido a que la opinión pública lo encontraría más ridículo que grave. Que a escándalos ya están más que acostumbrados y se los tragan todos. De momento, claro. Su abuelo, el de Maike, por supuesto, fracasó en la búsqueda de su grail particular. ¿Qué hizo su nieta al hacerse cargo del emporio familiar? Sencillo, potenció la rama más torcida del negocio y se montó una moderna empresa de matones al servicio de gobiernos occidentales. Aprovechó los contactos realizados para fundar Bakcheia y poner a hervir la olla para que salieran burbujas de información sobre la botella para jugar de nuevo la partida. Juntamos a todas las bocas y orejas del mundillo y diseñamos el escenario perfecto para que la gente empezara a soltar lo que sabía. Todos se pondrían nerviosos, lo comentarían, saldrían datos a la luz, movimientos, rumores. Una olla calentándose hasta que hierve, por eso fuimos a buscar al enólogo.

—Todos sabían que Borau podría certificarla o falsificarla llegado el momento. Sabíamos también que alguien relacionado con el ejército español tenía la botella —

corroborar la rubia—. Porque mi abuelo solo contó una vez en su vida a alguien más que no fuera yo la historia del crucifijo en Y. Pero seguíamos sin saber dónde buscar. Hasta que nos llegó la noticia de que en un lugar perdido, siguiendo la carretera de Zaragoza, cerca de los Monegros, un hombre joven fue encarcelado por una pelea con un oficial. Tuvimos acceso a su declaración, en la que se hablaba de una botella de vino, y nos puso sobre la pista.

—Investigamos al teniente Márquez —añade Noguer—, y resultó ser, para nuestra sorpresa, uno de aquellos guardias civiles que salieron por las ventanas del Congreso de los Diputados en febrero de 1981. ¡Impresionante! ¿No creen? Se ha publicado en prensa, aunque parezca una broma de mal gusto, que mientras tenían ocupado el Congreso consumieron cuatro botellas de Moët Chandon, seis de Codorníu, dieciséis cajas de cerveza, diecinueve botellas de *whisky*, veinticuatro botellas de vino tinto...

—Eso también es España, sí, señor... —interviene el enólogo.

—He memorizado las cifras porque me parece un caso digno de ser contado a menudo —prosigue Mateu Noguer—. Los golpistas sumaron consumiciones por valor de 106.672 pesetas, que dejaron a deber en el bar de la Cámara Baja, la noche del 23 de febrero de 1981. ¿Le importaría continuar, señorita Wechsler?

—Mandé registrar la casa de Márquez a uno de mis hombres de confianza, un africano con el que acabó el Profe en Jerusalén, y entre sus pertenencias —comenta Maike— encontró un álbum de fotos tomadas los días previos al golpe de Estado. En ellas, posaba Márquez sonriente junto a Antonio Tejero y varios militares españoles más, como Jaime Miláns del Bosch, compañero de Alfonso Armada en el frente ruso con la División Azul. El vino, al parecer, cayó en manos del tal Márquez antes o después de que asaltaran el bar. Y

este se lo llevó con él, a modo de reliquia personal, a un lugar al que nadie iría a buscar absolutamente nada. Ni el zapato de Jesucristo. Nuestro teniente estuvo metido hasta el cuello en la intentona de golpe de Estado, pero probablemente no tenía ni idea de qué tipo de *souvenir* se estaba llevando consigo en el petate. El vino perfecto para estar presente en el momento en que la cabeza de un rey se ponía en juego.

—El vino de Elefante Blanco —interviene Noguer—, el militar promotor del golpe al que Tejero esperaba en el Congreso para hacerse cargo del gobierno y que nunca apareció. Entre los nombres apuntados se encuentra el de Alfonso Armada.

—Venga ya... —dice Henar sin dar crédito.

—Se trata de un secreto que va mucho más allá de esto y que ha resistido el paso del tiempo, deslizándose con las generaciones y sospechamos que estando presente en algunos de los grandes momentos en los que el poder cambia de manos. Al menos esa es la teoría de mi querida Maíke. Y ahora ha llegado de nuevo ese momento, pronto lo veréis. El cambio. La botella pasa a otras manos, a otro guardián entre los discípulos de Baco. Pero no culpéis al vino, por favor. La vida es prosaica y depende del talante de los personajes involucrados cómo se desarrollan los acontecimientos. Cuando le robaron la botella a Márquez —continúa Noguer—, nosotros supimos que alguien más lo sabía todo.

—Quiroga... —dice Henar, bajando la vista reflexiva y perdiéndola luego en la inmensidad del túnel excavado.

—El ladrón de aquel cuartel —intercede Maíke—, que se apuntó voluntario al servicio militar con el nombre de Ramón Quiroga, era hijo de uno de los agentes del CSID que se mantuvieron en activo pese a ser señalados como partícipes del golpe. Fracasé en el intento de encontrarlo, era escurridizo. Fue el Profe quien lo hizo. Lo encontró y lo mató

sin que pudiésemos evitarlo.

—¿Qué hay de la botella que hallamos en el mar, delante de la costa andaluza? —pregunta Mégane.

—El Sainte Isabelle —contesta Noguer—, un bergantín francés, fletado a toda prisa, supuestamente por una compañía gaditana, que transportaba unas botellas de vino como única mercancía para el rey de España por encargo del conde de Aranda. Me encargué personalmente de hacer desaparecer la documentación correspondiente del Archivo de Indias de Sevilla. Posiblemente hubo botellas añejas en ese barco, pero sin duda la que sacasteis no era el tesoro que nosotros buscábamos. Os estuvimos controlando, registrábamos todos vuestros movimientos. Todos. No se nos escapaba nada de lo que hacían los pesos pesados de Bakcheia. El ruso, como era de esperar, quiso vender la botella para pasar como un dios del vino, y la jugada le costó la vida. Sabíamos a lo que se dedicaba y lo utilizamos para agitar el avispero. No nos importó su destino, tuvo merecido cuanto le ocurrió. A través de los masones se movieron ciertas esferas de poder de la industria y Bakcheia hizo el resto. No es difícil crear una red social si se dispone de los recursos adecuados. Pusimos a disposición de la red los servicios de Borau. Era cuestión de tiempo que algún listillo se moviera más de la cuenta...

—¿Y el asesino?

—¿Cuál de ellos?

—El que se cargó a Quiroga delante de mis narices.

—El Profe —sigue Maíke—, esa parte me encanta. El perro charnego que ladra a la luna, la tópica furia española con un toque tristeza. Lo tenía en nómina y me lo había tirado. Se enamoró de mí, como todos. No era nadie especial y lo manipulé. Nos haría el trabajo sucio mostrándole la zanahoria al final del palo. Su recompensa sería cargarse a Márquez y una vida relativamente fácil, con dinero y todo lo

necesario, a cambio de ayudarnos con el trabajo sucio. Le dimos un motivo por el que vivir y un objetivo hacia el que encauzar su ira. Pero no contábamos con una cosa... que pensaba y actuaba por libre. Dio la casualidad que nos salió un torero intelectual, un hincha de la maldita roja que leía filosofía en los descansos. —Deja ir una sonrisa socarrona, como riéndose de un chiste interno al que solo ella diera alcance—. Es una rata de barrio que se pasó media juventud leyendo a escondidas y la otra media fumando drogas para integrarse erróneamente en un mundo que no iba a dejarle margen ni espacio. Lo captamos por casualidad, no estaba en el guión. Márquez quiso hacerlo desaparecer en la cárcel a través de sus contactos, mientras se mantenía huido como soldado de fortuna en los Balcanes... es una larga historia. El caso es que, contra pronóstico, el soldadito de reemplazo encarcelado resultó ser enojosamente resistente. Pero ahí no acaba todo. El Profe no había sobrevivido para volver a casa. No tenía hogar al que volver, no recibió ninguna visita... nunca, ni familia, ni amigos, nada. Cuando salió, se fue directamente al lugar donde podía encontrar a su enemigo. No habría sido productivo, ni discreto, ni efectivo, dejar que se mataran. Así que tuvimos que sacarlo de Bosnia y darle un motivo para buscar la botella antes que a Márquez. Supe cómo hacerlo. Pero las reglas cambiaron a mitad de la partida. El Profe empezó a actuar por su cuenta y tuve que proscribirlo de la organización; además, Márquez se estampó con el coche y nos quedamos sin zanahoria. Nunca entendimos del todo su funcionamiento, aunque ahora sospecho que le indicamos el camino correcto hacia algo que habría hecho igualmente.

—¿Tienes suficiente con esto, querida Henar? —pregunta Noguer complacido tras escuchar el relato de Maike.

—No. Y tú, ¿quién coño eres en realidad?

—Querida, créeme, dadas las circunstancias, eso no importa demasiado —contesta Noguer, paternal.

—¿Y la conclusión? La solución a todo este putísimo embrollo.

—Veamos, esto es una antesteria. Hay que probar el vino. Maike no tiene la botella que buscamos, ya que de lo contrario no estaría aquí. Sobre este particular, la amiguita de Karpov estaría en la misma situación que la alemana. Por eso, también la descarto. Tú tampoco la tienes, así que nos quedan dos opciones. Los dos chicos. El Profe, de momento, no está aquí. Pero, para él, la botella era un instrumento y no el objetivo. Así que, señor Borau, va usted a poder recuperar su vida.

—Un momento, un momento —dice Henar, acelerada—. Si este tipo, Borau, es el único que puede falsificar la botella que buscamos, ¿cómo sabes que no va a presentarte una falsificación?

Noguer esboza una sonrisa sincera y mira a Henar a los ojos con cariño antes de hablar.

—Querida Henar, puede intentarlo, pero no hay posibilidad de error en ese sentido. Si me engaña, lo sabré.

—¿Cómo vas a saberlo? —pregunta Henar alzando la voz.

Noguer hace una pausa sentida mirando con ojos vivos a la policía por la que siempre ha tenido una debilidad extraña, un cariño paternal. Sonríe y contesta.

—Porque seguiré vivo, querida. Señor Borau, si es tan amable... Es hora de hacer la entrega.

Bangkok, agosto de 1992

Una lluvia fina arrecia sobre los puestecillos de comida callejera en Khaosan Road. Sobre el asfalto, una chica de ojos rasgados, piel morena y la sonrisa perfecta que la juventud concede a las mujeres bellas se apresura a tapar los recipientes de *pad thai* casero bajo el monzón. Se coloca presurosa una bolsa de plástico en la cabeza mientras una multitud procedente de cuanto sitio haya imaginable, equipados todos con mochilas grandes y botas de montaña, se dispersan hacia cubierto desluciendo de color una calle abarrotada por costumbre. Sobre las aceras mal adoquinadas, los viajeros suelen confundir sus intenciones entre el sinfín de carteles publicitarios y el mar de luces de neón que anuncian cantos de sirenas. Me tiembla la mano con la que sostengo un cigarrillo al que dejo que le crezca la ceniza en la punta; soy un hombre de senectud avanzada al que la salud ha dejado de acompañar, como al que le roban la cartera. El agua me resbala desde el ala del sombrero hasta la gabardina gris de la que no me despego en estos días de la estación de lluvias. Ejjjjjjjjj, ejjjjjjjjj. Me he hecho ya al sonido de una tos cotidiana y repicante que no va a abandonarme jamás. Maldita sea. Localizo un local en un edificio rojo. La tarde se acaba. Dentro debe de haber el ambiente propio de los *pubs* asiáticos en las zonas de

concentración turística: niños borrachos, buscavidas de todo tipo, tahúres, adivinos locales, prostitutas de incógnito, camareros pegajosos, música mal escogida, humo, mugre y la certeza absoluta de que aquí nadie tiene la más mínima idea de cómo llevar un negocio que merezca ese nombre. Entro y efectivamente es un local donde se toman copas de mezclas extrañas a la vez que se come arroz con todo. Las luces de colores estridentes conforman un ambiente discotequero encajado con calzador y desacierto entre las conversaciones de la gente que se grita al oído para hacerse entender. Me reconozco a mí mismo como un pingüino en la Costa Brava, el mal gusto me desubica. Hay mesas de madera oscura sobre un fondo color fucsia y naranja. Me enciendo otro cigarrillo, tomo asiento en la barra y pido la carta de vinos. A mi lado hay un chico que calza botas viejas hasta los topes de barro. A duras penas supera los veintipocos años de edad y viste una camisa barata de color marrón pardo que no transpira demasiado bien, a juzgar por lo mojado de las zonas cercanas a las axilas, tejanos raídos y una gorra calada. Acaban de servirle una cerveza de esa horrible marca local barata que absorbe con la sed que trae el verano. Puedo contar sobre la barra, uno, dos y tres botellines. Lleva el pelo ligeramente largo y hace muchos días que no se afeita, debe de andar durmiendo en albergues y en esas casas de huéspedes que ahora están tan de moda. Junto a él, apoyada en el suelo, aguarda cargada su mochila azul, tan gastada como las cubiertas del pasaporte que sobresalen de un bolsillo trasero de su pantalón cuando se inclina sobre la barra para pedir. Me quito la gabardina y el sombrero y observo que dentro del local todos visten manga corta. Me encuentro cansado, muy cansado, pero aún hay algo capaz de levantarme hoy el ánimo. En un televisor lacado en madera de color apagado por los años y cuernos de metal, Marilyn Monroe interpreta *I Wanna Be Loved By You*, acompañada por Tony Curtis y Jack Lemmon en la maravillosa escena de *Con faldas y a lo loco* de Billy Wilder.

Marilyn siempre rozó con su presencia el final de todos los adjetivos. El chico llama la atención de uno de los camareros con dos dedos de la mano derecha, despertando también mi curiosidad. Veo cómo insta al barman a acercarse para susurrarle al oído mientras acerca a su chaqueta blanca un billete de diez dólares, que desliza oportunamente dentro de uno de sus bolsillos. En Asia todo puede comprarse y nada abre más los corazones, mueve más voluntades y otorga más sonrisas que la cara del señor Benjamin Franklin estampada en un trozo de papel ribeteado. El camarero hace una seña a un colega situado cerca del equipo de sonido y con mímica explícita le da instrucciones para que apague la música. ¡Plooom! El local se queda mudo por un momento y todos cuantos antes se esforzaban por darse a entender a gritos miran perplejos hacia nuestra posición en la barra. El chico sonrío con aplomo a la concurrencia mientras les señala a todos el viejo televisor donde Marilyn, treinta años después de su muerte, sigue impresionando al personal. Suben rápidamente el volumen del televisor y las notas de la canción nos transportan. Entre la gente algunos ríen y se dejan conducir a la otra punta del mundo por las imágenes de la pantalla, mientras algunos otros vuelven a sus conversaciones agradeciendo la bajada de decibelios en el ambiente. Dos chicas, una rubia y otra pelirroja, ambas occidentales, se interesan de inmediato por el galán de rasgos mediterráneos que ha enmudecido el local, este les guiña un ojo y vuelve a perderse en la escena del clásico del cine, indiferente a las amplias sonrisas de los bármanes tailandeses. ¡Oh, Marilyn, nadie puede hacerte sombra! Cuando acaba la mítica escena, vuelve a sumergirse en sus pensamientos, levanta la botella por el cuello, da un nuevo trago y pierde la mirada entre las botellas de *whisky* que hay sobre una estantería en la pared. Deja suspendida en el aire una sonrisa de soñador y no puedo resistirme a comunicarme con él. Lo reconozco, es de mi especie; más allá de la edad,

la generación, el momento y las circunstancias de cada uno, este chico pude ser yo y viceversa.

—Yo le serví su última cena —le digo adivinando por mera intuición su lengua materna y sorprendiéndome revelando en voz alta algo que no expresaba desde hacía mucho tiempo—. Sí, todos frecuentaron mi casa, desde el director hasta el último actor de segunda de esa película. Como tantos y tantos otros. Dime una cosa, ¿por qué no te has quedado en casa a ver los Juegos Olímpicos, como todos los demás?

—¿Cómo? ¿La última cena? —pregunta girándose y deteniendo sobre mí su mirada de ojos achispados.

—Marilyn era una buena chica, un encanto, tenía menos de superficial de lo que la gente podría esperar por esa imagen de rubia glamurosa... y no era tonta, como muchos piensan. Además, era muy sensible, ¿sabe que odiaba las corridas de toros? Ejjj, ejjj —se me escapa de nuevo una tos que cada vez es más irrevocable—, ella me adoraba y yo a ella, no en ese sentido, ejjjj, ejjj, y yo le serví el último trago de vino. Y, aun hoy, algunas noches no puedo dormir por ello.

El chico mira un momento hacia las mesas, justo donde cuchichean la rubia y la pelirroja, ambas bebiendo cerveza con ropa de *sport* y pelo recogido en cola de caballo.

—Viajas solo, sé lo que es eso —continúo—, dar tumbos por el mundo buscando cuanto de estimulante por vivir se esconda en la siguiente esquina de cualquier mapa mojado de lluvia y gastado por el uso. Ropa de montaña, poco dinero encima, comes y duermes donde puedes y te mueves cuanto más mejor buscando una buena historia que contar. Lo haces saltando con red, ¿no es cierto?, volando a países pobres donde los plásticos se agolpan en las esquinas y los niños te persiguen a donde vayas, ejjjj, ejjjjj... porque los países pobres están más llenos de mierda y sobresaltos que de

sonrisas de catálogo de viajes. Y eso en realidad te motiva. Por eso son territorios tan propicios al estímulo de escapistas profesionales que necesitan ponerse a prueba y superarse, como si se debieran algo a ellos mismos. En estos lugares, los mochileros como tú tienen la certeza de no entender ni la mitad de lo que pasa a su alrededor, pero les excita saber que están controlándolos a cada paso que dan. Os convertís en pequeños centros de atención porque los locales esperan siempre obtener algo de vosotros, pero como viajeros preferís confundir esa pequeña debilidad que se llama egocentrismo con la sensación de vivir una aventura. Yo también sé lo que es vivir en carne propia una realidad ajena irrepetible. No creo que uno pueda estar más vivo, ni sentirse más libre. Fui turista entre los famosos de Hollywood. Una experiencia que solo puede vivirse por contacto y asumiendo los riesgos.

El chico sonrío a las dos muchachas que cuchichean y vuelve a girarse hacia mí. Nadie parece echar la música de menos.

—Joan Borau —me anuncia su nombre alargándome la mano—. Oye, te propongo un trato. Te invito a una cerveza y me cuentas tu historia.

—¿No deberías acercarte a esa mesa en vez de escuchar a un viejo como yo? —le digo soltando una carcajada mientras le indico el camino hacia las chicas; no puedo evitar una empatía extraña con este muchacho.

—Vamos, ¿sabes la cantidad de ellas que hay en esta calle? Con habitación, sin planes y con ganas de pasarlo bien —dice esbozando una sonrisa sincera—. La noche es muy larga y Marilyn robó mi corazón hace tiempo, le debo cierta fidelidad.

—Está bien —digo complacido, mientras recojo de manos del camarero la carta de vinos. Sobre ella busco el más caro, y contra pronóstico veo que es un vino español. Con un gesto

de la mano pido que traigan el tinto de Ribera del Duero que rescato de la letra impresa—, pero yo también quiero poner alguna condición. Ejjjjj, ejjjjj, vamos a beber de la botella que traerán. Invito yo, faltaría más. La Ribera tiene un clima seco, contumaz y austero, ejjjjjjjjjj, ejjjjjjjjjjjjjjjj, continental atlántico, de inviernos hirientes por largos y fríos, con vientos duros como el temple castellano y veranos escurridizos por breves, secos y calurosos. No soy especialista en la zona, pero soy un curioso irredento del mundo del vino. Señor Joan Borau, el río Duero otorga a la comarca una idiosincrasia indentitaria que la hace única. En la zona intermedia del valle el clima se suaviza y las plantas medran agradecidas. Más de tres cuartas partes de cada botella son de uva tempranillo, de cepa vigorosa, producción media y brote tardío que la protege de las heladas primaverales. Madura pronto haciendo honor a su nombre. Los racimos son compactos y de tamaño medio y los frutos, cuando maduran, mudan de color pardo a negro azulado, que dan sabor a ciruela en primera instancia. Así, los tintos jóvenes salen muy afrutados, de fuerte color rojo violáceo, sabrosos y de buena estructura, con aromas a mora y frutos del bosque. Son vinos tánicos que cuando pasan por barrica evolucionan a vinos estructurados y potentes, con buena longevidad. Si aceptas beber conmigo este buen vino, me complacerá explicarte una historia, pero no la mía, al menos no del todo. El trato es el siguiente: escucharás de principio a fin, y no preguntarás, por muy increíble que te parezca, ejjjjjj, ejjjjj, aquello que escuches. Me dejarás acabar en silencio. Ese será nuestro pacto de caballeros durante los próximos minutos.

—Vaya, se pone interesante, pero, dime una cosa, ¿por qué debería aceptar?

—Cuando haya terminado me marcharé sin más y no volverás a verme. Dependerá de ti determinar qué haces con mi legado, ejjjjjjjjjj, ejjjjjjjjjjjjjjjj, una vez a eso lo llamaron libre albedrío. Y es que en tus manos va a caer un secreto

añejo, porque voy a describirte con palabras aquello que encierra la esencia de un líquido mágico escondido dentro de una botella de vino. Voy a revelarte el secreto de Baco.

—Visto así, ¿quién podría negarse? Es mejor que no traigan un espejo, tío, estoy seguro de que no ibas a reflejarte en él. ¿Puedo saber tu nombre antes de que desaparezcas?

—Ceferino, me llamo Ceferino.

Enciendo un nuevo cigarrillo y vuelvo a toser sin remedio. Joan Borau me observa preocupado hasta que me acerca una mano que se posa sobre mi hombro, se inclina y me escruta muy serio interrogando si estoy bien. Con un gesto de mi derecha le doy a entender que esta es una eventualidad cada vez más intensa en estos últimos días de mi vida. Le miro y sonrío, me cae bien este chico. Me gustaría cambiarme por él, con todo por hacer, la vida por delante y la capacidad de escoger.

—A mis ojos, Marilyn Monroe se llamaba Norma Jeane y le gustaba el mar. Allí debí enterrar un secreto con el que me hice hace mucho tiempo. Empecemos por el principio. Un incendio en Cantabria destruyó lo poco que tenía mi familia en los últimos días de la Guerra Civil. Yo por aquel entonces era muy joven, osado y carente de un futuro claro, adivino que como tú, amigo Joan Borau. No entraré a detallar pormenores familiares, baste decir que sin tener nada que perder me marché solo y sin despedirme. Tenía muchos pájaros en la cabeza, ansias de aventura y muy poco dinero. Pensé en llegar a Barcelona y lo hice a través de un camino que antaño fue útil y que aún permitía gozar de la hospitalidad austera que ofrecía el clero en una España ocupada por los nacionales. La senda era el camino de Santiago, que por aquel entonces prácticamente nadie usaba ya. Después de varios días a pie, llegué a un antiguo cruce de caminos donde me ofrecieron dormir en una iglesia. Al

entrar descubrí un crucifijo extraño y, a sus pies, un hombre que tomaba notas en una vieja y pequeña libreta. Era desgarrado y presentaba unas horribles ojeras fruto del poco descanso. Se llamaba Otto Rahn y había sido miembro del partido nazi alemán. Ejjjjjjjjjjj, ejjjjjjjjjjj. El hombre bebía como una esponja de una botella de vino que me invitó a compartir. Con un dedo me indicó el Cristo que teníamos enfrente y, chapurreando muy mal el español, me explicó que no estaba crucificado en una cruz, como sería normal, lo estaba sobre una Y. Este era un hecho que él había documentado en algunas iglesias alemanas tras largos años de estudio y que estaba ligado a la existencia de los caballeros templarios. Me mostró en su libreta los símbolos ocultos que usaron estos caballeros y su relación con los masones y el ocultismo moderno. Me contó que era portador de un secreto que se había transmitido desde tiempos muy remotos a través del espíritu del vino. Un poder que, como la misma existencia de Baco, puede entronizar a un rey o descabezarlo. Joan, imagina por un momento que un saber oculto, hecho líquido para ser consumido por los mortales, pudiera transmitir poder. Ejjjjjjjjjjjjj, ejjjjjjjjjjjjj. Otto Rahn dedicó más de la mitad de su vida a buscar el Santo Grial, el cáliz a través del que se bebió el vino en la última cena de Jesús con sus apóstoles. Ese vino pasó a simbolizar la sangre de Jesucristo. Y es en este punto donde debemos preguntarnos si realmente miles de templarios se jugaron la vida por nada. No eran gente ignorante, eran la élite de su tiempo, intelectuales adinerados y guerreros poderosos. Más tarde, la ilustración en pleno se hizo masónica, la cuna de nuestra civilización, aquellos que pusieron los cimientos ideológicos de cuanto hoy concebimos como correcto fueron masones, lo fueron los revolucionarios franceses, lo fue Napoleón Bonaparte, Karl Marx, Stalin y muchos otros grandes personajes de la historia. Ejjjjjjj, ejjjjjjj. ¿Te has parado a pensar por qué se hacían retratar con una mano por dentro de la ropa a la altura del estómago? Posiblemente

debido a que es un símbolo masónico. Amigo Borau, el poder lo mueve el consenso y alguien creyó desde muy antiguo que algo se estaba transmitiendo... es humano simplificar las cosas y resulta muy bucólico creer que esa esencia pudiera concentrarse y ser envasada para su consumo en una botella de vino. Rahn se quedó dormido sin acabar de contarme su historia. Muy temprano, por la mañana, irrumpieron en la iglesia unos hombres de uniforme. Eran militares españoles que acompañaban a un joven teniente de las SS. Más tarde supe que Otto Rahn había sido el arqueólogo más conocido de la Alemania nazi y que uno de sus libros, traducido como *La corte de Lucifer*, había sido obra de referencia de los ocultistas del régimen, quienes estaban construyendo una nueva religión en torno a su mesías, Adolf Hitler. Ejjjjjjjjj, ejjjjjjjjjj. Los militares españoles tomaron a Rahn y lo acorralaron justo debajo del Cristo crucificado en Y. Había sido acusado por el régimen de homosexualidad, de tener ascendencia judía y de beber más de la cuenta, pero lo que de verdad lo había condenado es que renegó del régimen y que lo había criticado en público, ejjjjjjjjjj, ejjjjjjjjjj... Los soldados españoles se acercaron a mí y me prendieron por los brazos, me resistí, pero me sacaron a la fuerza mientras dejaban al teniente alemán a solas con el arqueólogo. Pude ver, revolviéndome antes de salir de la iglesia, cómo Rahn me miraba con ojos vidriosos mientras su verdugo sacaba del bolsillo de su chaquetón una pistola pequeña de cañón alargado y una petaca. Oí gritar a Rahn forzando su pronunciación española, ya desde fuera, un mensaje que iba dirigido a mí. «¡Montserrat, Montserrat!» Y supe entonces, justo antes de escuchar el par de disparos que acabaron con la vida del arqueólogo, que su último aliento fue transmitirle a un chico que acababa de conocer, en un lugar al azar que no abandonaría jamás, el secreto que había movido su existencia. Joan Borau, debes saber que recogí ese guante, que seguí el camino y que esperé paciente. El nazi era Meinhard Wechsler, un hombre al que Otto Rahn debió de

revelar el paradero de una botella antigua antes de ser asesinado. Wechsler volvió como hombre de confianza del mayor ocultista nazi, Himmler, acompañándolo a Montserrat. Allí los vi a ambos, antes de arrebatarnos lo más preciado de cuanto jamás llevaron consigo. La botella maldita. Más tarde supe que Wechsler dedicó su vida entera a recuperar esa botella. Y el tiempo pasó para todos y a mí me trató bien. Tuve dinero, cierta fama y contacto de proximidad con gente a la que otros solo pueden mitificar a distancia. El día que serví la última cena a Marilyn Monroe, Norma me pedía que la llamara, la dejé con alguien muy importante en su habitación. Nada más salir del dormitorio supe que era el momento de hacer algo con el secreto. Al día siguiente, Norma estaba muerta, yo compré un velero y volví a mi país a devolver lo que me había llevado. Ejjjjjjjjjjjjjj, ejjjjjjjjjjj. A Norma le gustaba el mar y allí debí enterrar aquella botella para que pasara mucho tiempo hasta que alguien, meritorio y capaz, pudiera hacer buen uso de su potencial. Pero la escondí justo en el mismo lugar donde me enteré de su existencia. Decidí dar un giro a mi vida, compré unos terrenos para hacer vinos y llevé algunas variedades francesas al Penedès. Investigué sobre la posibilidad de ampliar el mundo del vino más allá de los terrenos conocidos por cada variedad. Se podían trasplantar variedades conocidas en nuevas zonas, se podía ampliar el horizonte del vino hasta donde no hubiera llegado jamás, incluido el mar. Investigué sobre la posibilidad de crear bodegas subacuáticas, ejjjjjjjjjjjjjjj, ejjjjjjjjjjjjjjjjjjj, y descubrí que los mensajes en el mar no solo los llevan las botellas que flotan vacías, ¿no te parece romántico? Un tiempo prudencial de envejecimiento bajo el mar da al vino un toque aromático, un ligero sabor a yodo que enriquece enormemente el resultado final del vino. Nunca produje nada bajo el mar, ni voy a hacerlo ya, pero siempre fui un innovador. Mi capacidad para ampliar los horizontes de los cultivos y mis contactos sociales me catapultaron como gurú del sector vinícola. En 1981,

Ronald Reagan, un republicano conservador, actor y, por tanto, buen amigo mío, fue elegido presidente de los Estados Unidos de América y escogió para su investidura un vino Jean Leon, el nombre que me inventé y por el que todos me conocían. En aquel momento no sabía que, si un secreto no es destruido, siempre es transmitido. Un mes más tarde, en España, unos hechos muy curiosos hicieron tambalear la figura del rey Juan Carlos. Un intento de golpe de Estado, la cabeza del rey en juego. Se rumoreó que en todo el asunto había habido un gran trabajo de fondo del embajador norteamericano, Terence Todman, un afroamericano conservador que, tras estar en contacto con el gobierno y la casa real, concluyó que el país había pasado la prueba democrática y se habían medido las fuerzas de los comunistas. Pensé que únicamente Meinhard Wechsler podría conocer el mapa del tesoro, pero me equivocaba. Wechsler por aquellas fechas empezó a contactar con los capitostes del sector en busca de la botella. También a él lo había alertado el asunto. Seguí buscando, pero jamás encontré quién pudo llevarse la botella de mi escondite. Nunca, hasta ayer, día en que recibí una carta en la que se me informaba de que habían encarcelado a un muchacho, un tal Martí Novell, por enfrentarse a un oficial del ejército que violaba a otro recluta. Lo curioso del caso es que, inexplicablemente, todo el asunto parece estar relacionado con una antigua botella de vino. La carta en la que se me informaba de tal asunto la firmaba alguien con las iniciales MW, acompañadas por la abreviatura tripuntuada de los masones. Amigo Joan Borau, por más que quiera escapar, sé que mi final ha llegado. Yo soy quien lo sabe todo, yo soy el narrador de esta historia, pero ahora tú eres el chico delante del crucifijo. Yo te transmito, ejjjjjjjjj, ejjjjjjjjj, el secreto de Baco, dependerá de ti la responsabilidad que sepas y quieras asumir por ello.

Krasni Bor, febrero de 1943

Un hombre arrastra por el suelo a un niño de diez años sobre la espesa capa de nieve que lo cubre todo. Sus manos desnudas empiezan a coger el morado del frío, disimulando las pequeñas heridas abiertas a modo de arañazos que dibujan líneas de sangre sobre su piel helada. El chico ha dejado de resistirse y se resigna a su suerte gimoteando, mientras el hombre lo conduce hasta su destino, a trompicones por el suelo, desgarrando sus pantalones y dejándole marcadas en su joven cuerpo las piedras que se esconden bajo el manto helado.

Se oye el repicar sordo de un bombardeo lejano, del que pueden vislumbrarse columnas de humo negro en la distancia que difumina una tupida densidad de copos blancos que vuelan zigzagueando, agitados con violencia por un viento gélido. Fuerzas de la Wehrmacht han quedado cercadas en los arrabales de Leningrado. Con la intención de romper el cerco soviético, un cuerpo de voluntarios españoles, conocido como la División Azul, cruza el río Ishora y establece una cabeza de puente defendiendo una posición avanzada que cuesta una treintena de bajas diarias en la orilla occidental del maldito río. Las temperaturas alcanzan con facilidad los veinte grados bajo cero, los suministros

escasean y la tropa, cada vez más harapienta, asume la certeza de tener que morir inminentemente sobre un cruel fondo blanco. Siguiendo la hoja de ruta de la Operación Estrella Polar, el Ejército Rojo trata de eliminar la presencia enemiga en la zona para dominar la carretera y el ferrocarril que comunican Moscú con Leningrado. Para ello, pretenden abrir una brecha en el frente del Eje justo en el sector de unión entre españoles fascistas y alemanes nazis, lanzando una división entera sobre la línea férrea, con la intención de barrer a la División Azul y despejar un corredor que los lleve hasta Krasni Bor. Menos de 6.000 españoles, junto a unos cuantos técnicos y oficiales alemanes, equipados todos con armamento manual, se disponen a hacer frente a 44.000 soldados rusos apoyados por artillería y carros de combate. Se les supone convencidos de la necesidad del sacrificio, se entiende que los une la obligación irracional de morir por unos principios, *mejores cuanto más únicos e irrefutables*, el amor a una bandera capaz de matar a los suyos para redimirlos y una inquebrantable fe católica. A estas alturas ya no hay vuelta atrás. El valor deja de ser una cualidad deseable para convertirse en tatuaje necesario. Durante el breve tiempo del que disponen para los preparativos de la defensa, en medio de un desastre involuntario para todos y de la carestía pertinaz que condena al hambre tanto a civiles como a militares, un muchacho malnutrido ha robado un trozo de pan.

—¡Vamos, ladronzuelo!

Se oye la respiración acelerada del hombre, que zarandea a su presa entre veloces copos de nieve agitados por el viento, hasta que para en seco al llegar a su destino. Hay tres casuchas maltrechas de madera, con algún cristal roto y nada que quemar ya por las chimeneas. El hombre suelta al chico con un último tirón que lo arrastra con fuerza postrera arrancando en él un quejido de dolor. Las lágrimas le resbalan al pequeño tentadas de helarse sobre sus mejillas

coloradas. Viste pantalón de pana y jersey hecho girones, y mira a su captor suplicante con la vaga esperanza de que no acabe ejecutando lo que intuye que va a hacer. El hombre desenrolla una soga gruesa que llevaba atada a la cintura y echa un vistazo de reconocimiento a un árbol tronchado por un obús que hay frente a él. Hasta este lugar ha conducido sus pasos y el destino del muchacho a rastras. Tira la soga hacia arriba, pasándola por una rama carbonizada pero aún fuerte para aguantar el cuerpo de un chico colgado de ella. Se ajusta el hombre la capa que cubre su uniforme de las SS cada día más desvencijado y, con él, su insignia de teniente. Viste una braga militar de cuello, sujeta por la gorra reglamentaria, cubriéndose medio semblante, del que se le ve la nariz aterradoramente roja, mientras con las manos moradas hace un nudo corredizo usando la punta del cabo. El niño llora sin remedio con todas sus fuerzas al ver la imagen de la horca preparada, mientras el teniente Wechsler señala con la bota derecha la roca que hay bajo la rama.

—Sube aquí —le indica al muchacho—. ¡He dicho que subas aquí, ruso de mierda!

Se acerca hasta el chico que, paralizado por el miedo, se mantiene inmóvil sobre el suelo. Wechsler lo agarra del jersey, sus ojos color azul profundo están enrojecidos.

—No me lo pongas más difícil —dice el nazi mientras levanta al niño con energía y lo empuja hacia el cadalso—. ¡Sube! ¡He dicho que subas!

El niño gimotea y en un último intento desesperado trata de echar a correr, pero el teniente se anticipa y lo zancadillea, lo recoge de la nieve y le propina un puñetazo en la cara que hace sangrar al niño por la nariz. Lo toma prácticamente en brazos y, suspendido en el aire, lo acerca hasta la roca sobre la que pende la soga. Lo pone encima de la roca, el niño parece rendirse y resignarse a su suerte por fin mientras el alemán le pasa la cabeza por dentro del nudo

y le ajusta la cuerda al cuello. Está a punto de hacerlo saltar cuando oye una voz a su espalda y el amartillar de una pistola.

—¿Se puede saber qué demonios es esto? —pregunta un hombre bajo de estatura, de bigote fino y cara de mala leche, vestido en paño verde gastado por el abuso. Rebosando los límites de la guerrera alemana, a falta de un distintivo mejor, aflora el cuello de una camisa azul de falangista.

—¡Maldita sea! —dice el alemán en lengua española con pronunciación muy digna, levantando los brazos ante el hombre que le apunta con una pistola—. ¿Quién eres tú? Nombre y rango. Es una orden.

—Soy el teniente de la división de voluntarios españoles Alfonso Armada, miserable. Primero suelta a ese crío, y ya que hablas mi idioma dame cuentas de qué narices ibas a hacer con él.

Con escasos dieciséis años de edad, Alfonso Armada se alistó en el ejército y luchó en la Guerra Civil en el bando sublevado. No teniendo bastante con ello, se ofreció voluntario para acudir al banderín de enganche que daba pasaporte al frente ruso para luchar junto a los nazis combatiendo a los rusos comunistas. En España los suyos seguían dando cárcel y muerte a los que defendieron la República y, con ella, cuanto poco de democracia real había vivido el país desde que alcanzaba la memoria colectiva.

—Soy teniente de las SS y estoy aplicando la ley. Esta maldita guerra es nuestra guerra —afirma rotundo sin perderle la cara al militar español. En el uniforme de este cuelga el águila de la Wehrmacht sobre el pecho, a la derecha, y, más abajo y a la izquierda, se dejan ver las flechas de Falange, asociadas cómodamente con la simbología nazi.

—¡La ley militar no se aplica a chiquillos inocentes! —

contesta Armada alzando la voz.

Cuando el español regrese a casa, en un par de años escasos, ascenderá a comandante y se hará un hueco como instructor en varias escuelas militares. Llegará a dar, más tarde, clases militares al príncipe Juan Carlos, convirtiéndose en uno de sus mejores amigos y, por ende, consejero que llega a ser secretario general de la casa real. A nadie parecerá importarle su pasado en el frente ruso y ocupará el puesto hasta que unos rumores sobre abusos en el uso del sello de la institución en pos de favorecer el voto de partidos de derechas y continuos enfrentamientos con el presidente del gobierno del momento, Adolfo Suárez, motivarán que se lo aparte del puesto y que lo reciclen como profesor principal de la Escuela Superior del Ejército.

—¡Oh, por supuesto! ¡Perdona! —contesta Wechsler muy enojado—. Claro que sí. Me he pasado la juventud exportando a mi país vino español. Conozco bien España, compañero de armas. Los militares os alzasteis en julio de 1936 contra un gobierno democrático escogido en las urnas porque no os gustó el resultado de la voluntad popular. Vuestra victoria más gloriosa y sonada en el campo de batalla, después de hacer el ridículo a lo largo del planeta durante siglos, la obtuvisteis reprimiendo y asesinando a vuestro propio pueblo. Sí. Perdisteis, principalmente por deméritos propios, un imperio colonial obtenido, como diríais vosotros, de pura chiripa. Y hasta hace bien poco, aún estabais alargando la Guerra Civil para purgar el país que habéis hundido en la miseria y el oscurantismo. Y no contentos con eso, os habéis dedicado a usar las plazas de toros para fusilar a todo campesino desafecto bajo la cobertura legal de unos juicios sin garantías que son pura pantomima. Os han faltado metros de cunetas para hacer fosas comunes y, ahora, ¿os atrevéis a darnos lecciones morales a nosotros? ¿Acaso las bombas que caían sobre Barcelona no caían sobre chiquillos inocentes? Por no hablar

de Guernica, adonde tuvimos que ir a haceros el trabajo sucio. Lo que a mí me extraña es que alguien en Berlín haya estimado conveniente aceptar vuestra ayuda. Nosotros hemos ejecutado la voluntad popular, sea buena o mala. ¿Cuál es vuestra excusa? Sois unos golpistas, reaccionarios defensores de privilegios medievales. ¿Hace falta que te cuente esto un alemán voluntario del partido nazi? ¡Maldita sea! ¿Crees que disfruto con todo esto? ¡Yo solo quiero volver a casa!

Los ojos de Wechsler pasan del color rojizo sobre el gélido azul a un escarchado de hielo que se rompe. Armada se da un par de segundos para pensar y se acerca mirando a su interlocutor como un lobo estepario. Cuando llega a su altura, le pone el cañón de la pistola en la frente. El alemán, pese a saber que las posibilidades de que el español dispare son altas, se yergue ante él y suelta con dolor y altivez el vaho de su boca en la cara de Armada.

—¿Vas a disparar? —pregunta Wechsler sereno. Su mirada parece la de alguien que está a punto de romper a llorar, pero nadie podría decir que hay un ápice de miedo en su alma.

—No va a enterarse nadie, ni siquiera encontrarán tu cuerpo —contesta Armada echando un vistazo muy revelador a su alrededor—. Dame un motivo para no hacerlo. Once días antes del golpe de Estado de 1981, Armada asumirá el cargo de segundo jefe del Estado Mayor del Ejército. Algunas de las quinielas barajadas como teorías sobre los planes de los golpistas lo situarán como el hombre en el que habría recaído la presidencia del gobierno en caso necesario. El 22 de abril de 1983, el Tribunal Supremo le impondrá una condena de treinta años de cárcel y su despido como militar. Apenas cumplirá poco más de cuatro en la prisión de Alcalá Meco y será indultado por el gobierno por razones de salud. Acatará la Constitución Española y desde el día de su salida de la cárcel vivirá tranquilamente en su pazo gallego, ostentando

el título de marqués de Santa Cruz de Rivadulla. Siempre afirmará una verdad para él irrefutable: en todo momento será leal a la figura del monarca y su intención y movimientos se regirán por la irreductible voluntad y anhelo de reforzar la figura del rey Juan Carlos I.

—¿Qué pasaría con el chico si te lo doy?

—El chico se viene conmigo.

Wechsler deja caer la mirada al suelo un breve instante antes de levantar la vista. Desconoce que ese muchacho será enviado a España junto a una lavandera casada con un ruso reaccionario que la maltrata y del cual quiere alejarse para siempre. Su marido es Igor Karpov, traductor de las fuerzas alemanas en el frente ruso como profesión circunstancial y borracho habitual por voluntaria convicción. El chico, que siempre recordará la imagen de la horca de la que debió colgar hasta la muerte, será internado en Barcelona en un orfanato del clero, donde comenzará pronto su formación como futuro sacerdote y adoptará un nombre local, Mateu Noguer.

—Está bien —dice Wechsler, convencido de que lo que explicará va a salvarle la vida—, voy a revelarte en qué consiste el poder y te permitiré conocer cómo tocarlo con las manos. Mito y miedo, soldadito español, deja que te cuente la historia de una botella de vino.

Aranda de Duero, febrero de 2014

Para sorpresa de Henar, el enólogo se desembaraza de la pequeña mochila de cuero que cuelga de su espalda. Sin perderle la cara a su interlocutor, extrae una botella. El cristal está razonablemente limpio, pero la etiqueta está muy raída. Las manos no aciertan a disimular el nerviosismo que crece en su interior. Empieza a no encontrar el sentido del equilibrio debido a un leve mareo que le sube a la cabeza. Es el momento final. El clímax de una película que ha ido viviendo. Una rara excitación ante la decisión postrera de un juicio tanto tiempo esperado. Sobre la mesa de madera cubierta por un mantel blanco deja el fruto de un trabajo largo. Le tiembla levemente el labio inferior mientras sostiene la mirada.

—Fantástico —dice Noguera, mirando la botella con fruición. Mantiene inconscientemente la boca entreabierta al tiempo que abre mucho los ojos. Está fuera de sí. En caso de existir algo parecido a entrar en trance, podría decirse que anda camino de ello—. ¡Oh! Dios... ¡Fantástico! Ábrala, por favor, ¡ábrala!

El enólogo parpadea de asombro. No cabía esperar que una búsqueda tan costosa pudiera concluir de una manera tan frugal. Una captura tan preciada, tan codiciada,

consumida en el acto. La botella jamás volvería a significar algo tan patrimonial, tan virginal, puro, tan tesorizado. Por ser tan añeja la pieza, cabría esperar que un tapón de tal antigüedad estuviera degradado, pero, aunque así no fuera, se le restaría la mitad del valor nada más introducir el sacacorchos y lo perdería por completo al oírse el pab al salir del descorche.

—Venga, hombre... no esperará que también le ponga unas olivitas —replica Borau, esbozando una media sonrisa nerviosa con la vaga esperanza de que el chiste pueda relajar la tensión o, mejor aún, desviar la atención e incluso convencer milagrosamente a Noguer de que no conviene abrir la botella. Pero no va a haber tanta suerte—. Lo digo porque un vino como este no es para degustarlo así, con este mal rollo. Ya sabe, las pistolas y todo eso.

—Cállese, imbécil. —Un gesto de la mano de Noguer que lleva el arma cargada ordena al enólogo proceder—. Borau, si no fuera usted un experto en maridaje, le juro que el comentario sobre las aceitunas le habría costado la vida.

—Un momento, un momento —tercia Mégane—, colgado en ese soporte en la pared había un sable antiguo. El señor Borau sabe abrir botellas con sable...

—El sable de Napoleón, efectivamente —admite Noguer con una sonrisa—. Que a mí el sable me importe un colín no le haga pensar que no me percató de los detalles. Maike debe de tenerlo a buen recaudo.

Joan Borau, sonrisa eliminada de su rostro, abre de nuevo la mochila. La expectación crece en torno a la mesa blanca. Todos de pie observando cómo extrae un objeto sencillo. Un sacacorchos de láminas, un utensilio práctico y barato, ya que suele encontrarse con facilidad en tiendas especializadas. Agarra el cuello de la botella y se la acerca con cuidado. Tras descapsular la botella, aparece el clásico recubrimiento que se forma en los tapones antiguos. Entre

negruzco, verdoso y marrón, es un sedimento de años, un poso de historia que anega la parte exterior del corcho y la interior de la cápsula. Los congregados acercan instintivamente las cabezas cuanto pueden o se hacen con un ángulo de visión adecuado para no perderse detalle de lo que ocurre. Pese a limpiarlo con esmero, el tapón permanece oscuro y apestando a moho, por lo que resulta imprescindible que ninguna partícula del corcho se mezcle con el vino.

—Cuidado, cuidado... —suplica el archivero, acercando la pistola a la botella como si de esa manera ejerciera la presión necesaria para que la operación acabase con perfección.

—Un momento... —advierte Borau mostrándose preocupado—. Si la botella fue conservada en horizontal y el tapón se mantiene en buen estado de conservación, ya me entiende, que no se haya encogido, ni esté seco, todo irá bien. Por el contrario, si se ha conservado en vertical, puede ser que el tapón no tenga buen contacto con las paredes del cuello...

—¡Ábrala!

Fummmm. Un apagón. La luz eléctrica que ilumina los túneles desaparece de un plumazo. Por unos breves segundos puede cortarse el silencio que surge del pánico de todos. Se oye el vuelo de un murciélago, alguien pronuncia quedamente: «Mierda». Se ve una luz fugaz en la lejanía del túnel, un fogonazo y se oye un disparo. ¡Pam! Como un petardo al que sigue un grito de dolor.

—¡Hijo de puta! —grita el enólogo mientras se oye su cuerpo herido caer a plomo sobre el suelo, como un saco de patatas.

Fugazmente se intuye una presencia contra la mesa.

—¡Que nadie intente quitarme la botella! —grita Noguera, fuera de sí.

—¡El enigma! —grita Maike Wechsler haciendo retumbar

su voz en la piedra—. ¡El sable a cambio del enigma! ¡Dios! ¡Aquí, o cuando sea!

Dos fogonazos más, y otro más cercano. Se oye el rebotar de las balas contra la piedra excavada de la bodega. Cristales rotos de las copas servidas sobre la mesa golpean y se esparcen por el suelo. El enólogo se busca la herida en la oscuridad, no la encuentra. Lleva los brazos a la cabeza de puro miedo, manchándolos de sangre. Le cuesta unos segundos comprender que le han dado en la cara. Un rasguño leve. Cuando lo sabe es cuando empieza a notar el escozor de la herida. Una presencia se agacha rápida sobre él y una voz con acento francés le da una orden explícita.

—Asegúrate de que se la lleva, ¿me entiendes? Aunque sea lo último que hagas —se incorpora, toma aire y grita al resto de la gente—. ¡Corred! ¡Corred!

Pasos encabritados, movimientos veloces, cuerpos que chocan en la oscuridad y que se disputan la salida opuesta al túnel de donde vienen los disparos. El caos es total. Mégane empuja a Henar hacia la salida por la portezuela. «¡Por aquí!» Sin saber por qué debería hacerle caso, Henar acepta que la agarre de la manga mientras le dedica una mirada de aprobación en la penumbra. Los ojos de todos empiezan ya a acostumbrarse a la oscuridad. Salen como pueden y corren juntas. Toman un par de desvíos sin saber adónde van. La alternativa habría sido liarse a tiros en la oscuridad. Una ruleta rusa de difícil pronóstico. Al fondo se vislumbra una claridad que anuncia luz eléctrica a lo lejos. Van hacia allí. Ambas llevan armas desnudas y cargadas. Corren y jadean, miran atrás de vez en cuando, girando la cabeza con miedo, tratando de ver a tiempo un enemigo peligroso que saben que está acechándolas, incansable y eficaz, mortal de necesidad. «Vamos, vamos», se repiten. «Corre, corre.» Ahora una, ahora la otra. Enemigas en esta historia, unidas por un desenlace inesperado. Al recorrer unos metros, que se hacen eternos por el cansancio y el ahogo de no tener tiempo

para tomar aire, la claridad se vuelve luz y tras una esquina se dejan oír unos murmullos y unas risas quedas y apagadas por la distancia que aún las separa de las dos mujeres que huyen del tiroteo. Se detienen, dejando la marca de las suelas en el polvo del suelo. Miran atrás y esconden las pistolas. Deciden salir. Al ponerse al descubierto, ven una mesa larga, cuencos con patatas fritas, platos con aceitunas, jamón, pan y queso. Sentados a la mesa hay una cuadrilla de amigos de mediana edad. Henar les echa mentalmente unos cincuenta y pocos años, matrimonios seguramente, por la distribución por parejas que hay en la mesa. Seguramente son miembros de la peña, que han invitado a amigos o familiares a disfrutar de una merienda en la bodega, en fin, todo normal, si no fuera porque un trecho más allá, túnel arriba, la muerte bailaba, hace un minuto, con los invitados a un rito antiguo congregados ante una botella de vino.

—¡Vaya! ¿De dónde salís, majas? —dice un hombre de constitución fuerte, camisa a cuadros y cabello gris que se levanta menos ágil de lo que quisiera. Se desembaraza del banco en el que se sentaba sin soltar un porrón, que agarra con la misma mano derecha con la que ha vendimiado las cepas de las que viene el clarete que ahora ofrece a la chica—. Anda, échate un trago.

Las dos mujeres se miran un momento, hieráticas, como si la escena fuera una broma de mal gusto. Ni una palabra. Seriedad total, calma teatralizada debido a las circunstancias. Henar agarra el porrón, sabe qué hacer con él, lo levanta, entreabre la boca convenientemente y deja caer a chorro el líquido rosado hasta notar su acidez en la garganta.

—¡Cuidado, muchacha! ¡Que vais ya muy acaloradas! —dice el hombre con las mejillas rosadas, desatando las risas sonoras del resto de los comensales—. Ya sabéis lo que dicen, a la bodega se baja bien, después cada uno sube como puede.

—Deja a las chicas, Jesús, que tendrán mejores cosas que hacer que andar de guasa con unos viejos —lo invita a volver a sentarse amistosamente la que parece ser su mujer.

—Nosotras ya nos vamos, han sido ustedes muy amables —acierta a decir Mégane, a la que debido al cansancio le sale un marcado acento francés.

Henar devuelve el porrón e indica el camino de salida a su compañera con un gesto de las cejas. Cuando esta mira hacia la salida, puede verle la señal de una herida en la mejilla que conoce muy bien.

—Estas forasteras cada día son más raras... —susurra el hombre al sentarse.

Las chicas, al irse, oyen unas risas cada vez más lejanas ante el caminar apresurado al huir. Risas y una canción popular cuyas estrofas se difuminan en el túnel.

*... Por el río Arandilla bajaba un submarino
cargado de borrachos y todos arandinos...*

Al llegar de nuevo a la oscuridad, empiezan a correr otra vez, pasos que vuelan, las respiraciones que se aceleran.

*... Por el río Nava bajaba una gabarra cargada
de palabras y... todas todas... raras...*

Se topan con una desviación de caminos, arcos de piedra, túneles, una decisión que tomar. De entre las rejas que dan a una zarcera se oye el crepitar de alas antes de batir el aire para el vuelo. Un destello de pánico fugaz y, ipam!, el estruendo de un disparo. Henar se encoge primero y echa a correr después, lanzando maldiciones y disparando

a ciegas a la oscuridad del túnel. Toma el camino que le cae más a mano. Decide a cara y cruz su destino. Piensa en correr, huir, desaparecer, largarse, esfumarse, mimetizarse, fundirse con la piedra de las paredes para no haber estado nunca allí. «Piensa, Henar, piensa.» La oscuridad se hace opaca, densa, los pulmones se le llenan de un aire masticable que lleva humedad, frío y polvo, el corazón le palpita a mil y el cerebro se le bloquea al comprobar que enfrente tan solo tiene una pared cerrada como salida. Un muro. Está atrapada. En la oscuridad blande la pistola y aguanta el horror atroz que le provoca oír unos pasos que se acercan, serenos, quedos y confiados.

—Suelta el arma —le ordena una voz masculina en la oscuridad.

Se oye el chasquido de una cerilla. Henar aprieta la pistola, algo en su interior le dice que dispare. Está muerta de miedo, pero no lo hace. Ve una mano que sostiene un fósforo y la manga de un brazo que viste chupa de cuero marrón muy gastada a la luz de la llama. El hombre prende por dos puntos la mecha de una vela de cordón y, con parsimonia, le muestra a Henar cómo coloca el cañón del revólver dentro del hueco circular que forma la cera enrollada sobre sí misma. El arma se convierte en un improvisado candelabro. Se acerca la vela a la cara, iluminando para Henar el rostro del hombre al que más teme.

—Vamos a ver lo que hacemos... —le dice el Profe, mirándola a los ojos—. No he venido a matarte, eso está claro.

—¡A qué coño has venido! ¡De qué cojones va todo esto!

—He venido a lo mismo que tú, a presenciar el final de una farsa que ya ha acabado.

Prisión de Bourg-la-Reine, marzo de 1794

A batido por el futuro aciago que lo espera y acurrucado ante el frío de un invierno caduco, un preso descansa sentado sobre el suelo hediondo. La espalda recostada contra la pared, viste los jirones de lo que fue una camisa blanca, ahora embrutecida de hollín y desperdicios de comida. Un poco de paja cubre sus excrementos, secos algunos, otros podridos, y disimula el ir y venir de las ratas negras que a menudo se cuelan por la reja. Represión, contención y eliminación del delito justifican, sin necesidad de explicar nada más, la ausencia de derechos humanos, la tortura y las condiciones insalubres. Es el medio a través del cual la sociedad, incluso esta nueva tan humanista y revolucionaria, se protege imponiendo los castigos a aquellos individuos que transgreden las normas. En épocas de agitación social, hambruna, peste, calamidades, efervescencia política, motines, guerras u otros acontecimientos no esperables bajo circunstancias normales, habitaciones como esta, sin apenas luz ni ventilación, se convierten en el medio propicio para apartar a los insurgentes, revolucionarios, traidores y disidentes del pensamiento correcto. En estos periodos de tensión, los centros de reclusión se abarrotan de desertores de la normalidad, hombres y mujeres que deben hacerse a una nueva forma de vida que los denigrará, por exenta de

libertad y de comunicación con el exterior. A quien se oye suspirar dentro de las cuatro paredes de una celda, el cambio de régimen tan solo parece el traspaso de un juego de llaves, para un sistema elegido por la voluntad temporal de unos pocos que consiguen aparentar, al menos legalmente, la legitimidad de otros muchos.

Condorcet, envejecido de repente, vencido y abdicante de toda resistencia, no come a la espera del cadalso, a cuya cita quiere acudir cuanto antes. Siente haber perdido todas las garantías individuales que poseía antes del ingreso. Es un hombre más, un hombre insignificante, culpable e indeseado ante la justicia de un orden nuevo que él mismo ha contribuido de manera vehemente a construir. Pisoteado, denigrado, traicionado y maltratado ante la vida, le han robado la individualidad y la dignidad. Pasa las horas muertas mirando las marcas de mugre en la pared que le queda enfrente, junto a la reja, dejando que el destino le aporte la puntilla como a un títere cuyo único consuelo es recordar un pasado donde pudo opinar e influir en un proceso grande y complejo que ahora parece haberse ido de las manos y que va a costarle la vida.

No espera nada ni a nadie; en sus últimos actos conscientes como persona ilustrada no cree en ninguna causa noble. Está a punto de dormirse apoyando la cabeza sobre el ladrillo sucio cuando oye el chirriar del metal de la puerta que se abre. Una mujer grácil entra como un ángel oscuro junto al grandullón que acostumbra a llevar la llave, que no acierta a apartar la vista de ella. Viste de blanco roto y se tapa el pelo y la práctica totalidad de la cara con una mantellina que oculta parte de su rostro de piel negra.

—Solos. Carcelero, ese fue el trato —dice tajante, sin mover ni un músculo más de los estrictamente necesarios—. ¡Dije solos!

El hombre de la llave, tan alto como sucio, levanta las

cejas, inmóvil por un momento breve. Parece dudar, pero, finalmente, encoge los hombros, mete la cabeza y se marcha, entornando la puerta a su paso, mientras esboza una advertencia.

—Sé breve, muchacha. Simón, el preso, no está autorizado a recibir visitas.

La chica descubre el rostro que Condorcet ya había reconocido. La contempla despacio con ojos vidriosos mientras ella se agacha, le alcanza la mano y la besa efusivamente.

—Todo terminó, Sally —le confirma aparentando recobrar una serenidad que perdió hace tiempo. Ella asiente en silencio mientras se le humedecen los ojos negros—. Intenté escapar. Me escondí, Sally. Como un cobarde. Pero me descubrieron y me trajeron aquí, como a un traidor. Un enemigo de la patria, dicen. Mi esposa pidió el divorcio, porque una ley revolucionaria establece la posibilidad de incautar los bienes de los emigrados...

—Tenía miedo —niega con la cabeza piadosa, mientras ambos a duras penas pueden contener las lágrimas que les empiezan a resbalar por las mejillas—, la condena puede fácilmente extenderse a la familia más próxima...

—He perdido hasta el nombre, Sally. Simón, me llaman.

—Van a ejecutarlo, señor...

—Lo sé... —recapacita recuperando el aire, sereno, como hacen los hombres grandes delante de las amenazas veladas —, por girondino, lo que en este periodo de oscurantismo y terror viene a significar traidor... traidor, imaldita sea su estampa!

—Usted es el espejo en el que me miro, yo y muchos otros. Usted defendió a quienes no tenían defensa posible. Usted es bueno.

—¿Cómo te han dejado entrar, Sally?

—Una esclava tiene también sus propios recursos, señor Condorcet. —Este parece reflexionar un momento, sombrío y culpable, y retoma el tema anterior.

—Bueno o malo, no importa. La bondad es un concepto basado en la ética de funcionamiento de según qué valores o principios, Sally. Sabes bien que no creo en moralinas. Solo he tratado de hacer lo correcto, creo en la justicia y no en la caridad. Pues ningún miembro de la raza humana posee verdaderos derechos, o bien todos tenemos los mismos; aquel que vota en contra de los derechos de otro, cualesquiera que sean su religión, su color o su sexo, está abjurando de los suyos. Me gustaría pensar que esto va a entenderse algún día.

—Sería el momento de los hombres justos...

—Sería otra revolución... pero esa no la viviré —mira con ojos cariñosos a Sally, como un padre que se despide—, mi tiempo ha terminado. Debí beberme tu botella de vino cuando aún estuve a tiempo... ¡Dios! Sally, no soy un cobarde, no me asusta oír el filo de la cuchilla antes de perder la cabeza. Dicen cosas horribles de ese momento. La agonía dura largos minutos. Dios. A mí lo que me da pánico es ser presenciado por todos. Escarnio público y divertimento de unas masas por las que he entregado mi vida.

—Y, en realidad, sé que lo matan como a otros, para que no suponga una amenaza, una competencia política. Lo de la botella sé que lo supo. Me lo leyó en los ojos. Por eso no bebió de ella. He venido a traerle algo, señor.

Sally Hemings parece sacar de la nada un frasquito tapado con un corcho pequeño y una tela que lo envuelve.

—Es vino. Merlot. Y con esto hay suficiente... Es del mismo que preparé para un invitado la última noche que usted tuvo a bien venir a cenar a casa.

—Pero tales cuidados no eran para mí —dice esbozando

una sonrisa melancólica.

—Señor, igual que lo bueno y lo malo dependen de quién lo juzgue, este vino puede dar vida o muerte, y dependiendo de la situación, ambas cosas al tiempo.

Peñafiel, Domingo de Resurrección de 2014

El sol pega de plano sobre la arena de una plaza de toros de origen medieval. Una multitud se asoma a los balcones regidos por servitud de vistas. Son adintelados, decorados con motivos arabescos, de madera oscura, encaramados a edificios construidos a finales del XVIII dispuestos como un óvalo que cierra un antiguo corro para ganado. Su función más valorada ha sido desde antiguo ser el mejor lugar para presenciar los espectáculos. Es la plaza del Coso. Y, sobre su arena, camuflada entre la multitud, una mujer mira hacia el castillo a resguardo del sol, bajo el ala de un sombrero blanco. Lleva colgada a la espalda una funda negra que guarda un objeto fino y alargado.

Un globo desciende desde uno de los dos torreones que flanquean a Nuestra Señora de la Asunción. La Virgen, enlutada por la muerte de Cristo, ocupa un espacio central en el ruedo, rodeada de gente que contiene el aliento, cuando para en seco el sonido de fondo que acompaña a las concentraciones festivas. Mirar hacia arriba deslumbra por el resol de la tarde que va cayendo y por el humo de algún cigarro que asoma.

Se ve alguna bota de vino y mucha camisa blanca de domingo, alguna corbata, jerséis finos al cuello para cuando

al salir del cobijo de los edificios y del ambiente prieto del gentío el viento traiga fresco. Muchas sonrisas, niños y músicos. Todos expectantes hasta que, como por arte de magia, el globo se abre y de él surge un ángel alado que baja hasta la imagen de la Virgen. El tiempo se para y la respiración se contiene hasta que se deja oír un suspiro colectivo que da paso a un júbilo ascendente. El ángel se posa en vertical sobre la Virgen y la despoja del velo negro que la ensombrece, descubriendo su rostro y desatando los vítores y aplausos de los congregados. Se escapa alguna lágrima. La tarde aspira a coger el color anaranjado del ocaso, mientras los rayos del sol que aún aguanta tientan las manos a ejercer de viseras. Sin dejar de mirar hacia la peña, desde uno de los extremos de la plaza, una mujer morena se hace un hueco apartando a la gente en dirección al castillo del siglo XV. Visto desde abajo, es la imagen perfecta de las fortalezas almenadas que dibujan los niños, un contorno idílico de anchos muros de piedra sobre una montaña que lo domina todo. Posee paredes de tres metros de ancho y una torre regia del homenaje que capitanea el conjunto defensivo. Desde el aire, la estructura de piedra blanca y noble de Campaspero tiene forma de barco. Y, en la popa, se hinca un enorme cajón de madera dedicado al arte de hacer vino. Museo, salas de catas y convenciones. Modernidad y tradición, progreso y pasado, cultura y vanguardia ambientadas en un decorado que combina lacados de color nogal y enyesados blancos. Dentro, un hombre cuenta las mesas largas que hay frente a él, una, dos, tres, cuatro y cinco, cubiertas por un mantel blanco y salpicadas de copas y botellas de vino tinto para catar. Ribera del Duero. En los confines de la sala hay hombres vestidos de negro que aguantan servilletas y lucen delantales modernos, de cuyos bolsillos cuelgan abridores de dos tiempos. Hay caras de expectación entre el auditorio, no parece haber ni una silla vacía. Nadie repara en los hombres de negro cuando van llenando las copas, todos miran a Joan Borau, quien acaba de

preparar sus papeles sobre la mesa y se arremanga con elegancia los puños de la camisa. Luce barba de cuatro días y un apósito grande que le tapa una herida en la cara. Se acerca al micrófono de pie y pulsa el botón de encendido, que responde con una luz verde. Toma aire, sonrío y levanta la cabeza mirando las caras de los presentes antes de hablar.

—Podría hablarles de los mejores vinos del mundo. Que son realmente en cada lugar los suyos. Podría hablarles de esencia, personalidad e identidad, que sin duda son propias de cada uno, y a cuál mejor.

La puerta de entrada se abre y un par de hombres de negro piden la reserva para el evento a una mujer que luce un sombrero blanco. Enseña ella un papel con código de barras donde pone su nombre y demuestra su identidad cotejando la información de la reserva con el pasaporte. «Mégane Murât», pronuncia, orgullosa de su apellido real.

—Pasaría horas hablando de las excelencias del vino de proximidad. Cerca de cada casa hay vinos excelentes a precios asequibles, conocerlos es valorarlos, pero hoy he venido a contar otra cosa.

Joan Borau hace una pausa, levanta la vista y le brillan los ojos cuando presencia cómo la chica morena de sombrero blanco se hace un hueco entre el auditorio para asistir a la charla. Se sienta en una de las sillas blancas y abre un tanto la funda que alberga el objeto que trae con ella y del que no piensa despegarse por ahora. Disimulando, sin que nadie pueda percatarse de qué está haciendo la chica, conecta conscientemente con una parte del patrimonio familiar que le ha costado años recuperar. Acaricia, por dentro de la funda, con la punta de los dedos la empuñadura de un sable bajo la mesa de catas. A ambos se les dibuja una sonrisa al cruzar las miradas. Ella pronuncia con acento francés un inaudible «Hola, guapito», que él sabe leer en sus labios. Desde la posición del enólogo no puede apreciarse que viste medias de

colores, verdes y lilas.

—Hoy he venido a hablarles de un mito. He venido a contarles la historia de la botella de vino tinto más añeja del mundo, un vino que tras un largo trajinar de lugares y momentos de la historia, allá donde quiera que esté, ha vuelto a casa.

Puente la Reina, abril de 2014

H enar Martínez se sienta en el suelo frío recostando la espalda contra la madera de un banco de iglesia. Delante de ella, como un reto ante el cual está perdiendo por goleada, tiene a la vista la talla de un cristo crucificado en Y. Agarra con la mano derecha el cuello de una botella de burdeos a medio acabar y escruta fijamente la talla de madera que calla un último acertijo. Ha comprado dos de esas botellas iguales en una bodega cercana, en la que ha tenido que esforzarse para ignorar las pasionales recomendaciones del tendero sobre el vino local. Ha ido despachando una y otra a lo largo de una inspección tan minuciosa como infructuosa que ha durado toda la noche y lo que lleva el nuevo día de avanzado. Está completamente ebria y digiere muy mal las frustraciones, peor aún el cansancio. Nota en el tuétano de sus huesos el helor de un día cualquiera soleado de invierno. A lo lejos suenan apocalípticas las campanadas de las doce del mediodía en la villa navarra, que parece inquietantemente desierta a juzgar por la tranquilidad que se respira. Percibe el crepitar de la puerta cuando se abre y lo oye aparecer. Un escalofrío breve la pone en alerta. Sabe quién es. Ha aprendido desde antiguo a hacer caso a sus intuiciones. Y, teniendo en cuenta los hechos que la han traído hasta aquí, definitivamente no le

faltan motivos para reafirmarse en ellas. Es él, no cabe duda. Nunca olvidará el sonido de sus pasos en la oscuridad de aquel túnel, cuando se quedó aislada, vendida, horrorizada ante el desenlace violento que creía que la esperaba en el infierno arandino de bodegas subterráneas. Ahora, apenas se inmuta cuando siente que el peregrino de la muerte, el miedo encarnado en un romántico de barrio, se acerca. Levanta la vista y comprueba tranquila que no se ha equivocado. El Profe se levanta el cuello de la chupa, tapando su enorme cicatriz, flexiona las rodillas y se sienta a su lado sobre el polvo arenoso de la piedra caliza. Viste tejanos raídos y trae consigo un periódico del día bajo el brazo. Ella esboza una mueca a modo de sonrisa breve y le pasa la botella, de la que él toma un trago largo en silencio.

—Sabía que vendrías —dice Henar—, tienes la extraña costumbre de aparecer cuando no entiendo nada. La tenía Quiroga, ¿verdad?

Hay un silencio breve, la vista de Henar sigue perdida en las líneas estiradas, amorfamente alargadas, del trazado del Cristo.

—Sí. La tenía Quiroga. Un viejo conocido mío, como ya sabrás. Me crucé con él en Moscú cuando lo de Karpov y nos reunimos más tarde en Jerusalén, tras muchos años de no saber nada el uno del otro. Me vi dentro de esta pesadilla por su incauta avaricia. Noguer estuvo también en aquella reunión de Jerusalén. A mí Quiroga no me esperaba, pero descifré el estego que alguien tuvo a bien querer transmitirme. El mismo Noguer, supongo, quizá la misma Maike o incluso la gabacha. Qué más da. «Kaparot en Damasco.» Así funciona. Si llegas a la reunión convocada es porque descifras el estego, representa entonces que tienes suficiente información y, por tanto, se sobreentiende que tu presencia es relevante. Se te considera invitado oficiosamente. La información es poder. Quiroga, cansado de esconderse y asustado ante lo que iba sucediendo, quiso

entregar la botella, porque había demasiada gente peligrosa buscándola, aunque lo que en realidad le quitaba el sueño era que el secreto se perdiera para siempre. Yo evité que acabara entregándola. —Reflexivo, hace una pausa antes de continuar; noto en su entonación que no se siente orgulloso de haber acabado con la vida del riojano—. Quiroga supo que lo mataría en cuanto me vio. A mí, en realidad, la botella me importa muy poco. Yo solo quería poner las cosas en su sitio.

—Un momento, un momento, deja que lo ordene todo — dice Henar, mirando ahora al Profe a la cara, deteniendo la mirada en sus ojos un segundo más de lo necesario—. El ruso y la arqueóloga francesa hallaron una botella bajo el mar...

—Esa botella era una trampa para hacer saltar a Karpov a la palestra y agitar el avispero. Maike conocía perfectamente la composición del vino original, pero no buscaba ese saber. Ella quería la pieza concreta que le robaron a su abuelo, la misma que me arruinó la vida. ¿Cómo resucitar un secreto voluntariamente silenciado? Fue un truco muy bien pensado, una jugada maestra de Maike, juntar a todos aquellos que pudieran saber algo y darles un motivo para hablar. Mover, zarandear, inquietar, incomodar, esa era la estrategia para hacer funcionar la rumorología, y el pánico hizo el resto. Para este fin, Maike creó Bakcheia y se sirvió de la identidad de su abuelo. Lo adoraba, eso me consta, y quiso honrarlo desde un principio, pero esa es otra historia. Para ello utilizó los dos elementos que han movido la historia de la humanidad: el mito y el miedo. Lo primero lo pusieron los masones de la mano de Noguer y lo segundo, yo mismo. En mí se encarna el miedo; de hecho, llevo la muerte tatuada en el cuello. Nadie pensó que pudiera preocuparme qué hubiera dentro de esa botella, aquello que motivaba a los hombres a matar por ella.

—El enólogo sabía qué carajo llevaba dentro...

—Lo captó Maike, como a mí. Y lo puso en circulación para Bakcheia ofreciendo de alguna manera el contacto al ruso. Es capaz de eso y de mucho más, créeme. Karpov le pidió a Borau un análisis de la botella que hallaron bajo el mar para exponerla y convertirse en el rey de la red. Pero el enólogo supo enseguida que era falsa y tras analizar el contenido halló una extraña droga que, mezclada con vino, podía catapultar a quien fuere a una clarividencia tan absoluta como momentánea, o a la misma muerte, dependiendo de la dosis. El secreto mejor guardado de Baco. Lo que no supo ver Borau en un principio fue que la botella había yacido durante un tiempo impreciso bajo el agua salada. El ruso, pese a que la botella era falsa, se inventó una historia y pretendió exhibir la pieza igualmente, haciéndola pasar por un mito verosímil.

—Y todo le habría salido bien a la rubiales peligrosa de no ser porque alguien se apartó del guión —dice Henar con cierta pesadumbre. Se siente cansada por las horas sin dormir y el fracaso que le pesa sobre los hombros—. Y ese alguien fuiste tú. Maldita sea, yo, la puta chica policía, no habría conseguido nada en absoluto de no ser porque el sicario de los malos se empeñó en pensar por libre. El perro charnego que ladra a la luna, así te definió Noguera.

—Todo cambió cuando vi a Quiroga en Moscú. —El Profe sonrío ante el comentario de Henar, que permanece a su lado, más despierta, con los ojos abiertos y la mirada viva de puro interés—. Supe que tenía las claves de todo al alcance de mi mano, pero se me escapó. Acto seguido, nos convocaron en Jerusalén y pude volver a seguirle la pista.

—¿Por qué Jerusalén? ¿Qué pasó allí?

—Es un buen lugar, uno de los sitios menos estridentes para hacer desaparecer a alguien. Bakcheia es global. El capital judío financia gran parte de las inversiones del mundo del vino y su tierra prometida es un lugar neutral para el

encuentro de fortunas y negocios judíos de todo el mundo. Es estratégico y una de las capitales mundiales del espionaje. Fue entonces cuando Quiroga quiso entregar la botella, pero Noguera, a diferencia de Maika, no buscaba una botella de vino, andaba detrás de un secreto oculto en ella, seguramente el muy iluso confundió los efectos de algo tan mundano como una droga con algo tan divino como la sangre de Cristo. En Jerusalén resolví un asunto personal, que además me sirvió como mensaje a Maika y a Bakcheia...

—Ya —sigue ella, tomando de nuevo la botella y acompañando la pausa con un nuevo trago de vino francés—. Te cargaste a alguien que no tocaba. Y seguiste la pista de Quiroga, quien creyó que la botella era su único seguro de vida.

—Al aparecer Noguera, supe que debía buscar en Barcelona. Los puse nerviosos a todos, no soy un animal, pero me he dedicado al oficio de matar. Y soy muy bueno en mi trabajo. Hay quien lo hace sin mancharse las manos, libre de culpas y riesgos. Hay quien mata a distancia directa o indirectamente, sin el valor de mirar a la cara a la víctima. La distancia que me separaba de esos otros me la robaron el día que coincidí con esa maldita botella de vino. Pero la diferencia entre yo y todos los demás es que a mí lo que me hizo daño no fue un secreto antiguo ni una pieza única, fueron las personas. Noguera me llamó y nos pusimos de acuerdo para sacarte sana y salva del embrollo.

—Lo sé, fue el momento en que fingisteis su muerte en el archivo de la catedral. Te vi en el claustro, debí reconocerte, pero no lo hice. Siempre has estado ahí, ¿verdad?, siguiendo todos mis pasos.

Henar se lleva las manos a la cabeza, sobre la melena que luce suelta y despeinada, prescindiendo de la coleta habitual. El Profe se acerca y le mesa el cabello con mano suave. Ella reacciona levantando la vista, mostrando unos

ojos marrones enrojecidos. Martí Novell se aparta dudando y le devuelve la botella.

—Quiroga escondió su tesoro y diseñó un sistema parecido a los estegos a modo de hilo de Ariadna. Tan solo aquellos que tuvieran suficiente información para que su presencia fuera relevante podrían seguir el rastro del misterio a través de los enigmas. Cuando lo tuvo listo, se reunió contigo. Debió de creer que hablar con la policía lo protegería. Pero, al mismo tiempo, sabía que podía morir y no quiso que su preciado secreto se perdiera en el olvido. Por eso decidió usar un lenguaje conocido, había aprendido a emplear el sistema de Bakcheia, y lo utilizó para dejar constancia del rastro de la botella.

—Los QR ocultos, las gallinas...

—Exacto. La francesa no asistió a la reunión de Jerusalén, que yo sepa, pero debió de estar de algún modo al corriente de lo que pasó, puesto que sí conocía el mensaje. «Kaparot en Damasco.» El domingo que precede al Yom Kipur, miles de gallos y gallinas son degollados en Israel por un ritual judío llamado Kaparot. En Damasco, eso no ocurre. La respuesta al enigma era sencilla entonces: se trataba de la fecha de la celebración del ritual y el lugar era la puerta de Damasco en Jerusalén. La chica francesa es realmente lista, ató cabos con muy pocas pistas. Debió de seguirte, y se te adelantó. Resolvió el puzle y llegó al mapa final.

—Sí, como sabes tuvimos un encuentro. No era consciente entonces de que todos seguíamos los mismos pasos, que íbamos de enigma en enigma buscando lo mismo. La botella que hallaron Karpov y la francesa en la costa andaluza la abrieron para analizarla. ¿Fue esa misma botella la que trajo Borau y que entregó a Noguera?

—Dime una cosa, ¿un enólogo abriría un vino de más de doscientos años con un abridor de laminillas? Yo creo que no.

Permanecen ambos en silencio, asumiendo poco a poco

la información, hasta que Martí Novell continúa.

—Todos sabían que Borau era quien podía dar una explicación racional a un caso donde todo era miedo y mito. Una reproducción fiel del original. Eso fue lo que hizo. Demasiado fiel... Echa un vistazo —dice el Profe pasándole el diario que lleva bajo el brazo—. He traído la prensa de hoy.

Una chispa de impaciencia recorre el cuerpo de Henar y el frío se le acumula en la espina mientras desdeña las noticias de política y economía general para llegar a la información de sucesos. Se para en seco cuando encuentra lo que busca. De hecho, habría preferido no encontrar nada, pero ahí está. «Tiroteo bajo tierra», reza el titular.

[...] una banda de peligrosos delincuentes ajusta cuentas a punta de pistola bajo el casco antiguo de Aranda de Duero. No se han hallado cuerpos en la escena del crimen y los primeros rumores que apuntaban a la presencia de un agente de los Mossos d'Esquadra involucrado en los hechos han sido rápidamente desmentidos por un alto cargo de este cuerpo policial, quien ha descartado la posibilidad de que se abra una investigación interna. La policía científica, pese a localizar copiosos restos de munición, no ha hallado ningún indicio concluyente que esclarezca la autoría ni el desarrollo de lo sucedido. En declaraciones a los medios, diversas personalidades locales han subrayado que las bodegas de Aranda de Duero son un patrimonio que llena de orgullo a las gentes de la Ribera y que están mayoritariamente en

manos de peñas y del propio Ayuntamiento. No se tiene constancia de que se haya cedido dicho patrimonio a manos privadas que hagan usos fraudulentos o peligrosos de tales espacios. El consistorio ha manifestado que el hecho de que algunas bodegas sean accesibles a los visitantes ejemplifica el carácter acogedor de la localidad, del que sus vecinos se sienten partícipes y garantes...

Recorre las líneas en diagonal buscando más detalles de una historia que conoce de primera mano pero de la que ignora prácticamente todo, hasta que llega a un despiece titulado «Búsqueda y captura contra el archivero de la catedral de Barcelona». Abre los ojos desmedidamente y devora la página con fruición.

[...] Mateu Noguera, personaje de reconocido prestigio en el campo de la archivística y sacerdote de profesión, se halla en paradero desconocido tras haberse cursado contra él una orden de búsqueda y captura. Según fuentes cercanas a la investigación, Noguera podría ser el cerebro de una trama compleja relacionada con numerosas falsificaciones de botellas de vino excelsas. Fuentes policiales aseguran que Noguera operaba asociándose con la mafia rusa a través de una red social en Internet. Este tipo de fraudes constituye un enorme golpe a

la credibilidad de las añadas prestigiosas y pone en peligro la estabilidad del mercado de los vinos de élite. [...] Sin embargo, el hecho que trae de cabeza a los responsables de la investigación es un informe de tasación encontrado en el domicilio del archivero en Torroja del Priorat. Este bucólico municipio catalán, situado en pleno paisaje de viñedos, es ahora el centro de la historia que ha hecho saltar todas las alarmas en el mundo del vino. El informe remite a la tasación de una botella antigua encargada al responsable de vinos de una conocida casa de subastas como requisito previo a la exposición de la pieza en un importante museo de Londres. Según fuentes cercanas a la investigación, el informe adjuntaba un análisis químico firmado por Joan Borau, un enólogo especialista en dataciones de vinos antiguos, en el que se recoge que dicha botella contiene un alcaloide potencialmente venenoso. Los expertos consultados aseguran que esta sustancia, mezclada con vino, podría constituir un peligro para la salud pública, puesto que la reacción con el alcohol potencia sus efectos de manera muy superior a lo común. Según las pruebas químicas realizadas, el consumo de la mezcla a dosis muy bajas tiene efectos psicotrópicos asintomáticos pero muy impactantes en el funcionamiento de la mente humana. Este

veneno era conocido desde hace siglos por las culturas afroamericanas y se elabora a partir de un derivado de una planta de la familia del estramonio. Dicha planta sería, según los expertos, una versión americana de la conocida como «planta de las brujas», adaptada a climas tropicales. En casos de intoxicación, resulta muy difícil de detectar post mortem, puesto que provoca una parada cardíaca fácilmente confundible con un infarto común. Además, la volatilidad química del producto hace que desaparezca rápidamente del cuerpo humano, por lo que puede pasar inadvertida en las autopsias. Los historiadores y antropólogos consultados afirman que tal veneno era usado como estrategia de resistencia ante la esclavitud, siendo elaborado y consumido principalmente por mujeres como instrumento abortivo, de suicidio o para perpetrar asesinatos que eran erróneamente atribuidos al vudú, cuando en realidad respondían a rebeliones activas...

—En esta historia todos somos muertos que han expulsado del Hades tras una antesteria y tenemos la opción de enterrar a nuestros fantasmas por el camino —se aventura a decir el Profe cuando Henar deja de leer y vuelve a mirar al crucifijo—. Piénsalo bien. Condorcet, Napoleón, Himmler, murieron envenenados. Estoy seguro de que Rahn también probó la misma medicina antes de llevarse un par de balas de Wechsler a la tumba, del mismo modo que el mafioso ruso, me aseguré de ello... el tasador inglés, todos.

Solo tu aparición cambió ese destino, al menos parcialmente. Por eso te protejo. Tú eres la parte prosaica de todo esto, la que no cree en nada que no sea tangible, la única que se ha resistido al romanticismo del mito, esa es la razón por la que no entiendes nada de esta historia.

Tossa de Mar, abril de 2014

Perfiles de casas mediterráneas, salpicadas de moradas para turistas, conforman la silueta de un pueblo marineramente que acompaña en su paso por el tiempo a un castillo sobre la roca gastada. Un velero coge el viento de popa enmarcado en el azul triste del cielo sobre el mar al atardecer. En cubierta hay una copa de vino blanco, y una mujer de pelo rubio ha elegido el tenedero para la maniobra de fondeo. Le parece en este momento que hace siglos que decidió dónde librarse de su carga más añeja. Pasa en horizontal la línea de playa, dejando atrás la arena en barbecho que se prepara para recibir al nuevo verano. Sabe con exactitud el punto al que se dirige y se aproxima con el viento de amura y el velamen desplegado para coger arrancada. Las torres almenadas a su derecha y en perpendicular, frente a ella, una cala escarpada. Navega mirando al horizonte de piedras trabajadas, donde ve a alguien nadando a lo lejos enfundado en un traje de neopreno. Sujetando cabos y atendiendo al molinete, prepara el barco todo para parar, poniendo proa y popa en paralelo a la costa. Arría el foque y orza hacia el punto escogido. Espera paciente a que el barco se detenga y larga una longitud de cadena igual a la profundidad del agua. Reclinando su cuerpo esbelto sobre la cubierta hacia el mar, levanta la vista

girando el cuello hacia la mayor que resta desplegada para ir atrás, evitando así que la cadena se amontone en el fondo. A medida que la embarcación retrocede, intuye que se va filando cadena. Y el barco, por fin, se detiene.

Cuando las anclas agarran el fondo, emite un leve suspiro y esboza media sonrisa. No creyó que los nervios se le revelarían tan visibles a solas frente al destino. Arría las velas. El velero ha hecho cabeza quedando firme al fondo. Toma la copa de vino y mete la nariz en ella. Aroma intenso y limpio a frutas tropicales, flores y manzana, un toque a miel y una deriva artificial, casi a plástico, que lo adereza en un equilibrio tan difícil e intenso como melancólico. Un Riesling que evoca tierras bañadas por el Rin. La tarde sigue cayendo, cada vez más veloz. Echa una mirada calculadamente fría a la urna plateada que ha dejado al alcance, sobre la borda, orillada pero a buen recaudo. El color del vino es amarillo pálido, muy brillante. En boca comprueba reposadamente que es limpio y fresco, con un toque cítrico y marcada fruta tropical madura, mango y piña. Deja reposar la copa sobre la cubierta, al tiempo que siente escapar el aire de sus pulmones. Ella también es fría, se sabe calmada y cerebral. Toma con ambas manos la urna y la acaricia notando cómo la temperatura del metal sube al contacto con sus manos. «Es hora de acabar.» De hecho, todo parece haber acabado ya.

Pensó mil veces qué haría llegado este momento. Ahora ha comprendido sin darse cuenta que nada real tiene tanto sentido como le otorgamos cuando es mito. Triste, solo piensa en compartir un trozo de lo suyo con alguien a quien amó de verdad. Abre la urna y contempla absorta las cenizas que contiene. Decide, con clarividencia sobrevenida, dar a cada cual lo suyo. Toma el Riesling y se recrea contemplando la botella. Es un modelo tradicional: alta, estrecha y de color verde. Se acerca la botella a la nariz para aspirar el aroma floral que emana desde el cuello. Y ve flores blancas y rosas

que adornan jardineras de una plaza en primavera. Sentada junto a otros niños a lo largo de las mesas largas de un *biergarten*, una niña con vestido blanco y trenza rubia unta furtivamente un dedo en la mostaza que rebosa de la salchicha de un hombre de pelo cano. Una Maike Wechsler de nuevo adulta vierte vino blanco dentro de una urna color plata. Pronuncia con voz entrecortada «*Großvater verabschieden*» y mezcla el contenido como quien oxigena una buena copa. Se toma su tiempo y, cuando acaba, derrama el contenido sobre el mar azul. Mientras las cenizas se hunden siguiendo el camino hacia el fondo, donde ha vuelto a esconderse el secreto que ha motivado una búsqueda frenética, la chica rubia de los ojos del color del hielo ártico rompe a llorar sin contención por todas las sonrisas infantiles que espera no olvidar jamás.

Puente la Reina, abril de 2014

Henar mira a Martí a los ojos y le parecen extrañamente tiernos. Sonríe y vuelve a pasarle la botella de vino.

—¿Y ahora, qué? ¿Vas a decirme que se acabó? — pregunta Henar sin dejar de mirar el crucifijo.

—Bueno, chica policía, la última pista lleva a este lugar. No hay una X en un mapa que señale el camino y en realidad no importa tanto dónde está la botella de Quiroga.

Hace una pausa, ella nunca da un paso atrás. Ha cruzado aceros con ese Cristo de madera y va a sacarle cuanto tenga que explicar, con ayuda o sin.

—Sí que importa, coño. Claro que importa. Pude haberme quedado sentada. Pude haberlo hecho. Dejarlo todo cuando pude. Incluso no haber hecho nada. Voy a explicarte por qué no me quedé digiriendo en una silla el momento más crítico de mi vida, agradecida por seguir con vida, mientras te largabas sin más tras reventarle la cara a tiros a un bujarrón excéntrico que acababa de conocer. Mírame a los ojos y entiende por qué narices salí a buscarte a sabiendas de que me jugaba la vida. —Clava su mirada enrojecida en él y pronuncia marcando cada una de las letras—. Me metí a policía para decirle al mundo a la cara que yo valgo. Que se

puede contar conmigo para resolver embrollos, líos que echarían para atrás a cualquiera. Quería que se supiera que yo soy más lista y que nunca me rindo, ¿entiendes? Siempre resuelvo una búsqueda. Y con eso basta para que me quede aquí hasta que la eternidad baje en persona a pedirme, muy por favor, que me vaya porque se aburre de verme tocándole las narices. La pregunta ahora es: ¿me acompañas?

El silencio puede mascarse brevemente. El Profe mira al Cristo, cediendo a la demanda de ella. «Ayúdame a pensar», le ha dicho sin palabras. Siente por ella una extraña empatía que los une desde que, contra toda lógica, decidiera aquella noche sin luna que iba a proteger la vida de esa chica tan mortal como prosaica. Que iba a mantenerla a salvo de cualquier amenaza externa, incluida la más peligrosa: él mismo.

—Es una última pista, el mapa del secreto —dice Martí mirando al suelo.

—Se supone que el mapa es el crucifijo, pero no sé ver nada que se parezca a un puto mapa en esta maldita talla de madera. Pero... espera un momento. ¡Dios! ¡Dios! —repite Henar sobresaltada de pronto al tiempo que se lleva la mano izquierda a la cabeza y con la derecha saca del bolsillo un teléfono móvil y abre apresuradamente una aplicación de geoposicionamiento—. ¡Eso es, joder! Sí. La puta de oros, una X en el mapa que señala el camino. Una X, ¿entiendes? Piensa, Henar, piensa. A ver, había una X en el mapa invertido de Aranda de Duero. Esto es una Y. El cristo está crucificado sobre una Y. No puede ser casual. No. ¡Maldita sea, son unas jodidas coordenadas! ¿Cómo he podido ser tan imbécil?

—Puede ser... sí —admite Martí, muy reflexivo—. La X representa tradicionalmente el eje de abscisas y la Y, el de las ordenadas.

—¿Qué ves ahí? De particular, me refiero... —pregunta

Henar mientras teclea nerviosa sobre su teléfono móvil.

—A ver, a ver, aparte de la Y... ¡Ah, sí! La mano derecha tiene tan solo tres dedos. No es casualidad, los tres dedos emulan a la pata de una oca, uno de los símbolos del camino de Santiago. En origen debió de ser un guiño templario, ahora podría darnos también de qué hablar, de oca en oca, de enigma en enigma.

—A ver, a ver. Por tanto, si tomamos la latitud de donde estamos como eje de las ordenadas —comenta Henar mientras introduce los datos en la pantalla de su teléfono móvil—, y la longitud de la X sobre el mapa antiguo de Aranda de Duero... no tiene sentido, mierda, no tiene sentido. No me lleva a ningún sitio relevante.

Henar cabecea contrariada y a la vez concentrada e impaciente, como alguien que tiene la certeza de hallarse cerca de algo pero no lo alcanza, pese a rozarlo con la punta de los dedos. El Profe mira al suelo y deja escapar el aire a modo de un silbido extraño, antes de levantar la cabeza poniendo las manos en la nuca.

—A lo mejor es una tontería... invertida, puedes probar con la X invertida, podría ser esa la razón por la que el mapa de Aranda de Duero estuviera al revés. Toma la longitud como valor negativo y prueba a ver qué sale.

—¡Brillante! Sí, señor Profe, brillante. La latitud de Puente la Reina es 42.6723037 respecto al Ecuador y la longitud respecto al meridiano de Greenwich de Aranda de Duero es -3.689644 . De acuerdo contigo —continúa Henar emocionada, levantando la voz progresivamente tal como va avanzando en el discurso, mientras introduce los valores que va encontrando en una aplicación de posicionamiento por GPS sobre mapas geográficos vía satélite—, si invierto la longitud de la X, o sea, de Aranda de Duero, que es negativa, y la entro como positiva con valor 3.689644, la combinación de los dos datos me sitúa geográficamente cerca de la costa

catalana, sobre el mar, a unos pocos kilómetros de tierra entre Argeliers y Perpiñán.

—Bueno, puestos a empatizar un poco con la imaginación de Quiroga... Fíjate, la mano derecha del Cristo apunta hacia el sudoeste. Y curiosamente tiene solamente tres dedos... Si corrigiéramos esa distancia en minutos geográficos en esa dirección, haría falta afinar los cálculos pero nos llevaría directamente a un lugar en el mar, muy cerca de Tossa de Mar.

—A ver... Cala Llevado, un lugar frente a la costa de Tossa de Mar. Hostia puta, después de la muerte de su amiga Marilyn Monroe, Ceferino Carrión viajó a la Costa Brava.

—Quiroga conoce todos los proyectos innovadores relacionados con el vino. En Chile hace años que se practica el envejecimiento de vinos, sobre todo espumosos, en bodegas submarinas. En Cataluña me suena que se ha hecho con el cava, también en Euskadi...

—Un momento, un momento. Quiroga fue el primero en ponerme sobre la pista de Jean Leon. Su sueño inconcluso fue el mar. Maldita sea, Quiroga recuperó la botella de allí donde la escondió Jean Leon y el muy mamón del bodeguero riojano, listo e hilarante, completó el círculo escondiendo el secreto bajo el mar.

—Lo hizo allí donde creyó que lo habría hecho Jean Leon si hubiese tenido tiempo, si hubiese vivido en otra época. Quiroga creyó que seguía innovando allí donde Jean Leon lo dejó.

Henar mira al Cristo y después al cielo que se acaba en el techo del templo, sonrío, mira a Martí y se le escapa una risa nerviosa. Nada resulta ser tan trascendental cuando se llega al final como se creyó antes de alcanzarlo. Vuelve a mirarlo, percibiendo como por primera vez al hombre que tiene ante ella, e inclina el cuerpo ligeramente hacia él, riendo abiertamente. Le toca la barbilla un segundo con el pulgar y

los ojos se le hacen pequeños al achinarlos ante los espasmos de la risa incontenible de ella. El Profe se deja contagiar agradeciendo el momento, que le parece fascinante e irreal. El cuerpo de la chica está ahora más cerca del suyo. Le pasa un brazo hasta el hombro y le extiende acto seguido desde allí la mano derecha por detrás, conquistando su espalda al tiempo que Henar deja poco a poco de reír mientras a dos dedos de distancia del cuerpo de él observa su propio reflejo en las pupilas de ella. Martí ladea lentamente la cabeza, dando tiempo de sobra para que ella se aparte, no dejando ninguna victoria al azar ni dudas en el aire capaces de reproche. Parece dudar un segundo, el tiempo necesario para notar una presencia ajena que palpa entre sus piernas. Mira sorprendido al rostro de la chica, quien asiente con ojos de caramelo confirmando la intencionalidad y la certeza de que unos dedos de mujer se están colando en su alma a través de los botones del pantalón.

—Ayúdame a vaciarla, anda —le dice ella, refiriéndose a la botella y mirando los labios de Martí Novell, conocido anteriormente como el Profe—. Cuéntame por qué debemos abandonar esta búsqueda y, cuando el vidrio quede más transparente que tu alma, si te parece, nos vamos.

Martí toca sus labios con los suyos y, cuando nota al contacto el sabor dulce de su saliva, abre la boca del todo para retorcer su lengua contra la de ella, con la delicada violencia que solo puede unir dos cuerpos ante el beneplácito mutuo de sus almas.

Pla de Bages, abril de 2014

Todo tiene un principio y un final. Puedo afirmar esta máxima en el momento justo en el que voy a morir. La vida nos pone ante circunstancias que no podemos controlar, delante de las que bien poco puede hacerse. Oídme bien, el destino de hombres nobles puede quedar reducido a la nimiedad y al olvido ante circunstancias del todo convencionales. Incluso el ser humano más enaltecido puede verse reducido al ridículo ante un final vejatoriamente prosaico. Yo, Mateu Noguera, he decidido vivir y morir de acuerdo a mis propias reglas, aquellas que han dado sentido a mi existencia. Una vida en torno a una búsqueda. Todas las existencias se basan en lo mismo, y un mero símbolo tiene la capacidad de justificarlo todo. Ese es el dios que he buscado a caballo entre la sotana de sacerdote y la logia de los masones.

En breve, apagaré el ordenador y dejaré de comunicarme con vosotros, miembros de Bakcheia. Antes de ello, no obstante, compartiré con vosotros este momento culminante. El momento de la revelación del secreto. El momento de beber el fruto desangrado del sufrimiento eterno de la humanidad.

El hito culminante de tener ante mí el jugo de la fruta de

la virginidad. He escogido para acabar uno de tantos lugares donde Baco se esconde. Como un portal donde se alojó la mujer embarazada de un carpintero en Belén, yo he escogido una humilde barraca de viña construida en piedra seca. ¡Oh, miembros de Bakcheia! Yo, que, obligado a huir, hasta aquí he llegado, al lugar donde me preparo para el momento culminante. Dentro de esta estancia hay una oscuridad total que he mitigado con la luz de un candil; se respira una atmósfera perfecta para que la noche encuentre mi alma descansando tras una búsqueda sin descanso. Es momento de acabar. He metido unas tenazas de sumiller al rojo en un brasero lleno de ascuas, que he conseguido tras hacer arder leña durante un buen rato. He dispuesto cerca del candil un recipiente con agua fría y una pluma de avestruz sobre la mesa. Voy a partir el cuello de la botella de un vino que han preparado para mí. Hasta aquí he llegado, recordad este momento, miembros de Bakcheia. Aplico las tenazas al rojo sobre el cuello de vidrio hasta que quede muy caliente. Cuando el hierro candente ha debilitado la estructura del cristal, es el momento de aplicarle un contraste de temperaturas. Mojo la pluma en agua fría y la paso suavemente por el cuello de la botella. ¡Plim! El vidrio se parte solo y puedo retirar el cuello sobrante con facilidad. Dios, la botella está abierta para mí. Voy a probar el vino servido en la velada más revolucionaria. Decanto el contenido primero y, cuidadosamente, me sirvo una copa del vino más añejo del mundo. Meto la nariz y, ¡oh, Dios!, los aromas son extraños, desconcertantes y profundos. Me decido a dar el paso final. Adiós. Llevo la copa a mis labios, me los mojo un instante y paladeo enseguida, movido por una prisa incierta. Me llega el líquido a la lengua. ¡Uaaahh! Escupo gran parte, sabe ácido. Muy ácido. He tragado un poco. La suerte está echada. La boca se me seca, noto palpitaciones en el brazo derecho, el ritmo cardíaco se me acelera, las pupilas se me dilatan, noto un leve mareo y náuseas que me sobrevienen, no puedo controlar las babas

que se me derraman mientras empiezo a temblar con fuerza. Son las convulsiones que preceden al coma temporal que dará paso inmediato a la muerte por envenenamiento. Aún puedo hacer un último gesto en esta vida. Me acerco al ratón y, tembloroso por completo, veo por última vez el logotipo de Bakcheia sobre la pantalla. Intento clicar «Cerrar sesión» en un gesto estéril que agota mis últimas fuerzas. De repente, siento un miedo irracional. Caigo vencido sobre la mesa. No hay nada. Hasta que sobre la oscuridad total un punto de luz se agranda por momentos, haciendo a cada segundo más nítida la imagen de unos viñedos verdes en una mañana soleada cerca del mar. Noto la brisa agradable del principio de un verano mediterráneo. Baco vuelve a nacer.

NOTA DEL AUTOR

Jamás creí que tuviera la constancia que hace falta para acabar una novela. De hecho, la había empezado mil veces, pero allí se quedaba, como siempre y sin remedio. Recuerdo que comencé a madurar esta historia cuando leí sobre un caso real de falsificación de una botella de vino atribuida a Thomas Jefferson en elmundovino.com. Nunca pensé en novelar la historia real, pero supe enseguida que su contexto permitía crear el escenario de una ficción que reconstruyera el recorrido que podría haber seguido la esencia del vino a través del tiempo y las personas. Mi propia idea me sonaba bien, así que lo probé unas cuantas veces a lo tonto, pero de nuevo volvía a llenar carpetas en el escritorio de mi ordenador con archivos por terminar. Mientras tanto, los personajes maduraban a escondidas en mi interior. Hasta que un día, paseando por París, hallamos por casualidad la estatua del caballero en cuestión, y le conté a Eva, mi compañera entonces, ahora mi mujer, que tenía una novela empezada donde Jefferson estaba muy presente. Me dijo inmediatamente que tenía que acabarla. Ella es capaz de transformar cualquier cosa que toca en algo mejor, así que me puse a trabajar de nuevo, al menos mentalmente. Aquella misma noche encontramos en el metro de París a una chica morena e histriónica que trató de intimidarnos con muy poco éxito; se llamaba Mégane, y, de teorizar sobre qué habría detrás de esa facha de chica dura tan solo a medias, salió un personaje que cuadraba el círculo de la historia. Y empecé a divertirme. Tenía cierto conocimiento previo y

autodidacta sobre vino, una licenciatura en Historia, ganas de escribir y capacidad para encontrar información relevante. Buceé entre manuales y páginas de Internet para documentarme sobre el mundo del vino y algunos de sus procesos técnicos. Debo agradecer al sumiller Paco Cordero que se prestara a echar un vistazo a algunas de las páginas y que brindara algunas buenas correcciones. También quisiera dar las gracias a Jordi Valls por la paciencia monacal de contestar a todo cuanto se me ocurrió, que fue mucho, sobre el proceso de edición de un libro. Más tarde conocería con ilusión a quienes realmente iban a editarlo. Me perdí entre testimonios dejados en blogs, foros y redes sociales para documentar detalles sobre guerras y falsificaciones, rastree multitud de webs, oficiales y oficiosas, para recrear momentos y lugares. Los propios Mossos d'Esquadra accedieron tras mi insistencia a que asistiera a una sesión sobre falsedad documental para cuerpos policiales que impartió el GRD en Santa Coloma de Gramenet; a ellos todo mi respeto y agradecimiento sincero. Así también, el plano antiguo de la villa de Aranda de Duero responde a una transformación libre del original que se conserva en el Archivo General de Simancas y que fue remitido por Fernando de Gamarra en 1503 al Consejo Real como documentación adjunta a un litigio. Por su parte, el Cristo crucificado en Y está inspirado en el que se halla en la iglesia del Crucifijo en Puente la Reina y el dibujo del castillo que remite al monasterio de Suso puede verse de verdad, como el grafiti de época que es, en una de las paredes del recinto. Debo agradecer a los servicios de atención telefónica de estas instituciones su predisposición a colaborar en todo momento.

Tiré de mi afición por viajar para reconstruir los diferentes escenarios; tengo la suerte de haberme paseado por todos los que aparecen y algunos más. Los momentos históricos y la ambientación están reconstruidos con la mayor

verosimilitud que he sabido darles. Por el contrario, la trama y la intervención de los personajes en esta novela son auténtica ficción, y, como se decía en las películas antiguas, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Hará ya unos años que, debido a un trabajo de investigación documental relacionado con una intervención arqueológica, conocí el pequeño y encantador Archivo Capitular de la Catedral de Barcelona, así como a quien se presentó ante mí como su archivero. Me dio la sensación de que no solo era un profesional excelente, sino también buena persona. Nada que ver con el personaje que acabé creando a partir de esas visitas. El ejemplo podría extenderse a otros personajes y situaciones. El Profe, Henar, Borau y los demás no se basan en nadie y lo hacen en todos. Márquez nunca existió, tampoco Quiroga. Qué decir de los personajes históricos. Si pudiera, les agradecería personalmente las horas de diversión que me han proporcionado y la experiencia alucinante que es darles vida de nuevo. Me he permitido el lujo de instrumentalizar sus acciones y tratar de traducir su pensamiento, jugando a veces incluso, como en el caso de Condorcet y algunos otros, a encajar en los diálogos de ficción frases y sentencias reales, propias de cada uno y que la historia tuvo a bien recoger. Por personaje histórico también podría considerarse a Alfonso Armada, a quien he caracterizado a través de las informaciones que sobre él pueden hallarse con facilidad en la red. Sin embargo, huelga decir que, pese a que realmente estuvo en el frente ruso con la División Azul, los hechos narrados en esta historia nunca tuvieron lugar. Mención especial debiera hacer a la figura de Jean Leon, cuyo nombre e imagen siguen siendo hoy los propios de Jean Leon S. L., una bodega que produce vinos excelentes. La trayectoria vital del hombre real, translúcida y misteriosa en algunos de sus episodios, me ha permitido fantasear, con el debido respeto, para sacar de él un personaje de ficción capaz de encarnar el espíritu del vino.

Biografías sucintas de Ceferino Carrión, con los detalles básicos de su vida de película, pueden hallarse fácilmente en Internet. Resulta interesante en este sentido visitar la web de la bodega jeanleon.com. El resto de su papel en la novela, incluyendo su paso por el camino de Santiago, su conexión con Otto Rahn o que diera el cambiazco al maletín de Himmler en Montserrat, entre otras cosas, forma parte de la ficción.

No sobra nunca agradecer a los que nos echan una mano durante el camino, tanto por lo que aportan como por lo que aguantan. En primer lugar a Eva, por motivarme a acabarla, por leerla, releerla, implicarse hasta el final y pasarle ese odioso bolígrafo azul de manera exhaustiva, que sin sus correcciones a este texto le habría costado más hacerse valer. A mi familia, que no gastan tacos y que se esforzaron y esfuerzan, paradojas de la vida visto lo visto y a sabiendas de cómo escribo, para que yo tampoco lo haga. Sé que sabrán disfrutar de esta historia. Agradecimiento especial a Jan, que, con tres años de edad y convertido en mi gurú, ha inspirado más de una frase inteligente en el contenido de la novela. A los Martínez, por alumbrarme en el camino a las bodegas. A mis amigos, en especial a Fer, por aceptar la lectura del manuscrito sin pestañear. A todos los que por estar ahí, para bien o para mal, alimentan mis ganas de explicar cosas.

Su opinión es importante.
En futuras ediciones, estaremos encantados de recoger sus
comentarios sobre este libro.
Por favor, háganoslos llegar a través de nuestra web:
www.plataformaeditorial.com

«Cada ser amado es el centro de un paraíso.»

Novalis

Esta edición de *Los discípulos de Baco* acabó de imprimirse
en los talleres de Romanyà Valls en septiembre de 2014.
Para su composición se ha empleado la tipografía Stempel
Garamond.

Este ePub se acabó de maquetar el 13 de diciembre de 2015,
en mi ratonera. Para su composición se ha utilizado la
tipografía Verdana, y adicionalmente la TexGyrepagella y la
Courier.

Escaneo y corrección del doc original:

Monipenny & LTC

Maquetación ePub: El ratón librero (tereftalico)



ADVERTENCIA

Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos DEBES SABER que NO DEBERÁS COLGARLO EN WEBS O REDES PÚBLICAS, NI HACER USO COMERCIAL DEL MISMO. Que una vez leído se considera caducado el préstamo del mismo y deberá ser destruido.

En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

Queremos dejar bien claro que nuestra intención es favorecer a aquellas personas, de entre nuestros compañeros, que por diversos motivos: económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas, no tienen acceso a la literatura, o a bibliotecas públicas. Pagamos religiosamente todos los cánones impuestos por derechos de autor de diferentes soportes. No obtenemos ningún beneficio económico ni directa ni indirectamente (a través de publicidad). Por ello, no consideramos que nuestro acto sea de piratería, ni la apoyamos en ningún caso. Además, realizamos la siguiente...

RECOMENDACIÓN

Si te ha gustado esta lectura, recuerda que un libro es siempre el mejor de los regalos. Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio.

Usando este buscador:

<http://www.recbib.es/book/buscadores>

encontrarás enlaces para comprar libros por internet, y podrás localizar las librerías más cercanas a tu domicilio.

Puedes buscar también este libro aquí, y localizarlo en la biblioteca pública más cercana a tu casa:

<http://libros.wf/BibliotecasNacionales>

AGRADECIMIENTO A ESCRITORES

Sin escritores no hay literatura. Recuerden que el mayor agradecimiento sobre esta lectura la debemos a los autores de los libros.

PETICIÓN

Libros digitales a precios razonables.



NOTAS

[1] Usted, además de ignorante y petulante, es un maleducado. (N. del e.)

Escaneo y corrección del doc original:

Monipenny & LTC

Maquetación ePub: El ratón librero (tereftalico)

